

BARRIDOS POR EL SALITRE



VARADERO

LENA
MORENO



Índice

[Título](#)

[Copyright](#)

[PREFACIO: BAJAMAR](#)

[PRIMERA PARTE: MAREA VIVA](#)

[SEGUNDA PARTE: MAREA MUERTA](#)

[TERCERA PARTE: PLEAMAR](#)

[EPÍLOGO: RESACA](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Barridos por el salitre

Lena Moreno

Copyright

© 2016, Elena Fuentes Moreno
Autora: Lena Moreno
Título original: Barridos por el salitre
Publicado por: Elena Fuente Moreno
Ilustración de cubierta: Darío Rodríguez
Colaborador: Fran Rodríguez.

Esta novela no está basada en hechos reales, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Duda que sean fuego las estrellas,
duda que el sol se mueva, duda que la verdad sea
mentira, pero no dudes jamás de que te amo.
William Shakespeare

PREFACIO: BAJAMAR

Hay amores bañados por el sol, bendecidos por el olor a salitre y envueltos por el manto de las noches de estío. Esos amores no conocen la rutina, viven más horas y pueden convertirse en el centro de tu ser, porque no compiten con nada... Hasta que llega septiembre, y los inocentes amores tienen que desaparecer.

Ese día, Mónica se sentía guapa y hacía mucho desde la última vez. Normalmente, estaba siempre cansada. Su vida se dividía entre el cuidado de las niñas y el trabajo. Cada día era agotador, cuando por fin podía sentarse y las niñas ya estaban durmiendo, no podía con su alma, por lo que le costaba una barbaridad dedicarse unos minutos. El espejo se había convertido en un odioso artefacto que le recordaba, que había vivido tiempos mejores, por eso, prefería obviarlo.

Había perdido el hábito de correr, pese a que lo había intentado un par de veces, la frustración se apoderaba de ella y siempre lo dejaba por otra ocasión. Quizás, cuando las niñas fueran más mayores, podría recuperar su rutina diaria de hacer deporte, que se había esfumado con la prueba de embarazo de Claudia. Aunque no cambiaría a sus hijas por nada en el mundo, su cuerpo se había reblandecido y la ley de la gravedad hacía el resto, pero eran su mayor logro.

Apagó la radio, que había encendido para animarse mientras se arreglaba, y pensó en la noche que tenía por delante. Aquel día era diferente. De hecho, nada volvería a ser igual. Lo necesitaba, tenía la sensación de vivir en un bucle, en el que cada día se repetía idéntico al anterior, una espiral de *trabajo-niñas-casa* infinita. Ya no recordaba la última ocasión en la que había salido a divertirse.

Esa tarde, su cuñada le había prestado un vestido que hacía maravillas. Sí, tenía que reconocer que estaba guapa, o por lo menos se veía más atractiva que de costumbre. El vestido era rojo, con un pronunciado cuello de pico, sencillo en su máxima expresión, pero muy efectivo a la hora de realzar sus encantos, como el pecho, que había embutido en un mágico sujetador, obrando el milagro, y que disimulaba sus defectos, cada día más patentes.

También había encontrado algo de tiempo para ir a la peluquería. Se había cortado las puntas y le habían hecho un recogido sencillo. Como resultado, su pelo tenía un aspecto mucho más sano y brillante. La peluquera, que había recibido esa misma tarde un nuevo maletín de maquillaje, la convenció para hacer de conejillo de indias y probó con ella las nuevas sombras de ojos y pintalabios. La mujer, afanosamente, tomó las riendas del estilismo de su rostro sin pedirle permiso. Mónica, al principio, se sintió abrumada, pero había disfrutado viéndola ir y venir, satisfecha de que, para variar, alguien se ocupase de ella. Se veía un poco rara con tanto maquillaje, pero tenía que reconocer que había logrado disimular los signos del cansancio, que arrastraba desde hacía unos meses.

Se puso unas sandalias rojas de tacón y se miró encantada, satisfecha con el resultado. Estaba feliz por salir esa noche a cenar. Las niñas estaban con los abuelos y, por fin, ella y Ángel iban a cenar fuera. Habían pasado por una época muy dura y realmente lo necesitaban, estaban a un paso de perderse en la rutina de un viejo matrimonio y ella estaba dispuesta a hacer todo lo que estuviese en su mano para no permitir que eso les ocurriese.

Su cuñada, Rosa, celebraba su treinta y cinco cumpleaños en un sitio nuevo, que se había puesto de moda rápidamente. No se hablaba de otra cosa, un complejo de lujo con un restaurante soberbio. Rosa aseguraba que la comida era increíble y que después podrían tomar unas copas allí mismo. A Mónica, mientras las llevasen a un sitio donde pudiese pedir algo que no fuese pizza o hamburguesa le parecía bien, cualquier comida con una mínima elaboración que estuviese hecha por otros, sería un lujo.

Entró en el salón, Ángel estaba viendo un partido de fútbol, mientras se bebía una cerveza. Se quedó mirándolo y se percató de lo guapo que estaba. No había cambiado casi nada desde que se conocieron, hacía algo más de diez años. Era alto y tenía la suerte de gozar de un metabolismo increíble. Comiese lo que comiese, su cuerpo fibroso no se alteraba por nada y su musculatura no había cambiado desde los tiempos en que se dedicaba a cargar con ladrillos de un lado a otro, en las obras, ayudando a su padre. Tenía los ojos tan negros como su pelo, cortado siempre a la mínima expresión y una piel que en invierno parecía bronceada y en verano se volvía de un marrón intenso.

Se sintió culpable al comprobar lo lejos que se sentía de él, vivía con él, dormía con él y lo veía todos los días, pero ya no lo miraba, no le prestaba atención. Siempre tenía alguna cosa que hacer, algo que preparar, algún asunto que ocupaba su cabeza y había dejado de escucharlo. Lo oía, pero no lo escuchaba. Estaba con Ángel físicamente, pero no a su lado, como antaño, compartiendo de verdad sus vidas. En algún momento de su relación, la rutina la había engullido y se había dejado llevar; y a él, le había pasado exactamente igual. Mónica lo sabía, se habían convertido en dos personas que luchaban cada día por sobrevivir, por hacer felices a sus hijas, pero que se habían olvidado de ellas mismas. Lo primero que cayó, hacía ya demasiado tiempo, fue su intimidad. Pero aquella noche, decidió, sería para él y pondría todo su empeño para cambiar las cosas.

—Tu hermana nos recoge en diez minutos, ¿Estás listo? —preguntó intentando que Ángel le prestase atención.

—Un segundo, esto está terminando, solo me queda afeitarme... Vaya, ¡Estás muy guapa! —exclamó Ángel, apartando solo un segundo, la vista del televisor.

—Gracias, el vestido es de tu hermana y después de llevar a las niñas con mis padres, he pasado por la peluquería —explicó pretendiendo obtener más cumplidos.

—Hacía mucho que no te arreglabas.

—¿Eso pretende ser un halago o un reproche? —le recriminó Mónica, sin ocultar que le había molestado.

—No empieces, no tengo ganas de discutir —le respondió con voz cansina, intentando esquivar la frustrada mirada de su mujer y devolviendo toda su atención al televisor.

—Perdona, yo tampoco. Corre, afeitate, que tenemos que bajar ya —le apremió conciliadora.

Mónica intentó refrenar su aflicción, era consciente de que debía cambiar su actitud, aquella noche sería maravillosa, debía lograrlo. Quería volver a sentirse amada, como los días en que empezaba su relación con él. Habían construido una familia juntos, y solo por eso, debía luchar para que las cosas entre ellos fueran mejor.

Cuando Ángel estuvo listo, bajaron hasta el portal. El edificio era antiguo y carecía de ascensor. A Mónica le costó bastante, guardar el equilibrio con los tacones. Para ella, que iba todos los días con zapato plano o zapatillas, bajar tres pisos con tacones de diez centímetros era toda una odisea. Cuando llegaron al portal, cogió la mano de Ángel, le miró a los ojos y lo besó.

—Prométeme que lo vamos a pasar bien —le susurró al oído.

—Eso está hecho —respondió él visiblemente complacido.

Rosa y su marido, Roberto, los estaban esperando en su coche, aparcados ante la entrada. Cuando entraron en el vehículo, una bocanada de perfume les dio la bienvenida y Rosa rompió a dar palmadas entusiasmada.

—Chicos, no sabéis las ganas que tenía de que estuviésemos los cuatro juntos —farfulló excitada—. Me muero de ganas de ir al Varadero, me han dicho que es un sitio increíble, no ha sido nada fácil encontrar mesa, pero gracias a Dios, una tiene sus contactos...

Rosa tenía el don de hacer que con ella todo fuese divertido. Era la persona más positiva del mundo. Siempre encontraba el lado bueno de todas las situaciones, y podía hacer realidad cualquier cosa que se propusiese. Además, estaba al tanto de todo lo que ocurría en la ciudad, los nuevos locales que abrían, las tiendas más de moda, los estrenos de teatro, conciertos... La guía ideal sobre tendencias y eventos. Ella conocía a todo el mundo y todo el mundo la conocía. Su marido bebía los vientos por ella, la admiraba y amaba profundamente, pues colmaba su vida de color y de emoción. Roberto era directivo de banca y bastante tímido, lo que en numerosas ocasiones la gente confundía con arrogante soberbia. Gracias a él, Mónica y Ángel pudieron salir adelante cuando las cosas se pusieron difíciles económicamente. La crisis se había llevado por delante, como un tsunami, muchas de las cosas por las que habían trabajado.

Así que ambos le profesaban un sincero agradecimiento. Rosa y Roberto siempre habían estado con ellos en los momentos complicados, ayudándoles desinteresadamente y las niñas los adoraban. Rosa no podía tener hijos, por lo que se volcaba con sus sobrinas, las colmaba de regalos y las llevaba a todos los lugares que se les antojaba.

Roberto puso en marcha el motor del vehículo, que no acalló las conversaciones animadas de sus ocupantes. Los cuatro tenían muchas ganas de pasarlo bien.

Mónica, había pasado muchas veces por delante del Varadero durante su construcción. Era una mole imponente, que ahora se había transformado en un magnífico y grandioso edificio, con líneas elegantes y depuradas. No era otro centro comercial al uso, como los que se pueden encontrar en cualquier capital de provincia. El Varadero, era un centro comercial de lujo, con mayúsculas. Sus hijas nunca querrían poner un pie allí, no tenía restaurantes de comida rápida, ni jugueterías, ni mucho menos áreas recreativas infantiles, pues era un lugar consagrado al disfrute adulto. Eso sí, al alcance de una minoría.

Se erguía majestuoso con fastuosos jardines, salpicados de fuentes interiores, rodeados de boutiques de grandes firmas. El Varadero disponía de spa, centro de estética, gimnasio, cafeterías, discoteca... Todo ello concebido a lo grande, con un estilo moderno, pero donde cabían las formas clásicas. Había árboles y plantas que se mezclaban en perfecta armonía con la arquitectura y todo el diseño estaba basado en entramados en forma de ramas y hojas de diferentes tipos y tamaños.

Preferían el verde, los tonos marrones y el beige, mezclados con el color blanco sobre toda la decoración, para conformar un ambiente natural, incluso salvaje, en la totalidad del espacio. Como resultado, el recinto, que estaba impregnado hasta el último de sus rincones de un aroma entre jazmín y vainilla, invitaba a la relajación.

Tan pronto como puso un pie en su interior, Mónica comprendió el entusiasmo de Rosa, era como un oasis en medio de la ciudad. Absolutamente maravilloso. No se parecía a nada que hubiese visto antes, ni siquiera en el cine.

El edificio formaba un cubo perfecto y el interior estaba presidido por un inmenso jardín con cascadas y cientos de flores diferentes, en el que desembocaban todos los locales de las dos plantas. El techo, una placa de cristal enorme, cubría el perímetro de todo el jardín, que, a su vez, estaba iluminado con pequeñas luces, como si miles de luciérnagas pulularan por su interior.

Subieron por unas escaleras mecánicas, que imitaban un árbol caído, a la segunda planta, donde se encontraba el restaurante. Los cuatro estaban maravillados y comentaban a cada paso los detalles de la decoración. El conjunto resultaba impresionante, era como entrar en otro mundo.

Al entrar en el restaurante, una joven vestida con un traje chaqueta gris, con cuello Mao, les dio la bienvenida. Se encontraban en un hall redondo, rodeado de columnas, con las paredes revestidas en mármol travertino y suelos de microcemento pulido, que reflejaban la estancia como lo haría un espejo. La decoración se reducía a una lámpara de cristales ‘Swarovsky’, que caían en una espiral de unos dos metros y a una mesa redonda de madera de roble, que sostenía un centro de flores blancas enorme.

La joven los acompañó hasta el fondo del local, donde se abría una terraza, acotada con una barandilla de cristal y desde la que se podía apreciar como el restaurante formaba una circunferencia perfecta, coronada por una cúpula translúcida de unos cuarenta metros de altura. La sala, estructurada en dos alturas, era imponente. Las mesas estaban distribuidas en círculo en la parte inferior y, en la superior, ocupando ciento ochenta grados de la circunferencia, en el interior de cómodos palcos.

Mónica estaba disfrutando del exquisito gusto con el que se había decorado el local cuando, atónita, reparó en la fotografía de cinco metros de altura, que se encontraba frente a los palcos y presidía toda la estancia solemne... No daba crédito, por un segundo experimentó como sus pulmones dejaban de transformar el oxígeno en dióxido de carbono... Se trataba de su lugar favorito. Las vistas de la ciudad desde la piedra, donde se había sentado cientos de veces en su juventud. Siempre había acudido allí, desde niña, cuando necesitaba pensar o cuando precisaba huir de sus problemas. La fotografía se había tomado —estaba dispuesta a poner la mano en el fuego— desde el mismo ángulo que le brindaba la piedra, *su piedra*, en la que absorta, había mirado el horizonte en un sinfín de ocasiones al atardecer, para contemplar esa imagen que tanta paz y tranquilidad le reportaba. Después de unos segundos, logró sobreponerse, era toda una colosal casualidad, se prometió a sí misma volver a aquel lugar en cuanto tuviese ocasión y comenzó a relajarse.

Se sentía bien en el restaurante, contemplando las mesas impecablemente dispuestas, con centros de flores blancas, colocadas con exquisitez en torno a velas. Todo era cálido y acogedor pese a su magnificencia y no podía evitar sentirse como si se encontrara en el interior de un cuento.

Un camarero les acompañó a su mesa, vestida con un mantel blanco roto, con ramas de cerezo bordadas en hilo del mismo color. La vajilla era marrón, con los bordes dorados; las copas de cristal ámbar y el centro estaba decorado con una enorme orquídea blanca, su flor favorita. Se sentaron, sin poder parar de mirar a su alrededor. La excitación se había ido apoderando de los cuatro desde la entrada, pero en vez de decrecer, se dilataba con cada detalle del lugar.

Como eran invitados de Rosa, que celebraba su cumpleaños, dejaron que ella eligiera los platos que más le apetecían y le cedieron la carta. Se decantó por “Lomos de ciervo marinado, con castañas, hojas de cacao y helado de boniato asado”; “Espárragos blancos a la mantequilla negra, con emulsión de leche de oveja, cierva y salmonete”; “Raviolis vegetales de parmesano, piñones y albahaca”; y “Lubina marinada con ginebra y patatas de colores”.

Antes de que llegara el primer plato a la mesa, un camarero se acercó a ellos con una botella de vino y les indicó que se trataba de un obsequio de la casa. Les sirvió el vino, mientras a Roberto se le ponían los ojos como platos, y apenas acertaba a darle las gracias. Tan pronto como el camarero se hubo marchado, Roberto cogió la botella para examinarla con detenimiento.

Una de sus aficiones era el vino y disfrutaba, tanto o más bebiéndolo como leyendo todo lo que sobre este tema, llegaba a sus manos. Rosa le había regalado varios cursos de enología y le gustaba visitar las bodegas de la zona cuando tenía ocasión.

—¿Sabéis lo que es esto? —les preguntó, sosteniendo cuidadosamente la botella de vino entre sus manos, como si fuese un recién nacido.

—Evidentemente, nosotros no, pero tú nos lo vas a explicar, amor —le respondió Rosa con cariño, observando el entusiasmo de su marido.

—No te lo puedes imaginar, mi vida, este vino es una joya, Aurum red, no puedo creer que nos lo regalen, es inaudito —explicó con una mezcla de misterio y consternación en la voz.

—Amor, seguro que saben que es mi cumpleaños. Sabes que soy una mujer muy importante —dijo Rosa irónicamente.

—Rosa, no estoy de broma. Estamos hablando de una botella que cuesta mucho dinero.

—Hombre, según se mire, ¿Qué es para ti mucho dinero? —preguntó Rosa sonriendo, divertida por la cara de su marido.

—Unos cuatrocientos euros la botella. No creo que se la vayan regalando a todos los que vienen a cenar —sentenció Roberto sombrío.

Un silencio sepulcral recorrió la mesa. Todos miraron atónitos la botella. Un segundo antes, los tres estaban sonriendo, mirando a Roberto que se había puesto incluso un poco pálido, pensando lo exagerado que era. Pero en ese instante, todos dejaron de sonreír y se miraron expectantes.

—No puede ser, debe tratarse de algún error —apuntó Ángel sin dar crédito—. No es que dude de tus conocimientos en cuanto a vinos, Roberto, pero lo que estás diciendo es una locura.

Por toda respuesta, Roberto puso su móvil sobre la mesa:

—Mirad, ahí lo tenéis. Esta es la página web en la que suelo comprar vino, aquí lo tenéis, éste es el precio —esgrimió Roberto, mostrándoles la pantalla.

—Bueno, puede ser una edición más barata, a veces hacen esas cosas con algunos productos —explicó Mónica incrédula.

—Sí, ésta es la serie plata, la de oro son dieciséis mil euros la botella —le contestó Roberto, casi sin aliento.

—No me puedo creer que una botella de vino cueste eso —sentenció Rosa.

—Entonces tenemos que hablar con el camarero, porque está claro que se ha confundido —dijo Ángel con semblante serio.

Con un gesto, Ángel llamó la atención del camarero que les había llevado la botella, y el muchacho se acercó a su mesa.

—Disculpa, creo que hay un error, nosotros no hemos pedido esta botella —le expuso Ángel.

—No señor, la casa tiene el placer de invitarles y deseamos que la disfruten. Es un vino excelente y creo que les encantará.

Cuando el camarero se hubo marchado, todos se quedaron mirando sin saber qué decir. Fue Rosa la que rompió el hielo:

—Roberto, haz el favor de llenarme hasta arriba la copa, que no podemos dejar una gota —dijo riéndose, mientras se la tendía.

—Lo que tú digas cariño, no vas a verte en otra igual en toda tu vida, saboréalo.

—La verdad, es que yo habría preferido que me regalasen unos zapatos ‘Magrit’, absolutamente fabulosos que vi ayer. Hubiesen salido mucho más baratos, y yo los habría disfrutado encantada —explicó Rosa entusiasmada.

—Rosa, puedes comprarte los zapatos cuando tú quieras, considéralo mi regalo de cumpleaños —le respondió Roberto afectuosamente.

—Esta todo delicioso Rosa, muchas gracias por la invitación, el sitio es formidable —le agradeció Mónica.

—No tienes por qué darme, yo encantada de compartir mi cumpleaños con mi familia, vosotros y las niñas sois muy importantes para mí, ya lo sabes.

La velada discurrió entre risas y bromas. Mónica atendió todos los chismorreos que Rosa le contaba. Como de costumbre, la hizo reír con cada anécdota. Se notaba que el vino empezaba a surtir efecto y la conversación empezó a subir de tono y volumen. Todo estaba riquísimo y el postre, croissant de frutos rojos y queso, un festín para todos los sentidos a la altura de los platos que lo habían precedido.

Cuando terminaron, se trasladaron al local de al lado, una discoteca con grandes sofás donde sentarse a tomar una copa. Toda la decoración era de madera clara y piel blanca, las mesas estaban divididas en compartimentos, lo que permitía disfrutar de cierta intimidad. Había una enorme barra cerca de la entrada y el local terminaba abierto a una enorme terraza, en la que también había sitio para sentarse y desde donde se podía ver el mar. Se acomodaron en la terraza y pidieron tres gin tonics y un ron con limón para Rosa. La noche era preciosa y la temperatura muy agradable. Estaban en Junio, el verano se estaba empezando a dejar notar. Rosa y Roberto vieron a unos amigos y se levantaron a saludarlos, dejando a Mónica y Ángel solos.

—Estás muy guapa esta noche —dijo Ángel cogiendo la mano de su mujer.

—Muchas gracias, tú también.

Mónica percibió el magnetismo de Ángel, que la había enamorado cuando lo conoció, al rozar su piel.

—Me lo estoy pasando genial, es una noche maravillosa —le dijo encantado.

—Sí, tu hermana es increíble.

—Mónica, quiero pedirte perdón por lo mal que te lo he hecho pasar —se sinceró Ángel cambiando el tono de su voz—. No he estado a la altura de las circunstancias en muchos momentos.

—No tienes porqué disculparte, no ha sido culpa tuya, la vida es así, a veces los acontecimientos se imponen.

—Sólo quiero que sepas que soy muy feliz contigo.

—Sabes que yo también, pero déjalo. No quiero que hablemos de los problemas ahora, seguirán ahí mañana y los afrontaremos trabajando duro como hemos hecho siempre, pero esta noche tenemos que pasarlo bien. Anda, terminate la copa y vamos a bailar, cuando he ido al baño he visto una enorme pista de baile en el piso de abajo.

En ese momento, Rosa y Roberto regresaban.

—¡No os lo vais a creer! —les anunció Rosa nada más llegar a su altura—. Tengo un cotilleo increíble sobre el dueño del centro comercial —continuó, mientras cogía su copa y tomaba asiento—. Todo el mundo creía que se trataba de un grupo de Oriente Medio que quería invertir en ocio de lujo en una ciudad turística europea, pero no, todo esto es de una sola persona —explicó mientras trataba de abarcar todo su alrededor con la mano—. Un hombre guapísimo para más detalle, y elegante, creo que nunca en la vida he visto unos ojos más bonitos... Acabo de verlo junto a la barra. Pues bien, mi amiga Marta, me ha explicado quien es, y me ha contado que es un hombre inmensamente rico, millonario de proporciones astronómicas... y nacido aquí —prosiguió la mujer, inexplicablemente sin tomar aire—. Emigró hace años, antes de la crisis, hizo mucho, pero que mucho dinero, nadie sabe cómo, y ahora ha construido todo este impresionante centro comercial, para uso y disfrute de sus amigos ricos.

—Vaya, que bien —comentó Mónica—. Me alegra que sea de aquí, es una suerte para la ciudad contar con esta maravilla.

—Sí, Marta me ha dicho quién es... A ver si lo veo... ¡Es impresionante! —contestó Rosa impaciente por vislumbrar de nuevo, a aquel apuesto y misterioso hombre, mientras oteaba el perímetro sin ningún disimulo.

—Bueno, bueno, no será tan guapo como tu hermanito, ¿No?, y teniendo tanto dinero no cuesta mucho trabajo ser elegante —se quejó Ángel, haciéndole un guiño a su hermana.

—¡No Ángel, por supuesto que no, tú eres el más guapo del mundo y el mejor hermano sobre la faz de la tierra! —exclamó Rosa, dándole a Ángel un beso en la frente—. Pero reconocerás que este hombre es fascinante, en cuanto lo veas.

Mónica, que había contemplado la escena embelesada, propuso bajar a bailar, por lo que todos cogieron sus copas y se dirigieron al piso inferior. Pero, justo antes de llegar a las escaleras, alguien la llamó.

Antes incluso de que su mente procesase la imagen, su cuerpo reaccionó con un escalofrío. Todo se paró, la gente dejó de hablar, la música de oírse y todo quedó en silencio. Solo podía oír los latidos de su corazón retumbando en su interior. Sus sentidos se habían bloqueado, por un segundo, quedó paralizada. Se dio la vuelta y lo vio. El estómago se le puso del revés, después de tantos años, seguía teniendo el mismo efecto en ella oír su voz.

Las palabras pugnaban por salir, pero algo las retenía. Frente a ella estaba Daniel. En ese momento, hubiese deseado estar en una película antigua, en la que, dada la situación, habría podido desmayarse. Pero no, allí estaba, con las piernas apunto de fallarle y frente a él.

—Hola, Mónica, ¡Cuánto tiempo! —dijo él, mirándola como si estuviese escrutándole el alma—. Me alegro mucho de verte.

—Sí —consiguió por fin articular Mónica, como un pasmarote.

Se quedaron unos segundos mirándose, viendo los cambios físicos que habían experimentado, cuando de repente, Mónica se dio cuenta que Rosa estaba a su lado observando a su interlocutor inquisitivamente.

—Mónica, me parece inaudito que conocieses al dueño de todo esto y no hayas dicho nada, eres increíble. Hola, soy la cuñada de Mónica, encantada de conocerle, es digno de admiración lo que ha construido aquí, debo felicitarle de todo corazón —saludó Rosa, tendiéndole la mano a Daniel.

Acaban de encajar todas las piezas de aquella noche. Ahora, comprendía la vista de la fotografía que presidía el restaurante, el vino, incluso las flores que decoraban cada rincón... Todo tenía sentido y no habían sido casualidades.

La mente de Mónica retrocedió catorce años y revivió uno de los episodios más humillantes de su vida, mientras el culpable de todo aquel dolor, que ahora le removía el alma, la observaba sin apartar los ojos de los suyos.

Verano de 1998

La primera vez que Daniel vio a Mónica no sonaron campanas, no se detuvo la tierra y, por supuesto, no se le paró el corazón.

Daniel había sido contratado como monitor de tenis en un club, en el que solían pasar los calurosos días de verano muchas familias de clase media-alta. Su tía le había conseguido el trabajo, no pensaba darle ni un duro ese verano, ya que había suspendido tres asignaturas para Septiembre. No le consentiría que ese año no terminase el instituto, ya había repetido curso en dos ocasiones, no estaba dispuesta a darle más oportunidades, lo tenía claro, debía trabajar. Aún así, no estaba tan mal, solo tenía que darles clase a unos niños, que carecían de talento alguno para el tenis, pero desde luego, no sería él, quien se lo descubriera a sus padres. De hecho, podía ser peor. El año anterior había estado vendimiando y eso sí que no se lo recomendaba a nadie. Además, su jefe era un tío bastante legal y le permitía utilizar la piscina y otras instalaciones del recinto, cuando acababa su jornada.

Eran las ocho de la tarde y había terminado con el grupo de niños de cinco años, que ese día estaban especialmente revoltosos. Gracias al cielo, no los vería hasta el día siguiente. Tenía muchas ganas de llegar a casa, su estómago gruñía de hambre y esa noche su abuela le había prometido hacer canelones para cenar, su comida favorita. Pero hacía tanto calor que no podía dejar pasar la oportunidad de darse un baño antes. Se encaminó a la piscina con sus cosas, desde las pistas de tenis, por un sendero rodeado de césped. Dejó todo bajo un árbol y se tiró de cabeza al agua, sin pensárselo mucho. Resultaba agradable zambullirse en el agua fresca, tras las altas temperaturas que había padecido durante todo el día. Al salir del agua, una chica castaña, con el pelo muy corto, lo abordó.

—¡Hola!, soy Eva —le soltó la muchacha sin darle tiempo a tomar aire.

—Hola —respondió Daniel, intentando salir de su asombro.

—Soy la hermana de Nico, le das clase de tenis por las mañanas. Dice que aprende muchísimo contigo.

— ¡Ah! Sí, Nico es muy buen chico.

—Menudo calor hace hoy, ¿No?

—Sí, la verdad es que sí.

— ¿Es el primer año que das clases de tenis aquí? —insistió Eva, buscando tema de conversación.

—Sí, no he sido antes monitor.

—Pues se te da genial —comentó zalamera—. Supongo que no conocerás a nadie por aquí. Yo vengo todos los días con mis amigas y siempre nos ponemos allí —explicó, señalando un sauce, donde se encontraban dos chicas que miraban boquiabiertas la escena—. Si algún día te apetece sentarte con nosotras, serás bienvenido. Ahora, nos vamos a tomar algo por aquí cerca, ¿Te apetece venir con nosotras?

—No, no, gracias. No puedo, me están esperando en casa. —titubeo el muchacho un poco cohibido. Daniel no tenía ninguna intención de irse a tomar nada aquella tarde, y menos aún con aquellas tres, que parecía que se estaban riendo de él.

—Vale, pues otro día, el verano el muy largo.

Eva le dio dos besos y regresó con una sonrisa triunfal junto a sus amigas. Daniel no esperó a secarse para ir a coger su moto y marcharse a su casa. Saludó a las dos amigas de Eva, que estaban sobre unas toallas, cuando pasó a su altura con un gesto, recogió rápidamente sus cosas y desapareció.

—No me puedo creer el morro que tienes tía —sentenció Mónica tan pronto como Eva se hubo sentado, y las tres chicas estallaron en risas.

—Ya, ¡Menuda cara ha puesto, pobrecillo, se ha largado como una exhalación! —exclamó Eva, sin poder parar de reír.

—Ese ya no nos saluda en todo el verano Eva, ¡Qué manera de espantarlo! —terció Lucía.

—Hijas, es que esto es el tostón de todos los años. Para una vez que hay un buenorro por aquí, nos tenemos que hacer amigas tuyas, ¿No? —explicó Eva, poniéndose un poco más seria—. A ver... Siempre estamos con los mismos chicos de siempre. En invierno, con los del instituto, que, con todos mis respetos, son unos pardillos. Bueno, todos menos tu Juan, Lucía, que ya sabemos que es un portento de la naturaleza y, además, como ya es universitario no cuenta —precisó guiñándole un ojo a Lucía—. Pero vamos, que todos los demás son un auténtico coñazo. Así que chatas, o nos espabilamos un poco este verano o, como dice mi abuela, nos quedamos para vestir santos.

—No creo que estemos tan mal como para tener que ir por ahí abordando a todos los que se bañen en la piscina, ¡Qué vergüenza! —se quejó Mónica riendo.

—Todos no, solo a los que sean guapos —contestó Eva, mientras le lanzaba un gesto de complicidad—. Y, además, tú no hables que tienes mucho que callar. ¿Cómo te hago yo entender, que lo de Rafa, es un amor imposible y que hay más peces en el mar?

—No me hables —se lamentó la muchacha mirando al horizonte—. La verdad es que está muy bien el monitor de tenis... —admitió Mónica, intentando desviar de ella la atención.

—Pues qué queréis que os diga, a mí me da mal rollo, me recuerda a los niños del maíz con esos ojos, da miedo —apuntó Lucía.

—Tiene unos ojos increíbles, súper verdes, cuando hablaba con él me he perdido en ellos —explicó Eva teatralmente, mientras se ponía la mano en la frente—. Casi me desmayo.

Las tres pasaron el resto de la tarde pensando en el viernes por la noche. Tenían previsto celebrar el cumpleaños de Lucía e iban a hacerlo por todo lo alto. Habían planeado hacer botellón en la playa. Delante de las discotecas de la curva, la zona en la que se congregaban la mayor parte de sitios de marcha de la ciudad.

Últimamente, las tres amigas salían con los hermanos gemelos de Mónica, que, a su vez, eran amigos de Juan, el novio de Lucía. Cosa que a ninguno de sus hermanos le acababa de convencer. Pero, poco a poco, las amigas de su hermana, de ser unas mocosas, habían pasado a convertirse en unas chicas bastante aceptables. Harían el sacrificio. Por último, estaba Rafa, amor platónico de Mónica.

Los siete jóvenes estaban pasando un verano sin más preocupaciones que broncearse y buscar sitios para salir de fiesta. Todo un lujo, que terminaría con el verano, por lo que todos tenían claro que lo principal era disfrutar el momento.

Daniel llegó al pasaje, donde se encontraba el piso en el que vivía con sus abuelos y su tía Carmen. Aparcó la moto en la acera y entró en él. Vivían en pleno centro de la ciudad. El pasaje había sido construido en 1925, y no había perdido un ápice de su magnificencia y encanto.

De estilo modernista, estaba cubierto por un magnífico tragaluz de cristal con arcos de hierro. La parte inferior estaba destinada a locales comerciales, separados por unas impresionantes columnas renacentistas, con adornos modernistas y neobarrocos historicistas. Mientras que las tres plantas superiores alojaban viviendas. El conjunto arquitectónico estaba considerado como una de las construcciones más emblemáticas de la ciudad. Los turistas que lo visitaban siempre se maravillaban de los herrajes de los balcones y las puertas. A esto se sumaba que, según pasaba el día y variaba la luz, el pasaje también cambiaba su aspecto, por lo que Daniel estaba acostumbrado a encontrar gente admirada, ante la puerta de su casa, mirando los techos, las esculturas y el tragaluz, que era una obra de arte.

Entró en la cocina y vio cómo su abuela metía la bandeja de canelones en el horno. Le dio un beso en la frente y dejó sus cosas en una silla.

—¡Pero qué bien huele! —exclamó Daniel, exhalando el delicioso aroma.

—Pensaba que llegarías más tarde, ¿Tienes hambre? —le preguntó su abuela secándose las manos en el delantal.

—Un hambre atroz.

—¿Cómo te ha ido hoy? —se interesó la mujer.

—Bien, no me puedo quejar.

—Tu tía está a punto de llegar. Ve a tu habitación, y abre los libros mientras termino la cena, que se va a llevar una alegría si te ve estudiando un poco, para variar —le dijo la mujer con un tono de reproche, pero con los ojos inundados de amor.

—Vale, abuela —respondió el muchacho cansinamente.

Llegó a su cuarto por el estrecho pasillo. La casa era de techos altos, sus estancias bastante amplias y casi todas daban al pasaje. Daniel abrió la puerta de su habitación y el caos se hizo patente ante sus ojos. Era muy desordenado y, aunque su abuela se afanaba en tenerlo todo perfecto, había desistido con su nieto, ahora,

cerraba la puerta y fingía que su cuarto no existía. Daniel escondió la ropa que había tirada por todas partes debajo de la cama y se sentó en el escritorio, con los apuntes dispersos. A los cinco minutos, llegó su tía y se asomó a su habitación, lo saludó y le dijo que no quería interrumpirlo, que siguiese estudiando, ya le avisaría cuando la cena estuviera lista.

Le quedaban solo dos asignaturas para obtener el título de BUP. No sabía que haría luego, pero lo que sí tenía claro es que no quería seguir estudiando, aunque su tía se pusiera como una fiera. Los libros le aburrían, le gustaba hacer cosas más prácticas, trabajar con las manos se le daba bien, encerrarse a estudiar le costaba un esfuerzo titánico, que normalmente solo le reportaba frustración.

Daniel había vivido desde que tenía uso de razón con sus abuelos y su tía. A su madre la había visto tan solo en tres ocasiones, a lo largo de toda su vida, en las que acudió a sus abuelos para pedirles dinero. Según había escuchado, espiando las conversaciones entre su abuela y su tía, su madre se quedó embarazada con dieciocho años y se fugó con un comercial unos diez años mayor que ella. Dos años después de que naciera Daniel, se rompió la relación y cada uno tomó su camino. Su madre quería empezar una nueva vida en la capital y Daniel no encajaba en sus planes, por lo que lo dejó con sus abuelos, que, una vez pasada la sorpresa inicial, lo trataron y quisieron como a un hijo.

En todos esos años, su tía, que tenía tan solo diecisiete años cuando Daniel empezó a vivir en la casa, había adoptado el rol de madre y se había hecho cargo de todas sus necesidades.

Carmen era una mujer seria y discreta, trabajaba en un banco donde antes lo había hecho su padre y, pese a la gran competencia, había logrado ir ascendiendo, ahora era la directora de una sucursal. No le gustaba mucho salir, le encantaba quedarse en casa leyendo o escuchando opera, una de sus pasiones. De vez en cuando, salía a tomar café con sus amigas, con las que, poco a poco, había ido perdiendo el contacto, la mayoría se habían casado y ya eran madres. Cada vez, tenía menos cosas en común con ellas y la relación se iba enfriando, pero Carmen era feliz, cuidaba de su pequeña familia y había visto crecer a Daniel. No quería nada más.

Mónica llegó a su casa temprano, sus padres habían ido a hacer la compra y sus hermanos, los gemelos, estaban tirados en el salón viendo la tele. Hizo ademán de saludarlos, pero ellos, como casi siempre, la ignoraron.

Subió a su cuarto y se puso sus zapatillas de correr, bajó las escaleras y salió por la puerta. Vivían en un chalet adosado a las afueras. Era un lugar bastante tranquilo, al pie de la montaña, donde terminaba la ciudad.

Calentó los gemelos, después los brazos rápidamente y echó a correr calle arriba, hasta el lugar donde la ciudad desaparecía y era sustituida por una pequeña carretera, que conducía al santuario ubicado en el interior de un parque natural de gran belleza. Era su lugar favorito en el mundo, y siempre que podía subía a ver allí atardecer. Se trataba de un emplazamiento único, que ofrecía unas vistas increíbles, un espacio al margen de todo lo demás.

Eran cuatro kilómetros de subida, por lo que al final del camino, siempre tenía que parar y seguir andando. Las sensaciones que le ofrecía correr, constituían una adicción para ella. Se sentía libre y su mente se despejaba de cualquier preocupación.

Pasó las zonas habilitadas para barbacoas, la fuente, los columpios y, al dejar atrás la última curva, se alzó ante ella el santuario. No era una persona especialmente devota. De hecho, desde que tomara la Comunión, no había vuelto a pisar una iglesia, pero aquel lugar la sobrecogía, al tiempo que le reportaba una inmensa paz.

Se sentó en la roca en la que siempre lo hacía, y contempló el espectáculo fascinada. El sol, se fue poniendo y las luces comenzaron a iluminar la ciudad, con el mar al fondo. Como de costumbre, se había quedado embobada, absorta en sus propios pensamientos... Miró el reloj y se dio cuenta de lo tarde que era, debía darse prisa en llegar a casa o su madre se enfadaría con ella. La bajada era mucho mejor que la subida, aunque a veces tenía la sensación de que perdía el control, y le costaba coordinar los pies en algunos tramos, donde la pendiente era más pronunciada.

Cuando llegó, vio a sus padres aparcando ante su casa, bajando la compra semanal del coche.

—Hola ¿Os ayudó? —preguntó, tratando de recuperar el aliento, desde la puerta de la casa.

—Sí, cariño, gracias. Dile a tus hermanos que vengan también a echar una mano —le dijo su madre dándole un beso—. Si me haces el favor, coloca tú las cosas, tu padre y yo llegamos tarde al cine; y sube a ducharte, estás sudando.

Mónica gritó a sus hermanos a modo de llamada, y comenzó a meter algunas cosas en el frigorífico.

—No hay problema, pero que Luis y Fernando se hagan su propia cena, se piensan que soy su criada —protestó.

—No te preocupes, tenéis una bandeja de lasaña en el horno, solo tenéis que calentarla —le contestó su madre risueña—. Nos vamos, que tu padre está nervioso por la película.

—¿Bruce Willis?

—Sí, esta vez contra un asteroide.

En ese momento, entraron en la cocina su padre y sus hermanos, con las últimas bolsas de la compra.

—Hola cielo —le dijo el hombre a Mónica—. Vámonos cariño —apremió a su mujer—. Que no llegamos.

—No sufras papá, para Bruce, un asteroide no es nada —bromeó Mónica.

—Tienes razón —le dijo alborotándole el pelo a su hija—. Pero me gustaría no llegar tarde para comprobarlo.

Una vez sus padres se hubieron marchado, Mónica continuó ordenando alimentos y encendió el horno mientras sus hermanos se escabullían.

—¡Oye... Haced el favor de poner por lo menos la mesa, o tiro la lasaña a la basura! —vociferó.

—Bueno, tampoco hay que ser tan drásticos, yo te ayudo —se ofreció su hermano Luis, regresando a la cocina y dándole un capón.

—¡Ay, ya te vale! —le gruñó Mónica, frotándose la cabeza—. ¡Qué daño!, ¡Toma, coloca tú la leche!, que eres más alto.

—De acuerdo, enana.

—Más te vale larguirucho, o cuando venga mamá le contaré lo temprano que llegaste el sábado.

—Yo que tú mantendría la boca cerrada o el viernes os quedáis sin chicos guapos, para el botellón del cumpleaños de Lucía.

—Creo que lo superaríamos, ninguno sois Leonardo Dicaprio, precisamente.

—Ya le gustaría a ese taponcillo ser la mitad de guapo que yo —se burló su hermano irónicamente.

—Mira que eres payaso Luis —replicó Mónica riéndose—. Anda, haz el favor de ayudarme, que me tengo que duchar.

—No hace falta que lo digas, menuda peste guapa —exageró Luis entre carcajadas, mientras se tapaba la nariz—. Ve, que ya acabo yo con esto y, cuando termines, pregúntale al rey Fernando que si puede levantarse del sofá y honrarnos con su presencia durante la cena.

—Trato hecho —asintió Mónica sonriendo, mientras subía las escaleras.

Durante la ducha, Mónica pensó en sus hermanos, siempre hacían todo juntos, era como si solo los hubiesen separado los diez minutos que se llevaron al nacer. Ese año, habían empezado la universidad, y era la primera vez que no iban a la misma clase. Fernando estudiaba Magisterio de Educación Física; y Luis había optado por Derecho. Tenían suerte, ya que sus facultades estaban una frente a la otra y, de momento, ese año los dos tenían un horario similar. Al comienzo del curso, se notaba que les faltaba algo cuando estaban separados, se ponían nerviosos, como desubicados, pero poco a poco cada uno empezaba a tomar su propio camino, aunque en cuanto entraban en casa, se buscaban el uno al otro, como un perro a su amo.

Aquel año también se cortaron el pelo de forma diferente. Fernando se lo había dejado crecer y se había puesto un pendiente en la oreja, cosa que no entusiasmaba a su padre y era motivo recurrente de discusión entre ellos, pero hizo que fuese más fácil distinguirlos, para sus nuevos amigos universitarios. Aunque físicamente habían sido idénticos hasta ahora, no podían tener un carácter más diferente. Fernando era muy independiente, pasaba de todo y, cuando te hacía caso, era como si te estuviese haciendo un favor. Los dos se metían todo el día con Mónica, pero con Luis mantenía una relación más estrecha, se preocupaba por sus cosas y hablaba con ella a menudo.

Mónica buscó un pijama, se secó el pelo con una toalla y se peinó. Cuando pasó por el salón, le dijo a Fernando que la cena estaba lista y se encaminó a la cocina, donde comprobó que Luis tenía la situación bajo control. Todo estaba en su sitio y la mesa estaba dispuesta para los tres. Rápidamente tomaron asiento y se

dispusieron a dar buena cuenta de la lasaña, que era el plato estrella de su madre.

—Juan nos obliga a ir al cumpleaños de tu amiga el viernes, espero que, por lo menos, compréis whisky bueno —le espetó Fernando a Mónica, nada más sentarse.

—No te preocupes, si no vienes, tampoco te va a echar nadie de menos —le contestó Mónica mordaz.

—Tranquila, no te vas a librar de mi tan fácilmente, Juan nos ha vendido bastante bien la noche —replicó Fernando—. Estaré allí, para vigilarle.

—Rafa se pasará en coche a por nosotros. Si quieres, puedes acompañarnos —le propuso Luis despreocupadamente, mirándola de reojo.

Mónica notó como le empezaron a quemar las orejas y se ponía roja. Rezó para que Fernando no se diese cuenta, y suplicó a Luis con la mirada que no continuara por ese camino.

—Vaya, vaya, vaya... Con que a mí no, pero si no fuese Rafa, si lo echarías de menos —le dijo Fernando maliciosamente a su hermana.

—No, gracias. No iré con vosotros, he quedado con Eva en pasar a recogerla — se justificó, mientras hacía oídos sordos a las risas de sus hermanos.

—¡Ay, hermanita!, es que se te nota mucho que estas colada por Rafa, y así espantas a cualquiera —intervino Luis condescendiente—. Además, créeme si te digo que es mucho mejor que no te haga ningún caso. Sin ánimo de ofender, es mi amigo y lo aprecio, pero es un golfo redomado, no lo puede evitar.

El amor que Mónica sentía por el mejor amigo de sus hermanos era objeto de mofa familiar. Desde que Rafa empezó a frecuentar su casa, hacía muchísimos años, ella bebía los vientos por él y a todo el mundo le hacía bastante gracia, incluso su padre que, por lo general, procuraba evitar esos temas, hacía algunas bromas. Ella no podía evitarlo, desde que lo viese por primera vez, cuando era una niña y pensó que era la viva imagen de Patrick Swayze en “Dirty Dancing”, estaba loca por sus huesos y apenas podía articular palabra en su presencia. Rafa estaba al tanto de la pasión que despertaba, y la trataba siempre como si fuese una princesa cuando la veía. Cosa que la ponía más nerviosa si cabe, y originaba que, con demasiada frecuencia, se pusiera en evidencia delante de todo el mundo. De ahí que hacer bromas jocosas sobre el asunto fuese el deporte familiar favorito.

Mónica intentó aguantar el chaparrón lo mejor que pudo. Por experiencia sabía, que lo peor que podía hacer, era entrar al trapo, pero sus hermanos seguían burlándose de ella. Si no decía nada, acabarían dejándola en paz. Empezó a recoger la mesa y se puso a fregar los platos. Como había previsto, los gemelos siguieron hablando de sus cosas y se olvidaron de ella.

El viernes, Mónica quedó con sus amigas por la mañana, para ir a la piscina del club. Esa noche celebraban el cumpleaños y todas querían estar morenas. Las tres, se habían colocado en su sitio de costumbre y alternaban los baños con la exposición al sol, incluso se quedaron en la piscina a comer unos bocadillos. No paraban de hablar de esa noche, lo que se iban a poner y lo estupendamente que se lo iban a pasar.

Mónica, que se encontraba sedienta, se ofreció voluntaria para ir al bar a comprar unos refrescos. Se encaminó al edificio que ocupaba el centro del club deportivo, en donde, además de otras instalaciones, había un restaurante con barbacoa y un bar-cafetería. Al pasar por el porche, se encontró con las mesas al aire libre, ocupadas por multitud de familias disfrutando de su comida. Entró al interior, que estaba prácticamente vacío. Solo había un chico de espaldas a ella, comiendo en la barra. Se colocó a su lado y le pidió al camarero tres fantás de naranja.

—Hola.

Mónica miró a su lado y allí estaba el monitor de tenis que le gustaba a Eva, Daniel, recordaba que se llamaba.

—Hola, perdona, no te había visto —le contestó.

—¿Para llevar? —preguntó el camarero.

—Sí, estamos en la piscina —aclaró Mónica—. Bueno, hasta luego, se despidió del joven, mientras cogía las botellas y se dirigía hacia la salida.

—Hasta luego —le respondió el chico mirando cómo se marchaba.

Mónica fue corriendo hasta la piscina y, antes de dejar los refrescos sobre las toallas, anunció:

—Tienes a tu monitor comiendo solito en el bar.

Sin dar tiempo a Mónica a sentarse, Eva se levantó como un resorte.

—Bueno, terminar ya los bocadillos, que voy a por unos helados —dijo alejándose.

—¡Hey, espera!, se te va a notar un montón, vas a parecer desesperada —le grito Lucía.

Eva ni se volvió, y por toda respuesta les dedicó un gesto obsceno con la mano, mientras Lucía y Mónica se echaban a reír. Eva entró en el bar y se colocó justo al lado de Daniel.

—Hola, ¡Qué sorpresa! —saludó Eva con su mejor sonrisa—. Tres calipos de lima —le pidió al camarero.

—Hola. Acaba de estar aquí tu amiga. —Desde luego, no os vais a deshidratar —pensó Daniel con cierta sorna.

—Hemos decidido pasar el día al sol, antes de salir esta noche y necesitamos refrescarnos.

—Ah, muy bien —respondió Daniel sin mucho entusiasmo.

—¿Comes aquí todos los días? —se interesó Eva.

—No, solo los viernes. Tengo dos clases muy seguidas, y no me da tiempo a ir a casa —explicó el muchacho, pensando si se arrepentiría de darle a aquella chica tanta información.

—Esta noche, celebramos el cumpleaños de mi amiga Lucía en la playa, ¿Quieres venir?

—No, gracias, he quedado con unos amigos.

—Vale, y ¿Dónde soléis ir? —preguntó Eva, que no se iba a dar por vencida tan fácilmente.

—Bueno... Iremos al Coyote, supongo —titubeó.

—Mira qué casualidad. Nosotras no salimos de allí —le explicó Eva triunfal—. Entonces, seguro que nos vemos esta noche —afirmó antes de darle dos besos a un atónito Daniel, para despedirse.

Él, se sentía un poco incómodo con Eva. Era bastante tímido y no estaba acostumbrado a hablar con chicas que no fuesen de su círculo de amigos. Un grupo, que mantenían su amistad desde el colegio, y que solían salir juntos. Su mejor amigo, Jaime, era mucho más sociable que él, y se ocupaba de llamarle siempre que quedaban. Era una de las poquísimas personas con la que realmente se encontraba a gusto. La noche de antes, habían estado juntos viendo una película de Tarantino, y acordaron salir la noche del viernes con el resto.

Siempre estaban metidos en el Coyote, porque a una de sus amigas le encantaba el camarero, con lo que se había convertido, en su cuartel general. Total, la música no estaba mal y él sólo tomaba cerveza, que no era muy cara allí, le daba igual un sitio que otro, la verdad.

Las chicas contemplaron expectantes el regreso de Eva. Venía dando saltos, mientras movía los brazos al unísono. Cuando llegó a su altura, se sentó como si fuese una bailarina de ballet, provocando las risas de Lucía y Mónica.

—¿Qué? Pávlova, ¿Cómo te ha ido? —inquirió Mónica.

—Pues la verdad es que muy bien, he quedado esta noche con Daniel en el Coyote. Después del botellón tendremos que ir allí.

—¿Pero qué dices?! —Se escandalizó Lucía—. Ese garito es lo peor, no hay más que música grunge y gente vestida de negro —terció indignada—. Yo me niego, no tengo nada que ponerme para ir a ese antro.

—Hija, no se puede ser más pija —afirmó Eva—. Anda, solo un rato. Después vamos donde tú quieras, y nos hinchamos a bailar el “corazón partío”.

—Si te empiezas a meter con Alejandro Sanz, mal vamos —le advirtió Lucía, haciéndose la ofendida.

—Por favor, es tu cumpleaños y todos vamos a ir donde tú quieras. Solo un rato —imploró Eva—. Y te dejo mi camiseta roja, que tanto te gusta, para que te la pongas hoy.

Mónica, que las miraba divertida, decidió intervenir:

—¡Ay!, pobrecilla. Venga Lucía di que sí. A mí me gusta Nirvana y Pearl Jam, no tengo problema, y a mis hermanos les vas a dar una alegría, odian los sitios donde

vamos últimamente.

—Pues claro, si una tiene que hacerse grunge, pues se hace y ya está —sentenció Eva satisfecha.

—Vale. Mira que sois pesadas —se resignó Lucía mirando el reloj—. Me tengo que ir, Juan me va a llevar al súper a comprar la bebida y viene a recogerme. Os veo esta noche.

Mónica y Eva se quedaron un buen rato más, tomando el sol y bañándose. A Mónica le gustaba nadar casi tanto como correr, aprovechó que a esas horas no había nadie en la piscina para hacer unos largos. Vio pasar a Daniel, de camino a las pistas deportivas y lo saludó con la mano. Él le respondió con el mismo gesto. Mientras nadaba, pensaba en Rafa. Esa noche estaría en el botellón.

Estaba entusiasmada, había ido con su madre de compras la semana anterior, era su premio por las fantásticas notas que había sacado, y logró convencerla para comprar un vestido negro fabuloso, pese a que su madre lo veía demasiado corto. Ella pensaba que era el vestido perfecto, muy cómodo, elástico y no era muy ajustado. Estaba exultante, porque sabía que le quedaba muy bien. Además, estaba aceptablemente morena y, gracias al sol, su pelo tenía los reflejos rojizos de los que disfrutaba en verano, y se le había aclarado un poco, mejorando el castaño oscuro y aburrido que lucía en invierno. También se había comprado unas sandalias con un poco de tacón.

Esa noche tenía que conseguir que Rafa se fijase en ella como fuera. Nunca otro chico había ocupado sus pensamientos de aquella manera. Ninguno era tan guapo como Rafa, ni tan simpático, ni tan listo; y todos estos años había soportado con estoicismo como él era sumamente amable con ella, pero la trataba como a una cría, aunque estaba decidida a que aquella noche todo cambiara.

Cuando Mónica llegó a casa, su madre se encontraba leyendo en el salón. Hizo ademán de saludarla, pero antes, ella levantó la vista del libro para mirarla y exclamó:

— ¡Pero Mónica, pareces un cangrejo!

— ¡Ay, mamá!, no exageres.

— ¿Tú sabes lo malísimo que es el sol? —la reprendió su madre.

—Ya lo sé, pero es que parecía un fantasma —se quejó la muchacha.

—Haz el favor de ducharte, cuándo termines, verás si tu madre exagera o no. En mi baño hay un bote de aftersun, vas a necesitarlo.

—Vaaale, mamá gracias, ahora bajo.

—Tus hermanos están terminando de ducharse, por lo visto, ellos también van al cumpleaños de Lucía —inquirió la mujer, esperando más explicaciones sobre esa noche.

—Sí, mamá, como Juan es el novio de Lucía, a veces ahora salimos todos juntos.

— ¿Novios?, ¿Pero cómo que novios? —se escandalizó la mujer.

—Mamá no seas pesada, que ahora bajo.

—Bueno y ¿Qué vais a hacer?

—Pues nada especial, daremos una vuelta por ahí.

—Ya, bueno... Voy a preparar unas hamburguesas, para que no salgáis con el estómago vacío.

—Perfecto, tengo mucha hambre —reconoció Mónica, mientras subía las escaleras.

Tras ducharse, comprobó con pesar, que su madre llevaba razón. Tenía los hombros rojos y ardiendo, la marca del bikini se le notaba muchísimo, pero no del blanco al moreno, como a ella le hubiese gustado, sino al rojo pasión. Se echó medio bote de aftersun y enseguida notó alivio. Se puso una camiseta y un pantalón corto, para evitar que su padre le dijera nada del vestido, que pensaba ponerse, y se fue a la cocina.

Allí se encontraban sus hermanos, que ya estaban listos para salir, con su padre, devorando hamburguesas. Cuando terminó de cenar, subió a arreglarse y a ponerse el vestido, le robó a su madre una sombra de ojos y un pintalabios. Casi había concluido, cuando oyó que Rafa llamaba a la puerta y calculó para bajar al tiempo que él entraba. Rafa entró y pasó al salón, donde los gemelos y su padre estaban viendo un partido de baloncesto, por lo que la bajada de Mónica pasó totalmente desapercibida. Frustrada, se despidió de su madre y evitó entrar en el salón para que su padre no le reprochara su indumentaria. Ya tendría otras oportunidades esa noche de que Rafa la viese con su vestido nuevo.

—Me voy —gritó desde la puerta—. Luego nos vemos. —Dentro del salón nadie pareció oírla, el partido estaba realmente emocionante.

Las amigas no paraban de parlotear, pasaron el puerto y llegaron a una zona donde era habitual que los jóvenes se reunieran a hacer botellón. Al llegar, Juan y Lucía ya estaban sentados tomándose una copa.

—Hola chicas estáis preciosas —las saludó Lucía.

—Tú sí que estás guapa —respondió Mónica abrazándola cómo si no se hubiesen visto en años—. Toma, esto es de Eva y mío —explicó tendiéndole un paquete envuelto en papel de regalo.

— ¡Gracias chicas! Sois las mejores —exclamó Lucía entusiasmada y comenzó a abrir el paquete con avidez.

—Esperamos que te guste, aunque intuyo que sí —aseguró Eva.

Era un bolso que Lucía había visto en Zara y que sus amigas sabían que le encantaba.

—Es increíble, me habéis comprado el bolso. Sois las mejores —dijo dando saltitos—. ¿No es maravilloso? —le preguntó a Juan.

—Sí, muy bonito —concedió el chico sin mucho entusiasmo—. Oye, Mónica ¿Dónde leches se han metido tus hermanos?

—Pues daban un partido de baloncesto en la tele, y se han quedado viéndolo con Rafa —le contestó mientras ponía dos copas—. Toma Eva, esto es para ti —afirmó tendiéndole una a su amiga.

Las chicas hablaron, rieron y siguieron bebiendo y cotilleando un buen rato más. Los gemelos y Rafa aparecieron casi una hora tarde y ante la cara de enfado de Juan, no tuvieron más remedio que disculparse.

— ¡Eh, tío! No te mosquees y ponnos algo de beber, que estamos secos —dijo Luis a su amigo.

—Vaya morro tenéis —refunfuñó el muchacho.

—No sé de qué te quejas, estás muy bien acompañado —apuntó Rafa mirando a las tres chicas, lo que hizo que estas estallaran en risas y a Mónica se le pusiera todavía más roja la cara—. Vaya Mónica, de verdad que estás muy guapa —aseguró mientras la miraba fijamente.

—Oye tú, ya vale —le advirtió Fernando fingiendo indignarse—. Que es mi hermana.

Los chicos comenzaron a beber, y las conversaciones a dispersarse. Alguien de otro grupo puso música en un coche, Rafa se acercó a Mónica y entablaron conversación. Ella no podía creérselo, estaba encantada. Todos se lo pasaban bien, y comprobó cómo sus hermanos charlaban con sus amigas, sonriendo.

Cuando se agotó el alcohol, Lucía, aleccionada por Eva, propuso ir al Coyote y todos la siguieron. El local estaba bastante lleno, aun así, encontraron un hueco para todos al fondo. Sonó “Rape me”, de Nirvana, y bailaron desenfrenadamente un rato. Lucía se acercó a Mónica, para pedirle que la acompañara a la barra, a pedir unos chupitos para todos y brindaron por la cumpleaños. A Mónica, la cabeza empezaba a darle vueltas, así que optó por pasar del segundo chupito, y pedir una coca cola.

Rafa y Mónica estuvieron un rato bailando, ella se moría de ganas de seguir así, pero había bebido mucho y ya no aguantaba más. Le pidió a Lucía que fuese con ella al baño, al avanzar por el pasillo y ver la cola se vinieron abajo. Tenían unas doce chicas por delante.

—Me lo estoy pasando en grande —le confesó Mónica a Lucía.

—Yo también —dijo Lucía riéndose—. Aunque ya no me queda ni un duro.

—No te preocupes, yo te invito a la próxima.

—Gracias tía —Lucía abrazó a Mónica—. Te quiero un montón.

—Yo a ti también, eres la mejor —le contestó Mónica sin soltarse, el suelo empezaba a tambalearse agradablemente bajo sus pies.

—Bueno, cuéntame que tal con Rafa, habéis estado todo el rato juntos.

—Sí, es genial. Estoy súper bien con él, es como un sueño. Ha estado toda la noche contándome cosas de su facultad, y preguntándome que es lo que iba a hacer cuando termine el año que viene. Ha sido muy majo.

Las chicas sortearon a la gente que no paraba de bailar, de camino al lugar donde había dejado al resto del grupo. Cuando llegaron, se pararon en seco al ver como su amiga Eva se estaba liando con Fernando, el hermano de Mónica. Ninguna de las dos daba crédito, estaban al lado de la barra besándose efusivamente sin parar.

—¡Pero qué fuerte! —exclamaron al unisono, sin poder apartar la vista del espectáculo.

Pero las sorpresas no habían terminado. Al darse la vuelta, Mónica se quedó petrificada. Delante de sus narices, Rafa se besaba con una rubia. No daba crédito, podía asmir lo de su hermano y Eva, pero aquello era demasiado. Sintió ganas de vomitar, salió corriendo, apartando a la gente hasta alcanzar la puerta de salida. La rabia y la impotencia provocaban que no tuviese ningún miramiento para empujar a todo aquel con el que se topaba.

Llegó al paseo que daba a la playa y respiró, se sintió bastante mejor y se quedó parada un momento. Un amasijo de sentimientos, acudieron a ella convulsionando su interior. Un instante antes, era la chica más feliz sobre la faz de la tierra y ahora se sentía pisoteada. Se sentó en el borde del murete, que lindaba con la playa y se quitó las sandalias, se cogió las piernas con los brazos y se quedó mirando la oscuridad, hacia donde se encontraba el mar. En ese momento, se sentía como el ser más minúsculo sobre la faz de la tierra.

—Hola, ¿Estás bien?

—No, la verdad es que no —contestó ensimismada en sus pensamientos.

—Te he visto salir corriendo del Coyote con mala cara. Parecía que te encontrabas mal ¿Necesitas algo? —preguntó solícito el chico.

Mónica miró a su lado. Allí estaba Daniel. De repente, se acordó de que Eva había quedado con él. Pobre chico, qué decepción. La imagen de su amiga comiéndose a besos a su hermano acudió a su cabeza y las náuseas se agolparon en su garganta.

—No, estoy mucho mejor. Creo que he bebido demasiado, gracias.

—Por lo visto no eres la única, hay mucha gente, muy borracha ahí dentro —dijo Daniel sonriendo.

Mónica se preguntó si habría visto a Eva con Fernando, y sintió una profunda lástima por él, era inevitable sentir empatía.

—Sí, creo que me voy a ir a casa, han sido muchas emociones por hoy, demasiadas.

En ese momento su hermano Luís salía a buscarla sin resuello.

—Mónica, ¿Estás bien? —se apresuró a preguntar con cara de preocupación.

—Sí, no te preocupes —le respondió Mónica tratando de poner buena cara.

—Hola, perdona, soy su hermano —se presentó Luís dirigiéndose a Daniel—. ¿Seguro que estás bien?, ¡Qué fuerte lo de ahí dentro! —exclamó, visiblemente más relajado.

—Sí, muy fuerte —subrayó Mónica poniéndose seria. El dolor había dejado paso a la cólera y estaba furiosa.

—Lucía quiere ir a una de las discotecas de las afueras. Vamos a coger unos taxis —le explicó su hermano.

—No, yo me voy a casa.

—Pues ven con nosotros y te dejamos de camino —resolvió Luís.

—No, de verdad, prefiero ir sola. —Lo último que le apetecía en ese momento era cruzarse con Rafa—. Prefiero andar, así me espabilo un poco.

—Ni de coña, si mamá se entera que te dejamos volver a casa sola, mañana nos pone de patitas en la calle.

—Yo te acompaño si quieres. Tengo aquí cerca la moto y solo me he tomado una cerveza. Así te da el aire —intervino Daniel.

—Pues muy bien, todo arreglado —exclamó Luís—. Dame un abrazo, nos vemos mañana —se despidió, mientras le daba un fuerte achuchón a Mónica, que lo miró marcharse con una sonrisa en los labios.

—No tienes por qué hacerlo, de verdad. Ya me encuentro mejor, puedo regresar sola a casa —le dijo Mónica a Daniel cuando su hermano se hubo marchado.

—No es molestia, yo también me voy a casa.

—Bueno, pues vamos.

Mónica siguió a Daniel hasta su moto. Los dos se subieron y se pusieron en marcha, ella se agarró a la parte de atrás, y disfrutó del paseo. Le sentaba bien el aire y, por un momento, logró olvidarse de la imagen de Rafa metiéndole la lengua hasta la garganta a la rubia desconocida. Le dio a Daniel las indicaciones para llegar a su casa y, a los pocos minutos, estaban ante su puerta.

—Has llegado sana y salva.

—Muchas gracias, nos vemos en el club. Siento que al final esta noche no fuera lo que esperabas.

—Para mí, ha sido una noche estupenda —respondió el muchacho con una sonrisa torcida.

Los dos se miraron sin saber que hacer.

—Bueno, hasta luego —resolvió al fin Mónica, dándose la vuelta para abrir la puerta.

—Adiós —se despidió Daniel, aguardando a que entrara.

Durante los siguientes dos días, Mónica se quedó en casa deprimida, con la excusa de una gastroenteritis. No fue a ningún sitio y solo cuando su madre se empezó a preocupar y dijo que lo mejor sería ir al médico, hizo de tripas corazón y comenzó a simular una mejoría. Durante esos días, se dedicó a gandulear, leyó por tercera vez “Cumbres borrascosas” y cuando sus hermanos dejaban libre el televisor, veía “Jane Eyre”. Estaba claro que había nacido en el país equivocado y, sobre todo, en el siglo equivocado. Adoraba a las hermanas Brönte, su universo y la capacidad que tenían para describir pasiones y sentimientos. Definitivamente, pensaba que debía haber nacido en los páramos de Yorkshire. A decir verdad, su estado de ánimo no difería mucho del clima con el que las Brönte ambientaban sus novelas, gris y tormentoso. Cuando ya no tuvo más remedio, llamó a Eva y quedó con ella para ir al club esa tarde, sentía curiosidad por ver que le contaba su amiga respecto a su hermano, ya que había sido imposible sacarle una sola palabra a Fernando sobre el tema.

Esa tarde, estaban las dos solas, pues Lucía había salido con sus padres a navegar en el pequeño velero de la familia. Mónica y Eva estaban tumbadas holgazaneando sobre sus toallas.

—Anda que ya te vale, mira que hay tíos en el mundo y te tienes que liar con mi hermano —le recriminó Mónica a su amiga Eva.

—¡Ay! Calla, qué vergüenza. No tengo ni idea de cómo paso, ¡Madre mía!, iba súper borracha, pero me lo pasé genial. ¿Y tú?, ¿Qué hiciste?, te perdí la pista en el Coyote.

—Pues nada, después de ver el espectáculo, no tuve más remedio que largarme a casa —Mónica pensó que no era oportuno mencionar nada más.

—Sí, qué pasada lo de Rafa. ¡Qué cerdo! Pero era de esperar Mónica, es un Don Juan y no lo puede evitar. Creo que deberías pasar página y no hacerte más ilusiones.

—Tienes razón, soy un poco ilusa, pero es que no lo puedo remediar. Si vuelvo a hablar de él, tienes permiso para darme una bofetada.

En ese momento, vieron como Daniel cruzaba a unos metros de ellas en dirección a la piscina. En cuanto lo vio, Eva lo llamó para que se sentara con ellas. El muchacho dudó unos segundos, pero acabó por acercarse a saludarlas.

—¡Hola! —exclamó Eva efusivamente—. ¿Has terminado ya tu jornada laboral?

—preguntó casi cantando.

—Sí, voy a darme un baño y me voy a casa —contestó esquivo Daniel.

—Bueno, pero sientate un rato con nosotras y así nos ayudas en un conflicto que tenemos, y nos das tu opinión masculina —replicó Eva.

Daniel tomó asiento junto a ellas en las toallas, y se dispuso a escuchar. Mónica no sabía dónde meterse, tenía que parar a Eva, una vez que su amiga empezara a hablar, ya no habría vuelta atrás, expondría su vida y la diseccionaría hasta el tuétano y, sinceramente, era algo a lo que no quería someterse y menos ante un desconocido.

—En fin, aquí mi a miga Mónica, ha estado toda la vida enamorada de un chico, Rafa, que el sábado, contra todo pronóstico, se lió con una rubia en sus morros. Bueno, en realidad sí que era predecible, el sujeto en cuestión, tiene más novias que calzoncillos, y estábamos comentando el caso. Necesitamos que nos saques de dudas. ¿Qué leches os pasa a los tíos con las rubias? En cuanto veis una, es como si os succionaran el cerebro.

Mónica deseó que la tierra se abriese, y se la tragara en ese mismo instante. Se moría de vergüenza y le lanzó a su amiga Eva una mirada asesina.

—¡Vaya! —contestó Daniel, mirando sorprendido a Mónica— Yo solo puedo decirte que a mí me gustan más las morenas —explicó con cierta malicia.

—Me alegra oír eso. Mónica y yo somos castañas, pero te lo agradecemos, nos has sido de gran ayuda.

—¡Eva ya está bien! —le espetó Mónica visiblemente molesta—. Deja al pobre chico que se vaya a su casa tranquilo, ¡Me voy a bañar! —farfulló muy enfadada, y salió corriendo hacia el agua.

—Hija, tampoco es para ponerse así —contestó ofendida Eva—. De todos modos, debo irme. Tengo que llevar a Nico a un cumpleaños infantil, de esos de bolas horripilantes, donde los renacuajos salen chorreando sudor. ¡Qué asco!, nos vemos mañana.

—Hasta luego —gritó Mónica desde el agua, furiosa todavía con su amiga.

—Adiós —se despidió Daniel dirigiéndose hacia la piscina.

Mónica empezó a nadar. Estaba muy cabreada con Eva, siempre se las arreglaba para ponerla en evidencia, delante de quien fuera. De repente, la cogieron por un pie haciéndola perder el equilibrio dentro del agua, Daniel estaba a su lado.

—¡Eh! No te mosquees así, es sólo un tío, ¿Qué más da? —la consoló Daniel.

—No es eso, a veces Eva me saca de quicio. De verdad, se cree que es el centro del universo y que el resto de la gente no tiene sentimientos.

—Sí, falta de empatía. Conozco a mucha gente así —respondió Daniel intentando solidarizarse

—Perdona. No quería decir eso, es muy buena chica.

—Ya —apuntó Daniel con ironía.

—Sí, es cierto. Deberías darle una oportunidad, te gustaría.

—¿Oportunidad, para qué exactamente? —preguntó Daniel alzando una ceja.

—Pues, para conocerla. Deberíais salir algún día, juntos.

—No, gracias —se echó a reír el muchacho, moviendo las manos en señal de negación.

—¿Es que sales con alguien?

—No, no me gusta salir con chicas.

—¡Ah!, entonces eres gay.

Daniel puso cara de sorpresa y, acto seguido, cogió a Mónica y la capuzó. Cuando regresó a la superficie, comenzaron una guerra de aguadillas en la que Mónica lo tenía todo perdido. Daniel era mucho más fuerte y más alto que ella. Tras aguantar un rato, ya no pudo más, y pidió una tregua.

—La mayoría de los chicos que conozco solo piensan en deportes, y cómo hacer para liarse con una tía —sentenció Mónica.

—Pues, yo no. Me gustan los deportes y claro que me gusta liarme con alguna, de vez en cuando. Pero no me gusta lo que implica todo lo demás, prefiero no conocerlas de nada, con una noche basta.

—Eres un poco cabrón, ¿Lo sabías?

—Tal y como yo lo veo, conocer a chicas es una pérdida de tiempo. Hablan y hablan sobre sí mismas, y no les importa nada más.

—No sé dónde vas tú a conocer a tías, porque las que yo conozco no son así para nada.

—¿Estás segura de eso? —preguntó con sarcasmo Daniel, exhibiendo una sonrisa maliciosa.

—Eres malvado —le increpó Mónica dándole un empujón—. Te aseguro que Eva es un encanto.

—Puede, pero no me apetece mucho comprobarlo.

—Se ha hecho un poco tarde, tengo que irme ya.

—Mi moto está ahí fuera. Si quieres, te llevo.

Mónica se lo pensó unos segundos y aceptó. Recorrieron el trecho hasta el aparcamiento del club sin parar de bromear y reír. A Mónica le caía bien aquel chico, era diferente de los que conocía, bastante franco y simpático.

El club, organizaba una fiesta para todos los socios, a principios de verano. Era una excusa más para confraternizar, y que todo el mundo pudiese conocer a las nuevas incorporaciones. Mónica y sus amigas asistían todos los años. Cuando eran pequeñas les encantaba, corrían libres por todas partes haciendo mil travesuras, pero a medida que crecían, cada vez les hacía menos gracia estar en una fiesta acompañadas de sus padres. A sus hermanos, por lo menos, no les amonestaban si se bebían un par de cervezas, pero ellas tenían que ver como sus madres se acercaban de vez en cuando para olisquearles el aliento. Aun así, Mónica, Eva y Lucía cogieron unas cervezas y se fueron al último rincón del club a tumbarse en el césped.

—Tu hermano ni me mira. Pero hoy no le va a quedar otra, voy a hablar con él —se quejó Eva.

—¿Y qué piensas decirle? No creo que te prometiese amor eterno —señaló Mónica.

Fernando no había dicho ni una palabra en casa de su lió con Eva. Pero claro, Mónica y él tampoco tenían mucha complicidad.

—Bueno tía, ya sé que es tu hermano, pero es que ni la ha mirado cuando los hemos saludado —terció Lucía.

—Tienes razón, perdona, es que últimamente estoy bastante desencantada del amor —se lamentó Mónica con un suspiro.

—Pues sí que estamos buenas... En fin, al menos podemos brindar por nosotras —propuso Eva levantando su botella y las tres apuraron sus bebidas—. Te toca ir por otra ronda Mónica. Ten cuidado, porque mi madre nos debe estar buscando. Ya habrá caído en la cuenta, de que hace mucho que no nos da el coñazo.

—Descuida —apuntó Mónica, que recogió los cascos de las cervezas y se marchó.

Cuando llegó a la barra, que se había colocado expresamente para la fiesta, procuró ponerse en un lateral, para no llamar mucho la atención. Aquella tarde, Daniel trabajaba como camarero. Algo habitual en el club, que reasignaba a sus empleados tareas, en función de las necesidades del momento.

—Oye, perdona, dame tres cervezas —le pidió Mónica, en voz baja, intentando ser discreta.

—Pues creo que no podemos servir alcohol a menores de edad —le contestó Daniel ufano, elevando el tono de voz.

—No me fastidies, anda. Solo te voy a pedir esas tres.

—Espera, que se lo pregunto a mi jefe. Creo que lo he visto por allí —bromeó el muchacho, haciendo ademán de marcharse.

—No seas así. Si quieres, cuando termines, te invito a una.

—No sé quién te la va a poner, no hay muchos camareros tan majos como yo, que hagan la vista gorda —le respondió guiñándole un ojo.

—Pues también es verdad —se rió Mónica zalamera—. Venga, no seas chungo.

—A estas, invito yo —afirmó Daniel, mientras colocaba las cervezas en la barra—. Pero no te pases, no quiero tener que llevarte borracha a tu casa.

—Descuida —replicó Mónica con una sonrisa.

—Toma, guárdate esto, lo miras cuando estés sola.

Conforme le dio las cervezas, Daniel le pasó a Mónica un papel doblado. Ésta, se lo guardó en el bolsillo de los pantalones y fue con las bebidas a buscar a sus

amigas. Las chicas pasaron escondidas casi toda la velada, hasta que llegó Juan y se llevó a Lucía a dar un paseo. Con él, llegaron también los gemelos y Rafa, que traían más cervezas.

—Cada año, esta fiesta es más cutre. Si no fuera por tu padre Eva, que se emborracha todos los años y lía alguna, no merecería la pena venir —dijo Fernando.

Eva lo miró con cara de odio. Pero enseguida, estalló en carcajadas.

—Tienes razón, menuda bronca le ha echado mi madre viniendo. Le ha dicho que como este año la monte, ella se divorcia.

—Tampoco es para tanto, el año pasado solo se cayó a la piscina —intervino Rafa.

—Bueno, creo que el problema fue que iba desnudo —contestó Eva—. Mi madre pasó muchísima vergüenza. Estuvo casi todo el verano sin venir al club.

—Oye, pues no es mala idea lo de bañarse desnudo —propuso Luis.

—Ni se te ocurra pensarlo, a mamá le daría algo —le advirtió Mónica.

—¡Ay, hermanita! Que aburrida eres. Yo pienso que es buena idea —resolvió Fernando, revolviéndole con la mano el pelo a su hermana.

—Haced lo que queráis. Yo paso.

—Venga, la piscina está muy lejos de la fiesta. No se va a enterar nadie —le suplicó Eva a Mónica.

—Que no, ir vosotros. Yo me quedo vigilando, para que no os pillen.

—Yo te hago compañía —repuso Rafa y se sentó a su lado, mientras los demás salían ya corriendo en dirección al baño nocturno.

Mónica lo miró incomoda. No le apetecía hablar con él. Por primera vez, se dio cuenta de cómo habían cambiado sus sentimientos, que, hasta hacía poco, eran incondicionales. Era como si lo viese con otros ojos, e incluso le molestaba tener que charlar con el chico. Parecía mentira, tan solo una semana antes, habría sido capaz de cualquier cosa por tener una oportunidad así.

—¿Cómo llevas la noche? —le preguntó Rafa solícito.

—Bien, no me puedo quejar —contestó Mónica tajante.

—Estás muy guapa.

—Gracias.

—¿Estás enfadada conmigo?

—No, ¿Por qué iba a estarlo?

—Bueno, el otro día, en el cumpleaños, estuvimos muy bien, ¿No?

—¿Te refieres a antes de comerte a la rubia? —le reprochó con inquina.

—La verdad es que es solo una amiga.

—Ya, pero vamos que a mí no me tienes que dar explicaciones. Tú a lo tuyo.

—¿Y qué es lo mío?

—Ni idea, tú sabrás. Creo que me voy a voy a buscar a Lucía —dijo Mónica levantándose.

—Te acompaño, ¿Quieres que vayamos a la piscina?

—No, gracias. De verdad que no me apetece bañarme ahora. La idea de pasarme el resto de la noche con la ropa interior chorreando no me atrae demasiado —dijo exasperada.

Los dos echaron a andar por el sendero, rodeado de césped, hasta donde se encontraba el grueso de la fiesta. La gente bailaba en la pista al ritmo de los éxitos del verano. Algunos con más gracia que otros.

—Venga, te invito a una copa.

—No, gracias. No me apetece.

—Anda, venga. Tus padres están al otro lado y no se van a enterar —insistió, mientras la conducía hacia la barra—. Pídete lo que quieras.

Mónica comenzaba a estar harta de estar allí, pero sabía que hasta que su madre no se cansara, no tendría más remedio que aguantar. No entendía muy bien que le pasaba, hacía tan sólo unos días bebía los vientos por Rafa y, ahora, de repente, ni siquiera le apetecía tomarse una copa con él. Empezaba a aborrecerlo, se sentía incomoda con él.

—Un mojito —cedió sin ocultar su desgana.

—Estupendo, entonces dos mojitos —pidió Rafa triunfal al camarero.

Mónica buscó con la mirada a Daniel tras la barra. Estaba cargando las cámaras de refrescos, y no pudo evitar sonreír al verlo. Recordó el papel que tenía en el bolsillo y sintió ganas de abrirlo, pero decidió esperar hasta estar sola.

—¿Qué tal llevas el verano? —le preguntó el muchacho amablemente.

—Bastante bien, supongo.

—Aprovéchalo, el año que viene vas a tener que estudiar muchísimo, ¿Sabes ya que quieres hacer? —se interesó.

—Todavía no. Llevo muy buenas notas de momento, creo que podré estudiar lo que quiera. Pero no me decido, puede que Psicología, Filología, Historia del Arte o algo así.

—Entonces, te quedarás aquí.

—Creo que sí, aquí hay muchas opciones.

—Será un placer verte dentro de un año por el campus.

—Bueno... No adelantemos acontecimientos. Todavía tengo que terminar COU y hacer la Selectividad.

—Eso no es problema para ti, eres la chica más lista que conozco —la aduló Rafa, cogiéndole un mechón de pelo rebelde y colocandoselo detrás de la oreja.

Mónica se sintió aliviada al ver como el camarero, traía en ese momento los mojitos. Cogió el suyo y bebió con avidez, para intentar zafarse cuanto antes.

—Tenías sed —le susurró Rafa al oído.

—Sí, mucha, pero creo que deberíamos ir a buscar a mis hermanos. Seguro que la están liando —afirmó Mónica, apartándose de él.

—Yo no me preocuparía, pero vamos —cedió Rafa, intentando cogerle la mano.

Mónica rehusó rápidamente y apresuró el paso en dirección a la piscina.

—¡Eh!, ¿Pero qué prisa llevas? —le gritó Rafa—. ¡Qué no van a ahogarse!

—Por si acaso —replicó Mónica sin mirar atrás.

En un tiempo récord, Mónica llegó a la piscina huyendo de Rafa. Allí estaban sus hermanos sin parar de reír con Eva. Mónica no pudo evitar fijarse en como crecía la complicidad entre Fernando y su amiga, sonrió al pensar en lo gracioso que sería que terminara convirtiéndose en su cuñada.

La fiesta se prolongó hasta altas horas de la noche. Mónica estaba extenuada y, al llegar a casa, subió corriendo a su habitación para acostarse. Se tumbó en la cama y cerró los ojos. En ese momento, se acordó del papel que le había dado Daniel. Corrió a buscar sus vaqueros, lo sacó, encendió la luz de la mesita y leyó lo que ponía:

“Si algún día te apetece tomar algo conmigo, llámame”

Daniel

Tras comprobar que la nota incluía un número de teléfono, Mónica no pudo evitar sonreír. Estaba feliz y se quedó profundamente dormida, siendo toda la noche la nota con su mano.

Al día siguiente, Mónica pasó el día con su familia en la playa. Cuando terminaron de merendar y el sol comenzó su descenso a su espalda, empezó a impacientarse por regresar a casa. Calculó que Daniel debía haber salido ya del trabajo y estaría de camino a su domicilio. Se encontraba muy nerviosa, tenía muchas ganas de llamarlo, pero su padre era de los que adoraban la playa, y no había forma de sacarlo de ella, hasta que no se fuese el último rayo de sol.

—Mamá, ¿Cuándo nos vamos? —preguntó Mónica con cierta impertinencia.

—Pero bueno hija, ¿Qué prisa tienes?

—Quiero ir a correr un rato.

—Mi vida, todavía hace mucho calor, podemos disfrutar de la playa un poco más.

—Es que estoy un poco cansada de estar aquí, llevamos todo el santo día —se quejó frustrada.

—Ya, bueno... Sabes que a tu padre le encanta estar horas y horas sentado frente al mar, dice que le da mucha paz. Díselo a él.

Mónica sabía que aquello constituía un reto bastante complicado. Su padre no daría su brazo a torcer. Al menos, Fernando y Luis habían terminado con toda la comida y no podrían cenar allí, por lo que lo intentaría con sus hermanos que, en ese momento, estaban jugando en la orilla del mar al tenis-playa. Con un poco de suerte, estarían tan hartos como ella de estar allí, y la ayudarían a hacer presión para regresar a casa.

La fortuna estaba de su parte. Los gemelos recordaron que faltaba apenas una hora para que comenzara un partido de fútbol en la tele, así que, en cuestión de segundos, toda la familia estaba recogiendo la gran cantidad de trastos que arrastraban siempre para ir a la orilla del mar.

Cuarenta minutos más tarde, Mónica había conseguido su objetivo y cruzaba triunfal el umbral de su casa. Ahora, quedaba otro escollo, había dos teléfonos en toda la casa, uno en el salón, donde se instalarían su padre y sus hermanos y, obviamente, no pensaba llamar desde allí; y otro, en la habitación de sus padres, en la que su madre estaría arreglándose después de ducharse, pero que era la mejor opción.

Espérame a que su madre terminara y bajase a la cocina a preparar la cena, cerró la puerta y sacó el papel con el número de teléfono. A los dos tonos, contestó una mujer, que Mónica supuso que sería la madre de Daniel:

—Sí, dígame.

—Hola, ¿Está Daniel? —preguntó Mónica nerviosa.

—Sí, enseguida se pone, ¿De parte de quién?

—Mónica.

—Un momento —Mónica oyó a la mujer dejar el auricular e ir a buscar a Daniel, que no tardó mucho en cogerlo.

—Hola, ¿Quién es?

—Hola, soy Mónica. He leído la nota.

—No pensaba que fueras a llamarme.

Mónica percibió que estaba contento de que lo llamara.

—¿Y por qué no?

—No sé, ¿Te apetece que nos tomemos algo?

—¿Ahora?

—Sí, ¿Por qué no?

—Le he dicho a mi madre que saldría a correr.

—Si quieres, lo dejamos para otro día.

—No, no te preocupes, ya se me ocurrirá algo. Espérame en la esquina de mi casa dentro de una hora.

—Perfecto, nos vemos.

Daniel colgó y se fue a la cocina. Le daba tiempo a comerse un bocadillo antes de salir. Su abuela y su tía estaban allí cuchicheando, pero cuando lo vieron entrar se callaron.

—Abuela, ¿Me haces un bocadillo mientras me ducho?

—Claro hijo, ¿Vas a salir?

—Sí, un rato.

—¿Con quién? —intervino su tía Carmen guiñándole un ojo a su abuela.

—Con una amiga.

—¿La chica que ha llamado? —insistió su tía.

Nunca antes una chica había llamado a Daniel, y las dos mujeres quería enterarse de los por menores de la historia.

—Sí.

—¿Y quién es Mónica? —inquirió su abuela, mirándolo con una amplia sonrisa.

—Nadie —contestó Daniel huyendo del interrogatorio hacia el baño. Sabía que su tía y su abuela no cejarían en su empeño, pero él no tenía intención de contarles absolutamente nada. Además, Mónica tan sólo era una chica que le caía bien y nada más, pero se esmeró bastante en vestirse y arreglarse para verla. Se comió el bocadillo ante las escrutadoras miradas de las dos mujeres, y respiró aliviado cuando cogió la moto y fue hasta la casa de Mónica para recogerla.

Por su parte, Mónica corrió a ducharse en cuanto colgó el auricular y bajó a la cocina al encuentro de su madre. Ésta, al verla, enarcó una ceja y exclamó:

—Pues sí que te has puesto guapa para ir a correr.

—No, no voy a correr hoy. Me voy con las chicas a dar una vuelta.

—De acuerdo, pero come algo antes de irte —le ordenó la mujer, sin quitarle la vista de encima.

Mónica se preparó un sándwich, cuando se había comido la mitad, oyó la moto de Daniel aparcando.

—Bueno, me voy mamá, que llego tarde.

—¡Eh!, termina de comer. No creo que tus amigas no te puedan esperar cinco minutos más —le gritó, pero Mónica ya estaba saliendo por la puerta.

Su madre se asomó por la ventana y la vio subirse en una moto con un chico. “Mira, esas eran las prisas por salir de la playa” —pensó—. En ese momento, la invadió una dulce tristeza. Su hijita había crecido y ya no era ninguna niña.

Con los gemelos ya había pasado por aquello, era una nueva etapa en su vida y no podía evitar sentir añoranza, de cuando los tres eran unos niños e iban con ella a todas partes. Sacó los álbumes de fotos de hacía diez años y se puso a verlos sin poder contener las lágrimas. Habían sido muy felices y seguían siéndolo, aunque las circunstancias ahora fuesen otras. Tenía que dar gracias por la familia tan maravillosa que tenía.

Mónica vio a Daniel en la moto, se acercó y con un gesto él le pidió que subiese. Se acomodó tras él y tuvo el tiempo justo para agarrarse en la parte de atrás, antes de que éste arrancara. No sabía dónde le llevaba, pero no le importaba en absoluto. Estaba realmente contenta, le encantaba la sensación de viajar así, sentir el aire en la cara después de un día de intenso calor.

Recorrieron la carretera que bordeaba la playa. El trayecto era precioso, los pinos y matorrales crecían en los bordes y algunos llegaban hasta la arena de la playa. En

algunos tramos, se encontraban con el mar. El contraste entre el verde, el azul y el dorado de la arena los acompañó durante todo el recorrido.

Daniel salió de la carretera y aparcó en las inmediaciones de un chiringuito, 'El embarcadero', que estaba dentro de la playa. Se sentaron en una de las mesas libres y pidieron dos cervezas. Estuvieron horas hablando y riendo. Mónica estaba tan relajada que no se dio cuenta del paso del tiempo, estaba feliz. Era como si conociese a Daniel toda la vida. Cuando miró el reloj, no daba crédito. Debía regresar a casa inmediatamente o tendría problemas. Daniel la devolvió a su hogar, sana y salva y quedaron para el día siguiente. Así un día tras otro... Durante todo el verano.

La complicidad entre Daniel y Mónica crecía, forjaron una amistad como nunca antes ninguno de ellos había tenido. Iban a la playa a última hora del día, o a ver atardecer desde la roca que había en el Santuario, donde tenían unas vistas privilegiadas de la ciudad. Tomaban cervezas en un chiringuito de la playa, podían hablar durante horas o permanecer en silencio tan solo disfrutando de la mutua compañía.

La relación fluía libre, y se convirtió en un refugio para ambos. Ninguno tuvo necesidad de contárselo a nadie, ambos disfrutaban con el hecho de que los encuentros fueran furtivos.

Eran sus momentos, donde podían olvidarse de todo lo demás y ser ellos mismos y así fue como la relación empezó a crecer, se fueron conociendo y la complicidad se fue instalando entre ellos. Al mismo tiempo que Mónica era consciente de que se iba enamorando, Daniel empezó a ver como cada día quedar con ella se volvía más imprescindible.

Cuando Daniel terminaba sus clases de tenis en el Club, cogía su moto y recogía a Mónica a pocos metros del recinto, donde ella lo esperaba. Por su parte, Mónica prefería mantener esos encuentros en secreto para sus amigas.

Eva se había ido de vacaciones con sus padres al pueblo de sus abuelos y Lucía no paraba de hablar de su relación con Juan, por lo que para ella el resto del mundo era irrelevante. Tampoco quería que en su casa se metiesen con ella, bastante había tenido con Rafa y las constantes burlas que había soportado. No era consciente del motivo que le empujaba a mantener la discreción. Su relación con Daniel era algo suyo, una vía de escape del resto, que la hacía realmente feliz.

Tras un mes, era como si hubiesen sido amigos toda la vida. Abrieron sus corazones y sus almas del modo que solo pueden hacer dos adolescentes. La inocencia, las miradas, el verano, la juventud, el atolondramiento, el pensar que lo sabes todo y no darte cuenta que tienes la vida entera por delante, todo ese cóctel hizo que Mónica se enamorara locamente de Daniel y Daniel de Mónica, aunque cada uno fue consciente a su manera.

Mónica estaba pletórica, cada vez que veía a Daniel el estómago le daba un vuelco y la adrenalina corría atropellada por sus venas. Había aprendido a conocerlo y quererlo, pero sabía que de ningún modo podía presionarlo. En el momento que él conociese sus sentimientos, todo se acabaría y prefería amar en silencio a que se alejara de ella.

Daniel era una persona reservada, compartimentaba su vida y le gustaba alejar a su familia de sus amigos y a Mónica de todos ellos. Nunca antes había tenido una amiga como ella, tenía incluso más confianza con ella que con Jaime. Él, que era un solitario, ahora tenía una gran amiga. Quién lo iba a decir. Pero solo eso, su amiga. Nunca se le pasó por la cabeza que pudiera llegar a convertirse en otra cosa. No creía en el amor, nunca se ataría a nadie ni compartiría su vida con otra persona, era algo que siempre había tenido muy claro.

A principios de septiembre, la cosa cambió. Todo el mundo regresó de vacaciones y la vida empezó a variar su ritmo. Los días eran más cortos y el sol ya no calentaba tanto.

Mónica se enfrentaba al último año de instituto, no sabía que iba a estudiar, pero iría a la universidad y a la menor oportunidad, pediría una beca para estudiar en el extranjero. Se le daban bien los idiomas y los aprendía con rapidez.

Quería ver mundo y vivir experiencias nuevas. Ese año tendría que estudiar bastante, pero era un año entero en el que permanecería cerca de Daniel, que se había convertido en un objeto recurrente de sus pensamientos, al que su mente volvía una y otra vez, casi como una obsesión. Su cerebro la engañaba encontrándose en todas partes, por improbable que fuera, y al verlo su alma parecía encogerse. No habían dejado de quedar a diario, raro era el día en que no encontraban un hueco, aunque sólo fuesen cinco minutos, en el banco de un parque o en algún otro lugar.

Esa tarde, habían quedado en una cafetería, cerca de la academia donde Mónica perfeccionaba su francés. Ella llegó temprano y se sentó junto al ventanal que daba a la calle. Tenía que terminar una redacción, su mente trabajaba mejor bajo presión, en apenas treinta minutos debía entregarla. Tenía muy poco tiempo antes de que llegara Daniel, que, con suerte, llegaría con sus cinco minutos de rigor de retraso, nunca fallaba.

—Hola —saludó Daniel mientras se sentaba a su lado.

—Un minuto —le rogó Mónica, mientras escribía la última frase.

—¡Guauuu!, ¿También sabes francés? Desde luego eres toda una empollona — la increpó Daniel con cierta sorna.

—No mucho, parezco una niña de dos años intentando explicar mis vacaciones. Es bastante bochornoso. Ya está —dijo mientras ponía punto y final—. ¿Qué tal tú?

—Bien, como siempre.

—¿Qué vas a hacer este año?, todavía no me has contado nada.

—Si tú también vas a empezar con la monserga de que haga algo con mi vida, te

advierto que me piro —amenazó haciendo un vago amago por levantarse.

—Perdona, es tu vida, pero es que no puedo evitar sorprenderme con que vayas a

estar un año sin hacer nada. Algo habrá que te guste o ¿Qué?, ¿Vas a vivir toda la vida de dar clases de tenis a mocosos?, ya sé que tu objetivo en la vida es estar solo, vivir solo y permanecer solo hasta el fin de tus días, pero aunque lo lograras, de algo tendrás que comer.

—Yo necesito muy poco para vivir.

—Pues vaya plan...

—Bueno, tengo una amiga que es toda una erudita y que seguro que llega a presidenta del Gobierno por lo menos. Seguro que ella sabrá que hacer.

—Eres un payaso.

—Sí, pero un payaso encantador.

—Eso sí.

—Verás, voy a contarte un secreto... Adoro cocinar. Me encanta desde pequeño, mi abuela me ha enseñado a hacer casi de todo y cuando estoy con ella en la cocina es como si el mundo se parase, los olores, las texturas, los sabores, es algo que me llena profundamente.

—¿Y por qué no te haces cocinero? No lo entiendo.

—Cada vez que le saco el tema a mi tía, se vuelve loca. Ella quiere que estudie Derecho, Económicas o algo así, "práctico" y "con futuro".

—Estudiar para convertirte en un gran cocinero, no me parece tan descabellado.

—No te creas, mi tía no quiere ni oír hablar de eso. Para ella es una afición, no una profesión. Además, no pienses que aquí hay muchas opciones de lograrlo. Las grandes escuelas de hostelería están lejos.

—Siempre puedes intentarlo fuera, formarte y luego regresar. Si es lo que te gusta, tendrás que luchar por ello.

—No es tan fácil.

—No, claro que no. Mira, ningún camino fácil llevó nunca a un sitio que mereciese la pena.

—¿Eso lo has sacado de la Superpop?

—Pues sí, pero esa no es la cuestión. Lo cierto, es que si quieres algo, tendrás que esforzarte, nadie va a venir al sofá de tu casa a ofrecerte oportunidades.

—Para ti es muy fácil, eres doña perfecta.

—Mira Daniel, no me jodas —dijo Mónica enfadada, elevando el tono—. Yo no soy perfecta ni lo pretendo, pero entiendo que mi futuro depende de lo que haga estos años —respondió dolida—. Tú, haz lo que te dé la gana, que no es mi problema.

— En eso tienes razón, no es ni de lejos tu problema —replicó Daniel ofendido.

Mónica sintió como la garganta se le atenazaba de dolor y que, de repente, le costaba respirar. Ya no llegaba a la academia, pero se quedó sentada, respiró hondo, miró fijamente a Daniel a los ojos y le preguntó:

—Daniel, ¿Tú qué es exactamente lo que sientes por mí?

A Daniel se le iluminó la cara y comenzó a reírse a carcajadas, pero acertó a contestar:

—Te ha costado mucho preguntarme eso. Ya lo sabes... Tú eres mi colega favorita —afirmó sin parar de reír.

Mónica se levantó, dejó una moneda de cien pesetas, para pagar su cortado, encima de la mesa, cogió al vuelo sus cosas y desapareció.

No podía soportarlo, nunca se le había dado bien afrontar las situaciones de estrés y tendía a huir de ellas.

Era demasiado, Daniel tenía razón, le había costado muchísimo hacerle esa pregunta, pero una vez hecha ya no había marcha atrás. No sabía con certeza la respuesta que esperaba, pero desde luego no esa humillación. Se había reído de ella en toda su cara y mientras corría por la calle, para llegar lo antes posible, notaba como en el pecho se abría paso el dolor y, poco a poco, las lágrimas empezaban a emborronarlo todo. Solo pensaba en llegar a casa y encerrarse en su habitación.

Los cuatro días siguientes, pasaron rápidamente. Mónica puso el piloto automático y se obligó a no pensar, no quería saber nada de Daniel. Había pasado de sentir un inmenso dolor, a la indignación más absoluta. Estaba harta, no entendía por qué siempre le ocurría lo mismo, se enamoraba y ningún chico quería saber nada de ella. Estaba empezando a deprimirse de verdad, no entendía qué es lo que había de malo en ella, no le apetecía comer y se pasaba horas en su cama mirando el techo.

Iba del instituto a su casa y de su casa a la academia, hacía puntualmente los trabajos y estudiaba hasta quedar rendida. Todo para obligarse a no darle vueltas a la cabeza, porque hacerlo le dolía demasiado. Daniel irrumpía una y otra vez en sus pensamientos cada vez que bajaba la guardia. Durante ese tiempo, él la había llamado dos veces, su madre había cogido el teléfono, pero ella no quería ponerse, no sabía qué hacer, pero era evidente que uno no puede obligar a nadie a enamorarse.

Conforme pasaba el tiempo, se dio cuenta de que no era justo estar enfadada con él. Después de todo, nunca habían sido otra cosa más que amigos, y estaba claro que así seguirían. Por muy frustrada que se sintiera, no podía hacer nada para cambiar las cosas. Decidió llamar a Daniel esa misma tarde, para disculparse, pero al salir del instituto allí estaba él, esperándola.

—Hola, he venido a acompañarte a casa, ¿Sigues enfadada? —terció el muchacho antes de que ella pudiera decir nada.

—No, quería pedirte disculpas. No tenía derecho a ponerme así, me había montado yo sola una película.

—¿Entonces, amigos? —preguntó aliviado.

—No lo sé, de verdad. Yo me estoy enamorando de ti y creo que esto solo hará que lo pase mal. Es mejor que dejemos de quedar —sentenció Mónica, notando como el dolor hacía mella en ella conforme pronunciaba cada palabra. Era la primera vez que hablaba abiertamente de sus sentimientos, lo que la hizo sentir vulnerable y al mismo tiempo liberada.

—No, no es mejor —respondió Daniel beligerante—. Nos lo pasamos genial juntos, yo no quiero dejar de estar contigo. Vamos a empezar de cero, como si nada de esto hubiese pasado.

Mónica sabía que no estaba bien, pero su relación con Daniel siguió y ninguno de los dos volvió a mencionar sus sentimientos. Ella llegó a la conclusión de que era mejor aquello que permanecer alejada de él. De todas formas, sufriría igualmente. Pasaron los días y se convirtieron en meses. Mientras el tiempo pasaba, su complicidad crecía y con ella su amor, claro como el agua para Mónica y disfrazado de amistad para Daniel.

Daniel se atormentaba, sabía que carecía de la capacidad para amar. Lo tenía claro desde muy niño. Su mente se negaba a aceptar tener ningún tipo de vínculo afectivo con cualquier persona, era su estado natural. Desconocía si el abandono de su madre tenía algo que ver.

No recordaba los años que había vivido con ella, rememoraba haber sido un niño melancólico y triste, con falta de confianza en sí mismo y muy dado a crear una coraza a su alrededor. Claro que sentía mucho cariño por sus abuelos y su tía, pero había un muro que no le permitía amarlos incondicionalmente. Quizás, hubiera desarrollado una especie de protección de su alma. Siempre que se miraba a sí mismo, se veía solo, solo y lejos. No sabía explicarlo, pero albergaba una rabia total y absoluta contra el mundo. El resentimiento crecía dentro de él y conforme cumplía años se hacía más patente que algo no iba bien en su interior.

Únicamente se sentía en paz cuando Mónica estaba a su lado. Ella lo entendía, parecía que veía a través de él. Realmente, se había asustado cuando estuvo tantos días sin hablarle. Todo por aquella obsesión del amor, el amor no existía para él, todo era una patraña. De ningún modo quería que Mónica sufriese, pero estaba claro que a veces se comportaba como una de aquellas crías tontas y atolondradas. Lo mejor era que los dos lo olvidaran todo y que todo volviese a ser como antes.

Era consciente que tenía que empezar a tomar decisiones y hacer algo con su vida. De lo contrario, sus abuelos y su tía no lo dejarían en paz, pero se veía incapaz, perdido, no sabía que rumbo tomar y odiaba que los demás se empeñaran en decidir por él.

Era la última semana para preparar el examen del que dependía el futuro de todos los que, en ese momento, abarrotaban la biblioteca. Las clases habían terminado y el calor empezaba a apretar, por lo que la mejor opción consistía en refugiarse a estudiar al amparo del aire acondicionado. Las pruebas de acceso a la universidad no eran en sí difíciles, pero tener un mal día podía impedir que te convirtieras en lo que anhelabas. Tan solo unas décimas marcaban la diferencia entre estudiar lo que querías, o tener que conformarte con la menos mala de tus opciones.

Mónica, Eva y Lucía se habían levantado temprano para poder coger sitio. Llevaban ya dos horas y media estudiando, cuando decidieron hacer un descanso. Salieron al césped de los jardines que circundaban el edificio y se tumbaron.

—Estoy histérica, solo falta una semana —recordó Eva mientras encendía un cigarrillo.

—Si tú estás histérica, no puedes imaginarte como está mi madre. No para de preguntarme si sé lo que quiero estudiar, y lo cierto es que no tengo ni idea, me está sacando loca —comentó Lucía—. Lo que tengo claro es que no pienso irme, Juan está aquí, así que me quedaré con él y buscaré algo que pueda estudiar sin tener que marcharme fuera.

—Irte fuera a estudiar no quiere decir que no vayas a volver. Además, hay que ir paso a paso. Cuando sepamos las notas, veremos que se puede hacer —intervino Mónica estirando las piernas.

—Para eso no queda nada y es una de las decisiones más importantes que tomaremos en la vida, es la frase de moda —se quejó Lucía—. Yo me quedo, Eva se va fuera a estudiar Medicina, ¿Y tú qué piensas hacer Mónica? Siempre me imaginé que te irías fuera de España, eres una máquina aprendiendo idiomas, pero llegado el momento de la verdad, no creo que te atrevas a irte... además está tu *amigo* Daniel...

A Mónica le molestó la observación de Lucía, pero en el fondo tenía razón. Debía tomar pronto una decisión, pero no sabía qué camino elegir.

—Perdona, yo no tengo nada con Daniel, así que ese es el último de mis pensamientos —le espetó Mónica a la defensiva.

Lucía y Eva se miraron y echaron a reír. Ambas sabían que Mónica estaba loca por Daniel, pero también estaban al corriente de que no era una relación fácil, por lo que Eva cambió de tema hábilmente.

—Lo que tengo claro es el fiestón que vamos a organizar cuando terminemos. El viernes, después del último examen, todo el mundo a celebrarlo.

—No pienso abrir un libro en todo el verano —apuntó Lucía animada.

—Yo no voy a hacer absolutamente nada: vagar, tomar el sol y... ¡Fiesta!, que menudo año, de verdad —sentenció Mónica.

—Vamos para dentro que nos falta el último esfuerzo —les animó Eva mientras las empujaba hacia el interior de la biblioteca.

Carmen se plantó en el dormitorio de Daniel el viernes por la mañana, arrancó las sábanas que cubrían a su sobrino y comenzó a increparle:

— ¡Daniel! Haz el favor, es casi la hora de comer y todavía no te has levantado, ¿Pero tú te crees que puedes vivir así?, es que, de verdad, ya no sé qué decirte. Estoy muy frustrada, ya me da igual lo que hagas, pero tienes que tomar una decisión. Se acabó, el lunes quiero que me digas que vas a hacer con tu vida... O trabajas en serio o estudias algo, pero no voy a tolerar que sigas como hasta ahora. Acabas de cumplir dieciocho años, así que ya puedes buscarte la vida.

Conforme hablaba, iba elevando el tono, hasta que terminó gritando a su sobrino, que se había incorporado y la miraba sentado en la cama, intentando abrir los ojos.

Su tía cerró la puerta de un portazo y Daniel volvió a tumbarse. La frustración y el desasosiego lo recorrieron de pies a cabeza. Su tía, realmente, estaba cabreada y llevaba ya un tiempo presionándolo más de lo normal. De hecho, los ultimátum se habían convertido ya, en algo habitual. Aquello no duraría mucho, se levantó, se duchó y se fue hacia el ordenador. Buscó lo que necesitaba y lo imprimió. En la cocina, se encontraban sus abuelos y su tía preparando la comida. Daniel cogió los folios y los dejó a la vista de Carmen.

—Toma, esto es lo que quiero —anunció dejando las cuartillas sobre la mesa.

Su tía miró la información y suspiró. No era lo que ella habría esperado y por lo que tanto había luchado, pero era mejor que nada.

—Está bien, si quieres hacer un curso de hostelería, conforme. Pero quiero que trabajes duro y te conviertas en un gran cocinero, ese es el trato —cedió abrazando a Daniel—. Este verano, antes del curso, tendrás que trabajar, a ver si encontramos algo en algún restaurante.

—¡Ay, hijo!, qué alegría me das —exclamó su abuela—. No puedes desperdiciar tu vida. Eres muy joven y tienes que luchar por lo que quieres, estamos muy preocupados por ti.

Su abuelo no dijo nada, tan solo le abrazó con fuerza y, por primera vez en mucho tiempo, pudo comer tranquilo sin sentir los ojos de su tía presionándolo.

Esa tarde, había una fiesta con algunos colegas en casa de Jaime. Sus padres no estarían en todo el fin de semana, así que se instalaría con él. Tenían pensado salir esa noche por todo lo alto, habían conseguido costo y comprarían algunas botellas. Todo apuntaba a que sería un fin de semana perfecto.

Mónica llegó a su casa dando saltos de alegría. Su madre corrió a abrazarla en cuanto la vio, acababa de hacer el último examen y solo pensaba en celebrarlo. Esa noche saldría con sus amigas a divertirse, sus padres no le habían puesto hora de llegada por primera vez en su vida. Iba a ser memorable. Después de comer, se tumbó en el sofá y se echó tres horas de siesta. Estaba rendida y necesitaba recuperarse.

Tras despertar, pasó toda la tarde arreglándose para la gran celebración. Sus hermanos estaban en plenos exámenes, procuró no hacer mucho ruido, pero no podía evitar ir dando tumbos y que todo se le cayese al suelo de lo emocionaba que estaba. Las chicas habían quedado a cenar en una pizzería y luego irían a una macro discoteca, en la que se iba a celebrar una gran fiesta. Allí habían quedado con sus compañeros de clase.

Daniel pasó la tarde fumando porros y bebiendo cerveza. No podía parar de reírse, en la televisión daban un culebrón venezolano y él y sus colegas estallaban en carcajadas a la mínima que los personajes hablaban. Al caer la noche, pidieron unas pizzas familiares, que devoraron en cuanto llegaron y decidieron salir a dar una vuelta.

Las chicas salieron de la pizzería y caminaron hasta la parada del autobús que las llevaría a la discoteca. Allí, a Mónica se le encogió el estómago cuando vio que Daniel estaba con sus amigos. Rara vez solían coincidir de fiesta, no frecuentaban los mismos sitios y, normalmente, él aprovechaba los fines de semana para trabajar poniendo copas.

— ¡Hey, Danielete! —exclamó Eva, nada más verlo, sin el menor reparo, pues el lambrusco siempre se le subía a la cabeza rápidamente.

Daniel miró a las tres chicas y les dedicó una gran sonrisa, las saludó y les presentó a sus amigos, que parecían encantados. Mónica notó que Daniel estaba mucho más simpático de lo habitual. Estaba entusiasmada. Montaron todos en el autobús y, cuando llegaron a la discoteca, no pararon de bailar y de beber. Mónica se lo estaba pasando en grande, Daniel no paraba de hacer el tonto y bailar, algo que era muy poco frecuente en él, y al cabo de un rato le pidió que lo acompañara fuera, por lo que salieron al parking y encontraron unos escalones donde sentarse.

— ¡Uf!, gracias por acompañarme, necesitaba que me diera el aire —le dijo Daniel a Mónica en el oído, demasiado cerca.

—No te preocupes, nunca te había visto tan borracho —respondió Mónica riendo.

—No creas, tampoco he bebido tanto.

Daniel se quedó mirando a Mónica como si la estuviese estudiando, le cogió el rostro con las manos y le dio un apasionado beso, tras el que la miró a los ojos y le dijo:

—Mónica, te quiero. Te quiero mucho, no me dejes nunca, porque no sabría vivir sin ti.

Mónica se quedó atónita, no sabía muy bien que estaba pasando, pero nunca en su vida había sido tan feliz. Después de casi un año esperando aquello, ahí estaba, parecía un sueño, pero era totalmente real. Los dos se enzarzaron en decenas de besos salvajes, sin pensar, dando rienda suelta a sus sentimientos. Se miraban, se decían te quiero sin parar cada vez que sus miradas se cruzaban, se abrazaban, se sentían y hubiesen podido tocar la luna de pura felicidad.

—Vámonos a la playa a ver amanecer —propuso Daniel.

—Pero está muy lejos de aquí.

—No te preocupes, pillaremos un taxi hasta casa de Jaime y allí cogemos mi moto.

—Pero, ¿Estás loco?, si casi no te tienes en pie.

—Sí, loco por ti. Anda, vamos.

Si Daniel le hubiese propuesto ir a dar la vuelta al mundo esa noche, ella lo hubiese seguido sin pestañear. Fueron a por la moto y decidieron que lo más sensato era que Mónica la llevase hasta la playa. Mientras ella conducía, Daniel la abrazaba y no paraba de decirle lo que la quería y sentía por ella. Mónica, al principio algo escéptica, optó por dejar de plantearse a que obedecía el repentino cambio de actitud de Daniel y dejarse llevar.

Fueron a una de sus playas preferidas, una preciosa que lindaba con un parque natural protegido. Gracias a eso, de momento, se salvaba de ser urbanizada. Aparcaron junto a unos árboles y tomaron un sendero que los llevaría directos al mar. Se pararon bajo decenas de árboles a besarse y celebrar su amor recién estrenado, iban cogidos como si lo hubiesen hecho así toda la vida. Se miraban y se abrazaban como si solo existiesen ellos dos en el mundo y ya no importase nada más.

Cuando llegaron, todavía era de noche, pero lucía una enorme luna llena que lo iluminaba todo. No faltaba mucho para el amanecer. Ambos estaban en el limbo. Se bañaron desnudos en el Mediterráneo y juntos vieron como el sol traía un nuevo día.

Esa noche, Mónica se dio cuenta de que estaba perdida, cuando el aliento de Daniel rozó su oído derecho, iba a perder su virginidad y agradecía en silencio que fuese con él, lo amaba con todo su corazón.

Fue perfecto y maravilloso, nunca antes se había sentido tan bien. Daniel fue increíblemente cariñoso, la había tratado con una inmensa dulzura, sus manos y sus besos la transportaron a una dimensión que hasta ese momento había permanecido oculta dentro de ella, experimentó el deseo desenfadado que le provocaban sus caricias y pudo perderse en el inmenso placer que le reportaban.

La playa se desbordó de amor y cientos de besos fueron barridos por el salitre, un pedazo de sus almas se acabaría refugiando en los huecos que el mar construye, cuando invade la arena. La ternura y la devoción que supuraban sus cuerpos, impregnó como un halo aquella escena, que quedaría para siempre en su recuerdo.

Permanecieron abrazados hasta que el sol emergió por completo del mar. El espectáculo, sumado a lo que acaba de vivir, hizo sentir a Mónica que el corazón le iba a explotar de felicidad.

—Tengo que irme —le susurró a Daniel.

—No te preocupes, te llevo a casa.

Daniel dejó a Mónica ante la puerta de su casa, le dio un largo beso de despedida y le preguntó:

—¿Nos vemos mañana?

—Sí, claro. Tengo todo el verano disponible, solo para ti.

—Iré con mis amigos al “Enigma” sobre las diez ¿Sabes dónde está?

—Sí, creo que sí.

—Vale, pues vente si quieres con tus amigas y damos todos una vuelta, como hoy, ¿Te parece?

—Hasta mañana —Mónica lo besó por última vez y se marchó a su casa.

Entró en su casa exhibiendo una enorme sonrisa, ya era completamente de día y se encontró con su madre en la cocina.

—Vaya horas —le sonrió su madre—. Pero no te acostumbres, a partir de hoy, volvemos al toque de queda habitual.

—Estupendo, ¿Te puedo coger una tostada?, estoy muerta de hambre.

—Sí, claro, toma, voy a hacer más. Tus hermanos no tardarán en levantarse, tienen mucho que estudiar. Pareces muy contenta, ¿Cómo lo has pasado?

—Maravillosamente, mamá. Creo que ha sido la mejor noche de mi vida.

—Ya veo, se te va a descajar la cara de tanto sonreír. Me alegro mucho, hija. He oído que te traían en moto, no te creas que eso me hace mucha gracia.

—¡Ay, mamá!, no me lo estropees. No creo que haya nadie más feliz que yo en estos momentos sobra la faz de la tierra.

—Esta bien, pero en lo sucesivo dile a tu amigo que estaría más tranquila si los dos llevarais casco —sentenció guiñándole un ojo a su hija.

—Perfecto, mamá. Pero ahora me voy a dormir que estoy agotada, despiértame para comer.

—Lo que usted diga, princesa.

Mónica se sentía flotar, durmió de un tirón hasta que su madre la despertó. No podía creer que lo que anhelaba al fin había pasado, era un sueño hecho realidad. Ese verano iba a ser perfecto. Después de comer, llamó a sus amigas. Les dijo que tenía algo increíble que contarles, les explicó dónde estaba el garito donde había quedado con Daniel y acordaron encontrarse allí a las nueve y media. Sus amigas querían que les contara todo por teléfono, la notaban muy contenta, pero Mónica les dijo que era algo muy importante y tendrían que esperar.

No podía disimular su felicidad. Se había pasado todo el día sonriendo, pletórica, era maravilloso. Se encontró con sus amigas en el bar y pidieron tres cervezas. Les relató cada detalle de lo que había pasado la noche anterior y sus amigas se quedaron de piedra, pero la felicitaron y se mostraron encantadas. Sabían lo importante que era Daniel para ella, por mucho que lo hubiese intentado ocultar.

—Eres increíble Mónica, me alegro muchísimo. Pero nos tuviste esperándote con los amigos porreros de Daniel toda la noche —le reprendió bromeando Eva.

—Lo siento. Bueno... Lo cierto es que no lo siento en absoluto —replicó Mónica.

—Bienvenida al club. Ya sólo nos faltabas tú por estrenarte, así que vamos a la barra y pedimos unos chupitos, que esto hay que celebrarlo —propuso Lucía.

Las tres se fueron a la barra y pidieron tres tequilas. Mónica se dio la vuelta en el preciso instante que apareció Daniel, abriéndose paso entre la gente hasta ponerse frente a ella, que le dedicó la mejor de las sonrisas. A Mónica se le heló la sangre cuando fue a darle un beso y él la esquivó. Algo no iba bien. A su lado, sus amigas contemplaban la escena.

—Mónica, lo de ayer fue un error y no puede volver a repetirse jamás. Lo siento mucho si te has hecho ilusiones de algo que no es —le espetó a bocajarro y sin añadir nada más, desapareció.

Mónica sintió que se caía, por lo que apoyó todo su peso en la barra. No oía, no veía, no podía procesar nada, porque no entendía qué pasaba. Tardó unos segundos en sobreponerse. Era como si alguien la hubiese llevado hasta la estratosfera y de repente la hubiera dejado caer... Y acababa de chocar contra el suelo.

—Pero qué hijo de puta cabrón —oyó decir a Eva, que la sujetaba del brazo.

—Mónica, ¿Estás bien? —se interesó Lucía.

—No, no está bien —intervino Eva—. Pero qué sinvergüenza, espera que lo pille —amenazó.

—Quiero irme a casa. Quiero irme a casa ¡YA! —logró articular Mónica.

Sus amigas la llevaron a su casa. Sus padres habían salido a cenar, les abrió la puerta Luis, que pensó por el aspecto que tenía, que su hermana se había emborrachado y sus amigas la acompañaban.

—Anda, pasar. Hay café recién hecho, lo mismo os vendría bien uno. Por favor, que caras traéis —les dijo a modo de saludo.

—Creo que café es lo último que necesitamos —dijo Lucía lamentándose.

Mónica se fue directa, escaleras arriba, a su habitación y cerró la puerta. Sus amigas se quedaron con Luis y Fernando, que salía de la ducha, y les contaron toda la historia.

—Creo que lo mejor será dejarla sola, se ha llevado un palo muy grande —aconsejó Eva.

—Muchas gracias por traerla —agradeció Fernando mirándola solo a ella.

—Nosotras nos vamos. Decirle que mañana la llamamos —dijo Lucía.

—De acuerdo, no os preocupéis —respondió Luis.

—Esperar, que yo os llevo —se ofreció Fernando, y dicho esto, los tres salieron de la casa.

Luis llamó a la puerta de la habitación de su hermana sin obtener respuesta, por lo que decidió entrar. La encontró tirada en la cama sin parar de llorar. Se acercó y la abrazó. Mónica se asió a su hermano, que percibió como su hermana se convulsionaba por el llanto y se sintió tremendamente impotente, al no poder hacer nada para aliviar su desdicha.

—¿Pero qué es lo que tengo de malo?, ¿Por qué? —Se preguntó Mónica entre sollozos—. No lo entiendo, de verdad que no lo entiendo.

Su hermano la abrazó con más fuerza, pero no supo darle consuelo. Luis buscó en el botiquín y encontró una caja de valeriana, le dio dos a su hermana y la acostó como a una niña pequeña. Ella se dejaba hacer sin protestar, pero sin parar de llorar. Se quedó dormida, sintiendo que todo se desmoronaba y sin encontrar consuelo. No entendía nada, todo había pasado muy deprisa y sentía como si la cabeza le fuese a explotar. No se despertó hasta la tarde del día siguiente. Nadie la había avisado para comer, tenía la boca pastosa y le dolía la cabeza. Bajo a la cocina en busca de un paracetamol y se bebió casi un litro de agua de una sola tacada. Su madre se acercó a ella y la abrazó. Le calentó la comida pero no le preguntó nada. Después de comer, Mónica se sintió mejor y decidió que no quería volver a tirarse en cualquier lado a lamerse las heridas. Se puso las zapatillas y salió a correr. Hizo la subida al santuario en un tiempo record, era como si el dolor físico pudiese mitigar el dolor de su alma. Siguió sin parar de correr hasta llegar a la cima, se sentó en su roca y se puso a contemplar como el manto de la noche se iba extendiendo por toda la ciudad.

—Te estaba esperando, sabía que vendrías aquí.

La voz de Daniel la sobresaltó, Mónica dio un respingo y, acto seguido, se puso en pie y se dispuso a marcharse.

—No, espera, escúchame. Entiendo que estés enfadada, pero no te vayas —le suplicó el muchacho.

—¡Vete a tomar por culo! —Le gritó Mónica con toda la rabia que llevaba dentro—. Déjame en paz, no quiero volver a verte jamás, de verdad, si algo me aprecias en el fondo de tu corazón, no vuelvas nunca a dirigirte a mí.

—Mónica, escucha. Esto no es fácil para mí tampoco.

—¿El qué Daniel?, ¿Exactamente, explicame que te resulta difícil?, ¿Acostarte conmigo?, ¿Decirme que me quieres? ¿O tal vez lo que te resulta más doloroso, es

humillarme hasta hundirme en la mierda? Explícamelo, porque de verdad que no logro entender nada —le reprendió histérica.

—Mónica, tú eres lo más importante de mi vida —le dijo Daniel cogiéndole la mano.

Ella se soltó como si la mano de Daniel ardiera y conforme la retiraba le propinó un sonoro bofetón.

—¡Basta ya! Ya está bien Daniel, te advierto que ya no puedo más —le gritó con todas las fuerzas que le quedaban —No sé qué es lo que quieres, pero esto tiene que terminar. Eres tú o yo y, por mucho que yo te quiera, esto solo me hace daño a mí. Se acabó.

—Lo último que yo quiero es hacerte daño. Yo nunca voy a poder darte lo que tú te mereces, no soy ningún príncipe azul. Siento mucho lo del otro día, no era yo, habíamos estado fumando hierba y bebiendo mucho. Tenía que explicarte que yo no quería que pasase, tal vez me equivoque en cómo lo hice, pero nosotros nunca nos mentimos, lo siento. Yo quiero que sigamos siendo amigos, te necesito en mi vida.

—No, lo siento, me voy Daniel. Cuando acabe el verano, he decidido que me iré a otra ciudad a estudiar, una en la que tú no estés. Tengo que irme, no puedo quedarme aquí contigo. Es destructivo.

—Podemos seguir siendo amigos.

—No.

Mónica besó a Daniel en la mejilla y salió corriendo. No tenía fuerzas para despedirse, pero había tomado una decisión y la tenía que llevar a cabo, si quería salvaguardar el poco amor propio que le quedaba.

Mónica miró una vez más su nueva habitación. Su madre la había usado antes que ella, cuando era joven, y había dejado claro que tenía que valer. Su abuela se había esmerado bastante, le había puesto un colchón nuevo a la cama, e instalado un escritorio enorme. El espacio era bastante grande, pero solo tenía una ventana diminuta, que, además, daba al patio de vecinos, donde no paraba de sonar todo el rato el último disco de una folklórica. Miró de nuevo la colcha y las cortinas y, por mucho que lo intentó, no dio con la solución para darles otro aire. No había opción posible que no pasara por su incineración, eran horribles. Descorrió las cortinas, para que se viesen lo menos posible y pensó en buscar, cuando saliese al centro, una manta o algo similar para tapar la colcha. También tendría que ir a comprar láminas para la pared y algunas cosas para decorar la estantería semivacia.

—¡Mónica! —llamó su abuela como si estuviese en un mercado vendiendo verdura.

—Sí, abuela, ya voy.

—Se te va enfriar la comida, hija.

—Ya estoy aquí Abu —anunció Mónica, sentándose a la mesa, tras darle un cariñoso beso a la mujer.

—Mira, es tu comida favorita, rellenos y tortilla de patatas. Tú come todo lo que quieras ¡Ay, Mónica!, es que estas muy flaca —se lamentó la mujer.

—Gracias, esta todo buenísimo.

Su abuela tenía la teoría de que todo en esta vida se arreglaba con comida. Para ella, estar gordo era el mejor estado, pues era síntoma de abundancia. Mónica especulaba con que todo aquello venía de los tiempos de la Guerra Civil, cuando su pobre abuela había pasado hambre y todo tipo de penurias. De ahí, probablemente, su obsesión porque su nieta no padeciera la carencia de alimentos. La mujer rozaba la obesidad, lo que le ocasionaba problemas de circulación, hipertensión y diabetes. Cuando Mónica decidió irse a vivir con ella, de algún modo su madre sintió cierto alivio. La abuela ya era mayor y necesitaba ayuda. Al vivir lejos, era una fuente de preocupación, ya que no podían visitarla a diario. En múltiples ocasiones, le habían insistido en que se mudara y fuese a vivir con ellos. Pero era bastante testaruda y decía que ella moriría en su casa, y no saldría de ella, hasta que la Virgen la llamase a su lado y Dios la tuviese en su gloria.

—De postre tienes arroz con leche —anunció satisfecha.

—Abuela, esta todo riquísimo, pero no hagas tanto de comer, o cuando acabe el curso no entraré por la puerta.

Su abuela la miró sonriendo y se fue a fregar los platos. Estaba inmensamente feliz por tener allí a su Mónica, la única niña entre todos sus nietos, por lo que sentía una debilidad especial por ella.

El primer día de clase, Mónica descubrió que tan solo tardaba quince minutos en llegar a su facultad. En el campus predominaban el césped y las palmeras. Llegó a una plaza semicircular, con una fuente en el centro, que recordaba a un anfiteatro. Allí encontró a un grupo de alumnos sentados y les preguntó por la ubicación de su aula. Siguió las indicaciones y no tardó mucho en llegar.

La clase, en comparación con las de su instituto, era inmensa. Los pupitres estaban dispuestos de manera ascendente, para facilitar la visión y la mesa del profesor estaba abajo. Tras ésta, había instalada una pizarra y la pantalla de un proyector. Mónica bajó unas cuantas escaleras y se colocó en una de las filas de atrás. No conocía a nadie, se puso a observar a la gente, intentando pasar lo más desapercibida posible. Una chica atrajo su atención. Estaba sentada justo delante, tenía el pelo tintado color caoba, vestía completamente de negro y llevaba un piercing en la nariz y otro en la ceja. Mónica estaba mirándola, cuando la desconocida se giró.

—Hola, soy Rosa —saludó.

—Hola, yo Mónica. Esto es enorme —dijo intentando pensar en algún tema de conversación.

—Si quieres nos sentamos juntas —propuso Rosa, como si le hubiera leído el pensamiento y, acto seguido, ocupó un puesto junto a Mónica, que no podía dejar de mirarla—. Creo que hoy solo van a ser las presentaciones, pero estoy emocionadísima. Es la tercera carrera que empiezo, pero creo que ésta va a ser la definitiva.

—Sí, yo también estoy expectante. He cogido dos horarios en reprografía. Si quieres, quédate uno.

—¡Ay! Muchísimas gracias. No tenía ni idea. Vamos a ver... Ahora, toca “Teoría de las Relaciones Públicas” y luego “Historia de la Publicidad”. Después, tendremos media hora libre. Si quieres, vamos a tomar un café a la cantina.

—Vale —accedió Mónica, satisfecha por haber hecho una nueva amiga tan rápido.

Las dos chicas congeniaron enseguida, aunque sus apariencias no tenían nada que ver, tenían muchas cosas en común en cuanto a inclinaciones literarias, gustos cinematográficos y muchas ganas de divertirse en esa nueva etapa de sus vidas.

Mónica estaba contenta con la decisión que había tomado. Hacia dos meses que se había mudado y cada vez estaba más cómoda en su nueva ciudad. Era grande y siempre ofrecía obras de teatro o proyecciones de cine alternativo a las que ir, exposiciones que visitar y fiestas a las que asistir. No le quedaba mucho tiempo para pararse a pensar.

Hablaba con su madre todos los días, pero solo regresaba a casa en vacaciones. Siempre tenía la socorrida excusa de algún trabajo que hacer o algún examen para el que estudiar. Le gustaba vivir con su abuela. La dejaba entrar y salir a su antojo, sin pedir explicaciones. Era una mujer bastante abierta para su generación y se entendían bien.

Su carrera, “Publicidad y Relaciones Públicas”, le entusiasmaba. Intentaba llevar todo al día y se estaba esforzando bastante. En el primer cuatrimestre, había obtenido excelentes calificaciones. Se había hecho muy amiga de Rosa. Solían ir juntas a la biblioteca y salían con gente de su clase los jueves. Siempre estaban juntas. De hecho, Mónica tenía la misma complicidad con ella, que con sus amigas de siempre.

Pero todavía le dolía el pecho, cuando pensaba en su vida anterior. Echaba de menos a Daniel y en un sinfín de ocasiones, se había quedado mirando el teléfono, deseando llamarlo. Lo cogía, empezaba a marcar, pero nunca presionaba el último número. Su cerebro obligaba a su índice a no seguir adelante. Su alma se revolvió, pero sabía que era lo mejor. No podría soportarlo, era una cuestión de amor propio.

Él nunca iba a sentir por ella, lo mismo que ella sentía por él y ya había soportado suficiente desprecio. Aun siendo consciente de todo esto, no podía evitar que sus pensamientos recayesen una y otra vez en él.

A menudo, soñaba que estaban juntos. Eran sueños tranquilos, donde era feliz y la inundaba la paz. Pero cuando despertaba y comprendía que aquello era irreal, la melancolía se abría paso hacia su corazón. Sabía que tenía que elegir, podía alargar la situación infinitamente, engañarse, olvidarse de la realidad y seguir con una farsa para siempre... Pero también afrontarlo e intentar olvidar.

Cuando se marchó, dio el primer paso para dejarlo atrás, pero cada día, era una lucha consigo misma extenuante. Enfrentarse con las canciones que escuchaban, películas que habían visto o los libros que comentaban con pasión, la conducían siempre hasta el mismo lugar: Su recuerdo, que alimentaba un vacío en su pecho, que se hacía cada vez más grande y amenazaba con engullirla.

Si con algo contaba, era con su fuerza de voluntad y sabía que, tarde o temprano, lo acabaría superando. Esa certeza fue la primera piedra sobre la que comenzó a construir su nueva vida. A partir de ahí, comenzaría a erigir el resto. Poco a poco, paso a paso, pero sin desfallecer.

Era viernes y Daniel estaba en su habitación escuchando música. Esa noche iría con Jaime a un concierto de la banda de unos colegas. Desconocía si ese fin de semana Mónica regresaría a casa y eso lo atormentaba. Cada vez que salía a la calle, la buscaba, recorría con los ojos cada esquina, escrutaba todos los lugares donde solía ir... Pero nada, ella no estaba y él no lograba acostumbrarse a su marcha.

No se había dado cuenta de que era parte imprescindible de su vida, hasta ahora. Recordaba cómo, antes de perderla, bastaba una llamada para que ella acudiera a tomarse un café con él y lo escuchara, aunque no tuviera nada en particular que contarle. Ella lo entendía. Ahora, por su culpa se había marchado. Esa certeza le

angustiaba y lo llenaba de desasosiego. Debería haberse quedado y dejar las cosas como estaban. Podían haber continuado siendo amigos. Estaba enfadado con ella, más que eso, furioso, y con el mundo, por hacer de las cosas sencillas algo complicado.

Ellos lo pasaban bien juntos, pues ya está... Había sido un error acostarse con ella. Aquella noche lo había jodido todo. No quería hacerle daño, pero no compartía sus sentimientos. Él no compartiría su vida con nadie, nunca dejaría que su corazón albergase ningún tipo de sentimiento por ella, ni ninguna otra... El amor lo trastornaba todo, era algo que había tenido claro desde siempre. Mónica no tenía ningún derecho a desaparecer así, olvidándose de su amistad. Era su mejor amiga y lo había abandonado. Parecía que éste iba a ser su sino, todo el mundo acabaría abandonándolo. Todas las mujeres eran iguales, su madre, Mónica... Todas, acababan marchándose y dejándolo solo con su dolor... La lección estaba clara, lo más inteligente era no encariñarse demasiado con nadie, todo se acababa estropeando, y al final, solo se sufría.

Mónica estaba repasando un trabajo de “Teoría de la Investigación Social”, cuando sonó el teléfono. Era Rosa:

—Hola, ¿Qué haces?

—Estoy terminando el trabajo del lunes.

—Eres una empollona tía, ¡Qué coñazo! Yo no lo he empezado todavía.

—Si necesitas ayuda, ya sabes dónde estoy —ofreció Mónica riendo, pensando en que Rosa, siempre dejaba todo para el último momento.

—Ya veremos... De todas formas, te llamaba por otra cosa. Esta noche nos vamos de fiesta, pasamos a por ti a las nueve.

—Vale y... ¿Dónde vamos?

—Es una sorpresa. Tú, ponte guapa, que yo me encargo del resto. Solo te voy a decir que nos lo vamos a pasar genial.

—Entonces te dejo ya, llevo el pelo asqueroso y me lo tengo que lavar.

—No te olvides, a las nueve en la puerta de casa de tu abuela.

—Que sí, no te preocupes. Hasta luego —se despidió Mónica y colgó.

Justo cuando se levantó del sillón, el teléfono volvió a sonar, lo descolgó y contestó:

—Que sí pesada, que me voy a poner guapísima y en dos horas estoy abajo.

—Hola.

Un dolor agudo, que nacía de la boca de su estómago, invadió a Mónica, pero logró respirar hondo, sentarse y contestar.

—¿Daniel?, ¿Eres tú? Perdona, pensaba que eras otra persona.

—Ya veo —contestó Daniel secamente.

—¿Cómo estás?, logró articular mientras se acomodaba y percibía como su

estómago se abría paso hasta la garganta.

—Bien, he llamado a tu casa y tu madre me ha dado este teléfono. Veo que estas muy ocupada.

—Sí, bueno... —titubeó—. Estoy bien.

—¿Vas a venir algún fin de semana? Creo que deberíamos hablar, no entiendo que te vayas y que te importe todo una mierda —replicó Daniel sin poder ocultar su ira.

A Mónica la recorrió un escalofrío de rabia.

—¿Qué a mí me importa todo una mierda? Tú eres el que se ha estado riendo de mí —respondió intentando controlar su frustración—. Yo, ya no podía soportarlo más. Necesito el poco orgullo que me queda, para seguir adelante —le increpó, mientras notaba como la indignación se adueñaba de ella, consciente de que a continuación, se echaría a llorar.

—Te has largado Mónica y has pasado de todo. Has pisoteado nuestra amistad. Yo nunca he pretendido hacerte daño ni reirme de ti —le recriminó Daniel—. Pero uno no se larga porque las cosas no sean como uno quiere. Sois todas iguales, pensaba que eras diferente Mónica. ¡Quédate allí y vete de fiesta!, espero que te lo pases bien —exclamó, antes de colgar el teléfono.

—Daniel, yo te quiero, susurró Mónica con lágrimas en los ojos. Tú eres incapaz de sentir lo mismo por mí y esto no lleva a ninguna parte, solo al dolor —dijo ya sin que Daniel pudiese oírla—. Miró el teléfono y dejó el auricular en su sitio. No podía seguir con aquello. Se quedó llorando sin consuelo, no podía soportarlo. Había intentado huir, pero la agonía seguía allí y, cada vez, el vacío era más grande. Permaneció quieta, las fuerzas la habían abandonado y no le apetecía moverse.

Lloró en silencio hasta que sonó el timbre. Le costó un esfuerzo titánico llegar hasta la puerta para abrir. Era su abuela, que había salido a comprar y se le habían olvidado las llaves.

—Abuela trae, no cojas peso. Te he dicho un montón de veces que yo hago la compra, no tienes que ir por ahí cargada —cogió las bolsas y las llevó a la cocina.

—¡Ay, hija! Gracias, ¡Qué cabeza!, he vuelto a olvidarme las llaves. Pero, mi vida, ¿Estás llorando? —le preguntó la mujer preocupada.

—No, no te preocupes. Es que acabo de ver uno de esos programas de la tele que tanto te gustan y me he emocionado —mintió, secándose las lágrimas con el dorso de las manos—. Pero ya estoy bien.

Mónica se dirigió al baño. Se lavó la cara y se obligó a no pensar, a bloquear su mente. Se miró al espejo y respiró hondo. No podía hundirse, otra vez no.

Pensó en llamar a Rosa y decirle que no se encontraba bien, pero sabía que su amiga se presentaría igualmente. De hecho, lo mejor sería mantener sus planes para salir. Si se quedaba en casa, su abuela le pondría un programa de copla o algo similar y terminaría deprimiéndose aún más.

Cuando hubo terminado de arreglarse, se despidió de la mujer y bajó a la calle. Se sentía un poco mejor. Al poco tiempo, apareció Rosa con un chico en un Audi A3 negro y Mónica subió en la parte de atrás.

—Hola, este es mi hermano Ángel —explicó Rosa con entusiasmo—. Ha tenido el detalle de invitarnos a su súper fiesta. Hoy cumple veinticinco tacos y va a tirar la casa por la ventana. La discoteca estará llena de viejos como él, pero hay barra libre. No podíamos decir que no.

—Gracias por la invitación —agradeció Mónica avergonzada—

Rosa se desenvolvía a la perfección en todas las situaciones, era algo innato en ella, pero a Mónica empezó a angustiarse la perspectiva de ir a una fiesta en la que solo conocería a su amiga.

—No hay de qué —repuso Ángel estudiándola por el espejo retrovisor mientras conducía—. Me ha dicho mi hermana que vais juntas a clase.

—Sí —contestó Mónica, sin encontrar nada más que añadir.

Pero Rosa tomó la palabra y siguió parlotando hasta llegar hasta el lugar que Ángel había alquilado para el evento, lo que fue un gran alivio para ella.

La discoteca estaba a las afueras, era una gran mansión reconvertida. Tras el vestíbulo de acceso principal, se encontraba la pista de baile y en la parte posterior había un gran jardín con una gran barra en el centro. Aunque estaban en pleno mes de diciembre, la temperatura era agradable y no hacía demasiado frío, por lo que las dos amigas optaron por dirigirse primero al jardín a pedir sus copas. Ángel se disculpó con ellas y se fue a saludar a sus invitados.

Mónica sacó un paquete de tabaco del interior de su bolso y le ofreció un cigarrillo a Rosa. Acababa de comenzar a fumar, no es que le gustara especialmente, pero tener algo en la mano le ayudaba a sentirse más segura. Pidieron dos whiskies y se sentaron en unos taburetes a charlar.

—¡Me gusta este sitio! Normalmente, mi hermano es bastante hortera, pero esta vez ha acertado —exclamó Rosa dejando escapar un suspiro.

—Sí, la verdad es que es muy chulo. Le ha tenido que costar una fortuna.

—Supongo, pero le va fenomenal, el dinero no es problema. Hace unos años, dejó de estudiar y empezó como albañil en la cuadrilla de mi padre. Luego, él y un amigo compraron unos solares y han estado construyendo. Ahora mismo, tiene más demanda de pisos de los que les da tiempo a finalizar. Está terminando una promoción de viviendas y va a empezar otras dos. Acaba de abrir una oficina y todo.

—Vaya —replicó Mónica sorprendida—. Se lo ha montado muy bien. Oye, cambiando de tema, si necesitas ayuda con el trabajo, cuenta conmigo.

—No te preocupes, ya se me ocurrirá algo.

—Te advierto que “*el corta y pega*” no te va a servir esta vez. Hay algunas partes bastante complicadas.

—Ya me ocuparé de eso mañana, hoy vamos a pasarlo bien. ¡Venga!, vamos a pedir otra copa y nos vamos dentro a bailar —rió Rosa contoneándose al ritmo de la música.

— ¡Hecho! —contestó Mónica saltando del taburete

Se pasaron el resto de la noche sin parar de bailar y beber. Mónica empezó a encontrarse algo mejor, pero no podía dejar de pensar en su discusión con Daniel. Los amigos de Ángel no paraban de acercarse a ellas intentando ligar, pero ninguna de las dos fue muy simpática con ellos. Rosa no paraba de hablar con el camarero e iba a pedirle una copa a la menor oportunidad. Lo que hacía que Mónica siempre tuviera su vaso lleno, como ocurría en ese momento.

Mónica se sintió mareada y salió al jardín. De repente, sentía ganas de vomitar. Intentó alejarse lo más que pudo, para que no la viese nadie, hasta que llegó junto a un árbol y no pudo contenerse más. Enseguida se encontró mucho mejor, pero decidió que la fiesta había concluido para ella y se fue en busca de su amiga tambaleándose.

—Oye, ¿Estás bien? Pareces un poco pálida —se interesó Ángel, que en ese momento salía con una chica al jardín.

—Sí, claro —balbuceó Mónica—. Creo que algo me ha sentado mal.

—Ya, mi hermana y tú parecéis unas esponjas. Siéntate aquí, que te dé el aire un rato, yo iré a buscar a Rosa. Espérame aquí un momento —le dijo a su acompañante.

—De eso nada, que yo no soy la niñera de nadie —le replicó la chica a Ángel—. No me haces ni puto caso en toda la noche y ahora me dejas cuidando a la cría ésta.

Mónica miraba la escena sin poder intervenir. Tenía la sensación de que si movía cualquier músculo, caería redonda al suelo. Así que permaneció lo más quieta posible.

—No te pongas así. Te prometo que vengo enseguida. No la voy a dejar sola, es solo un minuto.

—¡Ni un minuto ni medio, me tienes harta! —le espetó la chica—. Esto es lo que faltaba. Aquí te quedas con la niñata ésta, que yo me voy a mi casa. ¡Vete a la mierda, Ángel! —profirió la joven marchándose a toda prisa.

El muchacho salió tras ella y la cogió del brazo, para evitar que siguiera avanzando. A lo que ella respondió dándole un empujón. Estuvieron un rato discutiendo. Cuando dejaron de gritarse mutuamente, Mónica ya no podía oír lo que decían, pero aquello no tenía buena pinta.

La chica llevaba una minifalda negra con un top rojo, bastante ajustado, y unos zapatos grises con un tacón de infarto, de esos de los que ella jamás osaría siquiera probarse. Le dolían los pies solo de verla. Llevaba el pelo teñido de rubio platino. Sus amigas la habrían etiquetado de inmediato como una “*choni*”. Mónica miraba divertida la escena. Además, le estaba sentando bien el aire nocturno y, poco a poco, se encontraba mejor. Presenció un último esfuerzo del hermano de Rosa por retener a la chica, que no dio ningún resultado y ella se fue trastabillando por el suelo de piedrecillas, dejando al chico plantado con cara de frustración.

— ¿Y tú de qué coño te ríes? —le increpó Ángel mientras se acercaba a ella.

— ¿Yo? De nada. Está visto que todos los tíos sois unos capullos, solo me alegro de no ser la única que lo sufre —contestó Mónica sin poder evitar reírse, envalentonada por el alcohol que recorría su cuerpo.

—Ya, y vosotras sois ángeles caídos del cielo que no se merecen a ningún mortal, ¡No te jode! Eres una cría todavía, ya encontrarás a alguien que esté a la altura. Eso sí, como sigas bebiendo así, no creo que tu hígado te permita hacerte muy mayor.

— ¡Oye, que no he bebido tanto! —mintió haciéndose la ofendida —. Que sepas que nosotras lo único que queremos es que nos quieran. Nada más, así de fácil. Demuéstrale a una chica que la quieres y la tendrás en el bote —balbuceó —. Creo que tengo que ir a buscar a tu hermana antes de que se haga más tarde —explicó intentando levantarse sin éxito—. ¡Uh, madre mía!, creo que voy a esperar un ratito más sentada, que el suelo se mueve.

—Sí, lo mejor será que esperes aquí. Yo la busco, pero no se te ocurra ir a por otra copa —la amenazó Ángel señalándola acusador con el dedo.

—Lo que usted diga, pero ahora tengo sed.

—Ahora te traigo agua, pero no te muevas de ahí.

—Vale papá —Mónica no pudo evitar reírse, mientras Ángel se dirigía al interior de la discoteca con una sonrisa.

Tan solo unos minutos después, regresó con una botella de agua en la mano y se la dio a Mónica, que se sentía mejor.

—No encuentro a Rosa. Así que te llevo a casa —le anunció Ángel.

—No, de verdad —dijo Mónica poniéndose seria por primera vez—. Es tu cumpleaños y bastante has tenido ya. Me cojo un taxi y ya está.

—Esto lo van a cerrar ya, es muy tarde —afirmó señalando a la discoteca—. Lo que me extraña es que mi hermana no te esté buscando, pero a saber que leches está haciendo. Anda, cógete de mi brazo e intenta incorporarte.

—Bueno, muchas gracias. Vaya cumpleaños... Pobre —se lamentó Mónica.

—No importa, tú no tienes la culpa. Además, yo me lo he pasado bastante bien.

—Tu novia no tenía pinta de haberlo pasado tan bien. ¡Vaya empujón te ha soltado!, debe de tener mucha fuerza.

—Sí que la tiene, pero Vicky no es mi novia. Solo es una amiga.

—¿Ves lo que te digo? No sé qué problema tenéis los tíos con la terminología, ¿Tú te has enrollado con ella?

—Sí, claro.

—¿Más de una vez?

—Sí.

—¿Y sales por ahí con ella al cine, a cenar y de fiesta?

—Sí, a veces sí.

—¿Y por qué narices no la consideras tu novia?

—Porque es sólo una amiga.

—¡Y una mierda! Para ti es más fácil, así no tienes ninguna responsabilidad, pero a ella le gustas y está esperando de ti algo más, de ahí el cabreo de esta noche. Es que de verdad, sois lo peor —le recriminó Mónica subiendo al coche.

—No te preocupes, mañana se le habrá pasado.

—Ves, a eso me refiero. Somos tan tontas que ahí seguimos, día tras día, con la esperanza de que alguna mañana os levantéis y, de repente, no os de miedo comenzar una relación.

—Para tener diecisiete años, se ve que te han jodido bastante.

Mónica sintió como se espabilaba de inmediato y el dolor regresaba a ella inexorablemente, al acordarse de Daniel.

—Sí, lo cierto es que sí —sin poder evitarlo, comenzó a llorar.

—Oye que yo no pretendía hacerte llorar —se disculpó Ángel—. Mira en la guantera, creo que hay pañuelos de papel.

—No te preocupes, es culpa mía. No debería haber venido a tu fiesta, no estaba de muy buen humor.

—Pues para no estar de humor, no se te ha dado muy mal —replicó Ángel haciéndola reír—. Menos mal que la barra libre me la han cobrado por horas y no por litros. Si no, tú y mi hermana me habríais arruinado.

Ángel logró que Mónica se relajara y el nudo de su pecho se fue aflojando.

—En realidad, vine para olvidarme de algunas cosas, pero me lo he pasado muy bien. Muchas gracias por invitarme, aunque... No se puede huir de los problemas, debo afrontarlos y como no tienen solución debería olvidarme de todo y no mirar atrás.

—Eso suena muy drástico, ¿Qué te parece si ahora te vas a dormir un poco y te recojo el domingo? Me han regalado unas entradas para el parque de atracciones y creo que Vicky no va a querer saber nada de mí en una temporada.

—No, creo que deberías llamarla e ir con ella.

—Bueno, pero a mí no me apetece. Déjame hacer una buena obra y a ver si consigo animarte un poco ¿No era eso?, ¿Qué tenías que olvidar?

—Sí, eso era. En fin, está bien. Te espero el domingo y te prometo no beber. Toma, éste es el teléfono de casa de mi abuela.

—Ok, te llamaré —contestó Ángel a modo de despedida.

Ángel compró una docena de churros, de camino a casa de sus padres. Estaba algo preocupado por Rosa, así que fue a ver si había regresado. Él vivía muy cerca, en el primer bloque de pisos que había construido. Se había quedado con un apartamento pequeño, de unos cincuenta metros, pero para él representaba su reino, aunque realmente era una independencia relativa, pues seguía acudiendo a casa de sus padres a comer y a que su madre le lavara la ropa.

Entró en casa de sus padres y se encontró a su madre en la cocina. Hacía un rato que había amanecido y la mujer ya se había levantado a preparar la comida. Le dio un beso, le entregó los churros y fue en busca de su hermana. La encontró tirada en el suelo de su habitación durmiendo profundamente. La cogió en brazos y la metió en la cama.

—Ángel, ¿Eres tú? —farfulló Rosa

—Sí, vaya borrachera llevas —le recriminó— ¿Dónde te has metido? Te he estado buscando.

—Me encontraba mal, así que un amigo tuyo me ha pedido un taxi y he regresado a casa. ¡Ay, mi madre!, ¡Mónica! —exclamó la muchacha incorporándose de un respingo.

—No te preocupes, la he llevado a casa y está bien. Vaya par... Hablamos mañana, descansa.

—Gracias hermanito, eres un sol —se despidió Rosa, antes de volver a caer en un sueño profundo.

El domingo amaneció nublado. Ángel miró al cielo y estuvo tentado de llamar a Mónica, para cancelar la salida al parque de atracciones, por temor a un chaparrón. Pero le apetecía mucho ir. A Ángel siempre le habían apasionado las atracciones, le encantaba sentir la adrenalina corriendo por sus venas. Hacía unos años, había empezado a practicar deportes como el rafting o el parapente y, desde que tenía uso de razón, hacía surf. Su hermana lo llamaba “el buscador de sensaciones”.

Fue a desayunar a casa de sus padres y allí se encontró con su hermana, enfrascada con unos libros.

—Veo que estás mucho mejor. Desde luego, ¡Vaya generación! Está claro que no sabéis beber, Rosa —sermoneó el muchacho a modo de saludo.

—Ni me lo recuerdes, ayer no pude ni moverme. Tengo que terminar un trabajo para mañana y no tengo ni idea de por dónde empezar. Voy a llamar a Mónica, para que me ayude.

—No creo que pueda, hoy va a estar muy ocupada.

Rosa levantó la cabeza del libro que tenía en la mano y clavó una mirada inquisitiva en su hermano

—¿Perdona?

—Hoy va a venir conmigo al parque de atracciones.

Rosa se quedó estupefacta.

—¿Cómo?, ¿Que tú y Mónica estáis saliendo?, ¿Os habéis enrollado? No me lo puedo creer, me estas tomando el pelo... —aseveró escandalizada.

—Tampoco exageres, no nos hemos liado ni nada de eso, pero el viernes la vi un poco hecha polvo y me cayó bien. Así que me la llevo a dar una vuelta.

—Mira, Ángel —terció Rosa poniéndose seria—. No te lo tomes a mal, pero Mónica no es para nada tu tipo y tú tampoco el suyo. Todo esto no me cuadra en absoluto, te estás quedando conmigo.

—Y, según tú, ¿Cuál es mi tipo? —se exasperó Ángel.

—Pues, desde luego, sin ánimo de ofender, alguien mucho más exagerado que Mónica, en todos los sentidos. Todas tus novias son —Rosa se tomo un momento para meditar como explicarse sin herir los sentimientos de su hermano— muy... Sofisticadas físicamente, pero muy poco intelectualmente.

—¿Me estás llamando ignorante o algo peor? —la increpó Ángel molesto.

—Vamos a ver, Ángel, a ti nunca te ha gustado estudiar y nunca te he visto coger un libro, ni leer algo que no sea una revista de coches. Las chicas con las que sales, no tienen más preocupación en la vida que salir conjuntadas de su casa. Pero vamos, que no es nada malo, de todo tiene que haber en el mundo. Tú eres un buen tío, muy trabajador y que sabe ganarse muy bien la vida, a la vista está, pero no pegas ni con cola con Mónica. Te lo tengo que decir, para que no pienses algo que no es, ella tiene otras inquietudes y no tenéis nada en común.

—Tú te has pensado que por ir a la universidad eres mejor que los demás y estás muy equivocada —le echó en cara su hermano, visiblemente herido en su ego.

—No, yo no he dicho eso. Solo digo que sois dos personas de dos mundos totalmente diferentes y no quiero que te hagas ilusiones. Además, Mónica ha sufrido mucho y no creo que esté preparada para empezar a salir con nadie.

—Para tu información, ni siquiera me gusta tu amiga. Creo que es una niñata consentida, pero si yo me empeñase estaría coladita por mí en dos días.

—Lo que tú digas —zanjó Rosa—. No voy a discutir contigo, porque esto no lleva a ninguna parte y hoy tengo mucho que hacer.

Ángel cerró de un portazo la puerta y salió a la calle, se sentía herido en su amor propio. Era cierto que no tenía ninguna inquietud intelectual, pero siempre se había considerado un tipo listo. Tenía a muchas chicas a su disposición, haciendo cola para salir con él. Era guapo y ganaba bastante dinero, ¿Qué más podría querer nadie? Con Mónica había congeniado muy bien, pero era cierto que no era su tipo. Le fastidiaba sobremanera que su hermana lo infravalorara de esa manera. Estaba furioso, haría que Mónica cayese rendida a sus pies y su hermana tendría que comerse sus palabras. Intentó calmarse antes de coger el coche, pero arrancó dejando las marcas de los neumáticos en la calzada.

Mónica se despertó temprano, el sábado había tenido una terrible resaca y se pasó dormitando, tirada en el sofá, casi todo el día. Aquella mañana, se encontraba mucho mejor. Se quedó un rato mirando al techo, preguntándose qué es lo que estaba haciendo. Se sentía como si estuviese siendo infiel y pensar en Daniel volvió a producirle dolor. Sin duda, Ángel era un chico bastante guapo, pero no era del tipo que a ella le gustaba. Era demasiado rudo y su modo de vestir no podía ser más hortera. No creía que tuviesen nada en común. Además, era mucho mayor que ella... Pero le encantaba ir al parque de atracciones y montar en todo lo que la volviese del revés, así que no perdía nada. Decidió ponerse lo primero que encontró en el armario y salir a la calle en busca de Ángel, que ya la estaba esperando.

—Hola, ¿Cómo llevas la resaca? —preguntó Ángel a Mónica tan pronto como ésta subió al coche.

—Bien, hoy estoy fenomenal —respondió ella sonriendo—. Quería pedirte disculpas por el numerito del otro día, no suelo comportarme así, y darte las gracias por invitarme a pasar el día en el parque de atracciones. Adoro ese tipo de sitios, soy un poco adicta a las emociones fuertes.

—No tienes por qué disculparte, todo el mundo se ha emborrachado alguna vez y tampoco tienes nada que agradecerme. Algo me dice que lo vamos a pasar genial— aseguró mirándola y dedicándole la mejor de sus sonrisas.

Antes de comer, ya habían montado en todo dos veces y, en sus atracciones favoritas, hasta cuatro veces. Tenían un pase que les permitía pasar sin hacer cola, por lo que estuvieron toda la mañana corriendo de un lado para otro. Decidieron comer algo rápido, para poder continuar cuanto antes. Pidieron unas hamburguesas y se sentaron por primera vez en todo el día.

—En el último looping, creía que iba a vomitar —dijo Ángel dejándose caer en la silla.

—Eso debe ser la edad, abuelo, los años no perdonan —replicó Mónica.

Ángel se quedó mirándola sin decir nada.

—Perdona, tengo que aprender a cerrar la boca en determinadas ocasiones —se disculpó Mónica—. El sarcasmo irónico e hiriente es una de mis formas favoritas de

socializar. Pero, evidentemente, no a todo el mundo le hace gracia. Muchas veces, no puedo controlarlo. Es superior a mí. De verdad, no quería decir algo así. No eres tan mayor, lo siento. Sé que tengo que moderar mi sentido del humor.

—Eres muy graciosa, pero tengo veinticinco años no cuarenta. Tan solo te llevo siete años, dentro de veinte años no se notará. Además, me conservo muy bien.

—Sí, me recuerdas al obrero de la coca-cola light, ¿Te acuerdas? Seguro que estás en la obra y a las 11.30 van todas las secretarías de las intermediaciones a verte.

—Nunca me habían dicho algo así —repuso Ángel visiblemente molesto, sin saber muy bien que más añadir—. Ahora ya no trabajo en las obras, las superviso. Mi trabajo ahora es más bien de oficina.

—No quería ofenderte, era sólo una broma con un cliché, otra vez mi sentido del humor. No te preocupes, no eres al único al que le pasa.

—¿Tu novio también comparte tu sentido del humor?

—No tengo novio.

—El otro día parecía que tenías y que habías discutido con él.

—No, es cierto que discutí con alguien, pero no es mi novio. Creo que por eso

me puse como una cuba, tengo tendencia a dramatizar las cosas.

—¿Y ese *alguien* comparte tu sentido del humor?

—Sí, la verdad es que sí —contestó Mónica sin poder evitar sonreír al acordarse de lo bien que se entendía con Daniel, lo fácil que era hablar con él y lo cómoda que se sentía sin tener que medir constantemente sus palabras.

—Debe ser bonito entenderte tan bien con una persona.

—Sí, bonito sí que es, pero cuando no te lleva a ninguna parte, resulta bastante frustrante. De todas formas, eso forma parte del pasado.

—Eres una chica muy guapa, seguro que encuentras a alguien pronto.

—No gracias, de verdad que lo último que me apetece ahora es conocer a alguien. Si no te importa, preferiría cambiar de tema.

—Eso está hecho, ¿En qué te apetece montar ahora? —le preguntó Ángel tendiéndole la mano para que se levantara. A lo que Mónica respondió con una enorme sonrisa.

Pasaron la tarde como la mañana, de un lado para otro sin parar. A última hora de la tarde, el cansancio empezó a hacer mella y decidieron parar y tomarse un helado.

—Bueno y ¿Qué tal está tu amiga? El otro día parecía enfadada —inquirió Mónica suspicaz, mientras lamía su enorme bola de chocolate.

—¿Quién?, ¿Vicky? Tenía un cabreo monumental, pero eso es muy habitual en ella. Está acostumbrada a que todo gire a su alrededor y, de vez en cuando, hay que bajarle los humos. Mañana llamará como si no hubiese pasado nada. Es su estilo.

—Menudo carácter.

—Sí, montar el espectáculo se le da muy bien. Oye, ¿Te apetece que vayamos a cenar a un mexicano estupendo que conozco?

—No creo que sea buena idea, estoy muerta y mañana tengo clase temprano. Además, quiero retocar unas cosas de un trabajo que tenemos que entregar mañana.

—Vale, tú te lo pierdes, te llevo a casa. Me lo he pasado muy bien, cuando quieras repetimos.

—Sí, y o también lo he pasado genial, ha sido muy divertido.

Daniel estaba furioso con el mundo, se pasó toda la semana encerrado en su cuarto, jugando con el ordenador. Cada vez que su tía lo veía, comenzaba la eterna discusión. No paraba de presionarlo para que estudiase. Había iniciado el curso de cocina, pero sus notas no eran muy buenas y no se esforzaba. A él no le apetecía hacer nada, solo quería que todo el mundo lo dejase en paz. Carmen, no se daba por vencida y le llevaba información sobre cursos de idiomas o de contabilidad, pero nada de todo aquello le interesaba lo más mínimo. Quería desaparecer y que lo dejaran tranquilo con su pesar. Trabajaba algunos fines de semana como camarero y seguía dando clases de tenis, los viernes por la tarde en el club. Su desidia aumentaba día a día, tan solo encontraba consuelo cuando iba a casa de Jaime y veían juntos películas de Lars Von Trier o David Lynch, mientras fumaban marihuana. Esos constituían los únicos momentos donde Mónica desaparecía de su mente y no la echaba tanto de menos. Pero hasta él, se daba cuenta que no podía seguir así, su tía no le consentiría que se mantuviera en esa situación mucho más tiempo.

Esa tarde, Carmen estaba contenta, era su cumpleaños y sus padres le habían regalado un ordenador. Habían contratado una conexión a Internet y estaba investigando cómo funcionaba aquello de “*chatear*”. En ese momento, llegó Daniel. Sabía que a veces era dura con él, pero no quería que echase su vida a perder. Era muy joven y podía hacer lo que se propusiera, poseía una inteligencia notable y gran capacidad de aprendizaje. Solo debía esforzarse un poco.

—¡Daniel! —lo llamó su tía, desde el pequeño despacho, donde habían colocado el ordenador—. Ven, mira. Esto te va a encantar.

—¡Madre mía!, ¡Qué pasada! —exclamó Daniel mientras le quitaba a su tía el ratón.

—¿Te gusta? Me lo han regalado los abuelos. Es increíble que se les haya ocurrido algo así.

—Sí, a mí me preguntaron, pero no sabía que me habían hecho caso.

—Pues ya ves, esta casa ha entrado de lleno en el mundo de las nuevas tecnologías

—Sí, de hecho, podrías cambiármelo por el mío —rogó el muchacho.

—¡Ni hablar!, pero puedes utilizarlo cuando quieras, sobre todo para consultar qué hacer con tu futuro.

—¡Ay!, de verdad, no empieces

—Estoy muy preocupada por ti.

—Lo sé, pero presionándome no conseguirás nada.

—Está bien, te dejaré, pero solo por hoy. Anda, arréglate un poco que os invito a cenar fuera —le ordenó Carmen mientras se marchaba.

Ángel pasó la semana sin parar de trabajar, tenía muchos proyectos entre manos y millones de cosas que hacer. Se tomó cinco minutos para beberse un café, mientras se fumaba un cigarro y se sorprendió pensando en Mónica, una vez más. Su primer impulso fue coger el teléfono para llamarla, pero recordó que estaría en clase con su hermana. No sabía muy bien qué le estaba ocurriendo, pero le gustaba la idea de quedar con ella de nuevo. Vicky lo había estado llamando todos los días para quedar con él, pero le había dado largas. Se había cansado de ella, como terminaba haciendo de todas. Mónica era diferente de las chicas con las que había salido. En eso, su hermana tenía razón. Era más natural, más despierta y arrebatadoramente guapa. Aunque tenía que reconocer que nunca se habría fijado en ella y, en su fuero interno, estaba profundamente molesto con Rosa por insinuar que no estaba a la altura. Llevaba pensándolo unos días y se había propuesto el reto personal de conseguir que Mónica se enamorara de él. Se merecía una novia con clase.

Cuando llegó a casa ya era tarde. Para su sorpresa, Vicky lo estaba esperando, desnuda en el sofá mientras veía la televisión.

—Hola guapo —saludó mientras se abría de piernas.

Ángel no pudo disimular su sorpresa, pero no dejó de sonreír.

—¿Cómo has entrado? —preguntó mientras se acercaba a ella.

—Tu madre es una mujer increíblemente amable. Le he dicho que quería prepararte la cena, porque estabas muy ocupado y llegarías tarde de trabajar. Me ha dado las llaves sin preguntar nada más, creo que estaba contenta de que alguien se ocupase de ti —se explicó la joven mientras lo besaba.

—Está bien, por hoy. Pero no vuelvas a hacerlo —le advirtió Ángel apartándose de ella bruscamente—. Esta noche te quedas aquí, pero mañana por la mañana te irás y me dejarás en paz para siempre. ¿Entendido?

—Eso ya lo veremos —amenazó Vicky abalanzándose sobre él.

—No puedes hacer estas cosas —le increpó Ángel, sujetándola por las manos.

—Ángel estás muy raro. Ahora, me vas a decir que no me quieres follar, esto es

increíble. De verdad que no me lo puedo creer —replicó la muchacha molesta, no estaba acostumbrada a que la rechazaran

—Anda, ven aquí —dijo subiéndola a horcajadas sobre él—. Claro que vamos a follar, follaremos como locos, pero que sea la última vez que irrumpes así en mi casa. Quiero que eso se te quede muy claro, ésta no es tu casa, nunca será tu casa. Tú y yo nos divertimos juntos y nos lo pasamos muy bien, pero nada más.

—Pero... —la chica empezó a articular una protesta, pero Ángel no le dejó concluir cubriéndole la boca con un apasionado beso, mientras, con los dedos se empezaba a abrir paso a través de sus labios inferiores y notaba como cada vez se humedecían más. A la chica ya no le quedó más remedio que dejar de quejarse.

Mónica llegó a casa de su abuela tras pasar toda la mañana en clase, con un hambre feroz. Fue a saludar a la mujer, que se afanaba en terminar la comida y se dispuso a poner la mesa, cuando sonó el timbre. Al abrir, un chico sostenía un enorme ramo de flores blancas.

—¿Mónica Hidalgo? —preguntó el muchacho, en el umbral de la puerta.

—Sí, soy yo.

—Perfecto, esto es para usted —anunció entregándole el ramo—. Que tenga un buen día —le deseó mientras se marchaba.

Mónica se quedó pasmada mirando las flores en la puerta.

—Pero hija, ¡Qué preciosidad! —exclamó su abuela cuando vio las flores — ¿Pero quién te ha mandado esta maravilla? Voy a buscar un jarrón ¡Ay, madre!, no sé si voy a tener un jarrón tan grande, ¡Qué barbaridad! —clamaba la mujer levantando los brazos, mientras se alejaba por el pasillo.

Mónica buscó el sobre intrigada, suponía que era la forma de pedir disculpas de Daniel por la discusión telefónica. Pero ese no era su estilo, así que sacó la tarjeta para salir de dudas.

*“Me debes una cena en el Mexicano.
Algún día, te llevaré a México de verdad.
Paso a recogerte a las nueve”.*
Ángel

Tuvo que leerla dos veces para tomar consciencia de lo que ponía. Se sintió un poco decepcionada al comprobar que no era de Daniel. Al acordarse de Ángel, pensó que era increíble, ¿Pero qué se pensaba ese tío? Mónica recordó el día en el parque de atracciones. Si bien era cierto que se lo había pasado estupendamente, no podía recordar ni un solo instante en el que hubiera surgido la más mínima química entre ellos.

Él, no entendía su sentido del humor, no compartía sus inquietudes y sí, era bastante guapo, pero poseía ese tipo de belleza que a ella no le atraía lo más mínimo. Músculos, un pendiente en la oreja, ropa ajustada... Mónica tenía meridianamente claro que era un ordinario y que no pegaban ni con cola. No podía evitar que la embargara la sensación de que se había perdido algo y no sabía qué. Miró expectante el enorme ramo, cómo si así fuera a encontrar la respuesta, hasta que regresó su abuela y la sacó de su ensimismamiento.

—¿Qué, el noviete te ha mandado flores?, ¡Qué ramo más bonito hija, son preciosas!

—Yo no tengo novio. Es solo un amigo —explicó tajante.

—Sí, claro. ¡Ay, hija!, que tenga setenta y tantos años no quiere decir que este tonta —se quejó la mujer—. Menuda fortuna se habrá tenido que gastar el muchacho en el ramo, como para querer ser solo un amigo. Ese quiere ser tu novio formal.

—Que no abuela, que a mí no me gusta.

—¿Pues cómo no te va a gustar?, ¡Ay!, se me olvidaba, justo antes de que llegaras te ha llamado un chico. Seguro que era él para ver si te han gustado las flores. Anda, llámalo y le das las gracias.

—¿Y te ha dicho quién era?

—No, solo que volvería a llamar.

Mónica pensó en la posibilidad de que fuera Daniel y acto seguido se enfureció consigo misma. No lo podía creer, ¿Cuánto daño debía hacerle para que lo desterrara para siempre de su cabeza? Allí estaba ella, había logrado irse a cientos de kilómetros, pero en el fondo seguía manteniendo la esperanza de encontrárselo en cualquier esquina y mientras, un chico guapo y encantador, aunque muy lejos de ser su tipo, la cortejaba. Se le revolvió el estómago.

Tenía que reconocer el mérito de Ángel, por lo menos se esforzaba, que era mucho más de lo que nunca, ningún otro chico había hecho por ella.

Mónica se calzó sus zapatillas y se fue a correr. Su abuela vivía cerca de un gran parque y le gustaba perderse entre sus múltiples senderos. Estaba muy bien cuidado, alojaba estanques, zonas infantiles e incluso un museo en su interior. Además, albergaba una importante masa forestal de pinos centenarios que hacían posible que hasta en verano hubiese sombra. Estuvo unos cuarenta minutos corriendo y de regreso a casa tomó la decisión de aceptar la invitación a cenar de Ángel. Correr siempre la ponía de buen humor y total, tampoco perdía nada.

Se preparó para la cena en poco tiempo y le contó a su abuela que saldría un rato. La mujer le dijo que le parecía estupendo y que fuese amable con el muchacho de las flores. Al bajar, Ángel ya la estaba esperando en su coche. Se había puesto una camisa blanca y a Mónica le pareció que iba un poco menos macarra que las otras ocasiones en las que lo había visto, también notó que se había quitado el pendiente de la oreja.

—Hola, ¿Te han gustado las flores?

—Sí, mucho, pero no tenías porqué hacerlo.

—Me apetecía, estos días he pensado mucho en ti. Me lo pase muy bien en el parque de atracciones.

Mónica notó como se ponía roja.

—Sí, yo también, pero no pensaba que fueses a hacer algo así.

—Si te soy sincero, yo tampoco, le respondió con una sonrisa.

La noche pasó muy rápido. Mónica se esforzó por controlar su sarcasmo e ironía habituales, para no crear malos entendidos y descubrió, para su sorpresa, que sí tenía algunas cosas en común con Ángel. A los dos les gustaba practicar deporte. Ángel le habló de lo que le gustaba el surf y prometió enseñarle. Quedaron para surfear la semana siguiente. No se podía decir que fuese una cita memorable, pero se lo había pasado bastante bien y estaba entusiasmada con su bautizo en deportes náuticos. A pesar de que siempre había vivido cerca de la playa, nunca se le había presentado la oportunidad de practicarlos y, ahora, estaba ilusionada con la perspectiva de aprender.

El lunes, antes de entrar en clase, Mónica quedó en la cantina de la facultad para desayunar con Rosa. Su amiga la esperaba sentada, mirándola expectante.

—No me lo puedo creer, al final has terminado liándote con mi hermano. ¡Qué fuerte!, anda que me vas a decir nada —le espetó Rosa a modo de saludo.

—Para empezar, yo no estoy liada con tu hermano. Ni siquiera me ha dado un casto beso en la mejilla, y sí, hemos quedado el próximo fin de semana, pero solo porque me va a enseñar a hacer surf —atajó Mónica a la defensiva.

—Sí ya, claro —replicó Rosa indignada—. No me creo nada.

—¿Qué parte?, ¿Lo del surf o lo del beso? —le preguntó con ironía.

—Pues está claro que lo del beso, habéis tenido dos citas ¿Y no te ha dado ni un beso?, ¿Tú estás segura de que era mi hermano? Toda la vida ha sido un golfo de

cuidado y esto parece un milagro, va a ser que le gustas de verdad... —insinuó, mientras miraba a Mónica de reojo con picardía.

Mónica empezó a reírse y a negar con la mano, mientras bebía zumo de naranja.

—Ni de coña. Mira, Rosa, tú eres mi amiga y es verdad que me lo paso bien con tu hermano, pero no estoy muy segura de que me guste. Ahora mismo, solo quiero disfrutar del momento y creo que no estoy preparada para una relación.

—¿Se lo has dicho a él?

—Sí, y no parece que le importe. Dice que tendrá paciencia.

—Pues si los dos lo tenéis claro, a mí me parece perfecto.

—Lo que no quiero es que esto afecte a nuestra amistad —dijo Mónica, poniéndose seria—. Si esto no sale bien, prométeme que seguiremos siendo amigas.

—Por supuesto, pero he de advertirte una cosa, mi hermano es una de las personas más obstinadas del mundo, cuando quiere algo no para hasta conseguirlo.

—Ya me he dado cuenta, es muy persuasivo y no acepta un *no* por respuesta. Pero, sinceramente, no creo que estemos hechos el uno para el otro.

—Lo sé, sois muy diferentes, pero cosas más raras se han visto. Yo estaría encantada de que terminases siendo mi cuñada —le confesó Rosa guiñándole un ojo, mientras sonaba el timbre que marcaba el comienzo de la primera clase de la mañana.

Ángel salió de la reunión eufórico. No podía creerse su suerte, acababa de firmar un gran contrato, que permitiría a su constructora convertirse en una de las grandes de la ciudad. Iba a construir una gran urbanización a las afueras. Un ambicioso proyecto, en el que estaba en juego mucho dinero. Debía trabajar duro para que todo saliese bien. Sus asuntos marchaban sobre ruedas, el futuro se presentaba prometedor. Siempre se había esforzado por convertirse en un triunfador. Ahora, cuando por fin tenía el dinero, quería prestigio, que nadie lo mirase por encima del hombro por proceder de una familia humilde. Sabía que para eso necesitaba respeto, y el respeto era algo que no se podía comprar.

Debía cambiar muchas cosas si quería que la gente de clase alta lo tomase en serio y lo tratara como a un igual. Quería formar parte de la elite y, poco a poco, en su cabeza empezó a vislumbrar como hacerlo. Necesitaba una mujer a su lado, culta y elegante, que lo ayudase. Ella contribuiría a hacerlo parecer un hombre preparado y de mundo, lo que le abriría muchas puertas. En ese momento, lo vio todo claro, iba a conseguir su sueño, y ya sabía cómo hacerlo.

Fue a casa de Vicky para celebrarlo. Debía tener cuidado para que su hermana no se enterase, no quería estropear las cosas con Mónica. Le gustaba de verdad y ella iba a ayudarlo a conseguir sus objetivos, pero no dejaría de acostarse con Vicky, al menos por el momento. Tenía que echar un polvo rápido. Eso conseguiría relajarlo un poco.

Era media tarde cuando se percató de que se había quedado durmiendo en la incómoda cama de Vicky, anotó mentalmente que tenía que regalarle un colchón mejor. Pero se sentía estupendamente.

—Buenas tardes, dormilón —le susurró la chica al oído.

—¿Qué hora es?

—Las seis.

—Tengo que irme ya.

—¿Cómo? —saltó la muchacha, con un atisbo de furia en su voz—. Yo había pensado que diésemos una vuelta por ahí, hace mucho tiempo que no hacemos nada juntos —le recriminó.

—Eso no es verdad —le contestó Ángel mientras le daba un cachete en el culo.

—Sí, tienes razón. Vienes, follamos y te vas —replicó Vicky ofendida.

—¡Ves!, Ya es algo —le dijo Ángel mientras la besaba con la esperanza de que se callara.

—No, esto no es nada —se quejó frustrada.

—Si quieres, lo dejamos ahora mismo. No hay ningún problema, termino de vestirme y me voy —la amenazó Ángel.

—No, no te vayas. Perdona, no quería que te enfadaras —se disculpó la chica intentando mostrarse conciliadora.

—Mira Vicky, esto es lo que hay, me lo paso bien contigo, pero ya está. No voy a engañarte, si te gusta bien y si no... Adiós.

—¿Hay otra chica? —preguntó la muchacha compungida.

—No, me voy. Tengo mucho trabajo.

Dicho esto, Ángel cerró la puerta y se marchó, dejando a Vicky desnuda, llorando sobre su cama.

Mónica se había duchado después de ir a correr y se había puesto el pijama. Se estaba preparando la cena, para ir con su abuela al salón a ver la televisión un rato. Era su momento favorito del día, la mujer le había descubierto toda una gama de series que no había visto en su vida, pero a las que no había tardado mucho en engancharse. Para su abuela, habiendo amores imposibles, lujo y tragedia en la trama, ya era algo digno de ver. Mónica estaba cogiendo un plátano del frutero cuando llamaron a la puerta.

—Voy yo abuela —gritó.

Al abrir la puerta se encontró con Ángel sosteniendo una gran tabla de surf.

—¡Vaya! —exclamó Mónica estupefacta—. ¿No es un poco tarde para eso?

—¿Te gusta? Es para ti, con esto no vas a tener más remedio que aprender.

—Esto es demasiado. De verdad, gracias, pero no puedo aceptarlo.

En ese momento, la abuela de Mónica salió del salón.

—Este chico tan guapo debe de ser el que le manda flores a mi nieta. Pero pasa, no te quedes fuera —le invitó la mujer—. Podéis dejar esa cosa en el pasillo —apuntó señalando la tabla—. Ven, hijo, siéntate y quédate a cenar con nosotras.

—No te preocupes abuela, Ángel tiene mucha prisa y ya se iba —se apresuró a añadir Mónica.

—No pasa nada, claro que me quedo, ¿Cómo voy a hacerle un feo a esta mujer tan encantadora? —la cortó Ángel.

—Pues no hay más que hablar, voy a preparar unas cosillas para cenar. Vosotros esperarme en el salón.

Mónica fue a poner otro cubierto en la mesa y se sentó frente a Ángel.

—No tenías porqué quedarte, ni tampoco porqué regalarme una tabla de surf.

—Mónica, deja de ponerme las cosas difíciles. Relájate, quiero que salgamos en serio. Dame la posibilidad de hacerte feliz —le suplicó tomando su mano.

—No creo que esté preparada para algo serio.

—Bueno, eso no lo sabes si no me das una oportunidad. Solo te estoy pidiendo que lo intentes. Si no funciona, pues cada uno por su lado y ya está. Mira —dijo cogiéndole la barbilla— me gustas mucho y voy a hacer todo lo que esté en mi mano, para que dentro de unos meses solo tengas ojos para mí.

Mónica se quedó mirándolo y se tomó unos segundos para reflexionar. Tal vez, Ángel tenía razón y ésta era la ocasión para ser feliz, la situación definitiva para no volver a mirar atrás, de una vez por todas.

—Está bien, tú ganas.

Ángel la besó en la boca. Nunca la habían besado así, fue un beso impetuoso, profundo y lento, que la descolocó completamente. Esa noche, Mónica durmió tranquila, convencida de que había tomado la decisión correcta.

Daniel miró la pantalla una vez más, para comprobar que todos los datos fuesen correctos. Ya estaba todo decidido, había conseguido trabajo como ayudante de cocina en un pequeño restaurante español de Londres, tras concluir el curso de cocina. Así, mejoraría su pobre inglés y, por fin, se iría lejos, como siempre había deseado. Ya no tenía ningún sentido seguir allí, odiaba a Mónica por el daño que le había causado al abandonarlo. Por lo visto, para ella era muy fácil olvidarse de su amistad. Pues bien, él haría lo mismo, se largaría y la borraría de su cabeza. Imprimió el billete de avión y fue a hablar con su tía, que tecleaba afanosamente en el ordenador.

Carmen se había aficionado a Internet, le dedicaba casi todo su tiempo libre, incluso había conocido a gente a través de los chats, que últimamente proliferaban en la red.

—Esto ya está, me voy el lunes que viene —anunció Daniel exhibiendo los folios que llevaba.

—Daniel, estoy muy orgullosa de ti —le confesó su tía dejando el ordenador y acercándose a él.

—Lo sé, siento no haberte puesto las cosas más fáciles.

—Es normal, eres todavía muy joven, ya entenderás algún día, que no he parado de presionarte por tu bien. Yo solo quiero que seas feliz.

—Os voy a echar mucho de menos —terció melancólico.

—Nosotros a ti también, ya eres todo un hombre —le dijo abrazándolo sin poder reprimir las lágrimas. Diecinueve años ya, no puedo creerlo. Mi pequeño ha crecido muchísimo, ya me sacas dos cabezas.

—Tenéis que venir a visitarme.

—No te preocupes, iremos muy pronto.

Daniel sintió como se le oprimía el corazón al abrazar a su tía. Estaba exultante por la idea de marcharse, pero empezaba a ser consciente de lo que dejaba atrás. Por primera vez en su vida, se dio cuenta que nunca había estado solo. Tenía una familia que lo adoraba y ahora que se daba cuenta, se marchaba.

El día de la partida, Carmen llevó a Daniel al aeropuerto. Sus abuelos se habían despedido de él en casa y se habían quedado llorando. Ya eran mayores y se cansaban con los viajes. Estaban convencidos de que era lo mejor para él, pero no podían evitar sentir un inmenso vacío con su marcha. Lo habían criado como a un hijo y se sentían muy orgullosos de él. Siempre se habían sentido responsables del fracaso de su propia hija como madre y ahora, ese niño que carecía de vínculos afectivos cuando llegó a sus vidas con apenas dos años, se había hecho un hombre e iniciaba su propio camino. Ellos albergaban la esperanza de que llegara a ser feliz algún día.

Daniel miraba por la ventanilla del coche la sucesión de polígonos industriales que poblaban aquella gran ciudad. Apenas faltaban unos kilómetros para el aeropuerto y a unos pocos más, vivía ella. Al pensar en Mónica, Daniel se revolvió en su asiento. Le hubiese gustado despedirse, pero ya era demasiado tarde. Hacía unos días había llamado a casa de su abuela y la mujer lo había confundido con un tal Ángel. Aquello hizo que notara como la furia crecía en su estómago, hasta ahogarse en la garganta y lo empujó a tomar la determinación de marcharse. Esos días, un amasijo de sentimientos brotaron en su corazón por Mónica, por su tía y por sus abuelos. Sentimientos que no entendía y que escapaban a su control, pero ahora que se alejaba podría mitigarlos y vivir en soledad, como siempre había anhelado.

Cuando terminó el curso, Mónica se dispuso a volver con sus padres durante las vacaciones de verano. Ángel había insistido en acompañarla a casa, quería conocer a su familia. Después de todo, ya llevaban cuatro meses saliendo juntos y, según él, ya era hora de formalizar la relación. Mónica se sentía asfixiada, necesitaba un poco de espacio y la idea no la convenía.

Ahora, tendría todo el verano para poner un poco de distancia y reflexionar sobre su relación. Ángel era maravilloso con ella, la colmaba de halagos y regalos y estaba siempre atento para satisfacer el más mínimo de sus deseos. Se esforzaba en todo momento por hacerla feliz, pero a medida que el tiempo pasaba, él ocupaba más parcelas de su vida y ella iba perdiendo libertad. No era algo que había ocurrido de forma repentina y evidente, sino sutil y paulatinamente.

Aquella mañana, fue a despedirse de Rosa, que tenía que contarle algo sobre un chico con el que había comenzado a salir. Mónica se preguntó qué clase de chico sería, pues su amiga tenía la cualidad de cambiar su modo de vida, en función de la persona que ocupaba su corazón. Cuando la conoció, salía con un siniestro y ella había adoptado las formas y vestimentas de la tribu, a continuación, fue un heavy y pasó exactamente lo mismo.

En cuanto le abrió la puerta de su habitación, Mónica ya sabía a lo que se enfrentaba. Su amiga se había puesto rastas y llevaba un holgado pantalón, estaba claro que estaba entrando en la era hippie y Mónica no pudo reprimir una sonrisa al verla.

—Hola, vengo a despedirme —dijo abrazándola—. Estás guapísima.

—Lo que estoy es loca de amor —contestó Rosa poniendo los ojos en blanco.

—Tienes que prometerme venir a verme este verano. Te garantizo que te lo vas a pasar genial, solo playa y diversión.

—No te prometo nada, Mikel, mi nuevo amor, quiere que vayamos a Ibiza a poner un puesto de abalorios en un mercadillo, ¿Qué te parece?

—Rosa... Yo lo veo estupendo, pero tienes que estudiar. Debes recuperar las cinco asignaturas que te han caído para septiembre, y no creo que en Ibiza tengas mucho tiempo de ponerte a ello. Toma, te he traído mis apuntes. Con esto, no tendrás problemas —aseguró, entregándole una gran bolsa.

—¡Ay, gracias! —exclamó Rosa mientras se fundía en un abrazo con su amiga, ¿Qué haría yo sin ti? Bueno, yo y toda mi familia. Mi hermano está loco por ti, ¿Quién lo iba a decir, ¡Las vueltas que da la vida! Desde que estáis juntos, parece otro. Se nota que va contigo a comprar la ropa. Mi madre está encantada, dice que ahora parece todo un caballero.

—Por cierto, tengo que ir a por él. Vamos a comer con mi abuela y luego me va a llevar a casa, ¿Me acompañas a su casa a recogerlo? Así, nos despedimos allí.

— Perfecto, te voy a echar mucho de menos.

—No seas tonta, antes de que te des cuenta estoy aquí otra vez.

Las dos chicas recorrieron los pocos metros que las separaban del apartamento de Ángel parlotando y haciendo planes para el siguiente curso. La puerta del portal estaba abierta, por lo que subieron directamente en ascensor hasta la planta en la que vivía Ángel. Al llegar a la puerta de su apartamento, llamaron al timbre y oyeron como en el interior Ángel iba de un lado para otro.

—Tendrá todo hecho un desastre. Tu hermano no es capaz ni de hacerse la cama —le comentó Mónica a Rosa con sorna.

—Menudo rostro tiene, mi madre viene todos los días a limpiar y aún así no es capaz de tener nada presentable.

Ángel les abrió la puerta desenchajado.

—Anda, déjanos pasar, que a estas alturas no nos vamos a asustar, le aseguró Mónica dándole un beso y empujando la puerta.

— ¡Hola, hermanito! Tienes mala cara.

—Sí, no he dormido bien. Sentaos un momento en el salón, que enseguida salgo. Voy a arreglarme un poco —afirmó Ángel sin apenas mirarlas.

Las chicas se acomodaron en el salón a esperarlo.

—En serio Rosa, tienes que hacerme el favor de aprobar lo que te queda. No quiero tener que ir sola a clase el año que viene.

—No te preocupes, con tus apuntes va a ser facilísimo. Espera un momento, tengo que ir al baño.

Rosa se levantó y entró en el cuarto de baño, antes de que su hermano pudiera reaccionar. Al abrir, en un rincón, se encontró con Vicky medio desnuda mirándola. Cerró la puerta y regresó con su amiga.

—Mónica, tengo una urgencia. Anda, acompáñame al súper de abajo, que tengo que comprar compresas.

—Vale, ¡Ángel, te espero abajo. No tardes mucho! —le grito Mónica a su novio.

Las dos chicas fueron a comprar y cuando regresaron, Ángel ya estaba preparado, con el coche listo. Salió del vehículo, besó a Mónica, le abrió la puerta del copiloto y le dijo:

—Sube princesa —mientras le sostenía la mirada a su hermana, que lo escrutaba furiosa.

Las primeras semanas en Londres habían sido las más duras para Daniel. Se había sentido muy solo y desprotegido. Estaba acostumbrado a tener a su abuela y a su tía siempre pendientes de él y no era fácil ser totalmente independiente. Ahora, trabajaba muchísimas horas en el restaurante, pero estaba satisfecho, aprendía cosas nuevas cada día. Se encontraba realizado mientras trabajaba preparando comida para otros, y se llevaba bien con los compañeros, que casi todos eran españoles, salía por ahí con ellos, de vez en cuando.

Compartía piso no muy lejos del centro, con un norteamericano y un ucraniano. Al principio, le había costado comunicarse, pero conforme su inglés fue mejorando, terminaron siendo grandes amigos. Los dos eran informáticos y trabajaban en una gran compañía de Internet. Se pasaban el día ante el ordenador y a veces se olvidaban incluso de comer. Daniel les llevaba todos los días algunas cosas del restaurante, por lo que ambos habían desarrollado un gran aprecio por la gastronomía española.

Su tía, cada vez que los visitaba, les llevaba una maleta repleta de comida. Estaba encantada con los compañeros de piso de su sobrino, porque la reafirmaban en su convicción de que en lugar de Económicas, debía haber estudiado Ingeniería Informática. Se había vuelto una apasionada de Internet y de las nuevas tecnologías.

Aquel lunes, Daniel libraba. Cogió el metro y se fue al British Museum, era la quinta vez que lo visitaba y todavía no lo había visto por completo. Le encantaba perderse por los museos y galerías de arte, cuya entrada era gratuita, por lo que no dejaba de ir a visitarlos los días que descansaba.

Pasó por la sala de lectura de la biblioteca y se quedó un rato contemplando su magnificencia, sintiéndose pequeño ante tanta grandeza. Ese día, decidió ver la colección del antiguo Egipto, sin duda, su favorita. La egipcia, era una civilización que le había llamado siempre la atención y, desde pequeño, había leído todo lo que caía en sus manos sobre ella. Por ese motivo, había dejado su visita para el final.

Cuando terminó, decidió comprarse algo de comer y pasear un rato por Hyde Park. Por la tarde, visitaría el Museo de Historia Natural. Era feliz allí y, aunque sentía mucha nostalgia y echaba de menos a sus abuelos y a su tía, se sentía útil, orgulloso de estar abriéndose su propio camino en el mundo. Cuando concluyó la visita, pasó por la tienda de regalos y compró una postal de la Piedra Roseta para Mónica. Nunca se la enviaría, pero todavía no había asumido que ya no formaba parte de su vida.

Los padres de Mónica estaban encantados con Ángel, el chico se esforzaba por ser educado y encantador, estaba pendiente en todo momento de su hija. Invitó a toda la familia a cenar a un restaurante del puerto. Mónica estaba plétorica por estar de nuevo con su familia.

Fue una noche muy agradable, Ángel no paró de pregonar a los cuatro vientos lo enamorado que estaba, dejando claro que haría cualquier cosa por ella. Cuando terminaron, sus padres le ofrecieron quedarse a dormir en su casa, puesto que era tarde y tenía muchos kilómetros por delante. Él se excusó, al día siguiente debía empezar a trabajar temprano. Le dijeron que no dejara de visitarlos a lo largo del verano, cuando quisiera.

Tan pronto como se marchó, todos felicitaron a Mónica por el buen chico que había encontrado. Todos, excepto su hermano Luís, al que no le acababa de caer del todo bien.

Mónica, no tenía absolutamente nada que hacer en todo el verano. Se reencontró con sus amigas en el Club de Tenis la tarde del día siguiente, con la única finalidad de holgazanear y pasarlo bien.

Al principio, le resultó duro volver allí, donde había conocido a Daniel, pero nunca volvería a mencionarlo en voz alta. Cada vez, estaba más convencida de que le convenía esforzarse por ser feliz al lado de Ángel y olvidarse de todo lo demás.

Las tres regresaron a su lugar favorito de la piscina y se tiraron en sus toallas.

—Míranos, un año después y aquí estamos, inseparables. Estoy muy contenta de que estemos aquí todas —afirmó Lucía.

—Sí, yo también, espero que podáis conocer a Ángel, es estupendo. Supongo que se acercará algún fin de semana —explicó Mónica a sus amigas.

—Veréis... Yo tengo algo que contaros... —comenzó Eva con la vista clavada en el suelo—. Quería que estuviésemos todas juntas para deciroslo. Llevo dos meses saliendo con Fernando.

Mónica abrió todo lo que pudo la boca y se tiró encima de su amiga para abrazarla.

—¡No sabes cómo me alegro!, ¡Eso es estupendo!, ¿Te puedo llamar cuñadita?

Las tres estallaron en carcajadas.

—Ya me olía yo algo —apuntó Lucía guiñando un ojo.

—Sí, ya tenemos novio las tres. Deberíamos organizar algún viaje de fin de semana o algo así, para que conozcamos a Ángel —propuso Eva.

—Por mí estupendo, pero Ángel tiene mucho trabajo ahora y no sé si podrá.

En ese momento, oyeron a sus espaldas:

—¿Alguna de estas tres preciosidades tiene sed?

Al darse la vuelta, Mónica comprobó que era Ángel, que les llevaba unos refrescos. Se levantó y fue corriendo a darle un beso.

—Pero bueno, ¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida

—Es que te echaba muchísimo de menos y no podía dejar de pensar en lo lejos que estabas, me estaba volviendo loco.

—Pero son muchísimos kilómetros.

—Por ti, sabes que haría cualquier cosa.

Eva y Lucía se levantaron con la intención de presentarse, sin poder ocultar sus caras de sorpresa.

—¡Madre mía, qué romántico! Es todo muy emocionante, yo soy Lucía— saludó la chica.

—Y yo, Eva. Desde luego, vaya entrada triunfal. Nos has dejado a todas con la boca abierta.

—Hola, soy Ángel, el novio de Mónica. He estado en su casa y su madre me ha explicado donde podía encontraros. ¿Qué os parece si os llevo a algún sitio bonito a cenar y así os conozco un poco mejor? Mónica me ha hablado mucho de vosotras y tenía muchas ganas de conoceros.

—Por mí perfecto —accedió Eva entusiasmada.

—Pero mira que pintas llevamos —se quejó Mónica

—Vais estupendas —la corrigió Ángel, sin apartar los ojos de ella y provocando que se ruborizara. Me han recomendado un sitio donde se come fenomenal, no muy lejos de aquí.

—Yo tengo que avisar a mis padres —explicó Lucía.

—No hay problema, puedes llamar desde el móvil de Mónica —repuso el muchacho.

—Yo no tengo móvil —se rió Mónica.

—Mira en mi coche y verás —le contestó Ángel con cara de satisfacción.

Mónica le quitó las llaves del coche y salió corriendo a la calle. Sobre el asiento del copiloto había una caja envuelta en papel de regalo. Cuando la abrió, no se lo podía creer, Ángel le había regalado un móvil. Les había rogado cientos de veces a sus padres para que le compraran uno, sin ningún resultado.

—No podía soportar la idea de querer hablar contigo y no poder hacerlo —se explicó Ángel.

—¡Gracias! —exclamó Mónica lanzándose a sus brazos.

—Ya está operativo, va con una tarjeta prepago, pero no te preocupes que yo me ocupo de las recargas.

Eva y Lucía se miraban atónitas, su amiga había encontrado un tesoro. Guapo, atento y, al parecer, rico. Era algo mayor, pero después de lo que habían visto, tenía

todas sus bendiciones. En aquella época, pocas personas tenían la suerte de tener su propio teléfono, ambas admiraron el regalo que anhelaban para sí mismas.

Ángel llevó a las tres chicas a un restaurante situado en una cala, cerca de la ciudad, con una pequeña terraza con vistas al mar. Las tres estaban entusiasmadas.

—Muchas gracias por todo, de verdad —le agradeció Mónica a Ángel mientras comían—. Es estupendo que hayas venido.

—Sabes que lo que sea, por verte feliz —le respondió Ángel acariciándole la mejilla.

—Ángel, habíamos estado comentando que podíamos organizar un fin de semana en parejas. Así, puedes conocer a nuestros chicos. Bueno, yo salgo con Fernando, el hermano de Mónica, creo que lo conociste ayer. ¿Qué te parece el plan? —inquirió Eva.

—Por mí estupendo, mi hermana está pasando el verano en Ibiza y es muy amiga de Mónica. Si queréis, puedo organizarlo todo para ir a verla.

—Yo no sé si mis padres me van a dejar ir a Ibiza —dijo Lucía preocupada.

—Ya sois todas mayores de edad. Pero no te preocupes, si quieres, yo puedo hablar con ellos para que estén más tranquilos —se ofreció Ángel.

Tras la cena, Ángel llevó a las amigas de Mónica a sus casas. Después, acompañó a Mónica y pasó a saludar a sus padres.

Ya en la autovía, de regreso a su casa, estaba completamente satisfecho. Sabía que estaba haciendo las cosas bien, su plan saldría a la perfección. Cuando llegó a su casa, estaba exhausto. Al día siguiente, tenía mucho trabajo. A primera hora de la mañana, había convocado una reunión con los arquitectos de la nueva urbanización. Fue al cuarto de baño, sacó una bolsita de cocaína de una caja, se preparó una raya y tras esnifarla, llamó a Vicky y le pidió que se pasase por su casa.

Lorena miró otra vez a Daniel de reojo, llevaba trabajando con él cuatro meses y le gustaba. De hecho, le gustaba mucho. Era un chico guapo, de los que podrías pasarte horas observando, a lo que también contribuía cierto halo de misterio que lo envolvía, aumentado su encanto. No era muy hablador y, aunque solía participar de los planes que hacía la gente que trabajaba en el restaurante, nunca tomaba la iniciativa. Lorena buscó una excusa para abordarlo.

—Perdona, necesito la batidora para el salmorejo.

—Espera, la limpio y, en seguida, te la paso —se ofreció el muchacho.

—¿Qué vas a hacer mañana por la mañana? —le preguntó la joven un tanto avergonzada.

—Pues la verdad es que no lo sé.

—Verás, han abierto una galería de arte moderno en una vieja central eléctrica y quiero ir a visitarla, pero no me apetece ir sola.

—Sí, claro —titubeó Daniel, pues la propuesta le había pillado por sorpresa, pero él también tenía muchas ganas de conocer la Tate Modern.

—Pues, si quieres, quedamos allí a las diez.

—Me parece bien.

Daniel pasó por la catedral de St. Paul, para tomar el nuevo Puente del Milenio, que conectaba con la Tate al sur. Se tomó unos segundos para observar la ciudad sobre el Támesis, Londres tenía una luz única que le confería un ambiente especial, un color que jamás olvidaría. Pensó en lo mucho que había cambiado su vida, en lo reconfortado que se sentía ahora que sabía donde quería llegar.

Se había matriculado en una escuela de hostelería y, aunque era consciente que le restaría mucho tiempo libre, por primera vez en la vida, tenía claro que lucharía por su sueño de convertirse en un gran chef, con todas sus fuerzas y, quizás algún día, incluso podría abrir su propio restaurante.

Daniel atisbó a Lorena sentada en un murete junto al puente esperándolo. Se acercó a ella y pasaron a explorar la galería, que estaba plagada de excéntricas muestras de la originalidad humana. Su arquitectura resultaba asombrosa, el hall abierto era sobrecogedor. Pasaron toda la mañana disfrutando de todas y cada una de las exposiciones, deleitándose con cada obra de arte, sorprendiéndose a cada paso. Decidieron hacer un alto para comer en el restaurante, que ofrecía unas vistas impresionantes. Tuvieron suerte y encontraron sitio libre en la pared de cristal que daba al río. Desde allí, Londres se abría paso a sus pies. A la hora de escoger entre lo que les ofrecía la carta, coincidieron al decantarse por el tradicional pescado con patatas.

—Esto es increíble —afirmó Lorena entusiasmada, mientras miraba la cúpula de la Catedral, que presidía el norte de la ciudad.

—Sí, es una ciudad maravillosa —contestó Daniel—. Repleta de cosas por conocer.

—Yo vengo de un pueblo muy pequeño de Navarra, cuando llegué la primera vez, fue como si en cualquier momento fuera a ser engullida. Me costó acostumbrarme, sobre todo, a utilizar el metro y los autobuses. No había día en que, por lo menos una vez, no me equivocara de estación.

—A mí también me pasó, es como si aquí empezases otra vida. Todo es diferente —sonrió Daniel recordando sus primeros días en la ciudad.

—El problema es que, aun estando rodeada de gente, a veces te sientes muy sola. Yo echo de menos a mi familia, sobre todo a mi madre. Jamás hubiera sospechado que levantarme y no oír la en la cocina preparando el desayuno, fuese tan importante para mí. Es algo que añoro profundamente.

—Te entiendo, a mí me pasa igual. Es muy duro.

—¿Tienes novia? —preguntó Lorena de sopetón sin poder ocultar la curiosidad que la corroía por dentro.

—No, no exactamente —contestó el chico incómodo.

—Eso es que hay alguien —añadió Lorena, intentando disimular su pesar.

—Digamos que solo hay alguien a quien debería olvidar.

—Entonces creo que estás en el sitio correcto —contestó zalamera. Lorena se sintió más que satisfecha con aquella respuesta y estaba dispuesta a hacer todo lo posible para facilitar que Daniel consiguiera su objetivo—. ¿Qué te parece si seguimos con la visita? Todavía nos quedan dos exposiciones por ver.

—Estupendo, vamos —respondió Daniel un poco más ligero. Decir en voz alta lo que su cabeza no paraba de rogarle, le permitía sentirse un poco más liberado, le hacía darse cuenta que el único camino posible para seguir con su vida adelante, era olvidarse definitivamente de Mónica y para siempre

En el transcurso de los días que siguieron, Daniel se fue acercando más a Lorena. Ambos compartían muchas aficiones e incluso se habían acostado un par de veces, pero él siempre tenía la sensación de compararla en todo momento con Mónica. Lamentablemente, Lorena siempre perdía. Era una buena chica y no quería hacerle daño, siempre que tenía oportunidad, aprovechaba para recalcar que no quería nada serio y que, en cualquier momento, su relación se acabaría. Lorena asentía, pero le molestaba que fuera tan tajante y no le diese una oportunidad. Por eso, le recordaba, con ocasión y sin ella, que no podía cerrarse al amor de por vida y lo acusaba de que, en el fondo, lo único que tenía era miedo.

Ángel salió de la agencia de viajes con todas las reservas, había organizado un fin de semana perfecto, para Mónica y sus amigos. Todos estarían comiendo de su mano cuando regresaran a la península.

Irían hasta Ibiza en barco y, al llegar, los recogerían en coche para llevarlos a una villa situada a pocos metros de Cala Gració, muy cerca de San Antonio, donde se lo pasarían en grande. No iban a parar ni un segundo, sería un fin de semana que no olvidarían en su vida. Llamó a Mónica por teléfono, para contarle los pormenores del viaje y asegurarse que todos estarían listos cuando pasara al día siguiente a recogerlos.

—Cariño, no vas a olvidar nunca este fin de semana, va a ser perfecto.

—Estoy muy emocionada, ayer fui con las chicas a comprar ropa para el viaje. No podría estar más contenta. Muchas gracias, Ángel. No sé como agradecerte todo lo que estás haciendo, mis amigos te adoran.

—Ya se me ocurrirá algo. Cualquiera cosa por hacerte feliz. He pensado que, aunque sea un fin de semana de parejas, tu hermano Luís también debería venir. No es justo dejarlo sin viaje.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Mónica emocionada—. Piensas en todo, eres lo mejor que me ha pasado nunca. Gracias, de verdad. Te dejo, que voy a contárselo. Nos vemos mañana.

Mónica bajó las escaleras de tres en tres y fue a buscar a su hermano.

—¡Luís! —le gritó—. No te lo vas a creer. Ángel ha organizado todo para que te vengas a Ibiza.

Luís sonrió con una mueca.

—Muy generoso por su parte.

—Anda, no seas así, se está esforzando mucho por caeros a todos bien.

—Sí, tú lo has dicho, se está esforzando demasiado.

—Oye, si no quieres venir se lo digo y punto. Creía que te iba a hacer ilusión —le recriminó molesta.

—Perdona, claro que me apetece mucho ir. Pero no puedo evitar que no me caiga bien. No sé, hay algo en él que no me termina de gustar.

—No te preocupes, es buena gente, se porta fenomenal conmigo. Al principio, yo también tenía mis dudas, pero, poco a poco, me ha ido conquistando.

—Mónica, yo no quiero que te vuelvan a hacer daño —le explicó su hermano con gesto adusto.

Mónica notó como el dolor se abría camino en su pecho.

—Yo tampoco, para mí no está siendo nada fácil. Me siento fatal, Ángel me cuida, intenta con todas sus fuerzas que sea feliz, pero en mi cabeza no puedo evitar que aparezca una y otra vez Daniel. ¡Ojalá nunca lo hubiera conocido! —deseó Mónica al borde del llanto—. Todo sería más fácil, porque, en el fondo, siento como si lo estuviese engañando.

—No te preocupes, todo saldrá bien —la reconfortó su hermano abrazándola—. Te mereces ser feliz y estoy seguro que vas a conseguirlo, no me hagas ningún caso, es solo que eres mi hermana pequeña y quiero protegerte.

Los siete jóvenes salieron del puerto rumbo a la isla Pitiusa, con ganas de disfrutar al máximo. Llegaron a la bahía de San Antonio, dónde los estaban esperando para llevarlos a la casa que Ángel había alquilado. El ambiente de la isla era fabuloso, los bosques de pinares y almendros se fundían con las playas y calas, conformando un conjunto de ensueño.

La casa, completamente blanca y de estilo mediterráneo, tenía una gran piscina adyacente a una zona de barbacoa. Las buganvillas, las adelfas y los hibiscos teñían el jardín de púrpuras, rosas y rojo. Mónica apretaba la mano de Ángel en señal de gratitud, y éste les enseñaba todo con la ilusión de un niño pequeño. En la planta inferior, se encontraba un gran salón con una cocina americana y en la segunda planta había tres dormitorios, con baños independientes, que daban a la piscina.

—Ven, nuestra habitación está arriba —le dijo Ángel a Mónica, mientras los demás se instalaban.

—¡Madre mía, es fabulosa! —exclamó Mónica sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

Su habitación se encontraba en la buhardilla. Era una estancia muy amplia, bañada por una cálida luz, que procedía de una terraza con vistas al mar y provista de jacuzzi y varias tumbonas para tomar el sol. Además, alojaba una zona con mesas y sillas, para comer, y su baño era inmenso, con ducha de lluvia y una imponente bañera redonda.

—Ven, tenemos que probar esto. Yo nunca me he metido en uno —confesó Mónica, mientras cogía el bikini de su maleta y se dirigía a la terraza, para llenar el jacuzzi.

—A tus órdenes —rió Ángel satisfecho de lo emocionada que parecía—. Esto es muy bonito, deberíamos comprarnos una casa aquí.

Mónica accionó el mecanismo de las burbujas, mientras se colocaba junto a su novio.

—Esto debe de costar una fortuna.

—Bueno, me estoy esforzando mucho para conseguir una fortuna.

—En serio, Ángel, todo esto es demasiado. No quiero que te gastes tanto dinero, me incomoda —terció la muchacha poniéndose seria.

—Tú no debes preocuparte por eso, mi empresa no puede ir mejor. Estamos construyendo mucho y trabajo a todas horas. Creo que tengo todo el derecho a pasar el fin de semana más maravilloso de mi vida, con la mujer a la que adoro, sin tener el más mínimo cargo de conciencia.

Mónica no pudo evitar sonrojarse, se acercó y le dio a Ángel un apasionado beso. Él le cogió la cara con las manos y le confesó:

—Mónica, eres lo mejor que me ha pasado nunca, y quiero que mi futuro esté junto a ti. Nunca he conocido a una mujer tan lista, encantadora y guapa. Juntos, formamos la pareja perfecta. Vamos a comernos el mundo.

Mónica sintió una punzada de remordimiento al oírlo.

Después de comer, todos se dirigieron a pie a la cala Gracioneta. Allí, en un chiringuito, degustaron mojitos y licor de hierbas ibicencas. La arena era fina, casi blanca y se mezclaba en perfecta armonía con las rocas. Entre baños de mar y de sol, pasaron toda la tarde. Por la noche, irían de fiesta a una discoteca cercana. Era como estar en el paraíso.

Cuando el sol empezó a caer, se dirigieron al Café del Mar, pidieron unos cócteles y disfrutaron de un atardecer único al ritmo de la música. Mónica se lo estaba pasando en grande, sentía una gran gratitud hacia Ángel por hacerla tan feliz. Mientras disfrutaba de la sobrecogedora puesta de sol, alguien le cerró los ojos con las manos.

—¡Sorpresa!

Mónica se dio la vuelta y allí estaba su amiga.

—¡Rosa, que alegría que estés aquí! —exclamó Mónica emocionada—. No puedo creerlo, ahora ya sí que todo es perfecto.

Las dos amigas se fundieron en un sincero abrazo.

—Sí, esto es increíble. Sin duda es el mejor verano de mi vida —afirmó Rosa satisfecha.

—Me alegro mucho. Ven, tengo que presentarte a mis amigos —dijo Mónica arrastrándola entusiasmada.

Rosa les presentó también a Mikel, su novio, y todos fueron a un restaurante jamaicano, donde disfrutaron de una succulenta barbacoa.

Esa noche descubrieron otro universo en cuanto a salir de fiesta, las discotecas de Ibiza eran otro mundo. Estuvieron en una fiesta de Pacha. No habían visto nada igual, gogós, drag Queens y Dj's dándolo todo, para que todo el mundo se lo pasase bien. Fue toda una experiencia.

Aquella noche, Mónica y Ángel hicieron el amor por primera vez juntos. Fue todo perfecto, Mónica se sentía muy bien a su lado. Tenían la suerte de tener toda la parte de arriba de la casa para ellos dos solos. Ángel le llevó el desayuno, que tomaron en la terraza y disfrutaron del jacuzzi el resto de la mañana.

—Esta noche tengo una sorpresa, pero sólo para ti —le anunció Ángel a Mónica mientras la abrazaba.

—Vale, puedes secuestrarme cuando quieras. No voy a poner ningún tipo de resistencia.

—Te voy a llevar a un sitio fabuloso, tú solo tienes que ponerte guapa.

—Iré a ver la maleta de Lucía, creo que se ha traído una veintena de vestidos.

Ángel había planeado una noche romántica con Mónica en la mágica isla. Empezaron cenando en el restaurante Sa Finca, una antigua casa payesa con vistas a la bahía.

Mónica estaba deslumbrante, esa noche era muy especial. Cuando pidieron el postre, Ángel le preguntó:

—Mónica, sabes que te quiero, ¿Quieres casarte conmigo?

Mónica se quedó estupefacta, pero se echó a reír.

—Sí, claro, dentro de diez años volveremos aquí y nos casaremos. Será perfecto.

—Estoy hablando en serio, Mónica, quiero formar una familia contigo y creo que éste es un buen momento —aseveró él, con el semblante serio.

—Ángel, yo también te quiero. Pero no puedo casarme contigo ahora, ni siquiera he cumplido los veinte.

—Mi madre con veinte años ya nos tenía a mi hermana y a mí —Ángel comenzó a sentirse ofendido y no lo disimuló.

—Mira, yo no quiero estropearlo todo y discutir ahora, pero tienes que entenderlo, tengo que terminar mi carrera, buscar un trabajo que me guste y también quiero viajar y aprender idiomas.

—Entiendo —respondió Ángel furioso, si había algo que odiaba, era que se le torcieran los planes.

—No te enfades, pero ahora no es el momento. Estamos muy bien juntos, pero no llevamos ni un año saliendo. Necesitamos más tiempo —le explicó intentando ser lo más conciliadora posible.

—No, yo no necesito tiempo Mónica. Yo te quiero y sé que eres la mujer de mi vida, pero está claro que no pensamos igual, sigues siendo una cría.

Ángel estaba profundamente contrariado, no esperaba algo así, no estaba acostumbrado a obtener negativas de las mujeres y, menos aún, cuando había hecho todo lo posible por hacerla feliz. En el viaje de regreso a la villa, no cruzaron ni una sola palabra.

La casa estaba vacía, los demás se habían ido a una discoteca cercana, para disfrutar de la última noche en Ibiza. Mónica no quería hacer daño a Ángel, pero de ningún modo casarse entraba en sus planes para un futuro próximo.

—Anda, ven —le susurró al oído, cogiéndole de la mano y llevándolo a la piscina—. Báñate conmigo —le sugirió mientras se desnudaba.

Ángel no opuso resistencia, ambos se buscaron en la piscina y luego Ángel la llevó en brazos hasta la habitación. Allí, sobre la mesita, estaba la caja de condones que habían estado utilizando durante el fin de semana.

—Espera un momento, tengo que ir al cuarto de baño —se disculpó Ángel.

Corrió al cuarto de baño y con sumo cuidado pinchó el condón que iba a ponerse. A su regreso, una solícita Mónica lo esperaba en la cama.

Eran las tres de la mañana, los tres chicos debían madrugar para trabajar al día siguiente, pero en el pequeño apartamento de West Hampstead ninguno hizo amago de dejar su mando de la videoconsola. Los tres sentían pasión por los videojuegos y muchas noches acababan viendo amanecer, sin darse apenas cuenta, de que en el exterior la luz comenzaba a tomar las calles.

Roman y Paul entraban a trabajar a las ocho de la mañana en Yahoo y Daniel debía estar a las diez en el restaurante, para cumplir una maratónica jornada. Los sábados había mucho trabajo por hacer, pero las interminables horas que pasaban frente a la pantalla, transcurrían como si fueran un puñado de segundos. Daniel miró su móvil, tenía dos mensajes de Lorena que no contestó y volvió a concentrarse en el juego.

—Creo que es suficiente por hoy chicos —dijo Roman cuando terminaron la partida de “Syphon Filer 2”.

—Venga, una más. No puedo quedar el último siempre —se quejó Paul.

—Anda, coge el mando, que yo te doy la revancha —se ofreció Daniel.

—Como queráis, yo me voy a dormir, pero mañana voy a acabar con los dos — los retó Roman, mientras simulaba dispararles con la mano de camino a su habitación para descansar.

—¿Qué vas a hacer este verano?, ¿Volverás a casa? —le preguntó Paul a Daniel.

—No creo, solo tengo dos semanas de vacaciones. Mi tía viene una de ellas con mis abuelos a visitarme. Nunca han montado en avión y están muy emocionados.

—Puedes venir a EEUU conmigo la semana que te queda libre. Roman y yo pasaremos allí el mes de Agosto, San José es algo que no puedes perderte.

—Me encantaría visitar California —sentenció Daniel pletórico por la perspectiva de ir de vacaciones con sus amigos

—Pues no lo pienses más, mi familia estará encantada de teneros en casa.

—Gracias, tío. Va a estar cojonudo ir a EEUU con vosotros. Creo que podré organizarlo para ir unos diez días, aunque voy a gastarme todos mis ahorros. Pero merecerá la pena.

Daniel cogió el metro y se maldijo por haber dormido tan poco. Tendría que tomarse otro café al llegar al centro de Londres, para terminar de despertarse, aunque en el fondo, no se arrepentía de haber prescindido de unas horas de sueño. Había forjado una gran amistad con Roman y Paul y valía la pena pasar el máximo tiempo posible con ellos. Cuidaban los unos de los otros y formaban una pequeña familia. Al salir del metro, se encontró con Lorena, que lo esperaba y no parecía muy contenta.

—No has contestado a mis mensajes —le espetó a modo de saludo, con mirada reprobatoria.

—Perdona, estaba ocupado —se disculpó Daniel.

—Claro, el mundo necesitaba que lo salvases de alguna catástrofe. No entiendo cómo puedes pasar tanto tiempo atontado con esas máquinas.

—Yo a ti no te digo en que puedes emplear tu tiempo libre —le recriminó a la joven, de forma más brusca de lo que en realidad pretendía. Daniel no quería discutir, pero estaba cansado y, a menudo, Lorena conseguía agobiarlo.

—¿Perdona?, no me lo puedo creer. Encima que pasas de mí ayer, me vienes con esas, pues no te preocupes, no voy a molestarte más. Por mí, hemos terminado. Total, para el caso que me haces.

—Venga, no te enfades —le rogó Daniel cogiéndola de la mano. Vamos a trabajar y luego, si quieres, nos vamos a tomar algo a Candem.

Daniel no estaba enamorado de Lorena, pero le resultaba cómodo tener a alguien a su lado con quien salir por ahí. Ella se preocupaba por él y le hacía la vida más fácil, se había acostumbrado a ella y aunque en ocasiones le resultaba algo pesada, no le importaba tenerla cerca. Esa noche, la invitaría a pasar la noche en su casa, eso la pondría de buen humor. Ya le diría otro día lo de su viaje a California.

A Mónica se le cayó el mundo encima cuando la segunda barra del test de embarazo empezó a dibujarse rosa e impertérrita frente a sus ojos. Cogió las instrucciones e intentó comprobar de nuevo el resultado, pero era imposible, todo se había emborronado a su alrededor y no podía focalizar la vista, las lágrimas anegaron sus ojos, que habían logrado reaccionar antes que su cabeza, que buscaba frenética soluciones al dantesco escenario que la había fulminado. Sintió un escalofrío recorriéndola de arriba a abajo.

Hacia dos días que había regresado de las vacaciones de verano en casa de sus padres y, ahora, se encontraba en el cuarto de baño de la casa de su abuela. Se sentó en el suelo e intentó ahogar un grito que salía desde lo más profundo de sus entrañas. No podía creerlo, era imposible, había tomado precauciones. Intentó serenarse y pensar, controló la respiración desbocada y respiró hondo hasta que sus pulsaciones bajaron. No podía llamar a su madre, tenía que meditar muy bien qué iba a hacer. Pensó en llamar a Rosa, pero se iba a quedar un mes más en Ibiza. Ángel, debía hablar con él, era un problema de los dos.

Ángel acababa de reformar las oficinas de su constructora. Estaba en plena expansión y tenía que dar una imagen acorde. Había contratado los servicios de un

diseñador de interiores de gran prestigio en la ciudad, que le había reportado varios clientes. Estaba aprendiendo que “*el dinero llama al dinero*” y empezaba a convertirse en una máxima para él. También contrató a una administrativa con mechás rubias y que tenía la habilidad de estar bronceada todo el año, para atender a los clientes en la recepción. En ese momento, estaba estudiando los planos de un nuevo proyecto. Debía atar algunos cabos sueltos para que saliera adelante, comenzando por lograr que recalificaran los terrenos. Concertaría una reunión con el concejal de Urbanismo, sabía cómo arreglarlo. En eso estaba pensando, cuando Mónica entró en su despacho desencajada.

—Estoy embarazada —anunció pálida como un fantasma.

—¿Estás segura? —le preguntó Ángel sin poder reprimir una sonrisa de satisfacción.

—Sí, me he hecho dos pruebas —explicó Mónica sin dejar de temblar.

—Ven aquí.

Ángel se acercó a Mónica y la abrazó. Ella rompió a llorar sin consuelo, estaba muerta de miedo.

—No sé qué voy a hacer.

—Mónica, no vas a hacer nada, es nuestro hijo y lo vamos a querer y a cuidar,

nada más —le explicó él condescendentemente.

—Pero yo no quiero tener un hijo ahora, no puedo. Tengo que terminar mi carrera. No entiendo cómo ha podido pasar...

—No te preocupes, no tienes que dejar de estudiar por esto. Tendrás toda la ayuda que necesites. Yo os cuidaré y formaremos una familia. Mónica, ¡Estoy tan feliz!

—exclamó Ángel cogiéndole las manos—. Vamos a cenar por ahí, esto hay que celebrarlo. Mi madre se va a poner muy contenta, estoy deseando contárselo a todo el mundo.

—Para un momento Ángel, no sé si voy a tenerlo. Tengo que pensarlo —acertó a decir Mónica, que sentía como la frustración recorría su garganta.

A Ángel se le borró la sonrisa del rostro y cogió a Mónica de las muñecas, aprisionándola con fuerza.

—Por una vez, Mónica, deja de pensar en ti misma y no seas egoísta, como siempre —la amenazó.

—No es egoísmo —gritó Mónica—. Es mi vida Ángel y tengo todo el derecho a

decidir qué hacer. Soy muy joven y no creo que esté preparada.

—No, Mónica, no es tu vida. Ahora es nuestra vida, ahora y para siempre, y no eres tú quien va a resolver esta situación —le espetó violentamente.

Daniel no tuvo más opción que cortar con Lorena, a ella no le hizo ninguna gracia que planease irse con sus amigos a San José y él no iba a consentir que dirigieran su vida. No entendía a las mujeres, él jamás le había prometido amor eterno y, evidentemente, no era suyo, no era propiedad de nadie. En su opinión, salir con alguien no implicaba tener que vincularse como si estuvieses casado, sin embargo, ella actuaba como si tuviese que tomar parte en todas las decisiones que atañían a su vida. Sí, sentía algún tipo de cariño, pero nada más. Las mujeres daban demasiada importancia a las palabras y las palabras no hacían del amor algo real.

El viaje a California fue asombroso, una experiencia que jamás olvidaría. Roman, Paul y Daniel recorrieron la bahía de San Francisco, visitaron Alcatraz, atravesaron el Golden Gate y pasearon por Union Square. Daniel los convenció para que lo acompañaran al Rosicrucian, un museo en el que podría dar rienda suelta a su pasión por Egipto. A cambio, él los invitaría a una increíble cena esa misma noche.

Los tres chicos fueron a cenar a una taberna griega, comieron una deliciosa musaka acompañada de vino blanco, brochetas de cordero al yogur y briáni. De postre, eligieron baklava y pidieron unos cócteles.

Daniel sacó su móvil del bolsillo y lo contempló con estupefacción. Lo había comprado en Londres, para poder hablar con su tía.

—Muerto, mi móvil no funciona. He pagado una fortuna para poder utilizarlo aquí y nada, no hay manera —explicó Daniel, con la esperanza de que sus amigos se ofrecieran a arreglarlo, ambos eran unos genios de las nuevas tecnologías.

Roman cogió el aparato y empezó a trastearlo, mientras les daba un discurso que habían oído una decena de veces, sobre la ruindad del mercado de las telecomunicaciones y lo injusto que era que los usuarios pagaran cantidades desmesuradas por comunicarse, cuando gracias a Internet se podría hacer todo sin coste alguno. Paul asentía y daba la razón a su amigo en todo momento. El alcohol empezaba a hacer mella en los tres jóvenes y Paul se fue acalorando, mientras su discurso adquiría tintes anti capitalistas.

—Deberíais acabar con todo eso —aseveró Daniel—. Sois unos genios y no entiendo qué hacéis trabajando para otros, cuando los dos tenéis talento suficiente como para montar vuestra propia empresa.

—¡Sí! —exclamaron al unísono Paul y Roman entusiasmados.

—Tienes razón, montaremos algo los tres. Nosotros pensamos y tú te encargarás

de darnos de comer —propuso Roman, envalentonado por el alcohol.

—Eso está hecho, contad conmigo. Mi tía Carmen os adora, así que contad con el dinero para empezar. A ella le entusiasma todo lo relacionado con Internet y sus aplicaciones, además trabaja en un banco...

—¡Joder! —intervino Paul—. Esto va a ser el comienzo de algo grande. Acabaremos con todos, ¡A la mierda los oligopolios y las empresas sin alma! —gritó—. La gente se merece que no la estafen.

—Estoy deseando ponerme a trabajar —sentenció Roman alzando su copa.

Los tres amigos levantaron sus copas y las chocaron en un sonoro brindis.

Mónica no podía quitarse la mirada de decepción de su madre de la cabeza. “*Has cometido un error, ahora debes hacer lo correcto*” —le dijo antes de regresar, mientras se despedían. Ángel y ella habían ido a casa de sus padres a darles la noticia de su embarazo.

Fue algo muy duro, no se lo tomaron bien, como cabía esperar. Siempre la habían alentado para que estudiara y fuera independiente, pero ella había hecho justo lo contrario. Tenía la certeza de que los había decepcionado, lo vio en sus miradas y le dolió. Se sentía muy sola, todo estaba pasando demasiado deprisa. En poco tiempo, había perdido totalmente el control de su vida. Era más consciente que nunca, de que se había dejado llevar por Ángel, él parecía tan seguro de sí mismo... Y ella se sentía tan abrumada por todo, que era incapaz de tomar incluso las decisiones más triviales.

Ahora, vivía en el apartamento de Ángel. La relación no pasaba por su mejor momento y se habían distanciado. Seguía estudiando en la universidad, el bebé nacería en Abril, por lo que tendría que esforzarse mucho, si quería aprobar los exámenes finales. No le apetecía nada que se le empezase a notar la barriga, pasaría mucha vergüenza cuando fuese a clase y todo el mundo la mirara.

También estaba el tema de la boda, Mónica se había cansado de discutir con Ángel sobre eso. Ella quería algo íntimo, reducido a la familia más cercana, y él quería una boda por todo lo alto. Como era de esperar, Mónica había terminado cediendo, no tenía fuerzas para enfrentarse a él, y le dejaba hacer a su antojo.

Ángel estaba pletórico, tenía ante sí los planos de su nuevo hogar. Era una casa magnífica, en la urbanización de lujo que estaba concluyendo y le estaba añadiendo numerosas mejoras. Tendría acceso directo a la piscina, un jardín de cien metros, tres terrazas, una cocina inmensa, un salón de techos altos, cuatro cuartos de baño y cinco dormitorios, ya que sus ambiciones, pasaban por formar una gran familia.

Cogió su móvil y le mandó a Mónica un mensaje, para ver como se encontraba. Cuando se cansó de revisar los planos, se fue a comer con la rubia de la recepción.

Mónica fue dando un paseo hasta el ginecólogo. Mientras andaba, su mente bullía, no podía apartar de su cabeza la sensación de que había fracasado. Estaba

superada, todavía no había procesado los últimos acontecimientos, que cambiarían su destino para siempre, el bebé, la boda, la próxima mudanza... Se sentía muy desgraciada, sería madre con veinte años. Siempre le había parecido espeluznante la posibilidad de que le ocurriera algo así, y ahora lo estaba viviendo. Hasta el momento en que comprobó que estaba embarazada, jamás se había planteado la posibilidad de tener hijos; y allí estaba, de camino a su primera ecografía.

La boda había sido organizada por su madre y Ángel en un tiempo record. Ella no se sentía con ánimo para todo aquello, así que fingía tener las molestias propias de su estado, cada vez que había que tomar alguna decisión, como las flores, el menú o la música, dejando a Ángel carta blanca en el asunto, lo que le hacía tremendamente feliz. Mónica, tenía la sensación de encontrarse en el fondo de un pozo, que cada día aumentaba un poco más su profundidad. Él, por el contrario, estaba pletórico con todo aquello y siempre elegía lo más caro. Decía que sería un día memorable que nadie olvidaría.

También se estaba encargando del cambio de casa, e ignoraba la falta de entusiasmo de su futura mujer. Con que se cuidara para que el bebé naciese bien, era suficiente para él, lo que Mónica agradecía profundamente y así, podía seguir quedándose al margen.

Al llegar, vio que Ángel la esperaba en la puerta con una sonrisa. Ella sintió náuseas y tuvo que sentarse un rato. Cuando se encontró mejor, subieron y se sentaron en la sala de espera, aguardando su turno. Ángel le cogía en todo momento la mano y le sonreía como si fuese una niña que se estaba portando bien. A ella le daban ganas de abofetearlo y salir de allí, para no volver a mirar atrás jamás.

El ginecólogo, era un hombre mayor muy agradable, le pidió que se tumbara y procedió a comprobar que todo estuviese correctamente. De repente, un sonido martilleante invadió la habitación. Era la vida luchando por salir adelante.

—Ese es el latido de su bebé —les explicó el ginecólogo.

Mónica se estremeció en la camilla, una ola de puro amor la invadió hasta las últimas entrañas. Miró el monitor y allí vio al diminuto ser que crecía dentro de ella, el que había puesto patas arriba su mundo. No lo pudo evitar y una lágrima resbaló por su mejilla.

—¿Quieren saber el sexo? —les preguntó el hombre sonriendo ante la emoción de la madre.

—Sí, claro que sí —se apresuró a contestar Ángel impaciente.

—Parece que van a tener ustedes una niña.

Ángel y Mónica la contemplaron emocionados. Los dos se sentían inmensamente felices y, en ese preciso instante, Mónica sintió que debía luchar con todas sus fuerzas por su hija. A partir de ese momento, haría lo que fuera necesario por ella, se esforzaría por construir un hogar y una familia en la que pudiera ser completamente feliz. Ese sería su objetivo en la vida. Sus anhelos habían retrocedido drásticamente en su orden de prioridades, lo único que importaba era su pequeña.

Al salir de la consulta, Mónica abrazó a Ángel.

—Perdona, me he comportado como una estúpida todo este tiempo. Me ha costado asimilar todos estos cambios.

—No te preocupes, eres lo mejor que me ha pasado nunca y vamos a tener una familia estupenda.

—Todavía no puedo creerlo, ¡Una niña! —exclamó Mónica emocionada—. Deberíamos ir a comprarle algo.

—Pues claro, todo lo que tú quieras. Nuestra hija tendrá todo lo que necesite, no le va a faltar nada.

—¿Cómo la vamos a llamar?

—No sé, elígelo tú. Se te dan mejor esas cosas.

—A mí siempre me ha gustado Claudia.

—Me parece bien. Si quieres, vamos a encargar la habitación de nuestra Claudia y le compraremos todos los vestidos que quieras. Va a ser nuestra princesa.

Mónica se quedó absorta mirando el vestido de novia, que colgaba de la puerta de su habitación. Podía haberse quedado con Ángel, Rosa y su familia, en el magnífico hotel donde se celebraría la boda, pero prefería dormir en casa de sus padres.

Pensó en que hacía tan solo un año conoció a Ángel, el día de su cumpleaños, en una fiesta a la que asistió para huir de Daniel. Sus pensamientos siempre regresaban a él, le hubiese gustado dejar de luchar con su mente para desterrarlo definitivamente de sus pensamientos, pero allí seguía. Daniel, Daniel, Daniel... Lo que pudo ser y nunca fue, ahora estaba claro que nunca lo sabría.

Pensó en Claudia, cualquier sacrificio valdría la pena por ella. En seis meses, le vería la carita y había adoptado la determinación de que siempre, haría lo mejor para ella. Todo merecía la pena por ver a su niña feliz.

Su padre la acompañó a la catedral en un coche de caballos, que paró justo donde comenzaba la alfombra roja. Le temblaba la mano, su padre la agarró con fuerza y se la apretó mientras le sonreía. Había flores por todas partes y un cuarteto de cuerda inundaba con su música la magnífica obra de arquitectura. De camino al altar, vio como a cámara lenta, a toda la gente que quería, sus amigas, sus hermanos, Rosa, su madre, su abuela... Todos estaban allí sonrientes y emocionados. Junto al altar la estaba esperando Ángel, estaba realmente guapo. La saludó con la mirada y le cogió la mano con fuerza, mientras se acercaba para susurrarle al oído un *te quiero*. Treinta minutos después, ya eran marido y mujer. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

Daniel había regresado a Londres con sus amigos. Las cosas no eran tan fáciles, como habían supuesto en un primer momento, montar su propia empresa llevaba su tiempo e infinidad de trámites burocráticos.

Aun así, ninguno estaba desanimado, pero todos siguieron en sus puestos de trabajo mientras desarrollaban su proyecto empresarial, juntos. De camino al restaurante, Daniel pasó por St. James Park y vio como el otoño empezaba a hacer estragos en los árboles, haciendo que se cayeran las primeras hojas.

Había salido con tiempo de casa para disfrutar del espectáculo. Era su época favorita del año. Esa semana, cumplía veintiún años y tenía pensado hacer una gran cena en casa para sus compañeros. Se sentó en un banco y sacó el móvil de su mochila.

Marcó el número de casa de Mónica, cómo había hecho cientos de veces, pero esa vez, sí se atrevió a darle al botón de llamada. No sabía qué le iba a decir, pero necesitaba hablar con ella, quería que lo perdonara. Se había dado cuenta de lo injusto que fue con ella. Nunca debió consentir que se marchara, ahora lo entendía.

Los años habían pasado, con el tiempo y la distancia todo se veía diferente, él había cambiado y suponía que ella también. Contuvo el aliento mientras los tonos de la llamada se sucedían, pero nadie contestó.

Mónica y Ángel regresaron del hospital con Carolina, su tercera hija. Entraron en el enorme salón, donde la tía Rosa estaba poniendo el árbol de Navidad, y Claudia corrió a ver a su nueva hermanita y se colgó del cuello de su padre. Elena intentó seguir a su hermana y llegó tambaleándose hasta su madre, que la esperaba con los brazos abiertos.

—¡Mirad!, esta es la pequeña Carolina. Tenéis que cuidarla mucho y quererla —les explicó Mónica a sus dos hijas—. Sintió que el corazón se le iba a salir del pecho al ver a las tres juntas por primera vez. No tenía palabras, para el cúmulo de emociones que estaba viviendo.

Ángel besó y abrazó a las cuatro mujeres de su vida. Enseguida, se excusó, debía ir a trabajar. Las cosas no podían ir mejor, tenía varios proyectos en construcción y otros tantos en vías de desarrollo. No paraba de edificar y todo lo vendía, incluso, en ocasiones, por el doble de lo que en un primer momento se había propuesto. El mercado inmobiliario estaba en su mejor momento. Ahora, planeaba comprar unos terrenos bastante caros, donde construiría varias urbanizaciones con campos de golf, piscinas y el spa más grande de Europa. Estaba convencido de que ganaría una fortuna.

Ese mediodía, comería con el concejal de urbanismo y luego iría a celebrarlo con Sara, su nueva y despampanante secretaria. Con apenas treinta años, era todo un triunfador. Si las cosas seguían así, con cincuenta podría dejar de trabajar y vivir de las rentas.

La vida de Mónica giraba en torno a sus hijas, eran el centro de su universo. Hasta ahora, había proseguido a duras penas con su carrera, pero con el embarazo de Carolina había decidido abandonar sus estudios hasta que fuesen, al menos, las tres al colegio.

Sus últimas notas no eran muy buenas, por lo que prefería darse un descanso, al menos, temporalmente. No se podía quejar, tenía todo lo que necesitaba. Vivían en una casa preciosa, con todas las comodidades y Ángel había contratado a una chica encantadora, que la ayudaba en la limpieza de la casa y a cuidar a las pequeñas. Su vida social también estaba regida por Claudia y Elena, se había hecho amiga de las madres de sus amigas y organizaban meriendas y fiestas constantemente.

No tenía mucho tiempo para ella, pero se sentía completamente realizada y estaba convencida de haber tomado la decisión correcta. Sus hijas eran lo más importante para ella, junto a Ángel, había formado una gran familia, en los apenas cinco años que llevaban juntos. Él trabajaba mucho y no estaba en casa demasiado, pero jamás le negaba nada. Antes de que tuviera cualquier necesidad, allí estaba él para complacerla, ropa, joyas... Incluso, para su vigésimo cuarto cumpleaños le regaló un coche pequeño, con el que se manejaba a sus anchas.

Carmen se encontraba en su despacho del banco. Dirigía la oficina desde hacía diez años, por lo que le bastaba levantar la vista de su ordenador y mirar a través de la pared de cristal, para saber que todo marchaba con normalidad. Revisó el proyecto de su sobrino y sus amigos por quinta vez. Sin duda, era innovador, lo que se traducía en arriesgado.

Había estado ahorrando toda su vida y contaba con un pequeño capital, suficiente para que el proyecto comenzara a rodar. Después de sopesarlo una vez más, decidió darle el dinero a su sobrino y cruzar los dedos para que todo saliera bien. Lo apoyaría con toda su alma.

Daniel estaba muy emocionado y verlo feliz era lo más importante en su vida. Le había demostrado que era capaz de luchar por su futuro y conseguir sus metas. Desde que se fuera a Londres hacía ocho años, había madurado mucho, se había convertido en un hombre íntegro y trabajador. Carmen no podía estar más orgullosa, se encontraba pensando en ello, cuando Roberto, su subdirector, llamó a su puerta.

Roberto era de ese tipo de personas que siempre encajaban con ella a la perfección, honesto, trabajador y serio. Estaba muy centrado en su trabajo, Carmen le auguraba un gran porvenir. De hecho, pronto lo nombrarían director de una nueva sucursal, que el banco iba a abrir en una zona próxima. Lo cierto era, que para ella, resultaba muy agradable contar con alguien así en su equipo, habían congeniado a la perfección.

Roberto salió del despacho de su jefa y fue hacia su mesa. Admiraba mucho a Carmen, llevaba muy bien a los trabajadores, con firmeza, pero sin renunciar a la cercanía. Siempre explicaba los límites y objetivos de una forma clara y concisa. Estaba satisfecho, había aprendido mucho con ella y adquirido la experiencia necesaria que le haría falta cuando cambiase de puesto de trabajo. La notificación del ascenso le había llegado hacía tan solo dos días, pillándole por sorpresa, pues no esperaba que la empresa realizaría un nombramiento así.

Estaba pletórico, no podía creerlo, su novia, Rosa, lo animaba constantemente. Estaba muy enamorado, pronto le pediría que se casase con él. Rosa era una mujer increíble, extrovertida, guapa, simpática... Roberto sentía como a su lado se convertía en mejor persona. Tan solo llevaban dos años de relación, pero desde la primera cita sabía que era la mujer de su vida, quería casarse cuanto antes con ella, para poder vivir juntos. Roberto era muy conservador en cuanto a eso, desde el principio habían estado separados, y sólo podían quedar los fines de semana, ella vivía con sus padres y era dependiente en una perfumería, pero Roberto la había convencido para que buscara trabajo en su ciudad y así poder verla todos los días.

Daniel y sus amigos salieron del metro en Holborn y se encaminaron a las pequeñas oficinas que habían alquilado. Anteriormente, las había ocupado un pequeño bufete de abogados, que había caído en bancarota con la incipiente crisis económica, por lo que consiguieron un precio bastante razonable.

Daniel se había pasado todo el fin de semana pintando y haciendo chapuzas, mientras Paul y Roman se encargaban de conseguir todo el equipo que necesitaban para desarrollar lo que tenían en mente. Los tres habían trabajado duro para montar su propio negocio. Cada vez, estaban más unidos y habían puesto mucho esfuerzo e ilusión en aquel proyecto.

Daniel se había formado como cocinero en los últimos años y ahora trabajaba en un restaurante de lujo en el centro de Londres, como ayudante. Quería regresar a España para trabajar con los grandes maestros de la cocina, sus ídolos, pero aguantaría un par de años más en Londres, para ayudar a sus amigos en todo lo que pudiese. Estaba convencido de su capacidad y que, más pronto que tarde, llegarían a lo más alto.

Mónica dejó a Claudia, Elena y Carolina en el colegio británico al que asistían. Las tres iban preciosas con sus uniformes, cogió su coche y se fue a desayunar con sus amigas de la urbanización. Más tarde, debía ir a comprar unas camisetas, que le había encargado Ángel de una de sus tiendas favoritas. Paseó por las calles peatonales del centro, deteniéndose en los escaparates de las tiendas más exclusivas, tenía que hacer tiempo hasta que las niñas salieran del colegio y no tenía nada más que hacer.

Pensó en que quizás había pospuesto demasiado el volver a la universidad, apenas le quedaban unas pocas asignaturas para terminar su carrera. Ahora, las niñas ya no requerían tanta atención como cuando eran bebés, se prometió así misma buscar los plazos de matriculación en el ordenador en cuanto llegase a casa.

Entró en la tienda y eligió tres camisetas para Ángel. Eran clientes habituales, la dependiente ya la conocía y se mostró muy amable. También escogió una corbata. A Ángel le gustaba que le eligiese la ropa, decía que ella tenía un gusto mucho más refinado que el suyo y aquello a Mónica siempre le hacía gracia.

La chica cogió la ropa y empezó a doblarla, la metió cuidadosamente en una bolsa y se la tendió a Mónica.

—Son cuatrocientos cincuenta euros, por favor.

—Sí, aquí tienes —afirmó Mónica, entregándole su tarjeta de crédito a la dependiente.

—Lo siento, la operación ha sido rechazada. ¿Tiene otra tarjeta?

—Sí claro, por supuesto, tome.

—No se preocupe, lo intentaremos con ésta.

La dependiente pasó por el datafono la otra tarjeta, pero obtuvo la misma respuesta.

—Disculpe, con ésta me pasa lo mismo. ¿Lleva dinero en efectivo

—Sí, pero solo podré llevarme una camiseta. Debe de haber algún tipo de error informático —dudó—. Está bien, ponme esta camiseta y vendré mañana a por el resto, cuando lo solucione.

—Como usted quiera.

Mónica salió de la tienda conmocionada. Estaba cerca de la oficina bancaria donde trabajaba Roberto como director, por lo que, como tenía tiempo, decidió ir a solucionar aquello. Roberto llevaba todos los temas financieros de su familia y la empresa de Ángel. Él lo arreglaría todo en un momento. Mónica lo apreciaba mucho, había conseguido que Rosa sentara la cabeza y se centrara. Desde que salían juntos, parecía otra mujer, se había vuelto más trabajadora y se tomaba en serio las cosas. Mónica albergaba la esperanza de que éste fuese el hombre definitivo en la vida de su cuñada.

Ángel miró el horizonte desde la ventana de su despacho. La luz del exterior lo cegaba, ya que había corrido las cortinas para ver toda la ciudad. El número de grúas había caído considerablemente en los últimos años, no entendía cómo no lo había visto venir.

En el interior de su escritorio, todavía quedaban algunos restos de cocaína. Sería su último homenaje, normalmente, era un vicio que podía controlar, pero en las dos últimas semanas se le había ido de las manos. Soportaba demasiado estrés, pero ya nada de eso importaba, había tomado una determinación.

Cogió el ascensor y subió a la azotea. Era algo que no quería hacer en casa. Por nada del mundo, quería que sus hijas lo vieran. No podía enfrentarse a tantos problemas. Estaba totalmente arruinado.

Las cosas habían salido mucho peor que el más pesimista de sus vaticinios. Lo iba a perder absolutamente todo. Asíó con fuerza la barandilla que lo separaba de su destino y empezó a llorar como un niño.

En unos minutos todo acabaría. Cuando su cráneo chocara con el asfalto sus problemas se esfumarían para siempre.

Roberto se encontraba sentado en su despacho, cuando apareció Mónica. Se acercó a saludarla e intuyó que no sabía nada de lo que estaba pasando. Venía como siempre, con una sonrisa radiante en el rostro, y se vio incapaz de contarle los últimos acontecimientos.

—No te vas a creer lo que acaba de pasarme Roberto —se explicó Mónica resuelta mientras tomaba asiento—. Me acaban de denegar las dos tarjetas que tengo, en una tienda del centro, debe de haber algún error.

—Mónica —titubeó el hombre—. Deberías hablar con Ángel.

El tono con el que Roberto pronunció aquellas palabras, provocó que un sudor frío recorriese la columna vertebral de Mónica.

—Roberto, ¿Qué ocurre?

—Creo que sería mejor que Ángel te lo cuente todo.

—No, quiero que me cuentes ahora mismo qué demonios está pasando —acertó a pronunciar, intentando mantener la compostura.

Hubo unos segundos de silencio entre ambos, que al final Roberto se decidió a romper. Mónica se merecía saber la verdad, era inútil seguir ocultándole la tormenta que se le venía encima y que debía afrontar cuanto antes.

—La empresa de Ángel está arruinada, vais a perderlo todo.

—Eso no es posible —dijo aferrándose a sus palabras, para no desmoronarse, mientras percibía cómo las piernas le fallaban y empezaba a temblar—. No me ha dicho nada, no puede ser.

—No hay ningún error, Ángel le debe mucho dinero al banco. Estoy haciendo todo lo posible para ganar tiempo.

—Pero si no para de construir, tiene muchísimas viviendas.

—Mónica, ya no vende nada. La burbuja inmobiliaria le ha explotado en las narices. Tiene muchos bienes inmobiliarios, pero a día de hoy, valen muy poco. Estoy haciendo lo imposible para que el banco nos dé tiempo para liquidarlo todo, pero no sé cómo quedareis cuando todo esto acabe. Las constructoras y las inmobiliarias han sido las primeras en caer con la crisis.

La sensación de angustia y desazón que empezó en su estómago, recorrió todo su ser y tuvo que agarrarse a la silla para recuperar el equilibrio. Mónica era incapaz de procesar aquella información, ni de darse cuenta de la magnitud de los hechos que acababa de exponerle Roberto.

Recogió a las niñas del colegio y se fue a casa. Cuando llegaron, Ángel se encontraba en el salón bebiendo directamente de una botella de vodka. Mandó a las niñas con la niñera al jardín y fue a sentarse a su lado.

—Vengo del banco —dijo con amargura.

—Lo sé, me ha llamado Roberto —reconoció Ángel con crudeza.

—Me ha dicho que no nos queda nada.

—No te ha mentado —le confirmó Ángel, que era incapaz de mirarla.

—¿Cuánto dinero debemos?

—Demasiado.

Mónica observó a su marido con detenimiento, nunca lo había visto así. Normalmente, era una persona que dominaba todas las situaciones, sabía ganarse a la gente y desprendía un espíritu combativo y triunfador. Lo que tenía ante sí era a un hombre derrotado, rezumaba fracaso. La amargura lo envolvía como un perfume.

Ella nunca se había cuestionado nada, mientras el dinero entraba a casa raudales, jamás se detuvo a plantearse que algún día podía terminarse y, mucho menos, que pudieran llegar a esa situación. Ahora, comprendía que había vivido en una burbuja y que ésta, acababa de explotar. Se había vendido a una vida fácil, con lujos y comodidades que le hacían pasar por alto demasiadas cosas. La nueva situación exigía que despertara de su profundo letargo y comenzara a reaccionar.

—Ángel, vamos a salir de esta. Lucharemos juntos, por nuestras hijas. Lo venderemos todo, incluso nuestra alma, si es necesario, pero saldremos adelante.

Ángel abrazó a su mujer y comenzó a llorar desconsoladamente. Mónica lo sostuvo entre sus brazos y se dedicó el resto de la tarde a cuidarlo como si fuese un niño pequeño. Él se dejaba hacer sin mediar palabra, con la mirada perdida, sumergido en sus devastadores pensamientos. Cuando todos estaban durmiendo, llamó a Roberto, quería ponerse al corriente de la situación. Alguien tenía que tomar las riendas.

Daniel recibió una llamada urgente en el trabajo. Eran sus amigos, que lo apremiaron para presentarse en casa de inmediato, se trataba de una emergencia. Pidió permiso y salió a toda prisa del restaurante hacia el metro. No le habían dado ninguna explicación y por su mente pasaron todo tipo de tragedias. Solo le habían dicho que tenía que llegar lo antes posible. Salió del metro sin aliento y enfiló la calle en la que se encontraba el pequeño apartamento que compartían, tan rápido como le permitieron sus piernas. Al abrir la puerta, encontró a Paul y Roman mirándolo fijamente con semblante serio. Su primera reacción fue de alivio al comprobar que sus amigos estaban bien, pero entonces pensó en su familia y un dolor agudo se instaló en su corazón.

—¿Qué pasa? —acertó a preguntar angustiada.

Sus amigos permanecieron callados y por toda respuesta le tendieron una docena de folios. Daniel comenzó a leerlos y conforme avanzaba, se dio cuenta que debía tomar asiento.

—¿Es una broma?

—¿Crees de verdad, que bromearíamos con algo así? —le contestó Paul sosteniéndole la mirada, con semblante serio.

—Esto no puede ser, es una locura.

—En eso, estamos todos de acuerdo —añadió Roman echándose a reír.

Los tres amigos se abrazaron fuertemente, tenían mucho que celebrar. Roman y Paul habían desarrollado una aplicación móvil, que estaba revolucionando la manera de comunicarse. Estaban infligiendo mucho daño a las compañías de telefonía y recibían numerosas presiones para venderla, pero ellos se resistían.

Su aplicación hacía posible que los usuarios utilizaran la red para relacionarse y, gracias a las tarifas planas de Internet, sin coste alguno. Solo debían descargar la aplicación por un irrisorio precio, lo que costaba un café. Pero un gigante de Internet les había hecho una oferta, que no podían rechazar. Con el dinero que les ofrecían, ellos y cuatro generaciones más, podían vivir como auténticos sultanes, sin parar de despilfarrar. Pero lo más importante, era que el principio de gratuidad para el usuario, en el que se basaba su trabajo, sería salvaguardado.

Daniel llamó a su tía para contarle todo y la urgió para que tomara el primer vuelo a Londres. Sus abuelos ya no se encontraban en disposición de viajar, pero les dijo que muy pronto iría a visitarlos. A partir de ahora, tendría todo el tiempo del mundo y todos los recursos imaginables a su disposición. Le costaba asimilar lo inmensamente rico que iba a ser.

Ángel dormitaba en la cama, llevaba todo el día sin salir de ella. Mónica les había dicho a las niñas que estaba enfermo. Una tenue sonrisa brotó en su boca al pensar en su mujer, ella era la que se estaba encargando de todo. Él no tenía fuerzas, era como si una soga lo retuviera atado a la cama. Ella lo estaba vendiendo todo, los coches, las joyas, incluso la ropa. También se estaba encargando de la empresa. Ángel le había firmado un poder, y ahora, era ella la que trataba de solucionar los problemas, haciendo gala de un coraje que Ángel nunca antes había visto.

Estaba claro, que su esposa era de la clase de personas que se crecen ante las dificultades. Oyó como regresaba a casa con las niñas, les preparaba la comida e iba a buscarlo.

—Levántate, tienes que comer algo —le pidió Mónica. No sonó como una orden, más bien como una súplica—. Escucha, no puedes seguir así, yo no puedo sola. Te he dado un tiempo para que asimiles nuestra nueva situación, pero tienes que reaccionar —él miro a su mujer sin decir nada—. Ángel, por favor, levántate, dúchate y ven a comer con nosotras. Tenemos que hablar con las niñas, dentro de poco tendremos que mudarnos y el año que viene no podrán asistir al mismo colegio. Va a ser muy duro para ellas, las vamos a alejar de todo su mundo —él siguió sin reaccionar, quieto, sin mover un músculo, tumbado, mirando al infinito—. Ángel, te he dado una semana para que te lamentaras, pero ya no voy a consentírtelo más. Ahora, es el momento de levantarse y luchar. Vamos a empezar de cero. Nos vamos a ir a vivir con mis padres, por el momento. Yo voy a trabajar y tú también, de lo que sea, haremos cualquier cosa para salir adelante. Todo el mundo tiene derecho a hundirse, pero también el deber de levantarse, sobre todo, si tiene responsabilidades y personas que dependen de él.

Mónica fue a la cocina, se sentó con sus hijas e intentó explicarles lo que sucedía. Las niñas eran lo suficientemente mayores para entenderlo todo, aunque seguían siendo unas niñas y sería muy duro para ellas. Habían nacido en un mundo en el que habían tenido de todo y ahora, tendrían que aprender a vivir con muy poco. Claudia, que había cumplido ya nueve años, abrazó a su madre.

En ese momento, apareció Ángel, recién duchado, para unirse a ellas. Las niñas se alegraron mucho, al comprobar que su padre se encontraba mejor. Él les sonrió y las abrazó. La atmósfera rezumaba tristeza, pero estaban todos juntos. Mónica sintió ganas de llorar, pero intentó por todos los medios ser fuerte, debía enterrar su dolor, y no tenía ningún sentido compadecerse. Ahora, más que nunca, debía cuidar de su familia, y lo haría.

En cuanto las niñas terminaron el colegio en primavera, Mónica y su familia se mudó a casa de sus padres. Por suerte, comenzaba el verano y las niñas se tomaron el traslado como unas vacaciones. Sus padres se ocupaban de ellas, mientras ella y Ángel buscaban trabajo. En su fuero interno, Mónica se maldecía por no haber sido lo suficientemente disciplinada para concluir su carrera, pues apenas le faltaban cuatro asignaturas. En su día, pensó que nunca iba a necesitarla y, evidentemente, se había equivocado.

Tenían suerte de encontrarse en una ciudad turística, por lo que no les resultó difícil encontrar trabajo en un hotel. Ángel realizaba labores de mantenimiento y Mónica fue contratada para el servicio de limpieza. Después de todo, habían tenido mucha suerte, el país estaba siendo azotado por una grave crisis y los puestos de trabajo escaseaban. Los turistas nacionales y europeos habían descendido considerablemente, por lo que Mónica empezó a preocuparse por lo que pasaría cuando finalizase el verano, así que busco casas particulares para limpiar.

Cuando terminaba su jornada de trabajo en el hotel, se montaba en el autobús y aun debía limpiar dos casas más, lo que convertía sus días en interminables jornadas de duro trabajo. Apenas veía a sus hijas, pero sabía que estaban bien y eso era lo único que importaba.

Daniel recogió a su tía en el aeropuerto de Heathrow con su chofer y la llevó a comer a The Ledbury, el último restaurante en el que había trabajado. Tenía muchas cosas que contarle.

—Daniel, estoy muy orgullosa de ti —suspiró Carmen a la vez que miraba a su sobrino de soslayo.

—Más lo estarás cuando te llegue la transferencia con tu parte —aseveró el muchacho—. Tú has hecho posible todo esto, creíste en nosotros y nos dejaste el dinero para poder empezar.

—Sabía que triunfaríais, pero si te soy sincera, nunca imaginé que a estos niveles. Tus abuelos también están muy contentos y orgullosos de ti.

—La semana que viene, salgo de viaje con Roman y Paul, queremos visitar toda Latinoamérica para celebrarlo. En cuanto termine el viaje, iré a visitaros. Necesito que me hagas un favor, me gustaría que fueras la administradora de mis bienes y quiero que compres una casa en la playa, como siempre ha deseado la abuela, quiero regalársela. No sé que harás a partir de ahora, pero desde luego, puedes olvidarte del banco.

—Todavía no he decidido nada —dudó Carmen—. Me gusta mi trabajo, pero es cierto que ahora tenemos mucho dinero y alguien tiene que hacerse cargo de invertirlo. Tengo que pensarlo. Vosotros pasáoslo muy bien, habéis trabajado muy duro y os lo merecéis. Yo voy a tener mis propias pequeñas vacaciones aquí, necesito un cambio de imagen y de guardarropa, ¿No te parece?, y no hay sitio mejor que Londres para salir de compras.

—Tú estás guapísima siempre tía. Tienes a tu entera disposición a David, mi chofer. Esto de ser rica te va a encantar, él te llevará a los mejores lugares para comprar

todo lo que necesites.

—Sí, parece que no cuesta mucho acostumbrarse a lo bueno —afirmó la mujer encantada.

Daniel, Roman y Paul habían comprado un avión para su viaje. Paul quería una réplica del Air Force One y lo había conseguido, era increíble como al dinero no se le cerraba ninguna puerta. Llevaban con ellos al mejor barman de Cancún, que tenía como única misión que nunca les faltara un cóctel entre las manos.

La tripulación estaba compuesta única y exclusivamente por mujeres, que Paul había seleccionado personalmente. Los tres tomaron asiento, para despegar y emprender el que, sin duda, sería el mejor viaje de sus vidas.

Recorrieron Chile, visitaron la Isla de Pascua y Valparaíso; en Argentina, las sobrecogedoras cataratas de Iguazú y el glaciar Perito Moreno. No pudieron resistirse y se pasaron tres días seguidos de fiesta en Buenos Aires, que siguieron en Río de Janeiro.

En Brasil, descansaron en el Parque Natural de Chapada dos Veadeiros y se relajaron en Florianópolis, donde también prolongaron su estancia más de lo que tenían planeado.

Para poner un poco de cultura en su viaje, pusieron rumbo al país natal de los Incas y se maravillaron con Machu Picchu. En Colombia, no podían dejar de visitar el “Triángulo del Café”, bebida que los tres adoraban y de la que, tras su visita a los cafetales colombianos, se convirtieron en consumados expertos.

En Ecuador, se bañaron con tortugas en la Isla Galápagos y, en Venezuela, se instalaron cuatro días en Los Roques y practicaron submarinismo. Estaban maravillados con los tesoros de la naturaleza que estaban descubriendo y cautivados por los exóticos sabores de la gastronomía local de cada uno de los países que visitaban. Estaban viviendo en un sueño, del que ninguno quería despertar.

Llegaron a Cuba, tras diez semanas de viaje, en un yate espectacular. Allí, junto a la playa, en Varadero, los esperaba la mansión que habían alquilado. Esa noche, decidieron ir a cenar a la antigua casa de veraneo de Al Capone, reconvertida en restaurante. Mientras, en la casa se preparaba la fiesta de bienvenida, que sería memorable.

Daniel había invitado a Jaime a venir desde España y quería que se lo pasase en grande. Se habían encontrado con un grupo de alumnos de Medicina españoles, que celebraban su graduación y decidieron que cuanta más gente, mejor lo pasarían, por lo que también fueron invitados a la fiesta.

Una vez terminaron de cenar, Daniel, Jaime, Paul y Roman dieron un paseo por la playa hasta la mansión, donde la fiesta ya había dado comienzo. Había una pista de baile, flanqueada por dos barras, en las que los camareros preparaban bebidas compuestas, en su mayoría, por Ron. Vedettes del Cabaret del Mediterráneo habían sido contratadas en exclusiva, para ofrecer un espectáculo único, la música estaba a cargo de los mejores Dj’s de la Isla, y ya había unas cien personas bailando y pasándose en grande.

Daniel estaba apoyado en la barra pidiendo su quinto Ron Collins, cuando una chica, que no llegó ni a presentarse, le dio un tórrido beso. Él se dejó hacer y no puso ninguna objeción.

—¡Eh, qué yo también quiero! —protestó Jaime, que se encontraba junto a él—. Eso sí que es hospitalidad Caribeña.

La chica hizo caso omiso.

—Es solo una apuesta, no os emocionéis —afirmó por toda explicación, y se marchó con sus amigas, para seguir bailando.

Jaime y Daniel se echaron a reír al unísono.

—¡Vaya, tío, lo que te faltaba para ligar! Además de guapo, ahora eres obscenamente rico. ¡Qué asco das! —aseveró Jaime, propinándole una colleja a su amigo.

—No me puedo quejar. Anda, coge tu copa y vamos a la playa. Creo que, como no me dé el aire, voy a vomitar. Me he pasado con el ron.

Los dos chicos se sentaron frente al mar, la noche estaba despejada y había numerosos farolillos decorando el jardín de la casa, que flanqueaba la playa.

—Tío, no sabes lo que flipé cuando me llamaste. Me alegró un montón, muchas

gracias por invitarme a todo esto —afirmó Jaime señalando hacia el lugar donde se celebraba la fiesta.

—Sabía que te iba a gustar, pero gracias a ti por venir.

—¡Menudo cabrón estas hecho! Todas las tías de la fiesta están detrás de ti, tienes que haberte follado en tu viaje a medio continente.

—Mira que eres bruto. Hombre, no te voy a decir que no he ligado, pero mucho menos de lo que imaginas. Lo cierto es que empiezo a estar un poco harto.

—¡Sí, hombre!, te has cansado de follar como un mono... ¡Qué pena me das, de verdad!

—En serio, lo hemos pasado en grande y estoy disfrutando como nunca, pero hay algo que me impide ser completamente feliz. Por muchas tías que conozca, nunca, ninguna es como yo quiero —explicó Daniel con un halo de tristeza en su semblante.

—¡Joder, tío!, a ti lo que te pasa es que estás enamorado. En la fiesta hay más de una docena de buenorras deseando acostarse contigo y tú estás aquí conmigo lamentándote, de verás que no lo entiendo.

Daniel pensó en Mónica como un acto reflejo. Siempre era ella la que lo acompañaba en sus pensamientos, el modelo con el que comparaba a todas las demás. Era plenamente consciente, pero que otra persona se lo dijese resultaba gratificante y esclarecedor. Nunca sería feliz sin ella. Desde el momento en que la vio, lo supo, pero había sido lo bastante imbécil para echarlo todo a perder. Era un crío que no quería ningún vínculo emocional con nadie y al que la sola idea del amor le aterraba cuando la conoció. Pero ahora, lo tenía todo meridianamente claro y albergaba la certeza de que ella tampoco lo había olvidado. Él le hizo un daño insostenible y ella se alejó, pero ahora corregiría sus errores. Tenía todo a su favor para hacerlo y no descansaría hasta lograrlo.

Daniel se levantó de un salto.

—Gracias tío —le dijo a su amigo mientras lo abrazaba—. Me vuelvo a España, a partir de mañana sigues tú el viaje por mí. No te preocupes, yo me encargaré de todo... Tengo algo muy urgente que hacer.

Conforme se explicaba, Daniel se sintió liberado, como si su alma hubiera soltado un lastre, que había cargado ya demasiado tiempo.

Mónica se sentía desfallecer, la espalda la iba a matar del dolor y tenía todas las articulaciones entumecidas. Cuando se tendió sobre la cama, comprendió que tendría que tomar algún antiinflamatorio si quería dormir algo.

Llevaba en pié desde las seis de la mañana y ese día había conseguido doblar turno en el hotel. El dinero extra le vendría de maravilla, las niñas pronto empezarían el colegio y necesitarían libros nuevos. Había puesto varios anuncios en los comercios de la zona, ofreciéndose como profesora de clases particulares y para limpiar, y ya le habían salido dos casas más.

Se levantó y fue a la cocina para buscar un ibuprofeno. Pasó antes por la habitación de sus hermanos, que ahora ocupaban sus hijas, para cerciorarse de que dormían. Siempre que las veía así, la inundaba una sensación de paz y sosiego infinita. Se quedó unos segundos mirándolas y bajo al piso inferior. Al acercarse a la cocina, oyó como Ángel llegaba a casa.

—Hola —saludó Mónica, dándole un beso de bienvenida a su marido y percibiendo el olor a tabaco y alcohol que rezumaba.

—Me voy a dormir, estoy muy cansado —atajó él con brusquedad.

Mónica no tenía ganas de discutir, pero le hirvió la sangre al comprobar que su marido tenía las pupilas dilatadas.

—Ángel, no tenemos dinero para tener una casa propia y la paciencia de mis padres tiene un límite. No podemos permitirnos tus vicios —intentó decir Mónica sin alzar la voz.

—¡Déjame tranquilo! Estoy cansado y harto.

—Yo también y puedes estar seguro que no voy a consentir que nos arruines la vida todavía más —le espetó furiosa.

Ángel agarró con fuerza a su mujer del cuello y la empujó contra la pared. Mónica sintió como le empezaba a faltar el aire e intentó gritar, pero tenía la garganta completamente obstruida. Su marido la miró fijamente a los ojos e, inmediatamente, se dio cuenta de lo que estaba haciendo y la soltó. Corrió escaleras arriba y la dejó

allí tirada, sobre el suelo, casi sin aliento.

Mónica permaneció tirada contra la pared, intentando recuperar la respiración. No sabía qué le daba más miedo, que Ángel pudiera haberla matado o dejar a las niñas solas con él. No tenía fuerzas para levantarse, se quedó sentada llorando en silencio y terminó por quedarse dormida en el suelo.

Al cabo de dos horas, se despertó y fue al baño. Ya casi era la hora para salir hacia el trabajo, se miró el cuello en el espejo y vio como unas manchas violáceas, comenzaban a formarse a su alrededor. Dado que se encontraban en pleno verano, descartó cubrirse las contusiones con una prenda de vestir y decidió buscar entre los collares de su madre, pero ninguno ocultaba por completo los hematomas. Cogió un pañuelo y se lo anudó lo mejor que pudo. Fingiría que le dolía la garganta, a consecuencia del aire acondicionado.

Ángel se despertó con un tremendo dolor de cabeza, oyó a Mónica en el cuarto de baño y recordó la escena de la pasada noche. Se le revolvió el estómago al recordar la furia que lo había recorrido, cuando Mónica le recriminó su falta de sensatez. No podía consentirlo y había perdido totalmente los estribos, le obsesionaba tenerlo todo bajo el más férreo control, pero últimamente las circunstancias lo estaban sobrepasando y le ponían a prueba cada día.

Poseía el instinto para saber en cada momento en qué pensaban y qué pretendían las personas que lo rodeaban y sabía cómo manipularlas. Le gustaba hacer que tomaran decisiones a las que él los inducía y pensasen que eran ideas propias, y lo hacía bien, excepcionalmente bien, hasta que todo le estalló en las manos.

Tenía que recuperar el control y debía comenzar por él mismo. Por el momento, debía dejar las drogas y el alcohol y recuperar la confianza de Mónica, sabía que sin ella en esos momentos a su lado, estaba perdido. Ella estaba haciendo un esfuerzo titánico por salir adelante, no se había hundido en ningún momento y eso era digno de admiración.

Nunca se lo hubiera imaginado, esa cría pija, con estilo y buena educación, que había utilizado para convertirse en un hombre de negocios respetado y con prestigio, ahora lo estaba sacando del atolladero y se había convertido en una luchadora, en una madre coraje, capaz de hacer cualquier cosa por sus hijas. Ese era el único punto débil de Mónica, las niñas, y saberlo era de lo más ventajoso para él.

Fue al baño a buscar a su mujer. Ella estaba maquillándose, procurando ocultar los moratones del cuello. La miró y la abrazó. Sintió como ella se estremecía de miedo, pero no se apartó.

—Lo siento mucho cariño, de verdad que lo siento. No puedo creer lo que te hice, te prometo que no volverá a suceder —se disculpó apesadumbrado—. Dicho esto, Ángel rompió a llorar, a llorar como si la vida le fuese en ello. Permaneció un rato así, abrazado a su mujer, en silencio.

—Tienes que ayudarme, te prometo que voy a cambiar y que lucharé por ser el de antes, mi vida, pero tienes que estar a mi lado. Si tú no estás junto a mí, no voy a poder, y debo hacerlo por las niñas.

Mónica tragó saliva, al hacerlo sintió un lacerante dolor en la garganta, a modo de recordatorio.

—No te preocupes, yo estaré siempre a tu lado. Lucharemos juntos y saldremos de ésta. Tenemos una familia que nos necesita.

Daniel llamó a su tía desde el aeropuerto José Martí, de la Habana, para anunciarle su regreso a España.

—No sabes la ilusión que nos hace que vengas, tus abuelos están locos de contentos, Daniel. Están deseando verte.

—Yo también quiero verlos y abrazarlos —suspiró el muchacho con anhelo.

—¿Has terminado ya tu viaje?, creía que estarías allí algo más de tiempo.

—No, los chicos seguirán por aquí un mes más. Dentro de media hora, parten rumbo a México, pero yo debo hacer algo allí. Tía, necesito pedirte un favor muy especial.

—Claro, hijo, lo que necesites.

—Debes contratar al mejor detective privado que encuentres, tengo que encontrar a una persona, es muy importante —aseveró con urgencia.

—No te preocupes, lo haré, pero me estás asustando. ¿De qué se trata? —inquirió la mujer preocupada.

—No es nada tía, ya te lo explicaré en cuanto llegue, pero he de encontrar al amor de mi vida y lo bueno es que sé exactamente quien es...

Un mes después, Carmen y Daniel se reunieron con el detective privado en su oficina. Ante ellos, había numeroso material fotográfico y dos dossieres, uno de Mónica y otro, considerablemente más abultado, de su marido. El hombre les explicó su investigación con todo detalle, incluso tenía información de los sobornos de Ángel a cargos políticos, sus problemas con las drogas y sus frecuentes infidelidades.

Daniel tuvo que tomarse unos minutos para digerir la situación, ni siquiera sabía que Mónica se hubiera casado. Notó como se le aceleraban las pulsaciones y la sorpresa e indignación conquistaban su interior. Todo aquello le sobrepasaba, era como si la Mónica que él había conocido se hubiese esfumado. No podía creer que *su* Mónica, aquella chica inteligente y estudiosa, hubiese acabado así. Tomó una de las fotografías y allí estaba, con un uniforme, limpiando afanosamente las mesas de la terraza de un hotel.

No podía dar crédito, miró las fotografías de sus hijas, se levantó y pidió que lo disculparan, tenía que dar un paseo antes de continuar con aquella reunión. Tuvo que tomarse media hora. Había sido como si le echasen por encima un jarro de agua fría, no sabía qué pensaba que se iba a encontrar —se reprobó así mismo—, pero desde luego, no aquello. Tomó aire y regresó, una ola de tristeza lo invadía, no entendía cómo Mónica había podido acabar con un indeseable como aquel.

—¿Qué quieres hacer ahora? —le preguntó Carmen comedida.

—No lo sé, yo sólo quiero que sea feliz —contestó Daniel pesaroso.

—No sé si podremos lograr eso, pero al menos si podemos mejorar su vida. Según el informe, ella y su marido son clientes de mi banco y le deben mucho dinero, invirtieron en unos terrenos para construir urbanizaciones de lujo y la operación salió muy mal. Puedo hacer algunas averiguaciones.

—Bien, pero no puede saber que yo estoy detrás de todo esto.

—Eso también puedo arreglarlo. Para mi sorpresa, en el dossier también figura que su cuñada es la novia de un compañero con el que tengo muy buena relación, Roberto. Él se encargará de ayudarnos sin que nadie sepa nada, trabajé con él hace algún tiempo y es el encargado de su cuenta.

—Haz lo que sea necesario, compra todo lo que tengan hipotecado. No quiero que deba ni un céntimo, pero que mi nombre no conste en ningún sitio —sentenció Daniel sin un atisbo de emoción.

Daniel salió a la calle y buscó un taxi. Hacía un calor sofocante y demasiada información se agolpaba en su cabeza. No sabía cómo continuar, tenía que buscar a Mónica y pedirle una explicación. Un irrefrenable impulso le consumía y era consciente de que no podría controlarlo, estaba demasiado cerca de ella... Aún no podía creerlo, la vida de Mónica, en apenas diez años, se había convertido en un mal sueño. Aquella chica aplicada y concienzuda con un futuro prometedor, ahora, únicamente podía aspirar a un puesto de limpiadora.

Por más que lo intentaba, no podía entender cómo había acabado en aquella situación. El taxi paró ante el hall del hotel en el que ella trabajaba. Según el informe elaborado por el detective, esa mañana estaría limpiando las habitaciones de la sexta planta, por lo que Daniel cogió el ascensor y buscó el carrito de la limpieza. Estaba ante la puerta de la 615. Se acercó y vio cómo Mónica, de espaldas, terminaba de hacer la cama. Notó que su pulso se aceleraba y se le encogía el estómago, se acercó para ponerle la mano en el hombro y, en ese preciso instante, cayó desplomada a sus pies inconsciente.

Mónica abrió los ojos y se encontró tumbada en el despacho de la gerente del hotel. Había un médico a su lado, tomándole la tensión y su compañera de trabajo, Lola, le insistía para que se bebiere una coca cola. No sabía que le había ocurrido, pero en ese momento no le importaba, no quería despertarse de su sueño, pues en él aparecía Daniel... Volvían a la playa los dos y reían a mandíbula batiente. Todo lo demás había desaparecido, solo estaban ellos en el mundo y ninguno podía apartar la

vista del otro.

—Ha sido una bajada de tensión, ¿Ha desayunado esta mañana? —preguntó el hombre dirigiéndose a Mónica con semblante serio.

—No, no me ha dado tiempo.

Mónica estaba adquiriendo unos hábitos alimenticios horribles, apenas tenía tiempo para sentarse, con lo que durante el día apenas comía nada y cuando llegaba la noche, engullía compulsivamente las sobras de la cena de sus hijas. Estaba engordando y su piel estaba adquiriendo un tono ceniciento. Lo había notado, pero esa era una de sus últimas preocupaciones, sacar a su familia adelante era su única obsesión.

—Tiene usted que cuidarse, hoy es uno de los días más calurosos del verano. Si su trabajo requiere esfuerzo físico y encima no ha desayunado, no me extraña que se haya desmayado —observó el médico—. Tómese el refresco y luego vaya a comer algo —le recomendó el doctor antes de marcharse.

—¿Estás bien? —se interesó Lola.

—Sí, gracias, me encuentro mucho mejor. No recuerdo nada, solo que estaba terminando de hacer una habitación, entonces todo se emborrónó.

—Pues hija, es una pena. Menudo tío te ha bajado en brazos —le explicó Lola entusiasmada, sin dejar de gesticular con las manos.

—¡Venga ya! —replicó Mónica escéptica—. Lola tienes que dejar de ver culebrones, estás obsesionada.

—¡Que sí, que sí! —aseguró entusiasmada la mujer— Yo estaba abajo, cuando se ha abierto la puerta del ascensor y ha salido un tío impresionante, contigo en brazos inconsciente. No lo había visto en la vida, pero el pobre se ha llevado un buen susto, estaba desencajado. Ha pedido una ambulancia y ha estado contigo en todo momento. Hasta que el médico le ha dicho que estabas bien, parecía que le iba a dar a él un infarto, pobrecillo, ha sufrido de verdad.

—¿Es un cliente? Me gustaría agradecerse —preguntó una Mónica, a la que todo aquello le parecía surrealista.

—Pues no lo sé, pero ya te digo que nunca lo había visto. ¡Menudos ojos!, de esos que no se te olvidan jamás, de un verde penetrante que parece como si te traspasasen el alma —aseguró emocionada—. Tenía mucha clase, su ropa era de diseño y llevaba un reloj de los caros, no creo que se aloje en un hotel como este. Ese no debe salir de los de cinco estrellas, no sé qué demonios estaría haciendo aquí.

A Mónica se le cortó la respiración cuando oyó a Lola, pero debía tratarse solo de una casualidad. Terminó el refresco y se fue a trabajar de nuevo.

Roberto no sabía cómo asumir la propuesta de su antigua jefa. Contemplo cómo Carmen salía de su despacho y se quedó meditando unos minutos. Sin duda, eran muy buenas noticias, Ángel y Mónica saldarían su deuda con el banco y podrían empezar de cero. Pero él acababa de firmar un contrato de confidencialidad, por lo que no podía hablar de la procedencia del dinero.

Odiaba mentir, pero ya se le ocurriría algo. Adoraba a Rosa y sabía que el fin de los problemas económicos de su hermano y su cuñada la haría enormemente feliz. Apenas faltaba un mes para que se casaran, esto sin duda sería la guinda del pastel.

Roberto era consciente de que su futura esposa estaba muy unida a su hermano y, sobre todo, a su cuñada. También adoraba a sus sobrinas y lo había pasado francamente mal con la bancarrota de su hermano. Ahora, él sería el héroe de la familia. Los llamaría a los tres y les propondría salir a cenar, para darles la noticia.

Daniel sintió pánico cuando recogió a Mónica del suelo, su vida entera pasó de repente por su mente y se dio cuenta que los únicos momentos de autentica felicidad los había vivido con ella.

Nunca en toda su existencia había rezado, pero en ese momento pidió con todas sus fuerzas que a Mónica no le sucediera nada y se prometió que a partir de ese momento se dedicaría a cuidarla, pasase lo que pasase. Cuando el médico le dijo que solo era una bajada de tensión, comprendió lo importante que era para él. La miró cuando empezaba a despertarse y se marchó, tenía mucho en que pensar.

Al día siguiente, Mónica comprobó aliviada que había ahorrado lo suficiente para los libros del nuevo colegio de las niñas y el material que necesitaban. Roberto había conseguido venderlo todo y ya no tenían deudas con el banco. Esa mañana, sentía que flotaba, todo iba de maravilla.

Pasar de una vida plagada de lujos a otra espartana, no había sido fácil, pero su familia estaba bien y era lo único que importaba. Había encontrado un piso para alquilar, en un viejo bloque de edificios sin ascensor y sin muchas comodidades, pero, por el momento, no podían permitirse otra cosa mejor. Tendría que limpiar casas de sol a sol, ya que su contrato en el hotel había terminado, aun así, estaba contenta, a Ángel sí le habían renovado el suyo por un año más y había cambiado mucho su actitud. Por fin había despertado de la apatía que se adueñó de él cuando se arruinaron. No era el mismo de siempre, pero ya no bebía y no salía por ahí. No estaba resultando fácil, pero las cosas se iban arreglando poco a poco y, ahora sí, tenía la certeza de que saldrían adelante.

TERCERA PARTE: PLEAMAR

Mónica abrió los ojos y vio a Ángel a su lado durmiendo. Sonrió y le acarició la cabeza. No pudo evitar que el estómago se le retorciera, cuando se acordó de los acontecimientos de la noche anterior en el Varadero. Era todo demasiado inverosímil, después de tantos años había vuelto a ver a Daniel y su alma estaba agitada.

Con frecuencia, se preguntaba qué habría sido de él. Ahora ya lo sabía, era un hombre inmensamente rico. Ya no era aquel chico con vaqueros rotos y camisetas desgastadas que ella había dejado atrás, *su* Daniel había desaparecido.

Podía recordar la indefensión que sentía junto a él, nunca había sabido a qué atenerse y estaba claro, después de tanto tiempo, que lo mejor había sido terminar con todo aquello, pues su autoestima, ya de por sí pequeña, hubiese desaparecido totalmente bajo tanta humillación.

Observó a su marido de soslayo, había cometido errores, pero estaba intentando cambiar, no había sido nada fácil para él ver como todo, por lo que se había esforzado tanto en construir, se esfumaba de la noche a la mañana. Aquella época había sido muy dura para ambos, pero por fin Ángel estaba afrontando los problemas de una forma constructiva. Las niñas eran lo más importante para los dos, debían esforzarse por seguir adelante. Ahora que el tema de la deuda con el banco se había solucionado, Mónica podía mirar hacia el futuro con cierta tranquilidad. Ninguno ganaba mucho dinero, pero era suficiente para poder sobrevivir.

Miró el reloj, eran las diez y no tenía que recoger a las niñas hasta las doce. Se acercó a Ángel, le pasó la pierna por encima y lo besó.

—Hola, buenos días, ¿Qué tal has dormido? —saludó cariñosa.

—Estupendamente —respondió Ángel, subiendo a Mónica encima de él.

—Cómo se nota que no están las niñas. No hay gritos, ni llantos, ni la casa parece que va a explotar.

—Sí, vamos a aprovechar el tiempo. Ven aquí —le sugirió riéndose, antes de darle un largo beso.

Fueron juntos a recoger a las niñas. Cuando los vieron aparecer, se abalanzaron y casi logran tirarlos. Habían crecido muchísimo, Claudia era ya casi tan alta como Mónica. Su corazón se estremeció al verlas, habían pasado solo una noche fuera de casa, pero parecía una eternidad.

Se despidió de sus padres. Ángel tenía que ir a trabajar, y también se despidieron de él. Mónica regresó con las niñas a casa, donde la esperaba una pila enorme de ropa para planchar y una lista interminable de cosas por limpiar. Tan pronto como llegó, se puso manos a la obra. Mientras limpiaba y planchaba, iría haciendo la comida. Las niñas se ofrecieron a ayudarla, cosa que agradeció profundamente y les mandó a recoger y limpiar su habitación. A cambio, les haría spaghetti carbonara y ellas aceptaron encantadas el trato. Fue un domingo tranquilo, después de comer, se sentaron las cuatro juntas a ver una película en la tele. Mónica tenía a su lado a Carolina y aspiró el olor de su pelo, se sintió en paz, sus hijas la colmaban de alegría. Por ellas, merecía la pena cualquier sacrificio.

A la hora de cenar, regresó Ángel. Hicieron unas pizzas y se fueron a dormir todas pronto, mientras, Ángel se quedó viendo los deportes en la televisión. Al día siguiente, comenzaría de nuevo la maratón, una nueva semana agotadora. Cuando se metió en la cama no pudo evitar acordarse de Daniel y recordar lo que habían vivido juntos, hasta que se quedó profundamente dormida.

Aquella mañana de lunes, las niñas se levantaron más revoltosas de lo habitual. Mónica tenía la sensación de que se estaba quedando sin niñas, cada vez eran más independientes y la necesitaban para menos cosas. Le dolía comprobar cómo, poco a poco, se alejaban de ella e iban construyendo sus propias vidas.

Se tomó un minuto para observarlas, apoyada en la encimera de la cocina mientras desayunaba, habían cambiado mucho desde que eran tres bebés. Ahora, las tres eran inseparables y, aunque muy distintas entre sí, todavía compartían juegos y travesuras. Se preguntó cuánto duraría todo aquello y dio gracias por vivir ese momento de felicidad. Ver a sus tres hijas juntas le reportaba más bienestar que ninguna otra cosa en el mundo. En el horizonte, ya se podía entrever la adolescencia y tenía claro que tanto Claudia como Elena le darían más de un quebradero de cabeza. Carolina, la pequeña, era más inocente, la más dócil y tranquila. Sus hermanas siempre la habían protegido y, a veces, aún la trataban como a un bebé. Ella, cariñosa y risueña, siempre hacía las delicias de toda la familia.

Preparó el desayuno para todos y recogió lo que habían desordenado por el salón, mientras engullía una tostada. Hoy era el día libre de Ángel, procuró que nadie lo despertara. Llevó a las niñas al colegio y se encaminó a la primera casa que tenía que limpiar.

Aquella mañana, le tocaba un apartamento pequeño, que, normalmente, le llevaba adecentar unas cuatro horas. Lo último que hacía era la plancha, que era lo que más le gustaba. Le encantaba colocar las prendas en el armario, cuyo dueño era muy meticuloso. Le maravillaba el orden de aquel armario, todo colocado por colores y por temporadas. En su casa, nunca habría podido hacer algo así, se dijo mientras terminaba de colocar las últimas camisas. Oyó su móvil sonando en el bolso y fue corriendo a buscarlo. No conocía el número de teléfono.

—¿Diga?

—Hola, buenos días. ¿Hablo con Mónica Hidalgo? —preguntó una mujer al otro lado de la línea, con un amable tono de voz.

—Sí, soy yo, dígame.

—La llamo del departamento de recursos humanos de Varadero, nos gustaría hablar con usted personalmente. ¿Puede decirme cuando puede concedernos unos minutos? —se interesó la mujer.

—¿Cómo? —acertó a preguntar Mónica, que no entendía nada.

—Nos gustaría que trabajase con nosotros y queríamos hablar personalmente con usted, para ver si está de acuerdo con las condiciones que queremos ofrecerle. Le agradeceríamos que se pasara por nuestras oficinas, tan pronto como le fuese posible.

Mónica se quedó estupefacta. No sabía que decir, tardó unos segundos en contestar.

—Sí, naturalmente. Puedo ir esta tarde —consiguió decir—. ¿Necesitan que lleve el curriculum?

—Creo que no me ha entendido bien, señora Hidalgo. El trabajo es suyo si lo acepta, no es una entrevista. Estamos muy interesados en que forme parte de nuestro equipo.

—Vale... —titubeó—. No se trata de una broma, ¿Verdad?

—No, no se preocupe. Esto es algo serio, una oferta en firme. No es lo habitual, pero las órdenes vienen de la dirección, puede estar tranquila.

Un escalofrío recorrió su espalda hasta dejarla sin aliento, pero respiró hondo, se rehizo y pudo contestar:

—Bien, pues iré esta tarde ¿Sobre las seis está bien?

—Estupendo señora Hidalgo, la estaré esperando. Coja el ascensor que hay a la derecha de la puerta principal y suba hasta el último piso, allí se encuentran nuestras oficinas. Pregunte por el departamento de recursos humanos.

—De acuerdo —se oyó decir a sí misma y colgó.

Todo le daba vueltas. Se quedó mirando el teléfono, no sabía si estallar a reír o echarse a llorar. Ganó la primera opción.

Fue a por las niñas al colegio. Ellas, como siempre, parlotearon sobre cómo les había ido el día, pero Mónica seguía ensimismada en sus pensamientos y no les prestaba atención. No sabía qué hacer. Llegó a casa y se puso de manera automática a hacer la comida, tenía que poner una lavadora y sacar las cosas del lavavajillas. En ese momento, entró Ángel en la cocina.

—Hola, estas pálida, ¿Ocurre algo?

—Hola —saludo—. No, estoy bien, pero tengo algo que contarte.

—Vale —dijo sentándose a la mesa.

Mónica seguía de aquí para allá, haciendo la comida.

—Pero siéntate un minuto, por favor —le espetó Ángel.

—Me han ofrecido un trabajo —explicó tomando asiento—. En su cabeza buscaba la forma de exponer la situación de una forma sensata.

—¿Otra casa para limpiar? —indagó su marido.

—No, todavía no sé de qué se trata muy bien. Tengo que ir esta tarde.

—Pero... ¿Haciendo qué?

—No lo sé, no me lo han explicado. Necesito que te quedes con las niñas esta tarde y las ayudes con los deberes. Yo tengo que ir al Varadero y allí tengo que hablar con una chica de recursos humanos.

—¿Te han llamado para hacer una entrevista? —inquirió Ángel.

—No exactamente, me han dicho que si estoy de acuerdo con las condiciones, el trabajo es mío.

—Ese amigo tuyo de Varadero tiene que apreciarte mucho —apuntó suspicaz.

—No le veía desde hacía más de diez años y no sé nada de su vida, igual que él no sabe nada de la mía —repuso Mónica a la defensiva.

—Ya, pero tiene tanto dinero que puede ir por ahí regalando botellas de vino de cuatrocientos euros.

—No tengo porqué ir —apuntó Mónica retadora, sosteniéndole la mirada a su esposo, sabía exactamente qué era lo que pensaba Ángel. En esta vida, si algo habían aprendido, es que nadie da nada a cambio de nada, pero no iba a perder esa oportunidad por unos estúpidos celos.

—Está bien, pero no limpiarás aquello, por menos de diez euros la hora o no hay trato —cedió.

—No te preocupes, no voy a tomar ninguna decisión sin consultarte antes. Voy a terminar de preparar la comida —dijo aliviada mientras se ponía en pie, para dar por concluida la conversación.

Cuando todo estuvo listo, los cinco se sentaron a comer. Las niñas no paraban de hablar entre ellas, cotilleando sobre otras niñas del colegio y los últimos acontecimientos. Mónica las escuchaba, pero le costaba mucho seguir la conversación. Ángel no dijo nada durante toda la comida.

Terminaron de comer y Mónica se dispuso a recogerlo todo. Fue a ducharse y repasó mentalmente su vestuario. No sabía que se pondría. Hacía mucho tiempo que no se compraba nada nuevo, y su armario no andaba sobrado de prendas buenas, pues las había vendido todas. Se acordó del traje de chaqueta que llevó al bautizo de su sobrino Diego, el hijo que su amiga Eva había tenido con su hermano. Tendría que valer. Hacía unos seis años de aquello y tan solo se lo había puesto en aquella ocasión. Era un traje chaqueta con pantalón, oscuro, muy sencillo. Lo que no tenía tan claro era si iba a poder abrochárselo. Se secó el pelo, pero como no era muy buena arreglándose, optó por recogerlo en una coleta. Se maquilló lo mejor que pudo y fue a buscar el traje. Vaya —pensó con pesar—. Le estaba un poco estrecho, pero no tenía mucho más donde elegir. Fue hacia el salón y se despidió de las niñas, que estaban estudiando.

—¡Vaya, mamá!, ¿Dónde vas así? —preguntó Elena, contenta de ver a su madre arreglada.

—Mamá tiene que hacer unos recados —contestó Mónica esquivando.

—Tienen que ser cosas muy importantes, vas muy guapa —añadió Carolina.

—Bueno, ya os contaré cuando regrese. Ahora, tengo mucha prisa.

—Sí que vas guapa mamá, deberías ir más veces así —insistió la pequeña.

—Bueno chicas, adiós, que no llevo —se despidió, aproximándose a Ángel, para darle un beso, que fue recibido con cierto recelo.

Salió a la calle y se encaminó a la parada de autobús. Allí, se sentó. Era una línea que no solía coger, desconocía el tiempo que tardaría en llegar, por lo que se sintió muy aliviada cuando lo vio aparecer. Estaba bastante nerviosa y todavía no podía creer todo lo que estaba pasando.

El autobús tenía parada en la puerta de Varadero, bajó y contempló el enorme edificio. Era imponente y de él salía y entraba gente muy elegante, se sintió fuera de lugar. Observó las bolsas de los comercios donde había comprado esa gente, todas pertenecían a grandes firmas de lujo.

Llegaba temprano, por lo que decidió dar una vuelta por el jardín central de la galería principal, con el fin de calmarse un poco. Bordeando el jardín, se encontraban unas tiendas espectaculares. Todas tenían unos sobrios escaparates, mostrando algunos de los tesoros que guardaban en su interior. Se decidió a entrar en una de las tiendas de ropa. Allí encontró vestidos de Miguel Palacio, Amaya Arzuaga, Lorenzo Caprile... Temía tocarlos. En otro tiempo, solía asistir a celebraciones especiales con vestidos así. Pero parecía que aquellos recuerdos formaban parte de otra vida.

Salió de la tienda y paseó por el jardín. Hacía un día soleado y el cielo estaba despejado, como pudo observar a través del tragaluz de cristal, de una sola pieza, que hacía las veces de techo del Varadero.

Encontró un banco y se sentó frente a una cascada. Intentó respirar hondo. En realidad, no sabía qué hacía allí. Se resistió al impulso de salir corriendo, logró recomponerse y se puso a buscar el ascensor. Entró y pulsó el botón del último piso.

—Bueno —pensó—. Ya no te puedes echar atrás, así que cálmate e intenta no pifiarla.

Las puertas del ascensor se abrieron y dieron paso a una recepción elegante y moderna. Se acercó a la chica que se encontraba allí y le pidió amablemente que le indicara donde estaba el departamento de recursos humanos. Ella le preguntó su nombre y, cuando se lo dijo, se ofreció inmediatamente a acompañarla. Recorrieron un ancho pasillo y llegaron a una puerta entreabierta.

—Hola Gema, ya está aquí la señora Hidalgo.

—Muchas gracias, Rocío. Hazla pasar. ¿Nos puedes traer algo de beber?, ¿Le apetece alguna cosa? —le preguntó a Mónica solícita.

—Sí, agua, por favor. Muchas gracias.

—Perfecto, para mí un té rojo sin azúcar. Siéntese, señora Hidalgo. Mónica, ¿La puedo tutear?

—Sí, por supuesto, y ¿Usted es?

—Tiene razón, he olvidado presentarme. Me llamo Gema Martín, soy la jefa del departamento de recursos humanos de esta gran mole de lujo y diversión. Encantada de conocerla Mónica —afirmó mientras le daba la mano y tomaba asiento.

—Igualmente, Gema.

—Bueno, se estará preguntando qué tengo que ofrecerle Mónica. Iré directamente al grano: Necesitamos una relaciones públicas que se encargue de varios asuntos en el complejo.

—Bueno, yo todavía no he terminado la carrera.

—Sí, lo sé, pero no es problema. Además, eso estará arreglado en poco tiempo, forma parte de su contrato.

—¿Cómo? —Mónica no salía de su asombro y no podía disimularlo.

—Verá, déjeme exponerle todo lo que le ofrecemos y si tiene alguna duda, yo se la resuelvo cuando termine.

—Bien —accedió, intentando relajarse.

—La dirección del centro se ha tomado muchas molestias en elaborar un exhaustivo contrato con usted.

—Disculpe un momento, cuando dice la dirección del centro, ¿Se refiere a Daniel?

—Correcto, el señor Navarro ha elaborado personalmente todo el documento.

Mónica, a la que la cabeza le daba vueltas, asintió para que su interlocutora continuara.

—Como le decía, el Varadero quiere que sea su nueva relaciones públicas. Para ello, le ofrecemos un sueldo de cuatro mil euros mensuales, más pagas extras. Tendrá derecho a utilizar todas las instalaciones del centro gratuitamente, más una asignación personal con la que podrá adquirir ropa y complementos en nuestras tiendas, seguro médico para usted y toda su familia...

—Espere un momento, no he terminado la carrera y creo que todo esto es una locura, no tengo ninguna experiencia y no creo que esté preparada para ello. De verdad, lo que me ofrece es una barbaridad.

—Mire Mónica, la entiendo. Tiene usted razón en pensar que todo esto no es lo habitual. Pero escuche, el señor Navarro necesita rodearse de gente de confianza. En ciertos casos, los conocimientos se pueden adquirir y créame cuando le digo que usted tendrá opción de prepararse con los mejores, para poder realizar sus cometidos a la perfección. De hecho, deberá cumplir con un extenso programa de formación. Solo le quedan cuatro asignaturas para terminar su carrera, nos hemos tomado la libertad de matricularla y hablar con sus profesores. Puede terminar sus estudios online, solo tiene que ir dentro de cuatro meses a examinarse presencialmente. De aceptar el

puesto, tiene todos los apuntes y libros necesarios en su despacho. Obviamente, entendemos que necesitará tiempo de estudio. Por ello, durante los próximos cuatro meses, podrá disponer de las horas necesarias para ello en su horario laboral. Después, deberá cursar un máster que ha elegido la empresa y deberá perfeccionar su inglés. ¿Está dispuesta a ello?

Mónica miraba a Gema atónita. Temía que la sangre hubiera abandonado su cerebro y que, de un momento a otro, caería de bruces contra el suelo.

—¿Puedo pensarlo? —mientras se oía hablar, Mónica escuchaba como su sentido común le preguntaba: “¿Pero estás tonta?, ¿Qué leches tienes que pensar?” —.

Me gustaría leer tranquilamente el contrato —acertó a decir.

—Naturalmente. ¿Le parece bien que quedemos mañana para comer y me expone sus dudas?

—Sí, de acuerdo.

—Aquí tiene una copia del contrato y las condiciones. De aceptar, su relación contractual con el Varadero estará blindada durante diez años, con subidas salariales anuales, naturalmente.

—Sí, naturalmente —asintió Mónica, levantándose para coger los papeles.

—Ha sido un placer conocerla señora Hidalgo —le dijo Gema tendiéndole la mano.

—Igualmente —respondió Mónica estrechándose.

A Mónica nunca le había tocado la lotería ni premio alguno en un juego de azar, pero pensó que la sensación que tendrían los afortunados sería muy similar a la que experimentaba ella en aquel momento. Se acordó de las niñas y de todo lo que significaba aquello. No podía creerlo, con una sonrisa de oreja a oreja salió del ascensor...

Y allí estaba él, como hacía quince años, mirándola con sus ojos brillantes.

—Hola, Mónica, pareces muy contenta —la escrutó Daniel con su impertérrita sonrisa.

En toda su vida no había tenido un día como aquel y, por lo visto, las emociones fuertes no habían terminado.

—Hola, no sé si darte un abrazo o pegarte un puñetazo.

—Te agradecería que hicieses lo primero. Ven aquí —le pidió acogiendo entre sus brazos.

Se fundieron en un abrazo cargado de emociones. Por un momento, fue como si no hubiese pasado ni un solo día desde la última vez que observaron el atardecer, sobre la montaña del santuario. Mónica reprimió las ganas de llorar y se apartó.

—Gracias —consiguió decir al borde del llanto—. Muchas gracias por todo, pero no me lo merezco.

—No te equivoques, las gracias te las daré yo cuando aceptes. Mónica, tú te mereces eso y más.

—Tengo que hablar con mi marido antes de aceptar —farfulló Mónica.

—Lo comprendo, no te preocupes. ¿Puedo invitarte a un café?

—Sí, claro.

—Acompáñame.

Daniel llamó al ascensor e insertó una tarjeta en el lector, situado bajo el panel principal. El ascensor comenzó a elevarse y, en un breve espacio de tiempo, se abrieron las puertas y aparecieron en una especie de recibidor, que daba a un salón decorado en el mismo estilo que el resto del complejo, sobrio y moderno, pero sin renunciar a la calidez.

Era un espacio totalmente abierto, de unos doscientos metros cuadrados, que desembocaba en una terraza, de unos cien metros de superficie, con piscina, palmeras y sofás exteriores de piel blanca. El salón tenía tres sofás gigantes, dispuestos en forma de ‘u’, frente a una televisión de grandes dimensiones; y una mesa rectangular con unas veinte sillas alrededor y un centro de flores blancas enorme, todo en tonos marrones y beige claro.

La cocina también estaba integrada en el salón, con la única división de una isla con una encimera de mármol de gran grosor. En la isla, había ocho taburetes de piel y Daniel le señaló uno de ellos, invitándola a tomar asiento. Mónica, nunca había visto un domicilio tan lujoso como aquel

—¿Te apetece alguna clase de café en especial?

—No, la verdad es que prefiero un té, sin teína si puede ser. No necesito nada que me altere más, ¿Tienes? —preguntó con una risa nerviosa.

—Sí, tengo de todo —admitió riéndose—. No tienes que ponerte nerviosa. Estás conmigo.

—Ya veo, ¿Vives aquí? —preguntó Mónica volviendo la cabeza para mirar todo por segunda vez. El conjunto resultaba impresionante.

—De momento, sí.

—Es precioso —apuntó Mónica, mientras realizaba un intento por abarcar todo con la vista.

—Sí, mi tía Carmen contrató a un diseñador de interiores bastante bueno. Él y el arquitecto han hecho un trabajo formidable, todo el centro ha sido obra suya. Yo les dije que quería un apartamento en el ático y me encontré con esto. Desde luego, superó con creces todas mis expectativas.

—¡Vaya!, toda mi casa cabe en tu cocina.

—Si trabajas aquí podrías cambiar eso.

—Sí, supongo que sí. Es precioso. ¿Vives sólo? —se interesó Mónica, aquello era demasiado grande para que lo ocupara una sola persona.

—Sí, ya sabes lo que me gusta la soledad —repuso él guiñándole un ojo. Daniel sirvió minuciosamente los dos té y se sentó en un taburete frente a ella—. Cuéntame cómo estás, ¿Qué tal todo?

—Creo que mi vida es bastante aburrida en comparación con la tuya. No creo que sea normal pasar de poner copas en un garito a hacerse millonario. Así que eso, lo debería preguntar yo.

—Quince años dan para mucho, la vida da muchas vueltas.

—Sí, dímelo a mí —suspiró melancólica, mientras una sombra de tristeza se adueñaba de su rostro, por primera vez aquella tarde—. Creo, que tú tienes una idea aproximada de lo que es mi vida, tu empleada Gema, parecía saber bastantes cosas sobre mí.

—Sí, es muy eficaz. Se toma muy en serio su trabajo y suele investigar...

—¿Me habéis investigado? —lo interrumpió Mónica asombrada—. No sé cómo tomarme eso —se sinceró riendo.

—Se suele hacer con todas las personas que contratan, pero es verdad que contigo hemos sido bastante exhaustivos. Estaba preocupado por ti —confesó mirándola a los ojos.

—¿Por qué?

—Veras, sé que no lo has pasado bien y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que eso cambie. Mira, no me porté bien contigo. Te hice mucho daño y quiero que seas feliz. Te aprecio mucho, eres la mujer más buena e inteligente que conozco y creo que te mereces que las cosas te vayan bien.

A Mónica se le puso un nudo en la garganta y tuvo que esforzarse para reprimir sus ganas de llorar.

—Yo te lo agradezco, pero no tienes que hacerlo. Lo que pasó está más que olvidado. Éramos muy jóvenes y los engaños forman parte de la vida.

—Quiero hacerlo, solo te pido que aceptes. Tómatelo como una especie de intento de curar mi karma, en el fondo me estás haciendo un favor tú a mí —ambos rompieron a reír—. En serio, Mónica, acéptalo —le suplicó cogiéndole la mano.

Permanecieron en silencio, hasta que Mónica miró su reloj y, al fin, acertó a decir:

—Es muy tarde, tengo que irme. Mañana, vendré a comer con Gema, para darle una respuesta. Muchas gracias por todo, de verdad.

Mónica le dio dos besos a Daniel y puso rumbo al ascensor. Él, mientras, observaba como se cerraba la puerta. Pensó que lo más difícil ya estaba hecho, ella ya estaba a salvo, junto a él.

Cuando llegó a casa, las niñas estaban cenando. Ellas mismas se habían hecho unos bocadillos. Mónica las saludó afectuosamente, las besó, las abrazó y las volvió a besar, estaba radiante y feliz.

—¡Mamááá, suéltame que me apretujas! —se quejó Elena.

—¿Ya nos vas a contar por qué estás tan contenta? —preguntó Claudia con curiosidad.

—¡Sííí, mamá!, cuéntanos por fa —le exigió Carolina mientras se encaramaba a su cuello.

—Esperar un poquito, voy a hablar un momento con papá y ahora os cuento.

Ángel observaba la escena desde la puerta de la cocina con gesto serio, Mónica se dirigió hacia él y lo besó. Él permaneció quieto.

—Ven, tenemos que hablar —le pidió Mónica, sin poder parar de sonreír. Fue hacia su dormitorio, cerró la puerta tras de sí y le entregó a Ángel el contrato—. No te puedes ni imaginar lo que me han ofrecido, amor. Es una locura, pero esto va a cambiar nuestra vida —anunció entusiasmada—. Mañana tengo que contestarles.

Ángel empezó a leer con los ojos muy abiertos y preguntó:

—¿Es una broma?

—No, va muy en serio —afirmó orgullosa.

—Pero Mónica, tú no estás preparada para esto —le recriminó.

—Me están dando todas las facilidades del mundo para terminar de formarme y, mientras, voy a ganar mucho dinero —explicó algo ofendida.

—Pero, ¿Por qué precisamente tú? Ni siquiera das el perfil

—¿A qué te refieres?, me queda muy poco para terminar la carrera. Cuando la dejé por las niñas, quedamos en que la acabaría cuando tuviera oportunidad, y aquí está. Voy a esforzarme muchísimo, siempre he sacado muy buenas notas. Es verdad que hace mucho que lo dejé, pero voy a poner todo mi empeño. Además, las niñas ya se han hecho mayores, ya no me necesitan tanto y son muy responsables.

—No es solo la carrera, tú no encajas allí. No sé por qué te ofrecen esto, la verdad.

—¿Qué es lo que piensas?, ¿Qué no soy lo suficientemente lista?, ¿Qué no soy lo suficientemente guapa?, ¿Qué no estoy lo suficientemente delgada? —respondió elevando el tono airada, a punto de gritar por la indignación.

—No, tú no eres igual que ellos, y no entiendo el interés de ese gilipollas en que trabajes allí.

—Puede que vea algo más en mí que una fregona, exhausta y frustrada —dijo Mónica con lágrimas en los ojos—. No me esperaba esto de ti, yo te he apoyado siempre y he estado a tu lado sin reproches. Hemos luchado mucho y lo hemos pasado muy mal, no entiendo a qué viene tu actitud —se lamentó sentándose en la cama sin fuerzas, permitiendo que la frustración dejara paso a la amargura.

Ángel la contempló un segundo, cerró la puerta de un portazo y se fue de casa. Las niñas corrieron a ver a su madre, que no podía parar de llorar. No quería que la viesen así, pero no podía evitarlo. Las tres la abrazaron muy fuerte y se quedaron consolándola. Cuando por fin se hubo calmado, realizó un esfuerzo para esbozar una sonrisa tranquilizadora y las besó.

—Mamá, ¿Qué es lo que está pasando? —preguntó Claudia preocupada.

—Creo que os debo una explicación, chicas —dijo sonándose la nariz—. No pasa nada malo, no os preocupéis, papá y yo hemos discutido, pero lo arreglaremos. Me han ofrecido un trabajo nuevo.

—¿Por eso estabas tan guapa y tan contenta? —se interesó Elena.

—Sí, cariño, por eso me he ido esta tarde.

—Entonces, ¿Ya no vas a limpiar más? —indagó Carolina.

—No lo sé, cariño, ahora mismo no lo sé —le contestó Mónica acariciándole suavemente el pelo.

—Creo que si vas a estar contenta y guapa en el trabajo nuevo, todo está bien —sentenció Elena.

A lo que Mónica repuso con dulzura:

—Sí, cariño, eso mismo pienso yo. Bueno, chicas se ha hecho tardísimo y mañana hay cole, así que como dice el abuelo...

—Cada mochuelo a su olivo —completaron al unísono las tres niñas.

—Eso es, lavaos los dientes y a la cama. Enseguida voy a daros un beso de buenas noches.

Las niñas se durmieron y Mónica permaneció tumbada en la cama, mirando el techo, que empezaba a desconcharse por la humedad. No tenía fuerzas para nada, ni siquiera para pensar. Transcurrieron unos minutos y se quedó dormida. A las tres horas, se despertó para taparse y comprobó que Ángel no estaba. Tanto daba, había tomado una decisión en firme. Cerró los ojos satisfecha y volvió a quedarse profundamente dormida de inmediato.

Cuando se despertó por la mañana, su marido dormía a su lado. Se levantó y fue a ducharse, recogió algunas cosas que había desordenadas y preparó el desayuno para todos. Tras esto, despertó a las niñas y jugó con ellas un rato a comérselas a besos.

Mientras las cuatro desayunaban, Ángel hizo acto de presencia.

—Hola, buenos días —saludó Mónica con acritud.

—Buenos días —respondió él, ¿Necesitas que lleve a las niñas al colegio?

—No, no es necesario. Tengo algunas cosas que hacer, lo haré yo. Pero sí

necesito que las recojas del colegio y las lleves a casa de mis padres a comer, ya he hablado con mi madre.

—Vaya, supongo que ahora eres una mujer muy ocupada —apuntó Ángel escrutando a su esposa con la mirada llena cinismo.

—Oye, papá ¿Sabes que mamá tiene un trabajo nuevo? —intervino Elena sonriente—. Ya no va a limpiar más.

—Sí, mi vida, lo sé —le respondió Ángel acariciando el pelo de la pequeña antes de marcharse.

Mónica fue tras él, Ángel se dio la vuelta y le increpó:

—Veo que ya has tomado una decisión, ¿No es así?

—Sí, pero no tiene nada que ver contigo, ni con nadie más. Lo hago por mis hijas y por mí. Mira, yo he estado contigo en tiempos muy duros, he renunciado a muchas cosas y no me he arrepentido nunca, pero esto va a cambiar la vida de las niñas y no voy a rechazarlo. Así que tendrás que confiar en mí.

—Ya, lo tienes todo decidido.

—Necesito tu apoyo. De verdad, quiero que hagamos esto juntos, y creo que es lo mejor para todos.

—¿Lo mejor para todos o para ti?

—He consagrado los últimos doce años de mi vida a esta familia. He trabajado, como nunca pensé que lo haría y me he esforzado cada día en ser mejor persona, esposa y madre. Solo te estoy pidiendo que me des un voto de confianza y que me apoyes en esto.

—Muy bien, hazlo, pero luego no te quejes si no estás a la altura.

—Me voy al colegio, no quiero que las niñas lleguen tarde —replicó Mónica con un nudo en la garganta, consciente de que debía cortar aquella conversación o se vendría abajo.

Mónica dejó a las niñas en el colegio y buscó a una chica a la que conocía, tenía un niño y también limpiaba casas por horas. Le comentó que había encontrado trabajo y que tenía que dejar las casas que estaba limpiando, por lo que había pensado en ella para que la sustituyera. La muchacha recibió encantada la propuesta y tomaron un café juntas, que aprovecharon para que Mónica le explicara los pormenores de cada uno de los domicilios, a cuyos dueños llamaría más tarde, para disculparse y ponerlos en contacto con la nueva limpiadora.

De camino a casa, pasó por una inmobiliaria. En el escaparate, se ofertaban algunas propiedades en alquiler. Todavía no estaba preparada para comprar una vivienda, recordaba el dolor lacerante que le produjo la pérdida de su antigua casa, cuando el banco la embargó. Odiaba profundamente el piso viejo y frío en el que vivían ahora. Estaba resuelta a ponerlo todo patas arriba, iba a exprimir al máximo esta oportunidad y haría que la vida de sus hijas fuese mucho mejor.

Vio un dúplex en una urbanización con piscina y zonas comunes, cerca de la casa de sus padres, y tomó nota mental de todos los detalles. Tendría que comentarlo con Ángel. No sabía como lo haría, pero tenía que implicarlo en sus proyectos e ilusionarlo, como estaba ella. De no ser así, todo aquello no funcionaría. Regresó a casa y se preparó para ir a comer a Varadero con Gema.

Cada vez que traspasaba el umbral de Varadero, encontraba nuevos detalles que la sorprendían. No sabía decir a qué se debía exactamente, pero aquel era un lugar donde reinaba la armonía y todo invitaba a sentirse bien.

Ya fuera por sus colores, el sonido del agua al correr, la música de fondo, el olor que desprendían las flores o por la conjunción de todos ellos, parecía que la ciudad quedaba a kilómetros de distancia, cuando en realidad estaba a tan solo unos pasos.

Subió al restaurante empleando las escaleras mecánicas y, a medida que ascendía, observó cómo ante ella se abría paulatinamente el majestuoso espacio, en el que cada tienda, cada árbol, cada luz, estaban diseñados para formar parte de una composición mágica.

Cuando entró en el restaurante, la acompañaron a una mesa situada en uno de los balcones superiores. Desde allí, se podía vislumbrar la totalidad del local y apreciar su magnificencia, presidido por la inmensa fotografía de su lugar favorito. Se quedó observándola con detenimiento, era el atardecer que tantas veces había visto. Ya no se acordaba de la última vez que había subido al santuario y se prometió así misma que tenía que volver lo antes posible, lo echaba de menos. Mientras observaba la composición, cayó en la cuenta de que algunas construcciones nuevas modificaban la vista que ella recordaba, sentía auténtica curiosidad por regresar y comprobar por ella misma cómo era la vista actual desde *su roca*.

—Buenas tardes, señora Hidalgo. Lamento haberme retrasado —se disculpó Gema, acercándose a saludarla.

—Hola, no te preocupes, pero llámame Mónica, a partir de ahora, trabajaremos juntas —saludó Mónica satisfecha.

—Me alegra enormemente que hayas aceptado nuestra propuesta Mónica. Estoy convencida de que no te arrepentirás.

—Eso espero —expresó Mónica estrechándole la mano—. Para mí es todo un reto.

—Vamos a comer, tengo que ponerte al corriente sobre muchas cosas que te hemos preparado. Luego, iremos a ver tu despacho.

—De acuerdo —accedió Mónica feliz.

Pidieron una comida ligera, de la que dieron cuenta mientras Gema detallaba a Mónica cuáles serían sus funciones durante los próximos meses. La formación era prioritaria. Tendría varias horas de estudio al día y una hora complementaria de Inglés. Debía conocer las instalaciones del complejo y sus ofertas al público, por lo que pasaría también unas horas en el gimnasio y en el spa. Además, al día siguiente, su ayudante la acompañaría a comprar ropa y todo lo necesario. Mónica miraba a Gema, mientras ésta le explicaba todo, como si fuese su hada madrina, dispuesta a hacer realidad todos sus deseos y rogó en silencio, para que todo aquello no fuese un sueño.

—Bueno, si estás lista, vamos a ver tu despacho y te presento a tu ayudante —propuso Gema levantándose.

—Por supuesto.

Cogieron un ascensor y fueron a la planta donde se encontraban las oficinas. Atravesaron la recepción, dejaron atrás varios departamentos y una sala de reuniones imponente hasta que, al final del pasillo, se encontraron con tres puertas.

—Estos son los despachos de la dirección —comentó Gema—. El del señor Navarro, el de la subdirectora del Varadero y el tuyo.

Mónica pensaba que ya nada de todo aquello podía sorprenderla, pero se equivocaba. Cuando traspasó el umbral de su nuevo despacho, el alma se le cayó a los pies. Era precioso, enorme y muy luminoso. La pared del fondo estaba formada por completo de cristal y, justo en la entrada, había dos sofás de Patricia Urquiola, en piel blanca, con una mesa de centro de la misma diseñadora. Una lámpara de pie con estructura en tripode completaba el conjunto. La pared de la derecha estaba cubierta con una estantería blanca y aunque no había muchos muebles, todo era muy funcional. Una alfombra de Nani Marquina, hecha de hilos de lana en forma de espiral, reportaba al espacio una gran calidez. Si a ella le hubieran dado la oportunidad de elegir la decoración, no habría podido encontrar nada mejor.

Se acercó al imponente escritorio, que en ese momento, solo contaba con un jarrón con unas preciosas rosas blancas, y pudo observar cómo en el lateral izquierdo había una puerta que daba a un pequeño vestidor en forma de pasillo y que, a su vez, servía de acceso a un baño con todo lujo de detalles: Una ducha efecto lluvia con mampara de cristal, un enorme lavabo al aire, azulejos en relieve color arena... Mónica tuvo la certeza de que trabajar allí iba a resultar maravilloso. De hecho, le daban ganas de quedarse a vivir. Cuando salió de nuevo al despacho, junto a Gema había una chica rubia, de unos treinta años.

—Buenas tardes, señora Hidalgo. Soy Llanos, su nueva ayudante.

—Hola Llanos, encantada. Llámame Mónica.

—Bueno, yo me marchó que tengo mucho trabajo —se excusó Gema. Cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde encontrarme. Espero que disfrutes mucho aquí.

—Muchas gracias por todo, Gema. Ha sido un placer conocerte.

—El placer ha sido mío —repuso Gema marchándose.

—Mónica, ya tengo preparado el horario de mañana. ¿Te parece bien que empecemos sobre las nueve y media? Así podrás llevar a tus hijas al colegio.

—Sí, claro. Llanos, ¿Tú tienes niños?

—Sí, dos chicos.

—Bien, quiero que te pongas el horario, según tus necesidades y las de los pequeños. Si tienes que salir por cualquier motivo, no te preocupes, cuenta con ello. Espero que tú también puedas llevarlos al colegio, para mí es muy importante facilitarte la conciliación familiar, y ya estudiaremos como recuperar las horas de trabajo.

—Muchas gracias, Mónica —agradeció Llanos un tanto sorprendida, mientras se decía así misma, que si ésta iba a ser la tónica habitual con su jefa, estaría encantada de trabajar con ella—. Si no necesitas nada más, me marchó. Mañana vendré a recogerte, para empezar.

—Muy bien Llanos, gracias por todo —se despidió Mónica.

Llanos cerró la puerta del despacho y Mónica se quedó en medio parada, sin saber qué hacer. Se encaminó a la estantería, allí había libros sobre Marketing y Publicidad, apuntes de las asignaturas que tenía pendientes y catálogos y revistas de productos exclusivos, que nunca había visto. Cogió uno y se sentó en el escritorio a echarle un vistazo. Se sentía un poco rara allí, por lo que agradeció que en aquel momento llamaran a la puerta.

—Sí, adelante.

—Hola, vengo a agradecerte que hayas aceptado el puesto —saludó Daniel.

—Más que un trabajo, es como si me hubiese encontrado con el genio de la lámpara —replicó Mónica sonriendo—. La que tendría que dar las gracias soy yo, en todo caso. Todo esto es demasiado, podrías tener al mejor del mundo y, en vez de eso, vas a contar con una pardilla principiante y sin formación.

—No has cambiado nada —afirmó Daniel con los ojos iluminados por la emoción—. Para empezar, me gustaría que dejaras de infravalorarte, a mucha gente les puede parecer una pose y molestarse. Escucha, estás aquí, porque confío en ti. Te conozco y sé que vas a ser la mejor, no conozco a nadie con tanta determinación como tú. Sabes tan bien como yo que vas a conseguir lo que te propongas y no tengo dudas de que te esforzaras. No quiero que vuelvas a darme las gracias por nada. A partir de ahora, trabajaremos juntos para que todo esto funcione —le explicó mientras con su mano señalaba el edificio.

—De acuerdo.

—¿Puedo invitarte a un té y me cuentas qué te ha parecido tu ayudante?

—No, se ha hecho tarde y tengo que ir a casa. Además, tengo que darme prisa si quiero coger el autobús —dijo comprobando la hora en su reloj.

—Pero Mónica, ¿Es que no has leído nada del contrato que has firmado? —preguntó malicioso—. Tienes un coche de empresa a tú disposición.

—Bueno, pensaba que era solo para cuando estaba trabajando, por si tenía que desplazarme.

—Eso también, pero es para tu uso personal. La empresa paga todos los gastos y tú lo disfrutas.

—Es demasiado, no me sentiría cómoda aceptándolo.

—Tómalo como una orden de la dirección —dijo él jactancioso—. ¿Quieres verlo?

—Sí... ¿Pero y si lo rozo? —repuso Mónica azorada—. Es mucha responsabilidad.

—Tiene seguro a todo riesgo, no pongas más excusas. Venga, vamos a verlo.

Bajaron juntos al garaje y Daniel le enseñó un Audi Q7 blanco enorme.

—Este es tu nuevo coche y ésta es tu plaza de garaje.

Mónica miro atónita el coche, era demasiado grande. En ese momento, estaba bastante preocupada preguntándose dónde se suponía que iba a aparcar aquella mole.

—Lo siento, pero es demasiado grande Daniel. Yo no voy a poder aparcar esto en ningún sitio.

—Solo tienes que ir del garaje de tu casa a éste, tampoco veo mayor problema.

—En estos momentos no tenemos garaje.

—Ya, pero supongo que ahora eso cambiara. ¿No es cierto?

—Sí, ya he pensado en que nos mudemos. Pero todo está pasando muy deprisa, da vértigo, tengo que hablar con Ángel.

—Tu marido.

—Sí.

—Estará encantado con tu nueva situación, ¿No? —le preguntó perspicaz.

—Sí, bueno... —comenzó Mónica, mientras pensaba en Ángel y se planteaba cómo se iba a tomar todo aquello—. Creo que lo mejor será dejarlo aquí, de momento, por lo menos hasta que tenga un garaje donde meterlo, si te parece —casi le imploró a Daniel.

—Vale, pero entonces déjame que te lleve a casa.

—No, de verdad que no. Me voy en autobús, que está a punto de pasar.

—Anda, haz el favor de subir. Después de todo, es tu coche —le pidió él.

El interior era muy espacioso, diseñado sin dejar ningún detalle al azar y equipado hasta el mínimo detalle, para hacer de la conducción un placer para los más sibaritas. De su tapicería, de piel gris oscura, se desprendía un reconfortante aroma a nuevo. Daniel subió en el asiento del conductor y arrancó, el vehículo era muy silencioso y se movía entre el tráfico con gran agilidad. Mónica le explicó donde vivía, aunque Daniel ya lo sabía.

—Daniel, te has pasado la calle —le advirtió Mónica mirando hacia atrás.

—Vamos a hacer una parada antes. Tengo una cosa que enseñarte.

Permanecieron el resto del trayecto en silencio, pero conforme avanzaban, Mónica se percató sobre el destino hacia el que la conducía. El coche se paró junto al santuario. Era justo la hora del atardecer.

—Mira, no ha cambiado nada. Salvo algunos edificios nuevos, todo está exactamente igual —subrayó Daniel mirándola.

Mónica recordó la última vez que había estado allí con él. El día que resolvió marcharse y dejarlo atrás, porque no podía soportar tanto sufrimiento. Ahora, después de tantos años y todo lo que había vivido, le parecía una nimiedad, quizás todo hubiese ocurrido por la inmadurez de ambos. Debían olvidarlo y centrarse en el futuro.

—No, Daniel, ya nada es igual; y es algo que tenemos que dejar claro desde ahora mismo —aseveró ella mirándole a los ojos—. Si vamos a trabajar juntos, no puedes hacer cosas así. A partir de hoy, eres mi jefe, pero nada más. Yo estoy casada y soy muy feliz. Por encima de todo, está mi familia. Quiero que eso lo sepas desde el principio y no voy a hacer nunca nada que la ponga en peligro. Si tú pretendes otra cosa, ahora mismo rompemos el contrato y renuncio a todo. Sin rencores, ya no somos ningunos críos y no quiero jugar con los sentimientos de nadie. Ahora, soy madre y tengo muchas responsabilidades.

—Perdona, no era mi intención incomodarte —se lamentó Daniel.

—No tienes porqué disculparte, pero quiero que comprendas mi postura. Para mí, es muy importante que quede todo claro antes de empezar.

—Está claro, no tienes de que preocuparte. Yo solo quiero que seas feliz —le aseguró Daniel mirando el volante y arrancando el coche con la mandíbula apretada.

Cuando Mónica llegó a casa, las niñas estaban estudiando. Las besó y procuró no molestarlas. Fue a buscar a Ángel, puesto que tenían mucho de que hablar. Él la estaba esperando en el salón.

—Perdona, he sido un tonto —se disculpó nada más verla.

—No, no te disculpes. Ha sido todo muy extraño, aún pienso que estoy soñando —respondió Mónica, aliviada de no tener que iniciar otra discusión.

—He reaccionado muy mal, debí haberte apoyado. No te merecías que te tratara así. No he sabido encajar muy bien lo ocurrido, pero lo he estado meditando y quiero que sepas, que intentaré cambiar de actitud. A partir de ahora, estoy contigo.

Mónica se lanzó a abrazarlo con todas sus fuerzas, sin poder reprimir unas lágrimas de alegría y gratitud. Mientras, Ángel la acogía entre sus brazos, sin intención de soltarla.

—Gracias, gracias de verdad. Significa mucho para mí que me apoyes en todo esto —se sinceró Mónica apoyada contra su pecho—. Va a salir todo estupendamente.

Mónica acarició su mejilla y lo besó. En ese momento, irrumpió Elena y se fundió en un abrazo con sus padres. Mónica sintió una felicidad completa.

—Bueno —intervino Mónica, secándose las lágrimas con la manga—. Voy a pedir que nos traigan unas pizzas. Tenemos mucho que celebrar.

—¡Síííí! —gritó Elena entusiasmada—. Voy a decírselo a Carolina y a Claudia —anunció echando a correr.

Había llegado el momento. Mónica debía afrontar su primer día de trabajo en Varadero. Subió a su despacho e, instantes después, apareció Llanos, su ayudante.

—Buenos días, Mónica. Tenemos muchas cosas que hacer —la apremió—. Abajo te han preparado algunas prendas para tu nuevo vestuario. Por supuesto, solo si te gustan y te sientes cómoda con ellas. Ropa de trabajo, para reuniones y eventos; deportiva, para el gimnasio; y algunas cosas para el spa. Te pueden llevar lo que quieras a casa y lo demás, pueden subirlo aquí. Si quieres, podemos bajar a verlo.

—Hola, buenos días Llanos —saludó Mónica. Todavía no se había acostumbrado a la nueva situación, pero cada vez le gustaba más, aunque no conseguía dejar de sentirse como en el interior de una burbuja—. Voy donde me digas.

Bajaron a la primera planta y entraron a una de las boutiques. En la puerta, un joven le tendió la mano.

—Buenos días, señora Hidalgo. Soy Ernesto, su *personal shopper* —se presentó el muchacho—. Encantado de conocerla.

—Igualmente.

—Antes de comenzar, me gustaría que me contarás cuáles son sus preferencias a la hora de vestir y las cosas que no le gustan. Creo que no le gustaría tener que ir disfrazada, es muy importante para mí respetar su estilo. Yo, solo estoy aquí para pulirlo y mejorarlo. La imagen del Varadero es muy importante para nosotros y usted nos va a representar. Es mi responsabilidad que vaya impecable.

—Siempre me han gustado las cosas cómodas. A veces, hasta me cuesta ponerme una camisa. No suelo ponerme faldas y estoy acostumbrada a ir sin tacón. Aunque es verdad que pienso, que con tacones casi todo queda mejor y podría hacer un esfuerzo.

—Cierto, deberá hacer un esfuerzo. Va a ser usted una poderosa ejecutiva, no puede ir por ahí como si fuese al campo a coger setas.

Mónica intentó obviar el comentario para no echarse a reír.

—En cuanto a colores, siempre me decanto por colores neutros y odio los estampados. No se me da muy bien combinar la ropa, por lo que no arriesgo con prendas atrevidas. Me temo que vistiendo soy bastante aburrida.

—Está bien, entiendo, no va a ser fácil... Una mujer sosa y poco arriesgada. ¿Talla?

Algo en el tono de Ernesto, tenía la virtud de suavizar sus ácidas críticas. A Mónica, le cayó bien. Era muy observador y estaba claro que, en el fondo, llevaba toda la razón.

—Uso un treinta y nueve de pié y casi siempre he usado la talla treinta y ocho de ropa. Pero creo que ahora mismo es más una cuarenta o cuarenta y dos —se avergonzó.

—Sí, de eso no hay duda —subrayó Ernesto mirándola de arriba abajo. Estoy seguro que, con un poco de esfuerzo, conseguirá volver a su talla. Espere aquí.

Ernesto era bajito, muy delgado y tremendamente elegante. Una de esas personas que rezuman clase por los cuatro costados. Lo vieron hacer unas llamadas por teléfono e ir y venir de un lado a otro de la tienda, cogiendo chaquetas, abrigos, pantalones... Poco después, dos chicas llegaron cargadas de zapatos y bolsos.

—Bien, vamos al probador —ordenó Ernesto con tono profesional—. ¿Le importa que la ayude con la ropa? Así iremos más deprisa. No se preocupe, en usted solo veo un maniquí que tengo que vestir. Pero si la violenta, esperaré fuera.

—No, tranquilo, no me importa. Adelante.

El probador era en realidad una sala aparte, con sillones y múltiples espejos, donde las clientas podían mirarse desde todos los ángulos posibles. Desgraciadamente para Mónica, no había dónde ocultarse. Se puso ante uno de los espejo y fue consciente de los estragos que el tiempo había operado en su figura, a lo que se sumaban las secuelas de la maternidad y las consecuencias de haber abandonado el ejercicio. Como resultado, su cuerpo en nada se parecía al de otras épocas.

—Habrà que hacer algo también con la ropa interior —intervino Ernesto con tono profesional—. No se ofenda, pero esa que lleva no la favorece nada. Parece que se la ha comprado en un mercadillo.

—Sí, ya veo —reconoció Mónica sin poder parar de reír, porque en realidad la había comprado en el mercadillo. Aquella situación le provocaba muchísima vergüenza y la superaba, por lo que decidió tomársela con humor.

—Usted confíe en mí y cuando salga de aquí estará impecable —la tranquilizó Ernesto—. Vamos a empezar por lo que más me gusta, los vestidos de noche. Aquí nos priva organizar fiestas, así que necesitará unos cuantos. Mire, pruébese estos diseños de Juanjo Oliva. Este coral le favorecerá mucho, es de la colección de primavera del año pasado, pero le va a sentar muy bien.

Mónica se probó obedientemente todo lo que le llevaba Ernesto, que había comprendido a la perfección cuáles eran sus gustos y preferencias. Todas las prendas le sentaban como un guante y se sentía tan cómoda como segura con ellas. Ernesto elegía los zapatos con un poco de tacón, pues odiaba, tal y como explicó vehementemente, los zapatos planos. Se probó ropa para trabajar de Adolfo Domínguez y Purificación García, vestidos increíbles de noche de Dolores Promesas y Patricia Avendaño, prendas que últimamente solo podía admirar en las revistas y que ahora, formarían parte de su vestuario.

Aquello superaba todas sus expectativas, se sentía abrumada. Ernesto, tras pedirle opinión, elegía lo que se quedaban y lo que finalmente devolverían a los estantes de las tiendas. Tardaron tres horas en renovar por completo su armario, eligiendo su ropa de trabajo, de fiesta y hasta las prendas que usaría para hacer deporte en el gimnasio.

Mónica debía probar todas y cada una de las instalaciones del complejo, lo que incluía los tratamientos del centro de belleza y disfrutar de la peluquería, instalada junto a él.

Llanos acompañó a Mónica hasta el gimnasio. Allí le presentó a su nueva entrenadora personal, una chica bastante seria. Hablaron sobre la rutina que llevaría a partir del día siguiente, que incluía ejercicios cardiovasculares, los favoritos de Mónica, y de otras disciplinas como Pilates y Yoga, que en principio no la entusiasmaron demasiado. Realizaría un entrenamiento diario de una hora y media, hasta conseguir los objetivos marcados. Una vez superados, el entrenamiento se reduciría a una hora diaria. Su entrenadora le dio unas pautas alimentarias y le subrayó con severidad la importancia de la constancia y el esfuerzo. Mónica se dio cuenta que era una persona bastante exigente y que no le toleraría que se relajara, lo que le vendría de perlas. Todo aquello iba a cambiarla, en todos los sentidos. La vida le servía una nueva oportunidad en bandeja de plata, y pensaba aprovecharla al máximo.

Cuando salieron, era la hora de comer. Pasaron por la cafetería, que tenía instaladas mesas en el jardín interior. Se sentaron en una de ellas, con dos ensaladas de salmón entre ambas. No disponían de mucho tiempo antes de ir al spa. Mientras comían, Mónica y Llanos charlaron sobre lo que suponía la crianza de los niños y lo difícil que resultaba la conciliación laboral y familiar. Ellas estaban satisfechas con sus familias, pero coincidían en que acarreaban demasiado trabajo, reduciendo el tiempo que podían dedicarse a ellas mismas a la mínima expresión.

Mónica se sinceró con Llanos y le confesó que aquel trabajo era como un regalo caído del cielo, su ayudante le comentó que estaba al tanto de los por menores, recomendándole que no podía infravalorarse, pues hoy en día la confianza era un valor en alza, que no era fácil de encontrar. Precisamente, lo que la dirección buscaba, y le explicó que Varadero era una empresa ambiciosa en vías de expansión, pero en la que todos sus trabajadores se sentían como si formasen parte de una gran familia, gracias a las políticas de la empresa con sus empleados. Los trabajadores tenían voz y voto en la toma de decisiones y percibían a Varadero como algo propio, por lo que estaban orgullosos de luchar y esforzarse. La filosofía de Varadero, le expuso Llanos, no era otra que si todo iba bien, todos ganaban, y eso se veía reflejado en las retribuciones del personal. Concluyeron la comida y se encaminaron prestas al spa y centro de belleza.

En el spa, se respiraba paz y armonía. Hasta el mínimo detalle de sus instalaciones invitaba a la relajación. Se anunciaron en la recepción y, diligentemente, salió una mujer menuda a su encuentro.

—Buenas tardes, soy Rocío, la encargada del Spa. Usted debe ser la nueva relaciones públicas, ¿No es así? —preguntó la mujer clavando sus ojos en ella.

—Sí, Mónica Hidalgo. Encantada.

—Acompáñeme —la invitó, acercándose demasiado a su cara para estudiarla—. Necesita urgentemente una oxigenoterapia y unas inyecciones de vitamina. Usted no es muy asidua a los tratamientos de belleza, ¿Verdad? —afirmó con cierta ironía.

—No, lo cierto es que no —repuso Mónica avergonzada.

—Eso vamos a tener que cambiarlo —afirmó Rocío, estudiando sus facciones—. Tampoco parece que tenga una rutina de cuidado facial muy diligente.

—No suelo tener mucho tiempo —se disculpó Mónica—. Pero tiene razón, no soy muy constante y muchos días, incluso, se me pasa echarme crema.

—Eso debemos arreglarlo. Es una barbaridad, pero todavía no hay nada que no se pueda reparar. En unos meses, no parecerá usted la misma, pero ha de seguir unas pautas y, además de venir cuando le digamos, aplicarse algunos productos en casa. Bien, pase con mi ayudante y cámbiese. Lo mejor es empezar cuanto antes, tenemos mucho trabajo.

Mónica se sentía como si su profesora del colegio le hubiese reñido por no hacer los deberes en casa. Pasó al vestuario y se puso obedientemente una toalla por todo atuendo. En unos segundos, tenía a Rocío junto a ella.

—Vamos a eliminar el vello corporal con láser. Le haremos varios tratamientos faciales y corporales con colágeno, ácido hialurónico, coenzima Q10 y algunos componentes activos vegetales. También la someteremos a tratamientos reductores, todo, con la mejor tecnología del mercado. No tardará mucho tiempo en notar los resultados, está en las mejores manos. Ahora, nuestro médico especialista en estética le hará un reconocimiento y después nos pondremos manos a la obra con una limpieza en profundidad con ozono. Cuando termine, la estaré esperando para darle los cosméticos que debe utilizar a partir de ahora. También debe tomar un comprimido de Astaxantina al día, un antioxidante muy potente que la ayudará a retrasar el envejecimiento celular.

—Bien —titubeó Mónica apabullada, no había entendido ni la mitad de las explicaciones de Rocío. Tenía claro que debía ponerse al día en todo aquello, no quería decepcionar a nadie.

Tras dos horas en el spa, Mónica subió a su despacho, donde Llanos ya la esperaba, acompañada por su nuevo tutor académico y otra joven, que se convertiría en su profesora de Inglés. Una chica pelirroja y con el rostro cubierto de pecas. El arquetipo de una joven británica, pensó Mónica para sí misma.

Ya había anochecido, cuando Mónica salió a coger el autobús. Se fue a casa bastante cansada. Todo aquello era maravilloso, pero no iba a tener mucho tiempo libre y echaba mucho de menos a las niñas. Cuando llegó a casa, estaban poniendo la mesa para la cena. Su madre estaba preparando pasta y todas la recibieron efusivamente.

—Pero hija, ¡Qué guapa estas! —la elogió su madre, nada más verla.

—Gracias mamá, estoy muy feliz —respondió Mónica, sonriendo mientras la abrazaba.

—¡Guau! —intervino Elena—. Mamá estás maravillosa, esa ropa nueva es una pasada y te brilla la cara.

—Hija, han traído decenas de bolsas esta tarde de Varadero —apuntó su madre inquisitivamente—. Todo parece muy caro.

—Sí, mamá. Tengo que explicarte lo del nuevo trabajo, pero mejor, vamos a sentarnos a cenar. Estoy muerta de hambre y no es muy fácil de digerir lo que te voy a contar, mejor que te pille sentada.

Mientras cenaban, las niñas le detallaron todo lo que habían hecho durante el día, los deberes, los chismorreos del colegio, las fotos que habían conseguido de One Direction... Cuando las niñas concluyeron de relatar su jornada, provocando las risas de su madre y su abuela, Mónica las mandó a ver la televisión, para quedarse a

solas con su madre y explicarle el conjunto de acontecimientos que, durante la última semana, habían puesto del revés su vida. Su madre no daba crédito, aquello era increíble. Una vez procesado todo y superada la sorpresa inicial, un gesto severo se adueñó de su semblante.

—Pero Mónica, ¿Tú sabes dónde te estás metiendo? No seas ingenua, ese chico ya te hizo mucho daño una vez. Tanto, que te marchaste. ¿Estás segura de lo que haces? Realmente, es una oportunidad única... Pero no sé, es todo muy raro —le advirtió la mujer.

—Lo sé mamá, no creas que no lo he pensado. Pero quiero una vida mejor para mis hijas y también para mí, no quiero ser limpiadora el resto de mi vida. Sabes que siempre he sacado muy buenas notas y me voy a esforzar al máximo para hacer esto lo mejor posible. Me lo debo, es una segunda oportunidad. En cuanto a Daniel... Tienes razón. Es verdad que una vez me rompió el corazón, pero yo ya no soy la misma, he cambiado y, por encima de todo, sabes que está mi familia. Quiero a Ángel, he aprendido a amarlo con sus virtudes y sus defectos. Hemos pasado por momentos muy duros y hemos permanecido juntos. Esto es solo una oportunidad para un futuro mejor. He hablado con Daniel, lo hemos dejado todo muy claro, vamos a ser compañeros de trabajo, nada más.

—Veo que lo tienes muy meditado. Mónica estoy muy orgullosa de ti, sé que vas a conseguir todo lo que te propongas. Sabes que puedes contar conmigo para cuidar a las niñas, pero te advierto una cosa, a ciertas edades es muy complicado que una mujer y un hombre sean íntimos amigos, porque siempre hay alguno de los dos, o ambos, que acaban queriendo algo más.

—Mamá no te preocupes, de verdad, va a salir todo bien. Ahora, gano bastante dinero —dijo intentando cambiar de tema—. He pensado en alquilar un dúplex muy cerca de vuestra casa. Pero antes tengo que hablar con Ángel, le está costando un poco asimilar los nuevos cambios, lo que es bastante comprensible. Quiero ir despacio, para no agobiarlo, pero creo que a todos nos vendrá bien la mudanza. Esto es claustrofóbico, me gustaría que cada niña tuviese un cuarto propio en vez de dormir todas apiñadas en una habitación. También dispone de zonas comunes, piscina y jardín. Así, este verano las niñas no pasarán tanto calor.

Su madre la miró con ternura. En sus ojos también había un atisbo de preocupación, pero abrazó muy fuerte a su hija y le dijo que todo saldría bien.

Cuando su madre se hubo marchado, Mónica se puso a recoger la cocina. Le dejó a Ángel algo de pasta en el microondas y fue al dormitorio, donde se encontraban todas las bolsas del Varadero. Cogió toda su ropa vieja y la preparó para donarla. Aún deshaciéndose de las prendas viejas, su nuevo vestuario no cabía en el diminuto armario. Estaba claro que debían mudarse cuanto antes, tendría que hablar con Ángel esa misma noche. Acostó a las niñas y se puso a repasar la rutina de belleza que le había marcado Rocío, tenía montones de frascos con cosas que nunca había usado, sérum, contorno de ojos, peeling... Iba a tener que dedicarle a aquello algún tiempo. Se fundió el pijama y se dispuso a buscar acomodo en su aseo, para el arsenal de potingues.

Cuando llegó Ángel, fue a recibirlo con un beso, le calentó la cena y se quedó con él en la cocina.

—¿Qué tal tu día? —se interesó Mónica.

—Bien, respondió él sin mucho entusiasmo.

Mónica pensó que, probablemente, no era buena idea sacar el tema de la mudanza, pero se arriesgó de todos modos.

—He visto un dúplex, en una urbanización cerca de casa de mis padres, para alquilar, ¿Qué te parece si vamos a verlo el viernes por la tarde? Puedo concertar una cita con los de la agencia y, si ese no nos gusta, podemos mirar otras cosas.

—No llevas ni tres días trabajando y ya te piensas que eres la reina de Saba. No creo que sea necesario mudarnos tan deprisa —le recriminó Ángel.

—Podemos ir solo a mirar —casi imploró Mónica, bajando los ojos, ya que lo último que deseaba era iniciar una discusión.

—Haz lo que veas, está claro que yo ya no pinto nada en esta casa.

—No digas eso. No es verdad, tú eres un pilar imprescindible en mi vida, Ángel, te quiero —repuso mirándolo a los ojos—. No quiero que olvides eso jamás, en lo bueno y en lo malo, ¿Te acuerdas? No conviertas esto en una batalla, porque los dos estamos en el mismo bando. Las niñas y tú sois lo que más quiero en el mundo, mi único objetivo es que seáis felices.

—Está bien, haz lo que veas. Llama a ver que te dicen —accedió Ángel al fin—. Pero te advierto que no voy a comprar nada, nunca. Lo alquilamos y ya está. No sabemos si en dos días volveremos a estar igual que antes y entonces tendremos que volver aquí —aseveró taciturno.

—Te prometo que eso no pasará —le aseguró Mónica.

Al día siguiente, Mónica cumplió puntualmente con su horario. Bajó al gimnasio, pasó por el spa, se duchó en el baño de su despacho y eligió un vestido de tafetán negro, de Joaquín Trías, que combinó con unos zapatos, de Pura López, también de color negro. Se maquilló con los nuevos productos, que obraban maravillas, y se recogió el pelo con la mayor destreza de la que fue capaz. La mayoría de sus nuevas adquisiciones deberían quedarse allí, entre el vestidor y el comodísimo baño, un espacio muy funcional, que le venía como anillo al dedo, porque en su casa no cabía ni un alfiler más.

Tenía diez minutos antes de que hiciera aparición su profesora de Inglés, por lo que aprovechó para llamar a la agencia inmobiliaria. Les expuso sus necesidades y la zona de preferencia para vivir. Una chica muy amable quedó con ella el viernes, para enseñarle el dúplex y otras viviendas similares.

Mónica se sentía satisfecha, pasó el resto de la mañana estudiando y poniéndose al día. A la hora de comer, pidió a Llanos que le subiese un sándwich. Era presa del entusiasmo y no quería perder el tiempo en bajar a comer, por el contrario, quería exprimir cada jornada de trabajo, para asimilarlo todo cuanto antes y no dejaría los libros, hasta que estuviese exhausta.

Un tenue riqueteo se oyó en la puerta y Daniel entró a su despacho, sin esperar respuesta y se sentó frente a ella con cara de pocos amigos.

—¿Es que tu entrenadora personal no te ha marcado unas pautas de nutrición?, —le preguntó irónicamente, haciéndose el ofendido.

—Eh... sí, claro. Debo de tenerlas por aquí —repuso Mónica, buscando entre sus papeles.

—Entonces, ¿Qué se supone que haces pidiendo un sándwich? Has empezado a hacer ejercicio, tienes que tomarte tu alimentación en serio —expuso Daniel con tono reprobatorio—. ¿Te aclimatas bien a tu nuevo puesto? —se interesó.

—Sí, muy bien, aunque no puedo evitar sentirme como Audrey Hepburn en “My Fair Lady”.

—¡Oh, pobre Eliza!, con toda esa ropa nueva, teniendo que comportarse como una señorita y hablar correctamente, ¡Qué pena me das! —bromeó Daniel sonriendo socarronamente.

—No me hagas reír, Pigmalión. Te advierto que no figura entre mis planes aprender a cantar.

—Es una pena, sería algo digno de ver. Cambiando de tema... tengo algunas cosas que hablar contigo. Así que vamos a comer.

—De acuerdo, jefe —contestó Mónica —. Tú mandas.

Mónica, sintió como aquella complicidad que habían tenido antaño permanecía inalterable, a pesar del tiempo que había transcurrido. Le produjo vértigo y recordó las advertencias de su madre, pero no podía evitar entenderse a la perfección con Daniel. Bastaba una mirada, para saber cómo se sentía y sabía que a él le ocurría lo mismo. No iba a negarse a sí misma lo que resultaba evidente, con él siempre había una atmósfera que la hacía sentir bien y todo fluía con naturalidad entre ambos.

Bajaron al restaurante. Había bastante gente y optaron por acomodarse en un reservado. Tan pronto como tomaron asiento, Daniel empezó a hablar.

—Quiero que vayas familiarizándote con el concepto que quiero vender. Tenemos la suerte de estar en una ciudad increíble, con mar, parques naturales, playas magníficas y con un tiempo soleado la mayor parte del año. A los turistas les encanta. Nuestro complejo va dirigido a personas con un alto poder adquisitivo y aquí van a encontrar el lujo más cuidado y exclusivo. Pero no acogeremos cualquier firma, aquí encontrarán lujo nacional. En España, hay mucho talento y creatividad, tenemos un gran potencial humano y quiero que nuestros productos más exclusivos se conviertan en objeto de deseo para los ricos de todo el mundo. Los americanos son los mejores vendedores, no porque tengan el mejor producto para vender, sino porque ellos creen que no hay mejor producto que el suyo y nos hacen creerlo también al resto del mundo. En Francia y en Italia, han sabido exprimir mejor que nosotros ese concepto. Yo quiero que la gente que venga se enamore de nuestro país, de su gastronomía, sus vinos, su moda, nuestros diseños, la arquitectura, de nuestra forma de hacer las cosas... En fin, de todo lo que distingue a nuestra cultura y que quieran tenerlo también en sus propios países. Mi sueño es construir complejos como éste en el mundo entero, crear la necesidad comercial del “Made in Spain”. Somos toda

una potencia en turismo, pero, a partir de ahora, además de querer venir, la gente querrá tener cosas elaboradas por nosotros. Tan solo tenemos que venderlo bien y crearles esa necesidad.

—Es una magnífica idea, muy ambiciosa y que requerirá mucho tiempo y trabajo, pero lo conseguiremos —comentó Mónica entusiasmada.

—Por eso estas aquí, si estás conmigo sé que podremos hacerlo. Mira, Mónica, tengo mucho, mucho dinero, pero no quiero dedicarme a gastarlo fútilmente. Eso ya lo he hecho y he de confesarte que no me hace más feliz. Quiero crear algo que sea más grande que yo, trabajar para lograr que nuestro país no vuelva a pasar por una crisis como la que estamos viviendo. Deseo contribuir a que la gente tenga oportunidades. Tenemos jóvenes muy preparados, que llevan toda la vida esforzándose, que se merecen un gran futuro, tenemos que competir en calidad y sé de sobra que la tenemos. No tienes más que darte una vuelta por aquí y comprobarlo, todo lo que contiene el Varadero es nacional y excelente.

—Lo bueno que tiene el mundo en que vivimos es que con tiempo, esfuerzo y dinero, absolutamente todo es posible —sentenció Mónica, mirándolo admirada. La idea de Daniel era muy ambiciosa, pero no irrealizable.

—En cuanto a lo que me dijiste en el santuario la otra tarde... —dudó un momento apesadumbrado—. Tienes razón, tengo que respetar a tu familia. Pero, a veces, no puedo evitarlo, eres muy importante para mí y te querré toda la vida. Antes de que te marcharas me porté como un imbécil, sé que te fuiste por mi culpa. Viéndolo con perspectiva, creo que fue lo mejor... era un adolescente atormentado por mí mismo. He tardado mucho en madurar y aprender a conocerme y aceptarme. Ahora, solo intento reparar el daño que te hice. Debes entender que no pretendía reirme de ti ni causarte dolor, era un chico inseguro que no estaba preparado para recibir ningún tipo de amor, ni de cariño. Quería permanecer solo, sin responsabilidades. No sé en qué pensaba, pero así es cómo me sentía. Tú has dejado muy claros tus sentimientos y quiero que sepas que, aunque me duela, lo respeto y lo comprendo.

—Daniel, te conozco bien y tú ahora no sientes nada por mí. Te equivocas, somos grandes amigos. El problema es que te has aferrado a mi recuerdo y lo has idealizado. Yo ya no soy la misma persona de hace quince años y tú tampoco. Has cogido todas mis virtudes y los buenos momentos, y has borrado todo lo demás. Tienes que darte cuenta de que no es real. El amor es algo que se construye día tras día, se transforma en el tiempo y que está en continuo cambio, y tú y yo, nunca hemos tenido nada de eso... —conforme Mónica hablaba, intentaba convencerse a sí misma de que lo que decía era cierto. Debían exonerar sus culpas y hacer borrón y cuenta nueva con sus vidas, el pasado tenía que quedar atrás y desaparecer.

La tarde del viernes, Ángel y Mónica visitaron varios inmuebles con la agente inmobiliaria. Tras ver un par de pisos, por fin, fueron al dúplex que Mónica había visto en fotografías. Estaba a dos manzanas de la casa de sus padres y a cien metros de un supermercado. La urbanización tenía una piscina imponente y, junto a ella, una pista de pádel. El recinto cerrado, constaba de varios bloques. Entraron en uno y subieron en el ascensor. Por fin — pensó Mónica—. Ya no tendría que subir la compra a pié.

Al entrar, apreció cómo la luz entraba a raudales, el salón era un espacio abierto más grande de lo que había imaginado. La cocina estaba completamente equipada con electrodomésticos en acero inoxidable, muebles en negro brillante y una mesa para seis comensales, suficiente para ellos —se dijo Mónica—. En la planta inferior, también había un baño y una gran terraza. Mientras que, en la superior, se encontraban los dormitorios, cuatro en total. El principal estaba equipado con un enorme cuarto de baño y dos grandes armarios. Los otros tres no eran tan grandes, pero sí muy soleados y en todos cabía perfectamente una cama y un escritorio. Compartían un baño de dos lavabos y una ducha grande, a las niñas les encantaría.

Mónica no podía borrar la sonrisa de su cara, mientras aguardaban a que la empleada de la inmobiliaria regresara, pues había bajado al piso inferior para atender una llamada telefónica.

—Bueno, ¿Qué te parece? —preguntó Mónica expectante a su marido.

—Está muy bien —concedió Ángel—. Habrá que hablar de las condiciones.

—Eso mejor lo haces tú, que eres mejor negociando —repuso intentando hacer que su marido se implicara.

Mónica sabía que estaba en el bote y le dio un abrazo. Cuando regresó la agente inmobiliaria, hablaron sobre las condiciones. Se trataba de un alquiler con opción a compra y el precio era bastante razonable, aceptaron y cerraron el trato.

Las niñas habían ido a merendar y al cine con Rosa y Roberto. Cuando Mónica les puso al corriente de su nuevo estado laboral por teléfono, Rosa estuvo gritando de alegría cerca de diez minutos. Ambos la felicitaron efusivamente, incluso Roberto, que normalmente era más contenido. Les quedaba algo de tiempo a solas, por lo que Mónica propuso ir a dar una vuelta y Ángel aceptó. Parecía contento, algo que la alegró mucho, llevaba bastante tiempo sin verlo así. Disfrutaron de una tarde muy relajada, aunque estaban impacientes por contarles las novedades a las pequeñas. Pensaban mudarse ese mismo fin de semana y tenían la certeza de que las niñas los ayudarían encantadas a limpiar y prepararlo todo.

Mónica miró por la ventana de su despacho satisfecha. Estaba muy feliz, llevaba un año trabajando en el Varadero y ya tenía su título universitario. Estaba cursando un máster y había realizado grandes progresos con su inglés y francés. Su cuerpo había cambiado, se sentía fuerte, ya dominaba el pilates y nadaba todos los días en la piscina del gimnasio. Su piel estaba mejor que nunca, gracias a los cuidados de Rocío, que había conseguido que bajo ningún concepto se saltara el ritual que le había impuesto y que, una vez a la semana, se pusiera en sus manos para hacerse algún tratamiento.

Las niñas estaban muy contentas y les encantaba su nueva casa. Ahora, hacían todo tipo de actividades, incluso Carolina, la había convencido para que la apuntase a equitación. Habían hecho muchas amigas en la urbanización y estaban todo el día como locas de un lado para otro.

Ángel, ahora, trabajaba menos horas y se encargaba de llevar y traer a las niñas. El único problema era, que cuando Mónica llegaba a casa, él se iba a trabajar. Apenas coincidían y cada vez había un vacío mayor entre ellos, aunque ambos eran conscientes de que debían esforzarse para solventarlo. Su reticencia inicial con respecto al trabajo de Mónica, poco a poco, fue quedando atrás, a medida que el dinero entraba en casa y les hacía la vida más fácil.

Mónica estaba muy orgullosa, se esforzaba mucho para estar a la altura. Aprendía muchísimo sobre infinidad de materias, había descubierto el concepto de inteligencia emocional y se había convertido en una lectora voraz de las obras de Daniel Goleman y Rafael Bisquerra, cuyas enseñanzas intentaba aplicar a todos los ámbitos de su vida. Además, sus principios: Conocer nuestras emociones y cómo controlarlas y empatizar con las personas que interactuamos, procuraba inculcárselos a sus hijas cada vez que tenía ocasión. De hecho, las pequeñas en más de una ocasión habían escuchado a su madre recordarles una sentencia de Aristóteles: *“Enfadarse con la persona adecuada, en el grado exacto, en el momento oportuno, con el propósito justo y del modo correcto”*.

Llamaron a la puerta, mientras se encontraba ensimismada. Era Daniel, habían quedado para comer y aprovecharían para preparar una reunión muy importante, que tendría lugar aquella tarde. Iban a abrir el primer Varadero fuera de España, en Doha, y unos inversores qataríes, que estaban entusiasmados con el proyecto, visitarían el complejo.

Mónica llevaba trabajando en la visita mucho tiempo. Lo tenía todo preparado, no podía dejar nada a la improvisación. La presentación, que había diseñado conienzudamente, era muy importante y una prueba de fuego para demostrar que se tomaba muy en serio su cometido.

Doha representaba la comunión perfecta entre las últimas y más vanguardistas propuestas arquitectónicas y el lujo, por lo que se había esforzado al máximo con un equipo de diseñadores y arquitectos para sorprender a la delegación qatari. Para ello, habían plasmado el proyecto del futuro Varadero de Doha en una maqueta espectacular y también había programado una sobrecogedora recreación en tres dimensiones.

Daniel miraba a Mónica absorto, mientras ella presentaba a los qataríes el proyecto de expansión del Varadero. Había recuperado la confianza en sí misma, se desenvolvía con soltura en su trabajo, se esforzaba y se había convertido en una mujer imprescindible en el complejo.

Su relación había retomado la complicidad de antaño, era como si nunca se hubieran separado, con la ventaja para Daniel de que ahora, él sí sabía lo que sentía por ella. La quería más que a su vida, siempre había sido así y había sido muy duro darse cuenta.

De hecho, de no haber sido así, la vida de Daniel sería mucho más fácil. Había muchas mujeres haciendo méritos para ser las elegidas y convertirse en la Señora Navarro, pero ninguna era como ella. De vez en cuando, salía con alguna, pero sabía que nunca llenarían su corazón como Mónica. Ella constituía su hogar, estando a su lado era la única forma en la que realmente encontraba la paz y la felicidad. Verla todos los días y trabajar con ella, había sido suficiente al principio, pero poco a poco, se daba cuenta de que no quería conformarse, no podía... Los fines de semana eran insostenibles, cuando ella se iba con su familia y lo dejaba solo. Pero ella era feliz y eso era lo que contaba —se decía Daniel— que también se prometía a sí mismo, que haría lo que fuese necesario para tenerla a su lado. Albergaba la esperanza de que en algún momento, ella volviese a quererlo. Odiaba mirar atrás, le mortificaba recordar lo estúpido que había sido.

En unos meses, estaba previsto que viajasen a Doha con todo el equipo, para ver los terrenos donde construirían el complejo. Daniel estaba muy satisfecho con el resultado de su trabajo. El Varadero era todo un éxito y su expansión internacional sería solo cuestión de tiempo. Su tía se dedicaba a invertir su dinero, lo que le reportaba inmensos beneficios. Pero ahora, por fin, estaba forjando un legado. Estaba construyendo un sueño, que empleaba a cientos de personas y que, en el futuro, daría trabajo a miles, mientras promocionaba y ayudaba a su país.

—¡Creo que les ha encantado! —subrayó Mónica entusiasmada, una vez que se quedaron a solas en la sala de conferencias.

—Has hecho un gran trabajo, me he quedado impresionado. Va a ser un proyecto faraónico, me ha gustado como habéis mezclado elementos antiguos y contemporáneos, conjugándolos muy bien con las dos culturas. La presentación ha sido increíble, enhorabuena.

—Creo que aunque el Varadero tenga identidad propia, de algún modo debe

adaptarse al lugar que lo acoja. Ofreceremos nuestros productos, pero teniendo en cuenta siempre los gustos y costumbres de la población anfitriona. Eso hemos pretendido desde el principio, tanto con el diseño como con la decoración. Nuestros proveedores están haciendo un gran trabajo con todos los productos, aunque todavía vamos a tener que solventar ciertos problemas en cuanto al alcohol y cosas así. Está claro que ellos tienen su forma de hacer las cosas, debemos trabajar para encajarlo todo lo mejor posible.

Daniel se quedó mirándola sin decir nada, mientras una media sonrisa se dibujaba en su rostro. Mónica protestó:

—¡Eh, no te rías de mí!, estoy muy emocionada por cómo van las cosas.

—Me hace gracia verte, estas entusiasmada como una niña, no lo puedo evitar. Quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti. Estás haciendo un trabajo magnífico, pero no me sorprende, tenía la certeza de que lo harías.

—Sí, ha sido duro, pero nunca me cansaré de darte las gracias por esta oportunidad. Nunca soñé con hacer algo así.

—Bueno, pues déjate de gracias y vamos a celebrarlo. Nos lo merecemos, hemos trabajado duro por este proyecto.

—Lo siento, no puedo. Le prometí a Claudia que iríamos de compras, está empezando a salir con sus amigas y dice que no tiene nada que ponerse —se disculpó Mónica, poniendo los ojos en blanco—. Va a cumplir catorce años y Miley Cyrus es su guía espiritual. Nunca pensé que echaría de menos a Hanna Montana. La verdad es que estoy aterrada.

—Está bien, pero me debes una. ¿Comemos mañana, mientras programamos el viaje a Doha?

—Hecho —accedió Mónica, mientras recogía sus cosas y salía corriendo.

Daniel se quedó en medio de la inmensa sala absorto, solo, mirando la puerta por donde Mónica acababa de salir sin mirar atrás, y sintió ganas de echar a correr tras ella. Pero permaneció allí, quieto, en silencio, pensando en qué estaba haciendo con su vida e invadido por un profundo desasosiego, cuando debía estar contento de que todo le fuera de maravilla.

Decidió visitar a su tía Carmen y la encontró en su despacho, con la cara pegada a la pantalla de su iMac, como de costumbre. Desde que comenzara a utilizar aquel ordenador que le regalaron sus padres, Carmen había desarrollado una gran destreza en todo lo relacionado con las nuevas tecnologías. Cuando dejó el banco, para dedicarse a llevar las finanzas de su sobrino, cursó diferentes master y cursos de informática.

Ahora, invertía en programas de innovación y desarrollo y becaba a jóvenes talentos, para que pudieran realizar sus estudios en ingeniería informática, procurando ayudarles en sus carreras y éstos, a su vez, cuando concluían su formación, se convertían en una especie de tutores para futuros genios becados que, de otro modo, no tendrían recursos a su alcance para cursar sus estudios universitarios. Ésta era, sin duda, una de las tareas que más la reconfortaban y a la que más tiempo y esfuerzo dedicaba. Había formado un gran grupo de economistas y abogados, que se encargaban de los asuntos de su sobrino bajo su supervisión. Cómo había conseguido delegar mucho trabajo en ellos, ahora tenía más tiempo para tareas filantrópicas.

Cuando Daniel irrumpió en su despacho, se encontraba estudiando el expediente de una chica, a la que le otorgaría una de sus becas.

—Hola tía —saludo Daniel mientras se acercaba a darle un beso a Carmen—. ¿Cómo va todo?

—Bien, muy bien —respondió la mujer apartándose de la pantalla, mientras se quitaba las gafas—. Estoy muy satisfecha con el proyecto de las becas, creo que

estamos haciendo un gran trabajo.

—Sí, ya he visto los expedientes del próximo curso. Son realmente jóvenes brillantes. Me alegro de que podamos ayudarlos.

—¿Y tú qué tal? Me han informado que la reunión fue todo un éxito. Te debo una disculpa. Me equivoqué con Mónica, realmente se ha esforzado mucho y está haciendo un gran trabajo. Su éxito de hoy me ha impresionado, se ha convertido en una gran profesional en muy poco tiempo.

—Sí, te lo dije, es una persona con un gran potencial. No la contraté solo por capricho.

—Se nota que te gusta tenerla cerca —dijo con suspicacia—. Daniel, sabes que yo no me meto nunca en tus cosas personales, pero te conozco y no hace falta ser muy perspicaz, para ver que sigues enamorado de ella.

Daniel miró a su tía tomándose un segundo. Nunca le había gustado hablar sobre sus sentimientos con nadie, y que su tía sacara el tema lo avergonzaba, pero también sentía que necesitaba desahogarse. Había llegado a un punto en el que no sabía qué camino tomar.

—¿Tan evidente es? —preguntó rindiéndose.

—Para mí sí, y supongo que para alguien que se tome un tiempo en observaros también. No es nada malo, hay cosas que no pueden evitarse, yo no soy quién para juzgarlo —contestó conciliadora.

En ese momento, Daniel notó como se derrumbada, no podía seguir así por más tiempo, era enfermizo.

—No sé qué hacer, daría cualquier cosa por volver atrás. Nunca debí dejar que se marchara —dijo abrumado por la ola de desolación que lo embargaba. Tomó asiento, intentando recomponerse.

—Eso no tiene arreglo cariño —lo consoló su tía mientras se acercaba a él y le acariciaba la cabeza—. En la vida, las cosas tienen sus tiempos. Puede que entonces no estuvieses preparado. Seguramente, no habría funcionado de todas maneras. Tienes que concentrarte en el hoy, en ti y en ser feliz.

—Pero solo soy feliz cuando está a mi lado. Todo tiene sentido con ella, lo demás, no me importa absolutamente nada.

—Verás, no conozco muy bien a Mónica, pero cuando he trabajado con ella he tenido la impresión de que, sobre todo, es una persona muy íntegra y que, por encima de todo, está su familia. Eso es algo contra lo que no puedes luchar.

—Lo sé, nunca abandonará a su familia para estar conmigo, y yo tampoco quiero eso, sé que la haría profundamente infeliz. Cuando habla de sus hijas, le brillan los ojos y parece que vaya a ponerse a levitar... Pero no puedo resignarme a perderla. Prefiero que esté aquí y verla todos los días a que desaparezca de mi vida, otra vez.

Carmen miró a su sobrino con pesar, sin saber muy bien qué decir, sentía por él una lástima infinita y una gran empatía. Ella, nunca había vivido un gran amor como aquel, pero se sentía muy sola y lo entendía perfectamente. Daniel, siempre había tenido con ella absoluta confianza para todo, excepto para abrirle su corazón, como estaba haciendo en aquel momento, por lo que no quería darle un consejo equivocado.

—Yo solo quiero que seas feliz Daniel, pero así es imposible que lo consigas —resolvió al fin, sin poder contener una lágrima que le cayó por la mejilla—. Creo que deberías buscar a otra persona a la que poder amar libremente.

Claudia y Mónica llegaron a casa con decenas de bolsas. Habían comprado ropa para todos y comida china para cenar. Las niñas se fueron corriendo a probarse sus nuevas prendas y Mónica se quedó poniendo la mesa. Le había comprado a Ángel algunas cosas para el invierno, y él estaba refunfuñando porque no le gustaba nada tener que probarse ropa. Pero ella sabía que estaba contento, le encantaba estrenar cosas nuevas. Lo vio aparecer con su camisa nueva y exclamó:

—¡Pero bueno, qué guapo que estas!

—Sí, es muy bonita. Creo que la estrenaré esta noche.

—¿No cenas con nosotras?

—No, he quedado con unos amigos para ver el partido. Te lo dije ayer.

—Lo había olvidado —reconoció Mónica algo decepcionada. En breve, tendría que pasar una semana fuera de casa, por su viaje a Doha, y quería estar con su familia.

—No pongas esa cara, mañana me paso por tu trabajo y comemos juntos. ¿Te parece bien?

—Sí, claro. Pásalo bien —se despidió Mónica mientras besaba a Ángel—. No llegues muy tarde.

A las seis de la mañana, Mónica se despertó. Faltaba una hora para que sonara la alarma de su móvil. Ángel estaba en el vestidor poniéndose el pijama. Acababa de llegar, pero a ella no le apetecía discutir. Esperó a que se acostara y lo abrazó. Él se dio la vuelta y le acarició el pelo. Su aliento olía a tabaco y alcohol, a pesar de que podía percibir cómo acababa de lavarse los dientes. Mónica lo besó, empezó a acariciarle en el cuello y en la entrepierna, pero él la apartó y se quejó de estar cansado. Volvió a darse la vuelta y a los pocos minutos empezó a roncar.

Mónica se quedó mirando el techo, comenzaba a amanecer y sabía que no volvería a quedarse dormida. Se levantó y se preparó una taza de café, salió a la terraza y se dispuso a contemplar el amanecer. Pensó en lo lejos que se encontraba de Ángel y en las pocas ganas que le quedaban de luchar por él, en lo fácil que se lo ponía todo Daniel y en lo injusta que era aquella situación.

Desde el primer segundo en que volvió a ver a Daniel, supo que nunca había dejado de amarlo. Antes incluso de poder procesar su imagen en el cerebro, su corazón lo gritó en su interior. Pero Ángel era el padre de sus hijas, había aprendido a quererle e invertido mucho tiempo y esfuerzo en formar la familia que quería con él. Cualquier otro escenario, no podría ser. Pero estaba cansada de hacerse la tonta, de perdonar una y otra vez, de luchar y sufrir para seguir adelante.

Era consciente de que durante el último año, se había centrado en su trabajo y en las niñas y había dejado a Ángel de lado, pero él no le había puesto las cosas nada fáciles. Entendía como se sentía, pero a veces, la hacía sentir como el enemigo.

Sus miradas reprobatorias, desplantes y su desidia en la relación, estaban colmando el vaso y para la última gota, ya casi no había espacio.

Mientras observaba como la luz empezaba a extenderse por el jardín de la urbanización, Claudia, que acababa de despertarse, se sentó en su regazo y la abrazó. Se dijo que solo por eso, todo merecía la pena y nada más importaba.

—Mamá, hoy expongo el trabajo de Historia del Arte. Estoy nerviosa —susurró.

—Lo vas a hacer fenomenal, te lo sabes estupendamente y es perfecto —la alentó su madre.

—Gracias por ayudarme, pero estoy preocupada, tengo miedo.

—Te voy a contar un secreto cariño —dijo Mónica acariciando el pelo de su hija—. Todo el mundo tiene miedo. Todos tenemos inseguridades, el truco es que se note lo menos posible. Cuando expongas tu trabajo, imagina que en tu clase solo estoy yo. Creo en ti, eres muy lista cariño y vas a convertirte en lo que quieras ser. Solo tienes que esforzarte, como hasta ahora, y verás como todo sale bien.

—Gracias, mamá.

Claudia le dio un beso a su madre y corrió a su habitación, a repasar una vez más su trabajo.

Mónica entró en el cuarto de baño para terminar de arreglarse, cogió un vestido blanco y unos zapatos a juego con su bolso de piel marrón y se acercó a la cama para despedirse de Ángel.

—Me voy al trabajo, llevo a las niñas a clase. ¿Puedes recogerlas tú? —preguntó Mónica acercándose para besar a su marido, que seguía en la cama.

—Sí, y o iré.

—Me gustaría que esta noche cenáramos juntos, tenemos que hablar de cómo nos organizamos mientras esté fuera. Ya he hablado con mi madre, pero quisiera contar contigo, para que llevases a las niñas a sus clases de música.

—Está bien... Lo tienes todo muy bien organizado, ¿Verdad? —inquirió Ángel con un agrio tono de cinismo en su voz.

Mónica hizo caso omiso a su insolencia, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Mónica —continuó él amenazante—. Sería una pena que me dejarás. Si lo haces, acabarías con nuestra familia. Tú eres la razón de mi existencia, no quiero ni pensar lo doloroso que sería para las niñas. No se merecen algo así, después de lo que han pasado...

Cada una de las palabras empleadas por Ángel y su verdadero significado resonaron en la cabeza de Mónica. Sabía que era perfectamente capaz de cumplir sus

amenazas, pero era una mujer adulta, que había madurado junto a un manipulador nato.

—Luego nos vemos —dijo esforzándose por mantener la compostura.

—Paso por tu despacho y te recojo para ir a comer, cariño —aseveró Ángel con una malignidad que no pudo ocultar.

Ángel había recuperado el control de gran parte de su vida, pero mientras que años atrás, le había resultado muy fácil manejar a su antojo a su esposa, ahora la cosa estaba cambiando. Mónica se había convertido en una mujer segura de sí misma, que tomaba sus propias decisiones sin consultarle. Él lo sabía, como también sabía que empezaba a estar harta de él. Era obvio que estaba enamorada de su jefe, *“ese capullo pretencioso, que todo lo arreglaba con montones de dinero”* —pensó, con una punzada de envidia que le traspasó su corazón y, sobre todo, su amor propio. Pero él jugaba al chantaje emocional mejor que nadie.

Mónica era consciente de que no podía hacer nada, estaba atada de pies y manos. En el momento que intentara dar un paso para alejarse de su marido, usaría a sus hijas para hacerle daño. Eso era algo que ella comenzaba a vislumbrar y Ángel seguía poniendo todo su empeño, para que no le quedara la menor duda.

Por su parte, Ángel tenía meridianamente claro que debía mantenerla a raya, si ella lo dejaba, sería su ruina. Necesitaba su dinero, sobre todo ahora que Vicky estaba embarazada. Por fin tendría un niño, algo que le ilusionaba profundamente, aunque la madre se estuviera volviendo insoportable. No entendía que les pasaba a las mujeres con la maternidad. De repente, cambiaban todo su orden de prioridades y su mente era absorbida, solo veían a sus hijos, nada más les importaba. Pero conocer ese detalle de la naturaleza femenina, jugaba a su favor. Siempre había pensado que conocer el punto débil de la gente que interactúa contigo, es el primer paso para dominarla, y eso iba a hacer con el impresentable de Daniel. Tenía la convicción de que haría cualquier cosa por Mónica y allí estaría él para hacérselo pagar.

Mónica fue al despacho de Daniel a disculparse por no poder comer con él. Ángel vendría a buscarla y no quería problemas. Al abrir la puerta, se encontró con una escultural morena ojeando los libros de una de las estanterías.

—Perdona, estaba buscando al señor Navarro. Volveré más tarde —se disculpó.

—No te preocupes, pasa, se está cambiando. Habíamos quedado para comer, no tardará en salir.

Los celos eran algo que Mónica había obviado toda su vida. Pensaba que no existía nada peor que la desconfianza y sobre ella no se podía construir ninguna relación. Pero en ese momento, experimentó como si aquella chica le estuviera dando un millón de bofetadas a la vez. Daniel tenía muchas amigas, pero nunca había mostrado el más mínimo interés por alguna y, a decir verdad, ninguna era tan guapa.

—Lo siento, no me he presentado. Mónica Hidalgo, relaciones públicas de Varadero —afirmó tendiéndole la mano y apretándosela un poco más de lo necesario.

—Encantada Mónica, yo soy Paula Clemente. Mi empresa se dedica al sector de la alimentación y nuestra línea gourmet pronto abrirá una tienda aquí. Estamos entusiasmados con la filosofía de Daniel. Es un hombre increíble. Estoy encantada de poder trabajar con él, voy a estar por aquí unos días como invitada suya. Me ha prometido enseñarme todo, es fabuloso —explicó amablemente.

La chica, era de esas personas capaces de contagiar alegría y entusiasmo a su paso. En otras circunstancias, Paula hubiese congeniado a la perfección con Mónica, pero está solo sintió un irrefrenable impulso de darle una patada en la boca, que gracias a un gran esfuerzo de contención, pudo controlar. De sobra sabía, que era totalmente injusto que albergara esos sentimientos, Daniel era un hombre libre y tenía todo el derecho del mundo a tener citas con quien le diera la gana.

No obstante, no podía evitarlo, comenzaba a odiar con todas sus fuerzas a aquella joven. En ese momento, entró Daniel.

—Hola, Mónica, me vas a tener que disculpar. Hoy no puedo comer contigo— dijo sin apenas mirarla—. Tengo que hacer de anfitrión de esta guapísima sevillana. Te presento a Paula, su familia se dedica a la producción de productos andaluces de la mejor calidad, empezando por unos jamones de Jabugo que no puedes dejar de probar. En el restaurante están elaborando hoy un menú basado en sus delicatessen. He pasado toda la mañana colaborando con ellos, me he divertido mucho y todo está exquisito — expuso Daniel sin parar de sonreír a su invitada.

—Muy bien, mi marido no tardará en llegar. No dudaremos en pedir el menú, gracias por la sugerencia.

Mónica sentía como le hervía la sangre, pero Daniel estaba jugando a un juego, al que ella también sabía jugar. Lo conocía lo suficientemente bien para saber que la estaba poniendo a prueba, y no iba a ser tan tonta como para caer en la trampa.

—¿Por qué no comemos los cuatro juntos? Así os hablo del proceso de elaboración de cada materia prima, para que conozcáis mejor los productos —ofreció Paula.

—Me parece perfecto, estoy muy interesada en conocer vuestro género. Aquí siempre tenemos lo mejor de lo mejor —aceptó Mónica, esbozando la mejor de las sonrisas de su repertorio.

En ese preciso instante, Llanos hizo aparición en el umbral de la puerta, para informar a Mónica que Ángel había llegado.

—Pues nada, ya estamos todos. Podemos bajar cuando queráis —propuso Daniel mirando a Mónica de reojo. Mientras que ésta, en su fuero interno, rezaba para que Ángel estuviera de buen humor y no montara ninguna escena.

A medida que la comida se fue desarrollando, Mónica comenzó a relajarse. Ángel, estaba haciendo alarde de sus mejores modales, nada que ver con el Ángel de los últimos días, malhumorado y grosero.

—Esto está fabuloso, tengo que reconocer Paula que nunca había probado nada igual —aseguró Ángel.

—Me alegro mucho, nuestras fábricas siguen las recetas originales de los productos, como estas aceitunas. Para nosotros, unir tradición y modernidad, sin perder los sabores de siempre, es muy importante.

—Pues no dudaré en contar con vosotros como proveedores, vuestros productos son inmejorables —añadió Ángel.

En el interior de Mónica se encendieron todas las alarmas, no tenía ni idea sobre qué estaba hablando su marido.

—¿Necesitas proveedores? —se adelantó Daniel a preguntar.

—Sí, estoy mirando locales para abrir próximamente mi propio restaurante — respondió Ángel—. Perdona cariño que no te haya comentado nada, iba a ser una sorpresa.

Mónica estaba literalmente noqueada. Ahora, entendía el cambio de actitud de su marido y, desde luego, ella no estaba conforme con aquel repentino proyecto. Era cierto que Ángel llevaba unos años trabajando en el sector de la restauración, pero de ahí a planear abrir su propio negocio distaba un abismo, y lo que era todavía peor, no tenían dinero para hacerlo. Lo último que quería Mónica era tener que enfrentarse a otro negocio fallido de Ángel y más conociendo que las prácticas empresariales de su marido no se guiaban por código ético alguno. Recordarlo, le ponía los pelos de punta. Llevaban mucho tiempo juntos y conocía las tácticas de Ángel para conseguir sus propósitos. Era un encantador de serpientes, que casi siempre conseguía llevar a la gente hasta donde le interesaba.

—Sí, sí que ha sido toda una sorpresa —logró articular al fin, después de digerir la noticia.

—La gastronomía española es una de las mejores del mundo, aquí vienen estudiantes de todas partes a aprender de los mejores. Creo que sería fantástico poder formarlos en una escuela-restaurante real, con los mejores cocineros del país.

—Suená muy bien la verdad —comentó Daniel—. En mi época de cocinero, me hubiese encantado encontrar un sitio así.

Mónica vio venir las intenciones de su marido, tenía que parar aquello lo antes posible, Ángel podía ser muy persuasivo.

—Creo que es una idea genial, pero para empezar sería mucho mejor optar por algo más modesto. Si luego te va bien, podrías ir ampliando —intervino Mónica.

—Cariño, sabes que soy un empresario nato, y me gusta hacer las cosas a lo grande.

“Precisamente, eso es lo que más me preocupa” —pensó Mónica, concluyendo que era evidente que el proverbio popular, que nos previene de cómo la avaricia rompe el saco, no había calado en la mente de Ángel, a pesar de sus experiencias pasadas.

—Voy a montar un restaurante-escuela de restauración, que se convertirá en un referente —sentenció Ángel entusiasmado.

—A mí me parece una idea genial, brindemos por ella —dijo Paula.

—Venga cariño, no seas aguafiestas. Todo el mundo lo ve claro, menos tú. Mi mujer es muy poco visionaria. Toma, brinda con nosotros —argumentó tendiéndole una copa.

A Mónica le vino a la cabeza el día en que Roberto le anunció que estaban arruinados. Desde entonces, habían hecho muchos sacrificios para salir adelante y parecía que Ángel los había olvidado por completo. No se fiaba de él. Tenía claro que lo siguiente sería pedir que Daniel lo financiase y, de ningún modo, podía consentirlo. Sintió ganas de arrojarle el contenido de la copa a la cara y darle una bofetada. Pero Ángel estaba de suerte... ese día su autocontrol funcionaba a la perfección.

Cuando terminaron de comer, Daniel y Paula se despidieron y Mónica le pidió a Ángel que la acompañara a su despacho, antes de marcharse. Ella todavía tenía mucho trabajo pendiente, pero quería hablar con él a solas.

—Ángel, me parece bien que quieras montar tu propio negocio, pero no puedes empezar la casa por el tejado. Comienza por algo más viable y luego, ya veremos —dijo intentando reprimir su furia.

—No me jodas Mónica, voy a seguir adelante te guste o no.

—¿Y se puede saber de dónde piensas sacar el dinero?

—Mónica, ¿Estás ciega?, mira a tu alrededor. Si algo sobra aquí, es el dinero. ¿No te das cuenta? —inquirió extendiendo las manos.

—Esto no tiene nada que ver contigo, no es tu dinero y, desde luego, no puedes disponer de él. Ni se te ocurra siquiera pensarlo, no lo voy a consentir —amenazó desafiante.

—Eso ya lo veremos —la retó dirigiéndose a la puerta, para dar por terminada la conversación—. Por cierto, estas vacaciones, como estás de viaje en Doha, me llevo a las niñas a ver a mis padres. Hace mucho tiempo que no ven a sus abuelos.

—Ángel, no habíamos quedado en eso, y lo sabes. Las niñas van a una escuela de verano de Música, ya la hemos pagado. Me parece bien que vayamos a ver a tus padres, pero podemos hacerlo a mi regreso —repuso a sabiendas que lo tenía todo perdido.

—Mónica, son mis hijas y tú no estarás. Así que haré lo que me dé la gana, está ya decidido —vociferó marchándose, a la vez que daba un portazo.

La furia recorrió a Mónica como un torbellino, dando paso a la frustración, que desembocó en indefensión. Sería muy complicado parar los planes de Ángel, no tenía otra opción que hablar con Daniel. De ninguna manera, podía involucrarse en los negocios de su marido.

Intentó calmarse, puso en su ordenador el último álbum de Lana del Rey, para que sonara de fondo y pasó el resto de la tarde trabajando. Debía dejar cerrados algunos asuntos antes de salir de viaje. Cuando anocheció, apagó todo, subió en el ascensor y sacó la tarjeta que daba acceso al apartamento de Daniel. Solo existían tres tarjetas como aquella, la del propietario, la suya y la de Carmen. Nadie más podía subir.

Cuando las puertas se abrieron, no encontró a nadie, pero algo que estaba cocinándose en el horno, olía de maravilla. Se asomó a la gran terraza que daba al mar y allí, en la mesa exterior, estaban Daniel y Paula disfrutando de una botella de cava. Mónica retrocedió hasta llegar al ascensor y pulsó el botón del garaje. Tan pronto como las puertas se cerraron, se sentó en el suelo y la tensión acumulada durante todo el día provocó que las lágrimas comenzaran a rodar desbocadas por sus mejillas.

El avión privado de Daniel, los estaba esperando en la pista de despegue. Un equipo de ocho personas ponía rumbo a Doha, para cerrar las últimas negociaciones, que harían posible que las obras del primer Varadero fuera de España se iniciasen.

Mónica salió de la sala reservada para autoridades del aeropuerto y se encontró con Paula. Había ido a despedirse de Daniel. Sería la primera vez que se separaban desde que comenzaron a salir, hacía algo más de un mes. Formaban una pareja perfecta, cuando estaban los dos juntos, nadie podía evitar mirarlos. Mónica se había auto relegado a un segundo plano e intentaba coincidir lo menos posible con él. Para los casos en que tenía que consultarle cualquier cosa, prefería utilizar el teléfono, pues el ambiente entre ellos comenzaba a volverse un poco incómodo. No quería interferir, entendía que no era justo para ellos, aunque en el fondo no podía evitar sentirse fatal.

—Hola, Mónica, espero que tengáis un vuelo estupendo —saludó Paula con su habitual amabilidad.

—Muchas gracias, Paula —le contestó Mónica, sin mucho entusiasmo.

—Estoy deseando que regreséis. En cuanto pongáis un pie en tierra, os estaré esperando... Voy a llevarme a Daniel de vacaciones a Mykonos, pero por favor, no le digas nada, es una sorpresa. Es una isla maravillosa, no puedes dejar de visitarla.

—Claro, no te preocupes, guardaré el secreto —Mónica tenía que reconocer que Paula era una chica estupenda, muy simpática, profesional y, a la vista estaba, que también guapa. En otras circunstancias, serían amigas. En su fuero interno, sabía que debía alegrarse por Daniel, pero eso era algo que jamás lograría.

Aterrizaron en el Aeropuerto Internacional de Doha en pleno mes de agosto. Tan pronto como salieron del avión, una bofetada de aire caliente les dio la bienvenida a Qatar. Un coche los estaba esperando, para llevarlos al hotel. De camino, pudieron comprobar la faraónica obra de arquitectura que era la ciudad entera. Sus rascacielos eran de los más impresionantes del mundo y el hotel en el que se alojaban, el W Doha Hotel, era sencillamente magnífico.

Una mesa redonda de color negro presidía el hall con decenas de ramos de flores malvas y rojas a diferentes alturas. Mónica miró al techo desde donde descendían las lámparas, como si fuesen farolillos que flotaran en la estancia. En la decoración, cobraban protagonismo los colores blanco y negro y en ella se fusionaban piezas árabes con ultramodernas, pero sin perder la armonía entre los estilos. Una fastuosa escalera de caracol, invitaba a subir a la parte de arriba.

Antes de acceder a sus habitaciones, Daniel le dio el día libre a todo el equipo. No tendrían la primera reunión hasta la tarde del día siguiente, por lo que podrían disfrutar de las instalaciones del hotel o hacer turismo por la ciudad. A Mónica se le iluminó la cara al pensar en la gran piscina, que a buen seguro se encontraba en algún lugar del hotel. Solo debía encontrarla y pasar un día entero relajándose frente a ella. Cogió su maleta y se dispuso a buscar un ascensor junto a sus compañeros, con su incipiente plan en la cabeza levantándole el ánimo.

—Mónica, perdona, ¿Puedes venir un momento? —la apremió Daniel.

Las esperanzas de Mónica de darse un chapuzón se evaporaron con la frase, era de suponer que ella tendría trabajo.

—Claro, dime, ¿Qué necesitas? —preguntó solícita, cuanto antes resolviera el trabajo antes podría escaparse.

—Quiero que vengas conmigo, tengo algunas cosas que resolver. Sube a cambiarte y quedamos aquí en treinta minutos. Recuerda que estamos en un país árabe, ponte lo más recatada posible, no queremos ofender a nadie.

Mónica no soportaba que le dijeran obviedades, iba con su carácter. Ya sabía ella perfectamente dónde estaba, no le hacía falta que le recordaran qué tenía que ponerse. Llevaba mucho tiempo preparando la visita, era bastante meticulosa en su trabajo y le molestó profundamente que Daniel no lo diera por hecho.

Treinta minutos después, volvía al hall del hotel a esperar a Daniel. Un hombre, muy amablemente, le pidió que la acompañara a un coche que se encontraba en la puerta. Daniel estaba al volante de un Range Rover blanco, vestido de forma informal. Mónica rogó para que no se le hubiera ocurrido tenerla todo el día dando tumbos por el desierto y pensó de nuevo en la piscina del hotel, que ya había tenido oportunidad de inspeccionar y cumplía sobradamente sus mejores expectativas.

—¿Preparada para conocer Doha? —le preguntó un Daniel entusiasmado.

Ella asintió, por toda respuesta y ocupó el asiento del copiloto. El coche se deslizó por las impresionantes avenidas de Doha y Daniel, a su lado, no paraba de hablar sobre la admiración que le causaba la ciudad.

Mónica intentó contagiarse de su espíritu explorador, aunque su mente estaba a miles de kilómetros, en casa. De nada valía preocuparse por sus problemas con Ángel. Pero nunca se había separado tanto tiempo de sus hijas, estaba aterrada. Siempre que tenía oportunidad, Ángel las utilizaba para hacerle daño. Antes de salir del hotel, llamó para hablar con ellas, pero él le dijo que en ese momento no podían ponerse. Tendría que probar suerte de nuevo, a su regreso.

Ángel quería que Daniel financiase su restaurante a toda costa y que Mónica lo ayudase a lograrlo. Ella sabía que carecía de escrúpulos. Cuando se trataba de

conseguir sus objetivos, era capaz de cualquier cosa. Saberlo, la asustaba y le quitaba el sueño.

El museo de arte Islámico era imponente, situado en una isla artificial al final de la bahía de Doha, estaba rodeado por un majestuoso parque, construido por el arquitecto Leoh Ming Pei, conocido por diseñar la célebre pirámide del Louvre. Había conseguido sintetizar la esencia de la arquitectura islámica, la sencillez de sus formas, no restaban ni un ápice a su majestuosidad. Las colecciones que albergaba eran fabulosas, entre ellas, destacaban las procedentes de España, de Arte Andalusi.

Una vez concluyeron la visita, pasearon por la bahía de Doha y vieron como el sol comenzaba a desaparecer. Cenaron en Al Majiles, donde degustaron comida típica, aunque no pudieron terminar ninguno de los enormes platos de Harees y Kabsa que habían pedido.

—Esto es maravilloso, me alegro mucho de que me hayas obligado a conocer un poco de la ciudad. Si no fuera por ti, me habría parapetado en el hotel y no hubiese visto nada —reconoció Mónica un poco avergonzada, mientras disfrutaba su Mehalabiya, un postre parecido al flan hecho con pistacho.

—Nos lo merecemos, últimamente hemos trabajado mucho —comentó Daniel satisfecho—. Venir aquí y no interesarse por conocer tanta grandeza, debe ser un pecado. Además, te echaba de menos, has estado muy esquiva. Apenas te he visto en las últimas semanas.

Mónica casi se atragantó con su último bocado, pero decidió ignorar el comentario de Daniel, para no tener que dar explicaciones.

—Sí, hemos trabajado mucho últimamente. Desde luego, he cenado fenomenal, todo estaba exquisito. Daniel, tengo que hablar contigo de algo muy importante.

—Tú dirás.

—Verás, es sobre Ángel. Lo conozco bien, me está utilizando para llegar a ti y que le financies su proyecto de la escuela de cocina y el restaurante. Bajo ningún concepto, quiero que tengas nada que ver con él.

—No soy tonto, si invierto en el negocio de tu marido es porque me parece una gran idea.

—Pues a mí no —sentenció Mónica disgustada—. Una cosa es mi trabajo y otra mi familia, y me gustaría mantenerlas lo más alejadas posible. Si en un futuro tienes problemas con Ángel, no quiero que eso me afecte, y estoy convencida de que si os asociáis, sería una fuente de preocupación continua.

—No puedo creer que estés hablando en serio. Tú y yo estamos por encima de todo eso, somos amigos y sabes que tengo plena confianza en ti.

—No conoces a mi marido, no creo que sea una buena idea que te embarques en un negocio con él. No me fio.

—Mónica —dijo Daniel cogiéndole la mano mientras hacía una pausa—. Lo que no entiendo es porque no lo dejas. Está claro que entre vosotros ya no hay nada, incluso juraría que a veces le tienes miedo. Si ni siquiera te fias de él, ¿Por qué sigues casada? Se supone que las relaciones han de basarse en la confianza mutua, si no tienes eso... ¿Qué te queda?

Mónica sintió como la angustia acudía a su garganta, retiró su mano visiblemente incómoda y reflexionó en voz alta:

—Es complicado, las cosas no son blancas o negras y en la vida hay que ser consecuente con las decisiones que se toman. No voy a romper mi familia por ser egoísta, no podría soportar causarles a mis hijas ningún sufrimiento, y sé que Ángel las utilizaría para hacerme la vida imposible. Si no te importa, no quiero seguir hablando del tema —zanjó mientras atrapaba con la servilleta una lágrima de su mejilla. Respiró hondo y le pidió a Daniel que regresaran al Hotel. Él pago la cuenta y fueron a buscar el coche.

—Lo siento mucho, Mónica.

—Tú no tienes la culpa. De hecho, sino fuese por ti, todo iría mucho peor. Nunca te lo agradeceré lo bastante.

—Te he dicho mil veces que yo soy feliz viéndote contenta. No tienes que darme más las gracias. Creo que necesitamos una copa, me han dicho que el bar del hotel es uno de los mejores de la ciudad —propuso él intentando animarla.

Cuando llegaron, comprobaron que había un ambiente estupendo. Pidieron dos copas y se sentaron en la terraza de fuera junto a la piscina. Mónica se prometió a sí misma que al día siguiente, no podía dejar de utilizarla y darse un buen baño. Estuvieron hablando hasta que fuera empezó a refrescar y decidieron pasar al interior. La música envolvía a los allí presentes, que no habían podido resistirse y estaban bailando. Se unieron a ellos hasta que se terminaron sus copas.

—Creo que es suficiente por hoy, deberíamos descansar. Si bebo más, mañana me levantaré con resaca y tendré problemas para concentrarme —aseveró Mónica mientras dejaba su consumición en la barra.

—Anda, la última y ya. Me lo estoy pasando muy bien —le imploró Daniel como un niño.

—Ni hablar, mañana tenemos una reunión muy importante, y tengo la responsabilidad de que todo salga bien. Yo me voy, pero tú vas delante de mí —le ordenó quitándole el vaso que sostenía y empujándolo suavemente hacia la salida.

—Eres una marimandona.

—Lo sé, pero mañana tu cabeza me lo agradecerá.

Subieron en el ascensor y avanzaron por el pasillo sin poder contener la risa. Intentaban hacer el menor ruido posible, pero no podían evitar que cualquier comentario les hiciese gracia. Por fin, llegaron a la habitación de Mónica, que buscó en su bolso y sacó la tarjeta para abrir su puerta y una pastilla.

—Bueno, yo me quedo aquí. Toma un paracetamol, puede que mañana al despertar lo necesites —se despidió Mónica.

—Gracias —le contestó Daniel, sujetándole la mano más tiempo del requerido para coger la pastilla.

Daniel cogió a Mónica por el cuello, la atrajo hacia sí y la besó. El impulso de Daniel la cogió por sorpresa, pero no se apartó, cerró los ojos y se olvidó del mundo.

De repente, era como retroceder dieciséis años y volver a aquella noche en la playa, tan solo faltaba el sabor a salitre en su boca. Fue como si hubiese estado sumergida en el fondo del mar todo ese tiempo, y por fin hubiera logrado salir a respirar a la superficie. Notó como todo su cuerpo reaccionaba y su alma despertaba de un profundo sopor. Daniel la miro a los ojos, expectante.

—Perdona, no debí hacerlo, no quiero estropear las cosas —se disculpó él.

Mónica no sabía qué responder. No quería una disculpa, quería que siguiese besándola, pero logró mantener la compostura, necesitaba un momento para pensar.

—No te preocupes, buenas noches —vaciló, dándole un beso en la mejilla, tras el que cerró la puerta de su habitación. Sabía que si lo miraba otra vez a los ojos, sería ella la que se abalanzaría sobre él.

Mónica apoyó su mano en la puerta sin saber que lo mismo pasaba con Daniel, al otro lado, que podía sentir la mano de Mónica a través de la madera y no quería apartarse.

Al cabo de unos minutos, Daniel se fue a su suite. No podía seguir con aquello, era una tortura. Cada segundo que pasaba con Mónica a su lado, era un recordatorio de que jamás podría haber nada entre ellos. Ella estaba casada y seguramente, al día siguiente, le reprocharía que la hubiera besado... Pero... Ella le había correspondido, lo que lo hacía todo todavía más difícil. Acabaría por volverse loco, aquello tenía que terminar, su tía tenía razón, tenía que seguir con su vida y debía tomar medidas para lograrlo.

Ángel acompañó a Vicky al ginecólogo. Era su última revisión, ya que había salido de cuentas. *Con un poco de suerte* —barruntaba Ángel— *dará a luz con Mónica fuera y podrá acompañarla en el parto sin tener que dar explicaciones*. Había dejado a las niñas con sus padres, no parecían muy contentas, por lo que le pidió a su hermana que las llevara al cine o algo así, porque él... Tenía mucho que hacer.

Estaba convencido de que pronto encontraría la financiación para su proyecto. Tenía a Daniel justo donde quería, tan solo debía presionar a Mónica un poco más. Ahora, toda su preocupación era encontrar un local lo suficientemente grande, en algún lugar privilegiado y buscar una casa para Vicky y el niño, cerca de la suya. No podía hacer cientos de kilómetros cada vez que fuese a verlos. Con el restaurante, sería más fácil desviar dinero, sin que Mónica se diera cuenta. Desde que las cosas se torcieron, había sido muy difícil engañarla. Su mujer escudriñaba las cuentas y miraba hasta el último céntimo que gastaba. Pero ahora, volvería a tener libertad para moverse a sus anchas. Se felicitaba así mismo por su astucia, al pensar en sus planes.

Mónica se despertó repentinamente de un profundo sueño. Tardó unos segundos en recordar dónde se encontraba. La luz entraba desde el enorme ventanal, que le

brindaba una espectacular vista del *skyline* de Doha. Su habitación era una mezcla de blanco y gris perla, que resultaba muy relajante, había motivos decorativos sinuosos en blanco grabados en el suelo y la pared, como si la estancia poseyese sus propios tatuajes. Se percató que estaban llamando a la puerta y se apresuró a abrirla. El servicio de habitaciones le llevaba un maravilloso desayuno. Tenía mucha hambre, así que decidió desayunar, antes de ducharse. Entonces vio que había una nota en una de las bandejas.

***Te pido disculpas por lo ocurrido anoche,
no volverá a suceder. Te espero en la cafetería,
tengo que hablar contigo.
Buenos días.
Daniel.***

Mónica no estaba en absoluto enfadada con Daniel. De hecho, no sabía que le pasaba, puede que fuera por estar a miles de kilómetros de casa y verlo todo en perspectiva, pero la situación con Ángel no era sostenible.

Había dejado de tenerle miedo, se enfrentaría a él y lucharía por sus hijas, pero lo dejaría. Hacía mucho tiempo que no era feliz con su marido. Era como si besar a Daniel le hubiera abierto los ojos y ahora sabía con certeza qué camino tomar. Se merecía ser feliz y allí estaba él, cuidándola, luchando a brazo partido por verla contenta, mientras ella se obstinaba por proseguir con una relación que tenía la fragilidad de un castillo de naipes.

Ángel no le pondría las cosas fáciles, sabía que era capaz de jugar sucio y hacerle mucho daño. Pero había tomado una decisión en firme, no podía seguir engañándose a sí misma. Desayunó sin poder borrar una enorme sonrisa de su cara. Se sentía como si se hubiera librado de un yunque, que la mantenía en el fondo del mar. Ahora, por fin sería libre. En cuanto pusiera un pie en España, empezaría a tramitar el divorcio.

Bajó a la cafetería del hotel con un cosquilleo en el estómago, se sentía como si tuviese diecisiete años y se encaminara a una de sus primeras citas con Daniel. Lo vio sentado de espaldas, tomándose un café. Se acercó despacio, quería saborear cada momento. Su vida iba a experimentar un cambio radical, por fin podría expresarle sus sentimientos con total libertad y hablar con él de su futuro en común. Conforme iba acercándose, percibía cómo la felicidad completa estaba al alcance de su mano y ya la empezaba a conquistar.

—Buenos días, Mónica. Tenemos que hablar —saludó Daniel mirándola de soslayo.

—Sí —asintió Mónica tomando asiento—. Yo también quiero hablar contigo.

—No es necesario, ya sé lo que me vas a decir y tienes toda la razón. No podemos seguir jugando a esto más tiempo. Esta noche he tomado una decisión, voy a cumplir treinta y cinco años y ya es hora que empiece a pensar en mí, y en mi futuro. Incluso en formar una familia y empezar a construir algo —explico él con gesto adusto.

Mónica lo miró perpleja. Eso sí que no se lo esperaba y notó como el cosquilleo se apagaba en su estómago, a medida que comenzaba encogerse.

—Voy a pedirle a Paula que se case conmigo. Es una chica estupenda y sé que aceptará. Debo madurar y dejar de perseguir un sueño imposible. Sabes que eres la persona a quien más aprecio del mundo, así que quería que fueses la primera en conocer mi decisión —anunció a bocajarro.

Mónica agradeció estar sentada, su corazón parecía arena que se le escapaba entre los dedos.

—Enhorabuena, Daniel. Me alegro mucho por ti —consiguió pronunciar.

—Gracias, voy a subir a por unos papeles. Tenemos que prepararnos para la reunión.

—Sí, yo subiré en unos minutos.

El clima entre ellos había cambiado radicalmente, y se había tornado frío como el hielo. De repente, su relación se había quedado congelada. Mónica observó cómo Daniel abandonaba el establecimiento. No podía moverse, temía que si lo hacía no podría controlarse y rompería a llorar. Tenía que sobreponerse, ya no era una cría a la que le acababan de romper el corazón.

Ese día debía trabajar incesantemente, la reunión era vital para Varadero. Intentó borrar los últimos diez minutos de su mente y seguir adelante. No pensaría en ello, ya tendría tiempo para mortificarse, cuando estuviese sola. Ahora, debía concentrarse en su trabajo.

La reunión de la tarde fue un completo éxito, el Varadero de Doha pronto sería una realidad. A partir de ahora, comenzaría una nueva etapa con mucho trabajo por delante, que mantendría a Mónica muy ocupada el próximo año. Mientras se desarrollarán las obras de construcción, debía supervisar la contratación del personal y velar para que todo el proceso marchara según lo planeado. Había infinidad de aspectos que coordinar y supervisar. Poco a poco, comenzó a vislumbrar lo que haría con su futuro, tenía que sobreponerse al duro golpe, de nada serviría auto compadecerse y lamentarse por lo estúpida que había sido. No quería victimizarse, ni hacer un drama de la situación, aunque en su fuero interno el dolor se hacía insoportable.

Esa noche se celebraba una fastuosa fiesta en casa de uno de los inversores, que no paraban de agasajar a todo el equipo con regalos y banquetes, haciendo gala de una hospitalidad modélica.

Mónica se pasó toda la velada evitando encontrarse con Daniel, no podía hablar con él. No, al menos, de momento. Debía recuperar fuerzas y reconstruirse y sabía que eso llevaría su tiempo.

La casa era en sí misma una majestuosa obra de arte. El dueño había pedido al arquitecto que se inspirara en la grandiosa Medina Azahara cordobesa. Mónica observó el jardín, flanqueado por fuentes, en el que se desarrollaba la fiesta, desde un rincón. Estaba dividido en tres terrazas, ornamentadas con bellos motivos árabes. Las columnas corintias, que delimitaban el jardín, sostenían arcos escarzanos, y al fondo, un gran arco de herradura presidía el espacio. Observar los prodigiosos zócalos y las estéticas pinturas, tenía la virtud de trasladar a uno a la época que evocaban.

—Vaya, estas aquí. Me ha costado mucho encontrarte —la sorprendió Daniel a su espalda.

—Perdona, estaba husmeando. Esta casa es fabulosa —se disculpó intentando sonreír.

—A mí me ha impresionado también. Esta gente no sabe hacer nada que no sea majestuoso, todo lo hacen a lo grande.

—No tener problemas de liquidez debe ayudar bastante —apuntó Mónica, esforzándose por parecer alegre.

—Tengo que pedirte algo —dijo Daniel—. Sé que estos días vas a tener mucho trabajo, pero mañana iré a comprar el anillo de compromiso para Paula y quiero que me acompañes. Seguro que tienes mejor gusto que yo, para esas cosas.

—Descuida, no hay problema. Pero creo que ahora voy a pedir que me lleven de regreso al hotel, estoy exhausta.

—No te preocupes, yo me encargo —se ofreció— Descansa, estás haciendo un gran trabajo.

Había sido un día muy largo, Mónica se quitó los zapatos de tacón y se tiró en la cama, la misma donde había dormido unas horas antes, después de que Daniel la besara. Cogió una de las almohadas y comenzó a llorar. Lo había estado posponiendo todo el día, pero ahora ya no había motivo alguno para retener el raudal de lágrimas que le emborronaban la visión. Se lo merecía, su obstinación por hacer siempre lo correcto la había cegado de tal manera que ahora tendría que pagar las consecuencias. Todo en esta vida tiene un límite, entendía que Daniel quisiera empezar algo con Paula, pero no podía evitar que le doliera profundamente.

Al día siguiente, Mónica dedicó toda la mañana a establecer contactos con las personas que trabajaría en el proyecto, le agradaba la eficacia que mostraban y su educación. Todo el mundo estaba entusiasmado con el nuevo Varadero, sería considerablemente más grande que el de España, que de por sí, ya era de grandes

dimensiones.

Daniel fue a buscarla para que lo acompañara al Villagio Mall, un centro comercial de lujo inspirado en el mítico hotel de Las Vegas. Tenían previsto comer algo y buscar el anillo de compromiso. Las calles del centro comercial estaban surcadas por canales venecianos, en los que se podía pasear en góndola. Los techos, pintados de un azul celeste, imitaban un cielo de primavera, que variaba conforme iba avanzando el día.

En el Villagio Mall se podían encontrar las mejores firmas del mundo. Entraron en la boutique Cartier y media hora después, tenían en su poder el anillo más bonito que Mónica había visto en su vida. Una sortija en platino, engastada con tres diamantes talla brillante. Era una preciosidad y Mónica no albergaba la menor duda de que a Paula le encantaría.

—Muchas gracias por acompañarme —le agradeció Daniel.

—No tienes por qué darme, venir a una tienda así es una maravilla. Tengo que

darte la enhorabuena, ¡Vas a casarte! —exclamó Mónica con el mayor entusiasmo con el que pudo actuar, mientras se sentía como una completa impostora.

— Todavía no puedo creerlo —sonrió él—. Pero aún tiene que darme el sí.

—No creo que vayas a tener problemas, Paula es una chica fantástica y salta a la vista que está encantada contigo.

Ambos permanecieron callados. Desde el día anterior, habían compartido varios silencios incómodos, algo que nunca les había ocurrido estando juntos.

—Bueno, si me das la tarde libre, voy a comprar algunas cosas para las niñas.

—Sí, claro, ¿Quieres que te acompañe?

—No, no es necesario. Te aburrirías —resolvió Mónica, que prefería estar sola.

—Vale, ¿Cenamos ésta noche juntos? —propuso Daniel.

—La verdad es que tengo trabajo, pediré que me suban algo a la habitación, mientras termino algunas cosas que tengo que dejar cerradas antes de volver a España.

Un atisbo de tristeza cruzó fugaz por los ojos de Daniel. Para cualquiera que no lo conociese, habría pasado totalmente inadvertido, pero Mónica sintió una punzada de dolor al verlo.

El comandante les anunció que tomarían tierra en apenas diez minutos, a través de la megafonía del avión. Mónica estaba sentada, cuando Daniel regresó a su lado, para abrocharse el cinturón antes del aterrizaje.

—Daniel, tengo algo que pedirte.

—¿Tiene que ser ahora? Sabes que odio estos momentos en los aviones. Me lo cuentas cuando estemos en tierra.

—No, es importante. Tiene que ser ahora —Mónica sabía que Daniel odiaba los aterrizajes, era el momento ideal para hacerle participe de sus planes.

— Tú dirás —dijo mirando por la ventanilla, un poco más pálido de lo habitual.

—Sabes que este año voy a tener mucho trabajo con el nuevo Varadero, tendré que viajar mucho a Doha por ese motivo.

—Sí, claro, pero no te preocupes, contrataremos a alguien que pueda hacer todo desde allí. Ya lo había pensado

—A eso me refiero. Quiero ese puesto, sabes que no hay nadie que pueda hacerlo mejor.

—Pero Mónica, eso implicaría tener que vivir allí —repuso indignado, consciente de que Mónica le había preparado una encerrona.

—Lo sé y es lo que quiero. Es lo que necesito en este momento.

—No, yo te necesito aquí.

—No Daniel, lo último que necesitas es que yo esté aquí en estos momentos. Vas a empezar una nueva vida y te mereces ser feliz.

—Mónica, no voy a tomar esa decisión ahora.

—Te lo pido como un favor personal, si me das tu permiso empezaré a tramitarlo mañana mismo —imploró—. Sabes que no te lo pediría si no fuese importante.

—No entiendo a qué viene todo esto de repente.

—Por favor...

—Está bien, haz lo que quieras. Pero me gustaría discutirlo contigo mañana tranquilamente. Te espero a primera hora en mi despacho y vemos que es lo que se te ha metido en la cabeza —refunfuñó contrariado y molesto.

El avión tomó tierra y fue perdiendo velocidad paulatinamente, mientras se deslizaba por la pista. Por fin, una de las azafatas abrió las compuertas. Paula estaba aguardando radiante a que su novio bajase por la escalerilla.

—¡Hola amor! —exclamó Paula abalanzándose sobre Daniel para darle un

beso—. Espero que no estés muy cansado. No hace falta que bajes siquiera del avión, nos vamos de vacaciones solos tú y yo —dijo guiñándole un ojo a Mónica, que se despidió con un gesto, mientras salía a toda prisa de la aeronave.

La tripulación comenzó a realizar los preparativos necesarios para el despegue del aparato. Todos estaban al corriente del nuevo destino, Mykonos.

El blanco bailaba con el azul del mar. Así era la isla, Mykonos dibujaba en el mediterráneo un rincón irreplicable, en el que, como pocas veces ocurre, la mano del hombre había armonizado con la naturaleza.

Daniel observó a Paula durmiendo a su lado, le apartó un mechón de pelo que le caía sobre la cara y salió a la terraza, desde donde divisaba la playa de Kalo Livadi. Villa Alegría no podía tener un nombre más apropiado, vivir allí era lo que cualquiera necesitaba para sentirse bien. Todo estaba decorado con los colores del pueblo, blanco, azul y arena. La sencillez enriquecía el lujo de las estancias, que se abrían al mar como si formasen parte de él.

Llevaba apenas un día allí y se encontraba como en casa. La noche anterior había contratado un catering para una cena romántica. Por fin, estaba listo para dar el paso y pedirle a Paula que se casara con él. Se metió en la piscina, que, debido a su emplazamiento, brindaba en uno de sus extremos el efecto óptico de mirar hacia un mar infinito, e hizo unos largos. Al salir, dejó que el sol de la mañana lo secase, se tumbó en una hamaca y sacó su Ipad para leer la prensa y consultar su correo. Cuando abrió la bandeja de entrada, hubo uno que llamó especialmente su atención. Se trataba del detective privado que había contratado cuando quiso encontrar a Mónica. Le había pedido que investigara de nuevo a Ángel, antes de invertir en su proyecto.

Mónica tenía sus razones para no fiarse de él, y eso que ella no contaba con la mitad de la información que había recabado Daniel, y que retrataba el lado más oscuro de su marido. Ángel era una de esas personas que vivían en el límite de la legalidad y que, con frecuencia traspasaban ese margen, sin el menor reparo. Había demostrado sobradamente que no tenía escrúpulos a la hora de chantajear, sobornar y manipular a cualquiera para conseguir sus objetivos. Su astucia le había llevado a guardarse hábilmente las espaldas, para no caer en manos de las autoridades. Pero lo que Daniel tenía delante era la gota que colmaba el vaso, sabía que tenía que actuar.

El problema era cómo hacerlo, para causar los menores daños colaterales posibles.

Mónica sentía como el miedo la atenazaba. Llevaba muchos años buscando fórmulas para no enfrentarse a Ángel con el fin de evitar confrontaciones, por lo que obviaba muchas cosas relacionadas con él. Fingía no ver de lo que era capaz, con tal de no plantarle cara. La aterrorizaba, y a no por el daño que le pudiera llegar a hacer a ella, sino por lo que fuera capaz de hacerles a sus hijas, para conseguir manipularla.

Pero ahora tenía un plan. Había llegado la hora de ser valiente y hacerle frente, se lo debía a sí misma y se había convencido de que sería lo mejor también para sus hijas. Tan pronto como llegó a España, llamó a Llanos, su ayudante, para que contratara al mejor abogado especialista en divorcios. No sabía cuánto duraría el proceso y le daba igual el coste económico, solo quería conservar a sus hijas con ella. Él podía quedarse con todo lo demás.

Ángel apuró hasta el último minuto, para regresar a casa con las niñas. Mónica debía entender que él tenía el control. Sabía que ya hacía unas horas que había aterrizado, pero no le había cogido el móvil. Dejaría que sufriese un rato, todavía tenían una hora de viaje y no pensaba contestar. Estaba encantado, Vicky había dado a luz a un precioso niño de casi cuatro kilos, que llevaba su nombre. Haría una fortuna con el nuevo restaurante y todo volvería a ser como en los buenos tiempos, cuando nadie se atrevía a mirarle por encima del hombro.

Llegó a casa y encontró a Mónica en el salón descompuesta. Ella corrió a abrazar a las niñas y las cubrió de besos. Las niñas también la habían echado mucho de menos, incluso a Carolina se le saltaron las lágrimas al ver a su madre. A su marido apenas le dedicó un gesto a modo de saludo.

—No os podéis imaginar lo que os he echado de menos chicas. ¿Qué os parece si vamos todos a celebrarlo y salimos a cenar?

—¡Síiii! —gritaron las tres niñas al unísono.

Mónica las observaba absorta. Apenas había estado fuera una semana y las notaba diferentes. Eran tres niñas, a un paso de la adolescencia. Claudia llevaba su móvil como prolongación de su brazo y Elena se había pintado los labios, los ojos y las uñas de un rosa claro. Eran cambios pequeños, pero que le producían vértigo. Menos mal que Carolina seguía igual y todavía le quedaban unos años libre de la edad del pavo, que, en ocasiones, llegaba a convertir a sus hermanas en dos completas desconocidas para su madre. Cuando regresaron a casa, Mónica acostó a las niñas, que estaban rendidas y en el pasillo se cruzó con Ángel.

—Tenemos que hablar —exigió Mónica, procurando expresar más firmeza de la que en realidad sentía.

—Tú dirás, después de la luna de miel con tu jefe no querrás acostarte conmigo —le contestó lo más hiriente que pudo su marido.

—Vamos abajo, no quiero despertar a las niñas.

Mónica tomó asiento en el sofá, quería tener a Ángel de frente, pero a una distancia prudencial, con su marido nunca se sabía.

—Voy a pedir el divorcio —sentenció.

—De eso nada, Mónica —se burló él.

—Ángel, esto ya no tiene ningún sentido. Vamos a intentar hacerlo lo menos doloroso posible.

—Vas a romperles el corazón a las niñas y te puedo asegurar que voy a luchar con uñas y dientes. Sabes que soy capaz de llevármelas, para que no las vuelvas a ver en tu vida.

—Quiero que lleguemos a un acuerdo, tenemos que hacer esto por las buenas.

—¿Pero tú quién coño te crees que eres? Vienes de tirarte al gilipollas de tu jefe y ¿Te crees que se quedará contigo? —le vociferó grotescamente—. Eres una estúpida, siempre lo has sido —aseveró señalándola violentamente con un dedo acusador.

Mónica sabía que no podía dejarse llevar por la furia que crecía en su interior, e intentó mantener la calma.

—Estás equivocado, esto no tiene nada que ver con Daniel. Él va a casarse con otra y yo voy a divorciarme de ti. Empezaré una nueva vida lejos y tú vas a permitirlo. Hablemos claro, dime qué es lo que quieres a cambio, negociemos.

Un destello de profundo odio cruzó la mirada de Ángel.

—Te equivocas, tú no puedes darme lo que quiero, eres una imbécil —la insultó, levantándose y arremetiendo contra su mujer—. No vas a irte, no te llevarás a mis hijas.

Mónica no tuvo tiempo de reaccionar, antes de ver nada, sintió el puñetazo en el ojo. Durante unos segundos no pudo moverse, el dolor le atravesaba la cabeza y pensó que el globo ocular se había salido de su cuenca. No podía abrirlo, estaba asustada y tenía que parar a Ángel, pero estaba paralizada. Poco a poco, fue recuperando la visión, durante lo que le pareció una eternidad.

Ángel salió corriendo de su casa, dejando a su mujer tirada en el suelo. No lo podía creer, Mónica iba a estropearlo todo. Daniel estaba enamorado de ella, solo una persona sin ojos en la cara no se daría cuenta de eso; y ella de él. Gracias a ello, iba a conseguir dinero a manos llenas. Pero la muy estúpida había permitido que se fuese a casar con otra. Era como si hubieran dejado escapar por un descuido a la gallina de los huevos de oro y estaba loca si pensaba que iba a permitir que se marchara, loca de remate.

Pasó toda la noche bebiendo y llegó a casa de madrugada. La casa estaba vacía y no había rastro de Mónica ni de las niñas. La llamó a su teléfono móvil, pero como era de esperar, no obtuvo respuesta. A continuación, contactó con la policía y denunció a su mujer por secuestrar a sus hijas y abandono del hogar.

Daniel y Paula bajaron a dar un paseo por el puerto. Dos cruceros acababan de atracar y centenares de turistas desembarcaban en la isla. Las estrechas calles, que serpenteaban adornadas con preciosas buganvillas, se atestaron en pocos minutos de gente que curioseaba en las tiendas. Decidieron buscar un restaurante tranquilo, para comer alejados del bullicio que acompañaba a los recién llegados.

La taberna Kikis era un lugar tan apacible como pintoresco, donde se podía degustar la excelente gastronomía griega, mientras se disfrutaba de unas vistas privilegiadas de la bahía de Mykonos.

Desde su llegada, se habían convertido en adictos al *tzatziki* y al yogur griego en todas sus formas posibles. Tomaron pechuga de pollo, rellena de queso feta y tomate seco, y una deliciosa ensalada, que maridaron con una botella de retsina, el vino blanco característico de la Grecia central. El aroma de los platos flotaba por toda la terraza.

—Lo estoy pasando estupendamente. Tenías razón, es una isla increíble —le dijo Daniel a Paula, mientras le tomaba la mano cariñosamente.

—Me alegro, lástima que no puedas disfrutarla al cien por cien —le contestó ella, con cierta suspicacia—. Daniel, puedo oírte pensar, estás preocupado por algo.

—Lo siento, tienes razón, hay algo que no puedo quitarme de la cabeza —se disculpó.

—Tal vez yo pueda ayudarte, cuéntamelo.

—Verás, es algo complicado. Es sobre el marido de Mónica... Acaba de tener un hijo con otra mujer con la que lleva engañándola bastante tiempo.

Paula abrió los ojos como platos.

—¡Menudo capullo! —exclamó sorprendida—. A mí me parecía un tipo encantador.

—Tiene un historial un tanto complicado.

—¿Y tú cómo has averiguado todo eso?

—No tenía claro si iba a invertir en el restaurante-escuela de cocina, que pretende montar y lo investigué.

—Hiciste bien, no creo que sea una persona de la que se pueda uno fiar. Tienes que contárselo a Mónica. Lástima, parece muy maja, ¿No? —preguntó mirándolo atentamente de reojo

Paula dejó que la pregunta flotara en el aire y se quedó mirando a Daniel, esperando una respuesta.

—Sí, lo cierto es que sí —repuso Daniel pensativo.

—Creo que ésta es la oportunidad que estabais esperando.

—¿Perdona? —preguntó Daniel saliendo de su ensimismamiento—. No te entiendo.

—Por favor, Daniel, no seas condescendiente conmigo. Es algo que no soporto —explicó Paula sin un ápice de acritud en su voz—. Mónica y tú os queréis el uno al otro, nunca antes, había visto a nadie estar enamorado así. Lo supe desde el primer día en que estuve con los dos en la misma habitación. No podéis vivir el uno sin el otro, parecéis quinceañeros. A mí, personalmente, me parece precioso. No, no me mires así, no estoy diciendo nada que tú no sepas —explicó mirando a un atónito Daniel.

—Esto no me lo esperaba, no tengo palabras —aseguró él.

—No hace falta, yo me lo he pasado genial contigo, pero sabía desde el principio que no íbamos a ninguna parte.

—Perdona, me siento fatal —trato de excusarse, sin saber muy bien qué hacer a continuación

Paula soltó una carcajada y besó a Daniel.

—No tienes que disculparte, solo ve y rescátala. Va a ser tremendo—dijo entusiasmada mientras aplaudía.

Mónica logró levantarse del suelo y subió las escaleras. El dolor iba remitiendo, cogió una maleta y metió en ella todo lo que pudo de sus hijas. Su maleta estaba sin deshacer, lo que le permitió ahorrar un tiempo precioso.

Despertó a las niñas y les dijo que se iban inmediatamente de vacaciones. Las pequeñas protestaron, apenas llevaban una hora durmiendo y no lograban hacerse vivas. Mónica las metió en el coche como pudo, cargó el maletero hasta que no cabía nada más, salió del garaje y su cabeza inició una frenética búsqueda de un lugar seguro. No quería ir a casa de sus padres, sería el primer sitio donde Ángel la buscaría y no podía involucrarlos, como tampoco deseaba dar ninguna explicación del aparatoso moratón que se le estaba formando en el ojo.

—Mamá, ¿Dónde vamos? Estoy muy cansada y quiero ir a mi cama —se quejó Carolina. Sus hermanas dormían ya en sus asientos.

—No te preocupes, mi vida, enseguida llegaremos a un sitio fabuloso. Ya verás.

Su mente halló el lugar perfecto, donde no las encontrarían y podría pensar con tranquilidad. Necesitaba serenarse, no podía permitirse que el miedo la invadiera.

Pasó por el banco, sacó todo el dinero en metálico que le permitió el cajero y se puso en camino. No tardó mucho en llegar. El Asia Gardens era un paraíso balinés en medio del caos que se había adueñado de su vida en las últimas horas. Pero era justo lo que necesitaba. Allí, las niñas disfrutarían de unas memorables vacaciones, mientras ella arreglaba todo. Era improbable que nadie las encontrara allí. Se registró en la recepción del hotel y utilizó una tarjeta de crédito de una cuenta vinculada únicamente a ella. Desde que comenzó a trabajar en Varadero, había estado desviando un pequeño porcentaje de su sueldo a ella. La vida le había enseñado a ser previsora y no quería volver a encontrarse sin dinero jamás. Llevó a las niñas a la habitación para que descansaran, sacó su portátil y se tumbó junto a las niñas unas horas.

Cuando amaneció, comenzó a hacer las llamadas que necesitaba, comenzando por su madre, para que no se preocupara; a Llanos, para avisar que necesitaba unos días de vacaciones; y a su abogado. No tenía ninguna intención de volver a cruzarse con Ángel. Cuando concluyó, fue con las niñas a desayunar y dejó su móvil en la habitación cargando.

Daniel llegó al Varadero y se fue directo al despacho de Mónica.

—Lo siento, Mónica ha llamado esta mañana para avisar de que necesitaba tres días de vacaciones —le explicó Llanos.

Cogió su móvil y comenzó a llamarla. Los tonos se sucedían, pero no obtuvo respuesta. Mientras, Llanos atendía una llamada.

—No coge el teléfono, ¿Sabes dónde puedo encontrarla? —preguntó Daniel apremiante.

—No, lo siento. Era su abogado, dice que tiene que localizarla inmediatamente. La Policía la está buscando para hablar con ella.

—¿La Policía?, ¿Pero qué es lo que está pasando?, ¿Por qué iba a tener Mónica un abogado?

—Bueno, es el abogado que lleva lo de su divorcio —dijo la muchacha dubitativa.

—Está bien, llámalo y pásame la llamada a mi despacho —ordenó Daniel apremiante.

—De acuerdo.

Después de hablar con el abogado de Mónica, Daniel comprendió cual era la situación. Volvió a llamar a Mónica al móvil y esta vez sí obtuvo respuesta. Tan pronto como supo donde se encontraba, salió corriendo a buscarla.

Ángel miraba su móvil mientras conducía. Había instalado una aplicación en el terminal de Mónica, que le permitía controlar sus movimientos y conocer con exactitud donde se encontraba en cada momento; y, ahora, se dirigía a toda velocidad a su encuentro. La obligaría a recapacitar y regresaría con él. Eso, o las cosas se pondrían difíciles para ella.

Mónica dejó a las niñas disfrutando en la piscina y fue al hall del hotel a esperar a Daniel. Su llamada la sorprendió mucho, lo hacía a miles de kilómetros, tomando el sol en Mykonos junto a Paula. Mientras hablaba por teléfono con su abogado, a primera hora de la mañana, le habían caído dos llamadas perdidas suyas. A la tercera, él había logrado contactar con ella, y le había insistido mucho en ir a verla de inmediato.

Daniel vio a Mónica mientras hablaba por teléfono y fue corriendo hacia ella. Cuando se dio la vuelta hacia él, vio con horror su rostro. Las gafas de sol no lograban ocultar por completo el hematoma violáceo que bordeaba su ojo. Una cólera incontenible se apoderó de él.

—¡Vaya, si tenemos aquí a Romeo y Julieta! —oyó tras él.

Daniel no llegó a pensar, su puño cobró vida propia y golpeó con todas sus fuerzas en la cara a Ángel, que cayó al suelo fulminado.

—¡¡¡HIJO DE PUTA, LEVÁNTATE Y ATRÉVETE CONMIGO!!! —gritó desaforado, dando rienda suelta a toda la rabia que acumulaba dentro de sí, a través de sus manos.

Ángel se levantó y embistió a Daniel con todas sus fuerzas, consiguiendo que cayeran los dos al suelo. Aprovechando la ventaja de encontrarse sobre su adversario, propinó a Daniel en la cara cuatro puñetazos. Con mucho esfuerzo, éste consiguió impulsarse desde el suelo y deshacerse de su oponente, que salió despedido contra una pared de cristal, haciéndola añicos. En ese momento, intervino la seguridad del hotel, que tuvo que emplearse a fondo para reducirlos.

Mónica estaba aterrada, la situación se había descontrolado totalmente. Le costó unos segundos reaccionar, pero cuando lo logró, corrió hacia Daniel, para comprobar que se encontraba bien. En apenas unos minutos, dos agentes de Policía llegaron al hotel y hubo que dar las pertinentes explicaciones. Ángel no dudó en marcharse, cuando los miembros de seguridad del hotel lo apartaron de Daniel, como era de esperar en él.

El bufete de su abogado era bastante elegante. Aunque Mónica se inclinaba más por un estilo contemporáneo, tuvo que reconocer, que había algunas piezas de decoración que llamaron su atención. Salió de la sala de reuniones abrazada a los documentos que cambiarían su vida. Definitivamente, acababa de romper con Ángel para siempre. Una sonrisa brotó en sus labios, que se iba ampliando a cada paso que daba.

Gracias a los documentos que Daniel había recopilado, Ángel no tuvo más remedio que negociar con Mónica. Ella no quería que el padre de sus hijas acabara en la cárcel, le gustase o no, estarían unidos de por vida. Pero si conseguía interponer unos cientos de kilómetros entre ellos, sería un respiro para ella.

Daniel y Mónica serían sus socios en el proyecto del restaurante, pero debía montarlo lejos de allí. Las niñas vivirían con Mónica, pero irían a ver a su padre y a su nuevo hermano, siempre que quisieran.

Subió a su coche y por fin pudo exhalar un gran suspiro de satisfacción, una nueva etapa se abría ante ella. Mirándolo todo ahora con perspectiva, no acertaba a comprender por qué le había llevado tanto tiempo tomar aquella determinación. Se encaminó al garaje del Varadero, todavía tenía una intensa jornada por delante.

Mónica salió del restaurante del Varadero a toda prisa, debía supervisar la planta baja. Había tenido un problema con las flores y aún estaban colocándolas. Faltaba tan solo una hora para que llegaran los primeros asistentes a la gran fiesta de aniversario, que ya se había convertido en todo un clásico en la ciudad. La gente tiraba de contactos y pugnaba por estar entre la lista de invitados. Los afortunados, sabían que no quedarían decepcionados.

De hecho, ya era uno de los eventos predilectos de los medios de comunicación. Correrían ríos de tinta y los estilismos de los más famosos ocuparían portadas y provocarían “sesudos” análisis en los magazines matinales de televisión.

Mónica comprobó que todo estaba en orden y subió a terminar de arreglarse. En ese momento, se cruzó con Enrique Iglesias, que se disponía a realizar la prueba de sonido.

Desde la ventana de su despacho, comprobó cómo el número de curiosos apostados ante la entrada principal crecía por minutos y comenzaban ya a ocupar también las calles aledañas. Ese año, contarían con la presencia de los actores protagonistas de una de las grandes superproducciones de Hollywood de la temporada, por lo que todo el mundo quería verlos, aunque fuera de lejos.

Se enfrentaba a un gran reto, nunca antes había organizado un evento de tal magnitud y lo había tenido que hacer en un tiempo récord. No había parado de trabajar, por lo que apenas había podido ver a Daniel desde que firmara el acuerdo de divorcio con Ángel. Tenía ganas de hablar con él, para agradecerle su ayuda.

La planta baja al completo del Varadero, estaba invadida por la fiesta, había mesas con el catering por todo el perímetro, sobre las que descansaban cientos de bandejas, con los mejores productos españoles, que estaban siendo elaborados sin cesar en el restaurante. En el centro, se había instalado un escenario para la música en directo, una legión de camareros repartían los mejores cavas y vinos y miles de flores blancas decoraban el jardín.

Daniel estaba en una de las barras pidiendo una cerveza, cuando vio a Mónica descendiendo en uno de los ascensores transparentes. Estaba preciosa. Mientras, los invitados bailaban animadamente al son de “Bailando”, que en ese momento interpretaba Enrique Iglesias desde el escenario.

Fue en su búsqueda esquivando a la gente. Al fin, ella también lo vio y se acercó a él, que le cogió la mano y con un gesto la invitó a bailar. Pasaron toda la noche celebrando el éxito de la fiesta, bebiendo y riendo, como si estuviesen solos y no los rodearan cientos de personas. Fue una velada mágica, en la que disfrutaron el uno del otro, mientras las horas fueron transcurriendo sin que se diesen cuenta. Hasta que, poco a poco, el cielo comenzó a clarear.

En el jardín, apenas quedaban algunos empleados que ya estaban limpiando, pero ellos seguían sin darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

—Tengo que irme, se ha hecho un poco tarde. Cogeré un taxi, no creo que deba conducir —confesó Mónica.

—Quédate conmigo.

Mónica miró a los ojos a Daniel y asintió.

Subieron al ascensor entre risas y trastabillando cada pocos pasos. Salieron a la terraza del apartamento de Daniel a contemplar como amanecía y la besó.

—Espera aquí un momento —le susurró.

Mónica se quedó sola en la terraza, su corazón amenazaba con explotar de pura alegría. Estaba algo mareada, a consecuencia de todo el cava que había bebido. Miró la piscina y no pudo resistirse, se quitó su precioso vestido de noche, de Dolores Promesas, y se zambulló en el agua. Nadó hasta el extremo de la piscina infinita. El agua fría mitigó el efecto del alcohol y su cabeza se despejó. Se apoyó en el borde de la piscina y disfrutó de las vistas de la ciudad con el mar de fondo. Daniel apareció detrás de ella y la besó en el cuello. Cuando se dio la vuelta, le cogió la mano y le puso una pequeña caja en la palma, la misma que meses antes había visto envolver a la empleada de Cartier con desolación. Mónica saltó hacia él y lo abrazó con sus piernas mientras lo besaba.

—Claro que sí, me casaré contigo encantada.

EPÍLOGO: RESACA

Claudia se colocó la corona de flores sobre su cabeza, para comprobar cómo le quedaba. Ella y sus hermanas habían elegido sus trajes y formaron parte desde el principio de todos los preparativos de la boda. Aquella mañana, desayunaron todas juntas en la habitación de su madre con la tía Rosa y compartieron confidencias sobre la cena que se había celebrado en el hotel la noche anterior.

El tío Roberto había tomado unas cuantas copas de más y se convirtió en el amo de la pista de baile, pero el momento cumbre llegó cuando subió al escenario y se adueñó de un micrófono para declarar su amor por la tía Rosa cantando “*A la orilla de la chimenea*”, de Sabina, y para sorpresa de todos los presentes, no lo hizo nada mal. Claudia observó como a su tía se le escapaba una lágrima al recordarlo y cogía la mano de su madre emocionada.

La noche anterior, habían organizado una cena íntima con los amigos y familiares más cercanos. Nada que ver con la fastuosa boda que se celebraría aquella tarde. De hecho, en aquellos momentos, el hotel era un hervidero de gente que llegaba de todas partes del mundo y ya había ambiente de fiesta en las piscinas, los jardines y en todos los rincones por los que Claudia paseaba, sin soltar su móvil ni un segundo. Al llegar a la recepción, vio como su tío Luís daba la bienvenida a un chico que parecía sacado de un videoclip de Madonna. Estaba buenísimo. No se lo pensó dos veces y se acercó para enterarse de quien era.

—Hola, Claudia. Mira, te presento a Antón, mi novio. Antón, esta preciosidad es mi sobrina Claudia. Por cierto, muchas gracias por venir. Sé que estás muy ocupado —exclamó Luís al tiempo que cogía la mano de su acompañante.

—Encantada —dijo la muchacha.

—Lo mismo digo. Vaya, tengo entendido que eres una de las damas de honor. Estarás muy nerviosa, es una misión muy importante.

—Es muy emocionante —dijo Claudia con resolución—. Aunque no creas que a mí y a mis hermanas nos hace mucha gracia. Le hemos dicho mil veces a mi madre que somos demasiado mayores para ir por ahí como tontas, tirando pétalos. Yo ya tengo quince años, pero mi madre se ha empeñado y dice que siempre seremos sus pequeñas —explicó la muchacha ofendida, poniendo los ojos en blanco.

—Vaya, veo que he sacado un tema espinoso —se disculpó Antón haciéndole un guiño a Luis.

—Sí, esta boda ha sacado el lado más cursi de mi hermana, parece que se haya caído en un pastel de fresa y nata y no pueda salir. ¿Qué os parece si nos tomamos algo fresquito junto a la piscina? —les propuso Luis.

—Lo siento —se lamentó Claudia—. Ir vosotros, yo tengo que darle a la madrina la última lista con la colocación de los invitados. Hemos tenido que hacer algunas modificaciones de última hora.

—Está bien, te dejaremos ir, pero tienes que prometerme que esta noche me concederás un baile —le suplicó Antón besándole la mano.

Claudia no contestó, solo se puso roja y salió corriendo en busca de Carmen. El novio de su tío era realmente guapo, y la había puesto muy nerviosa.

De camino a la zona de las villas, su móvil comenzó a sonar.

—Hola papá, ¿Cómo estás?

—Bien, quería saber cómo va todo, hija.

—Por aquí todo estupendo, ¿Qué tal Angelito?

—Sin parar, está hecho todo un torbellino, Vicky vendrá ahora a por él.

—Papá, siento mucho que las cosas entre vosotros no funcionen —se lamentó Claudia mientras se sentaba en un escalón de piedra, frente a un pequeño lago.

—¿Estarás bien?

—Claro, hija, no te preocupes por mí, tu padre es un superhéroe, ¿Puedo hablar con tus hermanas?

—Lo siento, ahora están en la habitación con la peluquera, llama al móvil de Elena.

—No, no te preocupes, estaréis todas muy ocupadas y tengo que salir ya para el restaurante, hoy tengo mucho trabajo. Además, pronto estaremos juntos para las vacaciones.

—Está bien papá, te quiero mucho —logró decir Claudia mientras un halo de tristeza la invadía.

No entendía muy bien qué había pasado entre sus padres. Su padre era un hombre fantástico. Daniel le gustaba, se llevaba de maravilla con él, sobre todo desde el día que la llevó a conocer a los Auryn, pero no se podía comparar. Ahora que Vicky lo había dejado, le daba mucha pena verlo solo, aunque se consoló pensando que no tardaría en encontrar novia de nuevo, era muy guapo y un hombre encantador.

Claudia continuó por el sendero y llegó al alojamiento de Carmen, una villa con piscina privada y una enorme terraza con vistas al mar. Llamó a la puerta y espero a que le abriesen. Román, el amigo de Daniel, se plantó ante ella en calzoncillos. Cuando la vio, puso cara de sorpresa e intentó disculparse en un español bastante malo, por lo que Claudia no entendió nada. Ella se excusó, en un perfecto inglés y le dijo que se había equivocado de casa, debía haber interpretado mal las indicaciones de su madre. Ya se había dado la vuelta para marcharse cuando alguien gritó a sus espaldas:

—Claudia, perdona, ¿Necesitas algo? —le preguntó azorada la mujer

—Hola, Carmen —saludó, desandando sus últimos pasos—. Mi madre me ha pedido que te de esto —afirmó tendiéndole unos papeles, mientras observaba como Carmen intentaba colocarse bien la bata que llevaba y arreglarse un poco el pelo.

—Gracias, cielo. Verás, es que esta mañana se me ha estropeado el ordenador y Román se ha ofrecido a arreglarlo.

—Ya, pero Carmen, va en calzoncillos —le susurró.

Carmen miró a Román a su espalda sin saber muy bien qué decir.

—Es que se le ha caído un vaso de zumo mientras desayunábamos.

—¡Ah! —exclamó Claudia sin saber muy bien qué era lo que no le terminaba de encajar de toda la situación. Bueno, tengo que irme ya, la peluquera me está esperando.

—Muchas gracias, Claudia —se despidió Carmen mientras le daba un cariñoso beso e intentaba recobrar la compostura.

Claudia se encontraba en la puerta del hotel. Debía darse prisa, ya había perdido mucho tiempo. Pero justo cuando flanqueaba la puerta, un torrente de agua le cayó encima. Después de unos segundos sin poder reaccionar, miró hacia arriba y vio a sus cuatro primos riéndose sin parar. *Se van a enterar* —pensó— y subió al primer piso para buscar la habitación de sus tíos Fernando y Eva.

Llamó a la puerta llena de cólera y le abrió Eva.

—¡Pero Claudia!, ¿Qué te ha pasado?, ¡Vas chorreando!

—¡Puedes preguntarle a tus hijos, si siguen vivos cuando termine con ellos!—exclamó furiosa mientras corría en busca de sus primos.

Diego y los trillizos estaban escondidos en el cuarto de baño. Claudia abrió la puerta de par en par, seguida por Eva que gritaba a sus hijos:

—¡Sois unos gamberros!, ¡Me tenéis harta!, no se puede ir con vosotros a ninguna parte —vociferó.

Los niños miraban a su madre callados sin decir nada. Claudia pensó que lo mejor era marcharse. Era frecuente ver a su tía Eva perder los estribos con las travesuras de sus hijos. Siempre decía que prefería mil veces estar 48 horas seguidas de guardia en el hospital, a pasar una hora con sus hijos, aunque era todo una exageración, pues Claudia sabía que adoraba a los niños, pero éstos se pasaban el día haciendo trastadas y solían agotar la paciencia de cualquiera.

—Me voy tía, la peluquera me está esperando. Me va a echar la bronca seguro, cuando vea este desastre —se lamentó, cogiéndose un mechón de pelo mojado.

—Claro, cielo, yo me encargo de tus primos, van a estar castigados hasta el día del juicio final.

Cuando Claudia abrió la puerta de la suite, se encontró a una angustiada y embarazadísima Lucía, que se disponía a llamar en ese momento.

—¡Dios santo!, ¡Tenéis que ayudarme! —exclamó la recién llegada, mientras se abrazaba desolada a su amiga, que la miraba estupefacta—. ¡No me cabe el vestido!, ¡Hay que suspender la boda!

Claudia se escabulló por el pasillo, para no tener que participar en aquel drama, dejando atrás a su tía Eva, que suponía iba a estar muy ocupada el resto de la mañana.

Al entrar en la habitación, que compartía con sus hermanas, Claudia pudo comprobar que ellas estaban casi listas, solo les faltaba vestirse. Cuando la vieron aparecer,

las dos se echaron las manos a la cabeza.

—¡Claudia! —exclamó Elena.

—Lo sé, lo sé, pero no preguntéis. Han sido Diego y los trillizos —explicó con resignación.

Carolina y Elena se echaron a reír, sus primos eran increíbles liándola.

—Bueno, te da tiempo a ducharte, la peluquera y el maquillador se han ido a ver a mamá —intervino Carolina.

—Sí, han dicho que los avisáramos cuando estuvieses lista —explicó Elena, voy yo, dijo corriendo hacia la puerta.

Elena, tenía intención de avisar al equipo que se encargaba del estilismo que su hermana ya estaba lista, para que trabajasen con ella. Pero antes tenía algo que hacer, no podía dejar de aprovechar la ocasión y hacerse una foto con su ídolo, Yurena Santos, para subirla a su cuenta de Instagram y que sus amigas se muriesen de envidia. Ésta, había ganado ese año el reality de súper modelos al que estaba enganchada. Había visto su nombre en la lista de invitados, como acompañante de Paul, uno de los amigos de Daniel, y no daba crédito, era una modelo guapísima que ya estaba trabajando para las mejores firmas de moda y las portadas de las revistas se la rifaban. A Elena le apasionaba el mundo de la moda y cualquier cosa que tuviese que ver con éste.

Al bajar al hall, se encontró con Daniel que, casualmente, estaba hablando con Paul. No podía creer su suerte, iría directamente a preguntar cuando llegaba Yurena. Se fijó en la camisa que llevaba Daniel, tenía que reconocer que era un hombre elegante, seguía las tendencias, pero sin parecer disfrazado, lo cual era una auténtica virtud y, además, todo le quedaba bien. Ella lo adoraba. Él se interesaba siempre por sus inquietudes y la escuchaba. En septiembre, le había prometido llevarla a la Semana de la Moda en Madrid, la antigua Pasarela Cibeles, evento que esperaba con ansia y llevaba meses preparándose. No podía esperar a ver la nueva colección de Beatriz Peñalver.

—Hola, Daniel, buenos días, Paul, ¿Esperáis a alguien? —saludó inquisitiva

—Hola, Elena, ¡Vaya! Estás muy guapa —la saludó Daniel.

—Sí, preciosa, esperamos a mi novia, que parece que se retrasa —se explicó Paul con su acento mexicano, que a Elena le hacía tanta gracia. Paul se había enamorado de Latinoamérica en el viaje que hizo con sus amigos y ahora residía allí.

—Vaya, oye Paul ¿Y hace mucho que estáis juntos?

—No, lo cierto es que no, la conocí el mes pasado en Nueva York. Era la más guapa de la gala del MET.

A Elena se le pusieron los ojos como platos.

—¿Qué?, ¿Estás de broma?, ¿Tú has estado en la gala del Metropolitan? —preguntó escandalizada—. Daría un dedo del pie por poder ver todos esos fantásticos vestidos en vivo. Esa gala es uno de las alfombras rojas más importantes del año.

—Sí, es lo que tiene ser uno de los hombres más ricos del mundo, que te invitan a esas cosas. Cuando quieras, puedes acompañarme —se rió.

—Creo que a partir de ahora me convertiré en una de tus mejores amigas —resolvió la muchacha.

En ese momento, una escultural morena de metro noventa, traspasaba la puerta de entrada. Todas las personas que los rodeaban no pudieron evitar mirar a aquella impresionante mujer. Paul se la presentó a sus amigos y Elena consiguió una foto con ella, incluso estuvo un rato charlando con la joven, que quedó impresionada con el desparpajo que mostraba la niña y la pasión que ponía en sus palabras.

Elena cogió un ascensor y fue corriendo a la suite de la novia, no solo debía avisar al equipo de estilismo para que arreglasen a Claudia, también tenía la responsabilidad de ayudar a su madre con el vestido. Su madre era la persona del mundo que mejor conocía su potencial y la apoyaba. De hecho, había dejado que ella tomara todas las decisiones respecto al vestido de novia y a los de sus hermanas. Cuando entró, comprobó que la propia Rosa Clará se ocupaba de los últimos detalles. A Elena le dio un vuelco el corazón, como siempre que la veía, la admiraba profundamente y, cosa rara en ella, siempre se quedaba sin palabras al verla.

El vestido era precioso, de color marfil, como los de las damas de honor. De crepé y funda de tul bordado con pedrería y con una pequeña cola. Elegante y discreto, como su propia madre. Estaba guapísima.

—Cariño, has hecho un trabajo estupendo —le dijo su madre mirándose al espejo, evitando emocionarse y echarse a llorar.

—Mónica, tienes una hija increíble, dentro de unos años tendré que pujar fuerte para que venga a colaborar conmigo. Trabajar con ella en el diseño de los vestidos ha sido fantástico.

Elena se puso roja y se dio cuenta que su madre estaba casi lista y ella todavía no se había vestido.

—Muchísimas gracias, tengo que ir a vestirme. Vengo enseguida —dijo marchándose a toda prisa.

Carolina no podía apartar los ojos de su madre, nunca la había visto tan guapa. De hecho, no recordaba haber contemplado nunca una mujer que irradiara tanta felicidad como la que embargaba a su madre. Sus ojos, su piel, su aura... Brillaban. La peluquera retocaba el recogido compuesto por trenzas de diferentes tamaños. Elena se había pasado un mes buscando peinados de novia por Internet hasta decidir que ese era el que mejor combinaba con el vestido.

—Cielo, ¿Te importa ir a buscar al abuelo?, creo que se ha vuelto a perder. Me extraña mucho que no esté ya aquí.

—Claro, mami —accedió Carolina

La muchacha bajo al piso de abajo, allí comprobó que Daniel ya estaba listo y no paraba de deambular de un lado para otro. Al verla, sonrió.

—Hola, Daniel, estás muy guapo.

—Muchas gracias, tú también. Tu hermana me ayudó con el pañuelo y la corbata. Elena tiene muy buen gusto.

—Sí, a mamá le va a encantar. Tienes que verla, está guapísima.

Daniel esbozó una gran sonrisa, como si escuchar aquellas palabras fuera para él un gran alivio.

—Voy a contarte un secreto, en la vida he estado tan nervioso como lo estoy hoy. Pero al mismo tiempo, no creo que se pueda ser más feliz —le susurró.

—Yo también estoy muy feliz, creo que vamos a formar una familia estupenda.

Daniel abrazó a Carolina e hizo un esfuerzo titánico, para no romper a llorar de la emoción. En ese momento, llegó Carmen para acompañarlo a la ceremonia, seguida de sus padres. Carolina vio como los tres se fundían en un gran abrazo con Daniel, pero recordó su cometido de buscar a su abuelo y salió corriendo a buscarlo.

Al salir a uno de los jardines que rodeaban el hotel, oyó a su tío Fernando gritar a los trillizos, y vio a su abuelo intentando zafarse de uno de ellos, que se había enroscado en una de sus piernas y no lo dejaba avanzar.

—Abuelo —gritó—. Ven rápido, mamá te está esperando.

— ¡Ya voy! —exclamó agitando su pierna para deshacerse de su nieto—. Estos niños son unas bestias pardas.

Carolina acompañó a su abuelo a reunirse con su madre. Ella y sus hermanas abrían la comitiva nupcial. Abajo, en un inmenso jardín a orillas de la playa, cientos de invitados las miraban expectantes. El sol lucía en lo alto del cielo y emitía una luz brillante, exponiendo los colores a su máximo grado de luminosidad. Carolina sentía como si estuviese viviendo ese día, a través de un filtro de luz. La brisa del mar llegaba a todos los invitados y la felicidad parecía contagiarse como una plaga, todo el mundo parecía contento. Veía a cada paso que daba, rostros sonrientes, que reflejaban los mejores deseos para una nueva familia, que estaba a punto de formalizarse.

Las tres niñas habían bromeado todo el día con la expresión de su madre, si seguía sonriendo así se le desencajaría la mandíbula, pero nunca la habían visto tan feliz. Al principio, no les gustó nada la decisión de sus padres de divorciarse, no sabían muy bien cómo encajar la irrupción en sus vidas de su nuevo hermano, Vicky y Daniel. Pero, poco a poco, todo fue normalizándose y ahora estaban encantadas. Daniel se esforzaba constantemente por agradecerlas y se había ganado sus corazones, incluso a veces a costa de los enfados de su madre, que lo reprendía por consentirlas demasiado.

Mónica avanzó por una alfombra blanca rodeada de la gente más importante de su vida, el aire olía a salitre y a los cientos de jazmines que los rodeaban. Casi podía flotar. Se agarró fuerte del brazo de su padre. Cuando vio a Daniel esperándola, su corazón se estremeció. Después de tantos años, allí estaban, por fin.

Aquel día, Claudia, Elena y Carolina comprobaron como los ojos verdes de Daniel brillaban más que nunca, incluso parecía que en cualquier momento rompería a llorar de la emoción. Cuando su madre y él se cogieron la mano, pensaron que nunca en su vida habían visto nada tan hermoso.

Toda su vida las tres recordaría ese momento, trasportándose a la orilla del mar, con la brisa acariciándoles el rostro, formando parte de una gran historia de amor que seguía inalterable con el paso de los años.

Agradecimientos

A Fran, por hacerme mejor y a mis hijos, por mostrarme cada día lo valioso de la vida, un día de estos explotaré de puro amor.

A todas las mujeres que aman incondicionalmente y hacen del mundo, un lugar fantástico.

A las madres que me rodean, ejemplo de fuerza inquebrantable, mi madre, mi hermana, mi suegra, Virgi, Teresa, Emilia, M. Isabel, Mariana, mi tía Isabel y, sobre todo, Eli, que demuestra cada día que el amor es la energía más grande que poseemos, gracias.

A mis amigas, con las que comparto problemas y momentos maravillosos de ocio, Esther, Encarni, Ángela, María, Rosa, Cristina, M c, M^a Jose y Vinny... las madres del cole, mis vecinas, mis compañeros de trabajo...

A Darío, por ilustrar cada una de mis ideas maravillosamente. A Forix, por darle una ocupación a Daniel y por lo que tú y yo sabemos...

A Mar Carrión y Ana R Vivo, por abrirme sus brazos y cogerme la mano en este maravilloso mundo. Gracias a ellas he conocido a gente fabulosa que ama los libros, mis compañeros del ERA, Sara del Pozo...

A las personas que me animan y me empujan a dar cada día un paso más, sin vosotros, nada sería posible. Mil gracias. A todos los que ilumináis mis días con vuestras valoraciones y me ayudáis a mejorar, gracias por permitirme contaros mis historias.

A ti por leerme.

Sobre la autora

Elena Fuentes nació en 1978 en Albacete, donde reside en la actualidad con sus dos hijos y su marido. Es directora de un centro médico como psicóloga, trabajo que compagina con su afición por escribir.

Desde su infancia mostró su inclinación y habilidad para inventar y narrar historias. Apasionada de la lectura, su fascinación por personajes con personalidades fuertes como Heathcliff o Catherine Earshaw, protagonistas de “Cumbres Borrascosas”, o los que pueblan el universo literario de Patricia Highsmith, le llevó a interesarse por el estudio de la psique humana.

Licenciada en Psicología por la Universidad de Murcia en 2002, ha profundizado en el ámbito de la salud mental, realizando diferentes máster y cursos de postgrado, y en el campo de la inteligencia emocional, siguiendo con especial atención las tesis y estudios de Daniel Goleman y Rafael Bisquerra, cuyos planteamientos se filtran en sus novelas y confieren a sus personajes una profundidad psicológica y matices en sus comportamientos que facilitan la empatía y la identificación del lector.

En 2014, escribió “**Barridos por el Salitre**”, que publica ahora con el pseudónimo de Lena Moreno. En 2015, “**Los Círculos del Alma**” y, actualmente, se encuentra inmersa en su tercera novela.